

El diagnóstico de la modernidad acelerada en Zygmunt Bauman

Una lectura a través de Reinhart Koselleck y Hartmut Rosa



Tesis doctoral

Realizada por: Nerea Miravet Salvador

Dirigida por: Prof. Dr. Faustino Oncina Coves

Programa de doctorado: Pensamiento Filosófico Contemporáneo



VNIVERSITAT
DE VALÈNCIA

Mayo de 2017

Imagen de cubierta: Vicent Bo

«Lo que aquí se ha planteado es si no se han debilitado “las fuentes de la vida” al incrementarse...

- ¿Los ferrocarriles? - gritó Kolia.

- No las comunicaciones por vía férrea, joven aunque apasionado adolescente, sino la tendencia toda a la que los ferrocarriles pueden servir, por decirlo así, de ilustración, de expresión artística. Corren, atruenan, traquetean y se apresuran según se dice por la felicidad de los hombres. “La humanidad se va volviendo demasiado ruidosa y comercial, hay poco sosiego espiritual”, se lamenta un pensador que se ha alejado del mundo.»

F. M. Dostoievski, *El idiota*

*A Manel i a Alfons, perquè en el principi de tot està el
verí de les lletres*

AGRADECIMIENTOS

Decía George Cukor que lo peor de recibir un premio era que el obligado ejercicio de agradecimiento lo dejaba a uno prácticamente desposeído de su trabajo. Por una vez, el genio se equivocaba. El reconocimiento de cuánto les debe a otros un trabajo, lejos de desgarnecer, abarrota el campo de lo propio. A quienes han llenado, de diferentes maneras, ese espacio está dedicado este apartado.

A Emilio, por ser las piernas sobre las que se ha sostenido y ha andado este proyecto, tratando de empezar a compensar en este agradecimiento la falta de tiempo y de buen humor con que a menudo pagué su confianza, paciencia y apoyo.

A mi familia, que nunca necesitó entender bien el qué, por qué y para qué, para creer que lo conseguiría y aceptar los pequeños sacrificios que suponía también para ellos.

A mi *tovarích* Héctor, porque ha salvado el término compañerismo de la vacuidad que a menudo le subyace. Esta tesis le debe mucho a su ayuda y complicidad.

A Laura, por ser mi particular vanguardia, siempre un paso por delante, dispuesta a prestar consejo y asistencia lingüística.

A Vicent, por el favor de las musas, por la brisa y por la imagen de portada.

A Faustino Oncina, en agradecimiento de la oportunidad brindada y de su labor como director de esta tesis.

A Nicolás Sánchez, que no vaciló en acudir cuando este proyecto lo necesitó.

A Giacomo Marramao, Alexandre Escudier y Elías J. Palti, por haberme acogido en ciudades que inspiraron y enriquecieron este trabajo.

A Llorenç Fontestad y José M. Grande, sinceramente agradecida por su predisposición a ayudar y su saber hacer.

A todos aquellos, amigos, conocidos y viandantes, que, de una manera u otra, en congresos, clases, seminarios o entre botellas y botellines, me dieron ideas, ánimos u oportunas irritaciones constructivas.

Gracias infinitas a todos ellos.

ÍNDICE

RESUMEN - RESUM - RÉSUMÉ

RESUMEN	13
RESUM	16
RÉSUMÉ	19
INTRODUCCIÓN	23
METODOLOGÍA	35
I. LA MODERNIDAD EN DOS ESTADOS. PERSPECTIVA GENERAL	39
I.1 FUNDIR PARA REFUNDAR.....	39
I.2 LA TIERRA YERMA DE LA LIQUIDEZ.....	52
II. HISTORIA CONCEPTUAL, ACELERACIÓN Y MODERNIDAD. LEER A BAUMAN DESDE KOSELLECK	79
II.1 LA PRETENSIÓN HISTÓRICO-CONCEPTUAL DE <i>MODERNIDAD LÍQUIDA</i>	79
II.2 HISTORIA CONCEPTUAL COMO MÉTODO	83
II.2.1 Historia y concepto	86
II.2.2 Universo lingüístico y cambio de experiencia	97

II. 3 HISTORIA CONCEPTUAL COMO TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN	106
II.3.1 El umbral de un tiempo nuevo	107
II.3.2 Orden, aceleración y progreso	116
II.3.3 Aceleración, meta de la historia y secularización	124
II.3.3.1 Los términos de la disputa	129
II.3.3.2 El retiro de Dios y la secularización del poder pastoral	131
II.3.3.3 Aceleración, técnica y secularización	138
II.3.4 Disponibilidad de la historia y responsabilidad	151
III. EL TRIUNFO DE LA ACELERACIÓN. LEER A BAUMAN DESDE ROSA	171
III.1 MODERNIDAD Y AMBIVALENCIA	171
III.1.1 Fundir para refundar o la lucha trágica contra la ambivalencia	171
III.1.2 Estructuras temporales y ambivalencia	177
III.2 LAS ESTRUCTURAS TEMPORALES DE LA MODERNIDAD: ACELERACIÓN	181
III.2.1 La temporalización de la historia	181

III.2.2	Los presupuestos culturales de la aceleración moderna	187
III.2.3	La fijación institucional como plataforma de cambio. La solidez de la modernidad clásica	201
III.3	POSMODERNIDAD, MODERNIDAD LÍQUIDA Y MODERNIDAD TARDÍA	212
III.3.1	De la posterioridad a lo diverso en lo común	212
III.3.2	El umbral crítico de la Modernidad: acelerar por encima de un punto de fusión reversible	217
III.3.3	La dialéctica de la aceleración como ambivalencia de la modernidad: la detemporalización de la historia por la temporalización del tiempo	233
IV.	LAS POSIBILIDADES CRÍTICAS DE UNA TRIPLE ALIANZA	247
IV.1	LA TIRANÍA DE LA ACELERACIÓN. LIQUIDEZ, AUTONOMÍA Y ALIENACIÓN.....	247
IV.1.1	Cuando las estructuras se tornan acontecimiento. La aceleración moderna como dolencia genética del mundo contemporáneo	247
IV.1.2	Prognosis y autonomía	256

IV.1.3 La alienación revisitada	267
IV.1.4 ¿Aceleración totalitaria? Desregulación como nueva técnica de poder	281
IV.2 HACIA UNA TEORÍA CRÍTICO-CONCEPTUAL DE LA MODERNIDAD LÍQUIDA	295
IV.2.1 El malestar social como punto de partida	295
IV.2.2 Lo disponible del concepto y la crítica de las ideologías	300
IV.2.3 Rasgar el telón para liberar potencialidades ocultas	310
CONCLUSIONES - CONCLUSIONS	
CONCLUSIONES	321
CONCLUSIONS (català)	331
CONCLUSIONS (français)	341
BIBLIOGRAFÍA	351

RESUMEN

Esta tesis doctoral propone una revisión de la determinación de la naturaleza de la modernidad en Zygmunt Bauman basada en el concepto de aceleración y el conjunto de fenómenos que este congrega. Se trata de un aspecto que no ha sido suficientemente subrayado y desgranado, en beneficio de una recepción mucho más atenta a rasgos como el reconocimiento de una tendencia totalitaria inherente a la modernidad en su primera fase o al análisis de las concretas consecuencias sociales del proceso de modernización desde una perspectiva ética y política. En nuestro caso optamos, en cambio, por resaltar la transformación en la experiencia y la comprensión del tiempo que se produce aproximadamente a mediados del siglo XVIII y su deriva hasta nuestros días. Pese a lo amplia y variada de su producción intelectual, nos parece que la asimilación de la modernidad a este cambio recorre los diferentes ángulos desde los que Bauman aborda la génesis de la configuración del mundo contemporáneo. Por añadidura, esta perspectiva abre la puerta a lanzar un puente entre este autor y otros dos pensadores, Reinhart Koselleck y Hartmut Rosa, cuyos trabajos han evidenciado de manera ejemplar la centralidad que alberga para una adecuada aprehensión de la modernidad dicha mudanza y el rol capital en ella de la aceleración.

El trabajo se compone de cuatro capítulos. En el primero presentamos una visión general de la descripción baumaniana de la modernidad, acorde con su establecimiento de una ruptura interna que

justifica la atribución de los epítetos «sólida» y «líquida» para la primera y segunda fase, respectivamente, del despliegue de los tiempos modernos. Esta exposición panorámica nos proporciona el soporte desde el que, en los dos siguientes capítulos, desarrollamos los vínculos que encontramos entre Bauman y los dos autores mencionados.

Así pues, en el segundo, ahondamos en el parentesco con Reinhart Koselleck en el plano de la Historia Conceptual entendida como método y como teoría de la modernización. A partir de ejemplos concretos, reivindicamos la existencia de una pretensión histórico-conceptual recurrente en la obra de Bauman que, si bien no llega a traducirse en una implementación estricta de las aportaciones metodológicas de esta corriente, revela, con todo, una afinidad en las premisas de la investigación. En tanto que teoría de la modernización, Bauman comparte con la Historia Conceptual koselleckiana la perspectiva de la desnaturalización moderna del tiempo que acompaña el surgimiento de un nuevo concepto de historia desde el que los individuos cambian su relación con ella.

El parentesco con la crítica social del tiempo de Hartmut Rosa se traza en el tercer capítulo, donde hacemos avanzar sincronizadamente la ambivalencia sustancial que Bauman atribuye a la modernidad y la dialéctica de la aceleración que Rosa reconstruye en sus dos principales obras sobre el cambio moderno en las estructuras temporales.

Explorados estos nexos y, con ello, la propia caracterización baumaniana de la modernidad, nos permitimos sugerir, en el cuarto y

Resumen

último capítulo, una confluencia de los tres autores fundada en el potencial crítico de la complementariedad de sus enfoques en su dimensión de teorías de la modernidad.

RESUM

Aquesta tesi doctoral proposa una revisió de la determinació de la natura de la modernitat en Zygmunt Bauman basada en el concepte d'acceleració i el conjunt de fenòmens que aquest congrega. Es tracta d'un aspecte que no ha sigut suficientment subratllat i desgranat, en benefici d'una recepció molt més atenta a trets com el reconeixement d'una tendència totalitària inherent a la modernitat en la seva primera fase o l'anàlisi de les concretes conseqüències socials del procés de modernització des d'una perspectiva ètica i política. En aquest cas optem, en canvi, per ressaltar la transformació en l'experiència i la comprensió del temps que es produeix aproximadament a meitats del segle XVIII i la seva deriva fins als nostres dies. Malgrat l'amplària i diversitat de la seva producció intel·lectual, ens sembla que l'assimilació de la modernitat a aquest canvi recorre els diferents angles des dels quals Bauman aborda la gènesi de la configuració del món contemporani. A més a més, aquesta perspectiva obri la porta a tendir un pont entre aquest autor i altres dos pensadors, Reinhart Koselleck i Hartmut Rosa, els treballs dels quals han evidenciat de manera exemplar la centralitat que alberga per a una adequada aprehensió de la modernitat l'esmentada mudança i el rol capital en ella de l'acceleració.

El treball es compon de quatre capítols. En el primer presentem una visió general de la descripció baumaniana de la modernitat, acord amb el seu establiment d'una ruptura interna que justifica l'atribució dels epítets «sòlida» i «líquida» per a la primera i segona fase,

Resum

respectivament, del desplegament dels temps moderns. Aquesta exposició panoràmica ens proporciona el suport des del qual, en els dos capítols següents, desenvolupem els vincles que trobem entre Bauman i els dos autors assenyalats.

Així doncs, en el segon, aprofundim en el parentiu amb Reinhart Koselleck en el plànol de la Història Conceptual entesa com a mètode i com a teoria de la modernització. A partir d'exemples concrets, reivindiquem l'existència d'una pretensió historicoconceptual recurrent en l'obra de Bauman que, si bé no arriba a traduir-se en una implementació estricta de les aportacions metodològiques d'aquest corrent, revela, amb tot, una afinitat en les premisses de la investigació. En tant que teoria de la modernització, Bauman comparteix amb la Història Conceptual koselleckiana la perspectiva de la desnaturalització moderna del temps que acompanya el sorgiment d'un nou concepte d'història, des del que els individus canvien la seva relació amb ella.

La proximitat amb la crítica social del temps de Hartmut Rosa es traça en el tercer capítol, on fem avançar sincronitzadament l'ambivalència substancial que Bauman atribueix a la modernitat i la dialèctica de l'acceleració que Rosa reconstrueix en les seves dues obres principals dedicades al canvi modern en les estructures temporals.

Explorats aquests nexes i, amb això, la mateixa caracterització baumaniana de la modernitat, ens permetem suggerir, en el quart i darrer capítol, una confluència dels tres autors fundada en el potencial

crític de la complementarietat de llurs enfocaments en la seva dimensió de teories de la modernitat.

RESUME

Cette thèse propose de revoir la définition de la nature de la modernité chez Zygmunt Bauman, en se basant sur le concept d'accélération et sur l'ensemble des phénomènes qu'il rassemble. Cet aspect n'a pas été suffisamment souligné et approfondi, au profit d'une réception plus attentive, par exemple, à la reconnaissance d'une tendance totalitaire inhérente à la modernité dans sa première phase ou à l'analyse des conséquences sociales concrètes du processus de modernisation, du point de vue éthique et politique.

Dans notre cas, nous opterons au contraire pour une mise en évidence de la transformation de l'expérience et de la compréhension du temps qui se produisirent aux alentours de la moitié du XVIII^{ème} siècle et de sa dérive jusqu'à nos jours. Malgré l'amplitude et la variété de sa production intellectuelle, il nous semble que l'assimilation de la modernité à ce changement rassemble les différents angles à partir desquels Bauman aborde une genèse de la configuration du monde contemporain. De plus, cette perspective ouvre la porte à un possible pont entre cet auteur et deux autres penseurs, Reinhart Koselleck et Hartmut Rosa, dont les travaux ont clairement mis en évidence, pour une appréhension adéquate de la modernité, la place centrale de la transformation du temps et, en son sein, le rôle capital de l'accélération.

Ce travail se divise en quatre chapitres. Dans le premier, nous présenterons une vision générale de la description baumanienne de la modernité, avec notamment l'établissement d'une rupture interne qui

justifie l'attribution des adjectifs « solide » et « liquide », respectivement pour la première et la deuxième phase du déploiement des temps modernes. Cet exposé panoramique nous procurera un support à partir duquel nous développerons, dans les chapitres suivants, les liens que nous voyons entre Bauman et les deux auteurs mentionnés plus hauts.

Ainsi, dans le deuxième chapitre, nous approfondirons la relation avec Reinhart Koselleck sur le plan de l'Histoire Conceptuelle comprise comme méthode et comme théorie de la modernisation. A partir d'exemples concrets, nous revendiquerons l'existence d'une prétention historico-conceptuelle récurrente dans l'œuvre de Bauman qui, si elle ne parvient pas à se traduire par une implantation réelle des apports méthodologiques de ce courant, révèle surtout une attirance vers les prémisses de la recherche. Bauman partage avec l'Histoire Conceptuelle koselleckienne, en tant que théorie de la modernisation, la perspective de la dénaturalisation moderne du temps qui accompagne l'émergence d'un nouveau concept d'Histoire à partir duquel les individus changent leur relation à elle.

La parenté avec la critique sociale du temps d'Harmunt Rosa sera développée dans le troisième chapitre où nous ferons progresser simultanément l'ambivalence substantielle que Bauman attribue à la modernité et la dialectique de l'accélération que Rosa reconstruit dans ses deux principales œuvres sur le changement moderne dans les structures temporelles.

Résumé

Après avoir exploré ces liens, et avec eux la propre caractérisation baumanienne de la modernité, nous nous permettons de suggérer, dans un quatrième et dernier chapitre, une confluence des approches des trois auteurs, fondée sur la complémentarité de leurs points de vue et le potentiel critique de leurs écrits, en les envisageant comme théories de la modernité.

INTRODUCCIÓN

La popularidad y la filosofía no parecen prestarse a una relación de compañeras bien avenidas. El discurso filosófico no solo se sirve, como toda disciplina, de una jerga especializada, sino que además lo hace a menudo sometiendo esa misma terminología a revisiones, torsiones e ironías de todo tipo, sin captar las cuales es difícilmente posible hacerse cargo del sentido e importancia de aquello de lo que se trata. Es un tipo de práctica donde las connotaciones más sutiles pueden ser determinantes y situarse en la tradición y contexto de debate en que aparece una reflexión adquiere el rango de principio metodológico insoslayable.

A la importancia de lo que no se dice se añade la de aquello que se examina, puesto que los temas que le proporcionan su objeto arremeten habitualmente contra toda evidencia y todo supuesto admitido. Esta complejidad no es, al menos no necesariamente y contra lo defendido por los partidarios de la depuración del lenguaje, una circunstancia accidental o un amaneramiento autocomplaciente. En la perspectiva desde la que se construye esta tesis, el lenguaje no es un mero reflejo del pensamiento, sino que ambos se constituyen en una relación de reciprocidad cuya consecuencia inmediata es la

imposibilidad de simplificar el lenguaje sin ocasionar con ello una simplificación del pensamiento.¹

Esta dimensión inherentemente abstrusa de la filosofía que parece reservarla para el cultivo de unos pocos, entraña el riesgo de convertirse en fuente de prejuicios y rechazo hacia aquellos autores cuya voluntad manifiesta de ampliar el espectro de destinatarios, les lleva a elaborar textos más sencillos y, por ende, aparentemente, de menor profundidad. Algo de esto hay, nos parece, en la recepción filosófica del trabajo de Bauman.² Sin embargo, como esperamos quede justificado tras el recorrido de esta tesis, partimos de la convicción de que en la obra de este autor hay importantes claves para una reflexión específicamente filosófica a propósito de los diagnósticos del mundo contemporáneo y la crítica de la modernidad. Específicamente filosófica en cuanto a los temas y autores a los que remite, pero también por el tipo de interrogación que abre.

En primer lugar, los trabajos de Bauman se preguntan por el elenco categorial que puede permitirnos una aprehensión adecuada del tiempo presente y de los procesos sociales, culturales y políticos en curso, algo que los sitúa por encima del mero estudio sociológico. Lo filosófico emerge aquí como un cuestionamiento del carácter de

¹ Para una argumentación completa al respecto remitimos a Cristina LAFONT, *La razón como lenguaje: una revisión del «Giro lingüístico» en la filosofía del lenguaje alemana*, (Madrid: Visor), 1993.

² Por ejemplo, en el caso de Giacomo Marramao. *Cfr. Id.*, «Las nuevas caras del poder. Populismo y postdemocracia», *Artificium*, año 2, vol. 1, pp. 96-97; así como su *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*, (Buenos Aires: Katz), 2006, p. 40.

Introducción

presupuesto indispensable y palmario de los conceptos modernos, cuya vigencia, como veremos, se somete a evaluación.³

Asimismo, nuestro autor conecta reiteradamente su labor con el programa teórico-práctico de la Teoría Crítica y trata de rentabilizar la coordinación fundada por esta entre: el auto-esclarecimiento de prejuicios propio de la hermenéutica, la suspensión de la actitud natural que perseguía la fenomenología y la liberación del deseo mediante la toma de conciencia en el análisis promulgada por el psicoanálisis.⁴

Finalmente, su búsqueda de las razones que obstruyen la emancipación como proyecto político, motivada por la voluntad de liberar dicho camino, hace partícipe a la obra de Bauman de una dimensión fundamental que caracteriza al discurso filosófico al menos desde Kant, aunque también, con otras fisionomías, ya en la mayéutica

³ Así entiende la Historia Conceptual como Filosofía política Giuseppe Duso, eminente representante de la corriente paduana de la *Begriffsgeschichte*: «La conciencia crítica, en la que resurge de nuevo lo más específicamente filosófico, consiste en entender cómo, en la férrea construcción en que significan los conceptos modernos, se muestran algunas aporías fundamentales, algunas contradicciones, que no nos permiten reposar en las soluciones que tal ciencia nos ofrece» (Giuseppe DUSO, «Historia conceptual como filosofía política», trad. cast. de José Luis Villacañas, *Res Publica*, 1 (1998), pp. 35-71, aquí p. 65). *Cfr.* también la tesis doctoral de Juan SÁNCHEZ MANDINGORRA, *La historia conceptual paduana: antecedentes y desarrollo de una historia de los conceptos como filosofía política*, Universidad de Valencia, 2015, disponible en: <http://roderic.uv.es/handle/10550/49725> (Última consulta: 22/05/2017). Más allá del campo específico de los conceptos, Helena Béjar ha insistido sobre el hecho de que el trabajo de Bauman se impone como misión cuestionar lo que parece natural e inevitable, frente a lo que se reivindicará la contingencia (de lo social) y la libertad (de los hombres) (*Cfr.* Helena BÉJAR, *Identidades inciertas: Zygmunt Bauman*, (Barcelona: Herder), 2007, p. 11). Volveremos sobre ello en el último capítulo de esta tesis.

⁴ *Cfr.* Franca D'AGOSTINI, *Analíticos y continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años*, (Madrid: Cátedra), 2009, pp. 393-400.

socrática o la reflexión humanista en torno a la dignidad humana y por supuesto, nuevamente, en la Escuela de Fráncfort. Como señala Luis Arenas:

Frente a esa tentación positivista, que amenaza como una espada de Damocles a una sociología aún acomplejada ante los progresos de las ciencias de la naturaleza, Bauman reclamará para las ciencias humanas y, en particular para la sociología crítica, un modelo hermenéutico. La hermenéutica sociológica de Bauman estará menos interesada en salvar a toda costa la precisión de sus resultados que en considerar la relevancia de esos hallazgos para la experiencia de lo que significa ser un ser humano.⁵

Desde la publicación en el año 2000 de *Modernidad líquida*, Bauman se ha convertido en un autor al que se alude bien para celebrar el útil heurístico de la liquidez aplicada a los procesos de modernización, bien para reprobador ese mismo procedimiento.⁶ No obstante, como este trabajo mostrará, hay un concepto más fundamental operando en la lectura baumaniana de la modernidad, cuyo esclarecimiento permite explorar vínculos con otros autores contemporáneos no suficientemente examinados en el ámbito académico español. Partimos de la hipótesis de que el concepto de aceleración y el complejo contexto de experiencias que este condensa, constituyen el núcleo del diagnóstico de Bauman acerca de la

⁵ Luis ARENAS, «Zygmunt Bauman: paisajes de la modernidad líquida», *Daimon. Revista de Filosofía*, nº54 (2011), pp. 111-124, aquí p. 113.

⁶ Como ocurre, por ejemplo, en los casos de Diego Fusaro y Giacomo Marramao. Cfr. las notas 269 y 500.

modernidad y un motivo justificado para leerlo en diálogo con Reinhart Koselleck y Hartmut Rosa.

Forma parte del proceder tradicional el que la postura teórica que se adopta para mirar el presente obedezca a una determinada posición no solo respecto a la modernidad filosófica, sino en general ante la producción cultural, social y política moderna.⁷ El acercamiento de Bauman a ese coloso teórico llamado modernidad mantiene puntos de conexión notables con el estudio de la misma desarrollado por Koselleck, los cuales emergen con especial claridad al resaltar la aceleración.⁸ Según trataremos de evidenciar, ambos autores sitúan en el centro y en el arranque de la modernidad un cambio en la experiencia del tiempo que pasa por su desnaturalización. En uno y en otro la aceleración resalta lo específicamente moderno en tanto señala una experiencia del tiempo histórica y una toma de conciencia sobre la consubstancialidad de la misma para la existencia humana. En el caso de Bauman es la que abre el juego de texturas sólido/líquido, puesto que tanto un estado como el otro se apoyan en una experiencia del tiempo desnaturalizada, inmanente y unitaria, inescindible de la aceleración.

El desarrollo teórico de esta nueva experiencia del tiempo nace en Bauman del intento de dar respuesta a una desazón socialmente compartida, que contrasta con las posibilidades emancipatorias

⁷ Cfr. Sergio SEVILLA, *Crítica, historia y política*, (Madrid: Cátedra), 2000.

⁸ Esto mismo ha sido sugerido por Diego Fusaro en: *Id., Essere senza tempo: Accelerazione della storia e della vita*, (Milán: Bompiani), 2010, pp. 50-51.

derivadas de esa misma transformación. La disolución del orden premoderno habría potenciado la apropiación humana del tiempo en la forma de proyectos individual y colectivamente escogidos, planificados y perseguidos, sin que, no obstante, el resultado actual de dicha apertura haya sido una realización de esa promesa de auto-determinación. Más bien, nos hallaríamos en un contexto gobernado por la merma en las condiciones para un ejercicio efectivo de la autonomía individual y colectiva. La aceleración, en tanto que emblema de la nueva gramática temporal, puede convertirse así en el sostén de lo que Rosa ha denominado una «crítica social del tiempo». Ambos autores concurren en un examen de las consecuencias éticas y políticas de los procesos de modernización que sitúa en el centro de estos el despliegue de un ritmo creciente de cambios, legatario de una recomprensión de la dimensión temporal de la existencia humana. En este sentido, el parentesco de la perspectiva baumaniana con lo desarrollado en el marco del Instituto de Investigación Social, al que ya aludíamos anteriormente, parece caer bajo el paraguas del llamado de Rosa a hacer de la aceleración la base para un nuevo cultivo, más englobante, de la Teoría Crítica. Y aún más, si el vínculo con ambos queda adecuadamente justificado, Bauman se ubicaría igualmente en algún punto de ese cruce de caminos que Rosa pretende establecer entre la Escuela de Fráncfort y la *Begriffsgeschichte*.

Entre Bauman y los dos autores con los que pretendemos establecer el mentado diálogo existe, sin embargo, un desacuerdo importante, cuyas consecuencias habrán de ser también valoradas.

Introducción

Mientras que para Koselleck, como para Rosa, la aceleración es un momento esencial de autodeterminación de la modernidad, una ambición activa de avivar la historia, la índole definitivamente acelerada de esta época es para Bauman la consecuencia necesaria pero no buscada de la tendencia moderna a la procrastinación. Depende entonces de la voluntad de tomar el control sobre la secuencia de los hechos, pero no como resultado de la pretensión de acercarnos a mayor velocidad a un futuro pensado como culminación de la historia humana, sino como fruto del temor al cese del movimiento que evita la devaluación del presente dentro de una perspectiva futurocéntrica.⁹

Esta tesis continúa la labor iniciada en el trabajo final de máster «Tradició i Modernitat en Zygmunt Bauman», ahondando en la inquietud que ya entonces barruntamos hacia la categoría de «modernidad sólida» en tanto que sostén del diagnóstico baumaniano del mundo contemporáneo. En aquel lugar partíamos de la constatación de que en la obra de este autor subyacía una tensión entre tradición y modernidad que se manifestaba en su voluntad de sondear la vigencia de ciertos conceptos fundamentales para la configuración del proyecto moderno, una forma de estar en el mundo sostenida en la labor por darse sus propias condiciones de existencia. Según tratamos de mostrar, ello tiene su correlato en el hecho de que la lectura de Bauman del conjunto del periodo moderno -en el que queda

⁹ Cf.: Zygmunt BAUMAN, *Modernidad Líquida*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica), 2009, p. 166; *Id.*, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», en: Stuart HALL y Paul DU GAY (coord.): *Cuestiones de identidad cultural*, (Buenos Aires: Amorrortu), 2003, pp. 40-68, aquí 47-48.

comprendido el contemporáneo- está edificado según un juego de espejos que confronta cada elemento moderno sólido surgido de la promesa de autodeterminación inherente a esta época (la potenciación de la individualidad, la alianza entre Estado y Nación, la postergación sostenida de la gratificación...), con su correlativa desfiguración en la modernidad líquida. Era en este sentido en el que nos preguntábamos hasta qué punto la primera fase moderna en su tratamiento como una realidad maciza, no podía ser equiparada, en cuanto a la función que jugaba dentro de la obra de Bauman, con el mito del buen salvaje. Sostuvimos entonces que la vaguedad del alcance de la expresión «modernidad sólida», la heterogeneidad de elementos que promete contener, la simetría entre los aspectos de ella que se destacan y aquellos de la modernidad líquida que causan desazón o el modo como la apelación a esta primera etapa de la modernidad pretende servir para rescatar la aspiración a una suerte de república cosmopolita de paz perpetua, la convertían en un constructo ensayístico destinado a obtener una definición crítica de un tiempo presente que, por su condición cambiante, se mostraba elusivo para/con la reflexión y, por ello, representaban argumentos a favor de su comparación - desarrollada allí con mayor detalle- con el mentado mito, según el estudio que del mismo ofrece Roger Bartra.

Aunque en esta ocasión dejamos de lado la comparativa entre lo que en aquel momento denominamos dos estrategias de la conciencia

Introducción

histórica desorientada,¹⁰ sí retomamos el hilo del examen de la definición, evaluación y función que la Modernidad adquiere en Bauman, explorándolo además desde una veta que ya resaltamos en aquel entonces, a saber, el papel determinante para el mismo de la identificación de un proceso de aceleración iniciado con el despegue de los tiempos modernos, hoy aún en curso e intensificado.

Esta investigación se integra asimismo en el desarrollo del proyecto de investigación «Hacia una historia conceptual comprensiva: giros filosóficos y culturales» (FFI2011-24473), del Ministerio de Economía y Competitividad. Ella se sirve de, a la vez que espera coadyuvar a, la consolidación de los resultados del mismo, particularmente en dos frentes. En primer lugar, en la corroboración del carácter bifronte de la Historia Conceptual, esto es, en su doble faceta de método o de aproximación historiográfica, y como teoría de la modernización y de la modernidad.¹¹ Creemos que ello queda patente tanto en el tratamiento argumental que esta tesis realiza de la Historia Conceptual koselleckiana, como en la propia estructura que organiza esos contenidos. En segundo lugar, hemos tratado de poner también de manifiesto la vocación crítico-ideológica de la versión koselleckiana, en

¹⁰ Seguíamos en este punto a Olivier Remaud. *Cfr. Id.*, «Pequeña filosofía de la aceleración de la historia», en: Faustino ONCINA (ed.), *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*, (Madrid: Plaza y Valdés y CSIC), 2009, pp. 349-366.

¹¹ *Cfr.* Faustino ONCINA, «Historia Conceptual: ¿Algo más que un método?», en: *Id.* (ed.), *Tradición e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*, (Madrid: Biblioteca Nueva), 2013, pp. 11.-38.

lo que incidimos especialmente en el cuarto capítulo.¹² En esta misma línea, nuestro trabajo aspira a proporcionar elementos de crítica a la más amplia investigación en torno a los desajustes provocados por la nueva gramática temporal gestada en el lapso que transcurre entre la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Este proyecto se suma, bajo la convicción en la urgencia de una reconsideración del horizonte conceptual con el que son abordados procesos políticos y sociales en curso, a la voluntad de desarrollar una exploración de la génesis, procesos de transmisión y evolución de conceptos y metáforas -en este caso referentes al universo semántico del tiempo y de la velocidad- acogidos con gusto por diferentes disciplinas.

Con el objeto de dar cuenta de todo ello, comenzaremos por presentar un panorama general de la caracterización de la modernidad que podemos encontrar en Bauman, sirviéndonos a efectos expositivos del esquema bifásico que se concreta en este autor con la acuñación de la expresión «modernidad líquida» y la exigencia subsiguiente de postular una «modernidad sólida» (capítulo 1). Arrancaremos nuestra propuesta de diálogo entre Bauman y otros autores contemporáneos indagando los puntos comunes del enfoque de Bauman con una perspectiva histórico-conceptual, en su vertiente koselleckiana. Estaremos entonces en posición de clarificar el sentido que Bauman le

¹² *Cf.*: el número 44 (enero-junio, 2015) de la revista *Historia y Grafía* y especialmente el artículo de Faustino ONCINA, «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», pp. 89-114; *cf.*: asimismo el volumen colectivo editado por Faustino ONCINA y José Manuel ROMERO, *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, (Granada: Comares), 2016.

Introducción

confiere al cambio que se gesta con el fin del Antiguo Régimen (capítulo 2). La descripción general ofrecida en el primer capítulo nos servirá de punto de partida para profundizar, mediante la comparativa con Rosa, la interpretación baumaniana del despliegue de esa misma transformación y sus consecuencias hasta nuestros días (capítulo 3). En último lugar, haremos confluír a los tres autores para dar cuenta del nexo entre su examen de lo acontecido en el nacimiento de la modernidad y las patologías que se le achacan al mundo contemporáneo y propondremos desde ahí una convergencia de sus pretensiones críticas (capítulo 4).

Cabe precisar que nuestra investigación se restringe al diagnóstico que Bauman (y por extensión Koselleck y Rosa) realiza del tiempo presente y del tipo de lazo que ello guarda con su comprensión del fenómeno moderno. Dejamos, por tanto, para futuras indagaciones la parte propositiva del trabajo tanto de este como de los interlocutores que aquí le imponemos.

METODOLOGÍA

La idea de hacer una parte del pensamiento de Bauman objeto de una tesis doctoral resulta cuanto menos llamativa, si tomamos en cuenta la incomodidad e irreverencia con que este autor se enfrenta a todo aquello que rezume sistematicidad, academicismo o compromiso metodológico. Ello no solo plantea el problema de cómo hacerse cargo de una producción teórica difícilmente enmarcable en una u otra corriente, que recurre a una variedad ingente de autores y materiales, donde hay una voluntad manifiesta de no suprimir ambivalencias y en la que las cuestiones que se abordan reaparecen una y otra vez, al tiempo que cambian su orden o su peso dentro del hilo argumental; sino que además nos pone ante el interrogante de si no hay una incompatibilidad de base entre este tipo de postura intelectual y el intento de dar cuenta de sus frutos en el seno de un marco como el que nos ocupa.

Hacer frente a este tipo de dificultad, sin renunciar, no obstante, a dedicar a Bauman un estudio riguroso que consideramos aún más necesario tras la atención que le ha merecido su infausto deceso el pasado mes de enero, hace particularmente pertinente un enfoque como el de la Historia Conceptual en sus diferentes variantes, cuyas técnicas historiográficas hemos tratado de aprovechar. Particularmente pertinente, en primer lugar, por su definición del concepto. Hemos tomado el concepto de «aceleración» como una condensación de experiencias procedentes de distintos tramos temporales que articula a

su vez unas determinadas expectativas e incide activamente en el modo como un autor puede pensar la realidad a la que se dirige, razón por la cual la investigación sobre el mismo no puede y no se ha restringido a las apariciones concretas de la palabra, sino a todo un entramado conceptual, en el que puntualmente han salido privilegiados otros términos como los de «temporalización» o «ambivalencia».¹³

Por otro lado, el volumen de citas responde a la voluntad de permanecer apegados a los textos, con ánimo de no rebasar el horizonte conceptual del autor, sin por ello renunciar a identificar giros, transformaciones y proyecciones que exceden el marco de la materialidad de uno u otro texto. Combinar, en definitiva, como propone el método histórico-semántico, los principios sincrónico y diacrónico.

A ello se añade la pretensión de seguir a Skinner en la advertencia de no incurrir en la aplicación indebida a los autores estudiados de lo que este ha denominado las mitologías de la doctrina, de la coherencia y de la prolepsis.¹⁴ En este sentido, hemos saltado de unas a otras obras de Bauman con el propósito de evidenciar la recurrencia de ciertas problemáticas, pero no en aras de descubrir sistema de ideas alguno, una posibilidad que, como hemos comenzado anunciando, es tajantemente descartada por la propia posición desde la que Bauman

¹³ Volveremos con mayor detenimiento sobre la propuesta metodológica de la Historia Conceptual y su visión del concepto en el primer bloque del segundo capítulo.

¹⁴ *Cfr.* Quentin SKINNER, *Lenguaje, política e historia*, trad. cast. de Eduardo Rinesi (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes), 2007, pp. 113-136.

Metodología

emprende la escritura. Se ha tratado más bien de poner de relieve un campo de reflexiones en relación dinámica consigo mismas y entre ellas.

Dado que la pretensión general de esta tesis no es ofrecer una interpretación exhaustiva sobre el conjunto de la obra de Bauman, sino sacar a la luz su concepción del cambio de época, en relación tanto al paso del Antiguo Régimen a la modernidad sólida, como de esta a su heredera líquida, y el modo en que la comprensión de esta transformación se integra en un diagnóstico del presente, no todas las obras de este autor han merecido un igual interés y atención. Hemos privilegiado aquellos textos en que Bauman se entrega a una caracterización general de la Época Moderna y a una supervisión del cariz que habría adoptado su despliegue hasta nuestros días, dando un tratamiento más marginal a otros en que se enfrasca en la dilucidación de fenómenos muy concretos (como la educación, el arte, etc.). De acuerdo con su propia asunción de la expresión «modernidad líquida» como un hallazgo que le permitía abandonar el rótulo «posmodernidad», con el que declaraba no haber comulgado nunca completamente, hemos primado también las obras que caen en la estela de la liquidez. Ello no conlleva, con todo, que hayamos renunciado a recurrir a obras anteriores a *Modernidad líquida*, puesto que las referencias cruzadas del propio Bauman (su reenvío a obras anteriores, a la vez que realiza nuevos prólogos para estas) y el hecho de que no buscamos una suerte de objetivación doctrinal, nos parecen justificaciones para proceder así.

Esto mismo se aplica a las monografías y, en general, a la bibliografía secundaria. De lo anterior se deduce que, por ejemplo, una de las principales obras de la recepción baumaniana, *Zygmunt Bauman. Dialectic of modernity* de Peter Beilharz, guarda para nosotros una importancia tangencial, mientras que textos aparentemente más incidentales como *Essere senza tempo* de Diego Fusaro o *Aceleración y tiranía del presente* de Josetxo Beriain, se han revelado interlocutores insoslayables.

En último lugar, hemos tomado como una exhortación metodológica la constatación que Bauman realiza amargamente en su entrada al mundo académico británico: «Con la misma estupefacción comprobé que se podía ser profesor de sociología sin tener idea de la historia de la filosofía y del pensamiento social, o lo que viene a ser lo mismo, sin errar por las inmensas vastedades de la cultura».¹⁵ Por ello, como demanda igualmente nuestra concepción del concepto, no hemos dudado en recurrir a materiales de muy distinta procedencia (prensa, literatura...) o encuadrados en diferentes disciplinas (filosofía, historia, sociología, antropología...). El propio perfil formativo tanto de Bauman como de los autores con que lo vinculamos, de un talante marcadamente interdisciplinar, así parece igualmente requerirlo.

¹⁵ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, trad. cast. de Albert Roca, (Barcelona: Paidós Ibérica), 2011, p. 42.

I. LA MODERNIDAD EN DOS ESTADOS.

PERSPECTIVA GENERAL

I.1 FUNDIR PARA REFUNDAR

Bauman nos presenta una modernidad que lo es genuinamente en su autocomprensión como proyecto. El pensamiento desde Bacon hasta Marx; hitos como la Revolución Francesa, la Revolución Industrial o el colonialismo; o grandes invenciones como el telescopio y el ferrocarril, comparten un mismo ánimo, a saber, una mirada adelante que se pone el cielo como límite y deja como prenda todo aquello prefijado, heredado y enraizado. De acuerdo con este autor, la Época Moderna se concibió a sí misma como una ruptura definitiva con los pilares que sostenían el saber y el orden social anteriores. El gesto de un Descartes que decide escribir su obra en francés y ya no en latín, es ejemplar respecto al imperativo epocal de suprimir todo aquello que se interponga entre el individuo y su razón. Bajo una nueva luz, el pasado y la tradición -y con ellos, todos los parámetros de conducta, sistemas de lealtad, fuentes de certeza y mecanismos de administración del poder que les van aparejados- se mostraban ahora como las cargas que obstaculizaban la emancipación humana:

Si el “espíritu” era “moderno”, lo era en tanto estaba decidido a que la realidad se emancipara de la “mano muerta” de su propia historia... y eso sólo podía lograrse derritiendo los sólidos (es decir, según la

definición, disolviendo todo aquello que persiste en el tiempo y que es indiferente a su paso e inmune a su fluir).¹⁶

La coyuntura que más claramente permite la identificación de este proceso se produce, apunta Bauman, en el momento en que la distancia recorrida por unidad de tiempo pasa a depender de la inventiva y la capacidad técnica humanas. Los límites *naturales* de movimiento se borran y la velocidad pasa a no conocer otra vida que la de la aceleración perpetua. Si hay cotos que restringen el acortamiento del tiempo necesario para el desplazamiento, estos no representan más que el estorbo temporal de un reto que se confía en superar antes o después con la ayuda de un saber y una técnica más desarrollados. De este modo, tiempo y espacio se separan no solo entre sí, sino también de la práctica vital inmediata, cuestionando tanto los criterios vigentes de proximidad y lejanía, como el engarce de los ritmos de vida a la naturaleza (sucesión de los días y las noches o de las estaciones, dotación muscular del individuo y de los animales a su servicio, etc.).¹⁷ Así, ser moderno traducirá, dice Bauman, la condición de no poder detenerse, al amparo de narraciones de progreso que transforman la confianza en el presente -la doble creencia de que el tiempo está de nuestra parte y es resultado de nuestras acciones- en fe hacia el logro futuro de un orden óptimo. Un futuro que tiene que ser asegurado mediante un diseño exhaustivo que no deje nada al azar y, en tanto que así, omniabarcante y potencialmente totalitario.

¹⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad Líquida*, ed. cit., p. 9.

¹⁷ *Cfr. Idem.*, Prólogo y pp. 118-122.

En sus obras de finales de los 80 y principios de los 90 se hace especialmente patente el hecho de que Bauman abordará esta época como un periodo definitivamente preñado con la obsesión del diseño y la producción artificial de orden. La contrapartida de la esperanza progresista de futuro es la conciencia de que, por un lado, toda forma de ambigüedad, en tanto hace peligrar el éxito de una organización racional incontestable de la realidad, tiene que ser suprimida; y por otro, la confianza en que esta reducción es una cuestión administrativa, de simple hallazgo e implementación de los procedimientos y la tecnología pertinentes. De hecho, nuestro autor se refiere al Estado moderno como el «Estado jardinero», esto es, como aquella forma de gobierno que organiza el espacio público de acuerdo con un plan premeditado que solo tolera y cultiva las formas de vida que él mismo ha previsto y emplazado, mientras que lucha por suprimir las malas yerbas y la vegetación salvaje, cuya presencia no ha sido requerida por el diseño.¹⁸ La consecuencia que Bauman extrae es que un acontecimiento como el Holocausto no es en absoluto contrario al espíritu moderno, sino justamente su expresión última, una evidencia

¹⁸ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, trad. cast. de Enrique y Maya Aguiluz (Barcelona: Anthropos), 2005, p. 43. En dicha obra Bauman resalta mediante testimonios el uso de esta metáfora en figuras como R.W. Darré, ministro de agricultura en el nazismo, e inspecciona su reaparición reiterada en el discurso de hombres de ciencia cercanos a tesis eugenésicas. Nuestro autor la había utilizado ya en *Modernidad y Holocausto* (Madrid: Sequitur, 2016), donde reaparece una y otra vez (por ejemplo, en pp. 34, 95, 117, 204...) y la recuperará en obras posteriores como *Modernidad líquida* (ed. cit., p. 53) o *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre* (Barcelona: Tusquets, 2007, pp. 139-140).

de la tendencia intolerante y totalitaria endémica de la práctica ordenadora moderna, permitida y propulsada por sus logros técnicos.¹⁹

En su célebre *Modernidad y Holocausto* Bauman sostiene que este último no puede ser considerado una respuesta irracional, contraria al proceso civilizatorio, expresión de un odio ilimitado. Por el contrario, considera que las emociones no jugaron en él sino un papel secundario, de recubrimiento ideológico, frente al cálculo y la planificación demandados por el auténtico objetivo al que estaba vuelto: la consecución de una sociedad diferente y mejor.²⁰ El Holocausto responde así a la combinación de dos elementos plenamente modernos: el ferviente deseo de someter el medio a un orden previamente diseñado y el desarrollo de instrumentos y procedimientos capaces de lograrlo.²¹ En sus términos:

No pretendo decir que la incidencia del Holocausto fue determinada por la burocracia moderna o la cultura de la racionalidad instrumental

¹⁹ Es evidente y ya ha sido subrayado por diferentes comentaristas, el influjo que en este punto ejerció sobre Bauman *Dialéctica de la Ilustración*. Bauman participa de la imputación a la razón de una pretensión de dominio vuelta a liberar a los hombres del miedo, que en la Ilustración se expresa mediante la disolución de los mitos y la entronización de la ciencia. Él mismo explicita este legado en *Modernidad y Ambivalencia*, donde asegura que intenta envolver en carne histórica y sociológica el esqueleto de la obra de Adorno y Horkheimer. Bauman considera que nadie como ellos puso de manifiesto la imposibilidad para la Ilustración de admitir un afuera, un exterior respecto a la jurisdicción de su señorío y, por ende, la conexión entre la lucha contra la ambivalencia y el totalitarismo. (Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 39). Cfr. también: Helena BÉJAR, *Identidades Inciertas: Zygmunt Bauman*, ed. cit., capítulo II.1; y Peter BEILHARZ, *Zygmunt Bauman: dialectic of modernity*, (Londres: Sage), 2000, p. 105. Volveremos sobre la relación entre Bauman y *Dialéctica de la Ilustración* en las notas 63 y 508.

²⁰ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y Holocausto*, ed. cit., p. 116.

²¹ Cfr. *Idem.*, pp. 251-253.

(...) Lo que quiero decir es que las normas de la racionalidad instrumental están especialmente incapacitadas para evitar estos fenómenos, que no hay nada en estas normas que descalifique por incorrectos los métodos de “ingeniería social” del estilo de los del Holocausto o considere irracionales las acciones a las que dieron lugar. Sostengo además que el único contexto en el que se pudo concebir, desarrollar y realizar la idea del Holocausto fue en una cultura burocrática que nos incita a considerar la sociedad como un objeto a administrar, como una colección de “problemas” varios a resolver, como una “naturaleza” que hay que “controlar”, “dominar”, “mejorar” o “remodelar”, como legítimo objeto de la “ingeniería social” y, en general, como un jardín que hay que diseñar y conservar en la forma en que fue diseñado (...) También sostengo que el espíritu de la racionalidad instrumental y su institucionalización burocrática no sólo dieron pie a soluciones como las del Holocausto sino que, fundamentalmente, hicieron que dichas soluciones resultaran “razonables”, aumentando con ello las probabilidades de que se optara por ellas.²²

Es decir, los logros de la modernización no solo no producen por sí mismos garantías de frenado contra los excesos de la racionalización, sino que tienden a disociar las acciones de su valoración moral, volviendo preferible aquello que se ajusta únicamente a criterios de eficiencia. Desde este punto de vista, la lección principal que Bauman extrae del Holocausto, cuya defensa y difusión es el objetivo último de esta obra, es la necesidad de tomar conciencia de la existencia y los

²² *Idem.*, pp. 39-40.

riesgos de la tendencia del proceso civilizador a emanciparse de consideraciones de tipo normativo.²³

Así las cosas, el empeño disolutorio que hemos comenzado atribuyendo a la modernidad es, en la propuesta baumaniana, un estado transitorio destinado a alcanzar nuevos y mejorados sólidos a los que fijar la humanidad. La modernidad no puede dejar de albergar una aspiración de liquidez, en tanto se entrega a la causa de un perfeccionamiento constante que hace expirar cualquier punto de referencia con pretensiones de duración. Pero justamente por ello, en la medida en que su propensión a la convulsión se enmarca en el propósito de una refundamentación total del edificio de la vida occidental, Bauman se referirá a este periodo como «modernidad sólida», en contraste con cuya naturaleza consolidante postulará la entrada, avanzado el siglo XX, a una sociedad definida por su condición fluida.

La modernidad sólida buscaba re-arraigar a un individuo al que primero había dejado sin atributos. Los dictámenes que habían orientado su vida anterior eran fruto de la superstición y tenían que ser abrogados. Pero no con el fin de inaugurar una era de anomia absoluta, sino de instaurar nuevos fundamentos ciertos, seguros y evidentes que permitiesen al género humano alcanzar su máximo esplendor. El desamparo al que había de conducir la «disolución radical de aquellas amarras acusadas -justa o injustamente- de limitar la libertad individual

²³ *Cfr. Idem*, pp. 50-51 y 239.

de elegir y actuar»,²⁴ compelia a la modernidad a reconfigurar el equilibrio entre libertad y seguridad. De Hobbes a Durkheim, afirma Bauman, el sometimiento -a un monarca, una ley, una serie de ideas o unos patrones de conducta- era considerado condición *sine qua non* para la libertad. Permitía al individuo y a la comunidad afrontar con tranquilidad y seguridad la toma de decisiones y la consiguiente asunción de consecuencias. Pero la protección y aprovisionamiento de certezas que antaño emanaban de la pertenencia pre-consciente a una comunidad dejan de estar al alcance de un individuo puesto a disposición de sí mismo. Varias fueron las estrategias, plantea Bauman, con las que la modernidad sólida hizo frente a este desafío.

En primer lugar, la clase social ofrecía una vía de autoafirmación convencional pero firme, mediante un modelo en el que encajar y los medios para acceder al mismo:

Una vez que el marco social de los rígidos estamentos sociales fue quebrado, la tarea de “autoidentificación” impuesta a los hombres y mujeres de la modernidad temprana quedó reducida al desafío de vivir “fiel a su clase” (“a la altura de sus vecinos”), de adecuarse a los tipos sociales de clases emergentes y modelos de conducta, de imitar, siguiendo un patrón, de “aculturarse”, sin perder el paso ni desviarse de la norma.²⁵

²⁴ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 11.

²⁵ *Idem.*, pp. 37-38. Para una exposición más detallada del proceso de articulación de las clases sociales en la modernidad según lo contempla Bauman, *cf.*: Zygmunt BAUMAN, *Memorias de clase: la prehistoria y la sobrevivida de las clases*, (Buenos Aires: Nueva Visión), 2011.

Y para aquellos cuya clase veía limitados estos recursos, siempre quedaba el aglutinamiento. A los vínculos naturalizados de un momento anterior, expone Bauman, siguieron y sustituyeron los nexos fabricados por sindicatos, asociaciones y diferentes agrupaciones ligadas principalmente al espacio del trabajo.

El antiguo empleado de una fábrica tenía sobradas razones para confiar en empezar y acabar su vida laboral en una misma empresa. Un lugar al que inevitablemente veía pegada su identidad, sus relaciones sociales y el sentido de sus reivindicaciones. A su vez, remarca nuestro autor, la necesidad de convivir -en un contexto anterior a la emancipación del capital respecto al trabajo- forzaba a los diferentes agentes implicados en las relaciones de producción a encontrar la manera de hacer funcional el conflicto y encontrar parámetros de coexistencia: «En síntesis, había límites al grado de desigualdad al que el capital podía sobrevivir... Ambas partes del conflicto tenían un interés personal en evitar que la desigualdad escapara a todo control. Y cada parte tenía un interés personal en mantener al otro en el juego».²⁶

El nacimiento de la economía de tipo capitalista había abanderado, según nuestro autor, la declaración de guerra contra las comunidades tradicionales, desintegrando los antiguos vínculos y redes con ánimo de convertir a los individuos en masa proletaria. Sin embargo, señala Bauman, su administración de tal masa le requirió, como al Estado, la

²⁶ Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral: la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, trad. cast. de Antonio F. Rodríguez, (Barcelona: Paidós), 2015, p. 88.

articulación de mecanismos artificiales capaces de reemplazar el viejo adhesivo social. Sus dos estrategias más exitosas fueron el ritmo artificial pero automatizado con el que el trabajo sincronizaba a los individuos; y la creación de auténticos poblados de trabajadores alrededor de las fábricas, mediante los cuales se reaseguraba la productividad.²⁷ Como resultado, fue alimentada la conciencia de que la autoafirmación individual era un «bien común» que solo por la senda del entendimiento mutuo y la fraternidad podía ser alcanzado. La solidaridad es, de hecho, la marca de la casa que Bauman imprime sobre la modernidad sólida, cuando menos en tanto que medio para la administración de temores creados por ella misma.²⁸

Las «estrategias de individualización» según la clase y el aglutinamiento constituyeron, por tanto, los moldes de referencia para el establecimiento y cultivo de relaciones sociales. Pese a no contar con la irrevocabilidad de los antiguos lazos, acabaron ofreciendo el confort de relaciones profundas y seguras. La todavía relativa estabilidad de un presente cuyo acortamiento no sobrepasaba los límites de toda una vida, otorgaba los contactos interpersonales una expectativa de duración que promovía el cultivo de habilidades como la negociación, el enfrentamiento de colisiones o la paciencia, las cuales a su vez preservaban la facultad humana de crear vínculos complejos y estables. Y si por alguna aciaga circunstancia estos fallaban, siempre quedaba el

²⁷ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, trad. cast. de Jesús Alborés, (Madrid: Siglo XXI), 2009, pp. 28-31.

²⁸ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*, ed. cit., p. 98.

retorno al hogar, al que Bauman se refiere, por contraste con lo que entiende que llegarán a ser, como «oasis de intimidad en medio del desierto árido de la despersonalización» o como «lugar de recreación compartido, de amor y amistad».²⁹

Una de las herramientas que Bauman destaca en esta preservación del tejido social es la comprensión de la modernidad temprana del sentido y función de las relaciones sexuales. En el seno de una sociedad de productores como la sólida: «El amor y el deseo de procrear eran compañeros indispensables del sexo y del *homo faber*, así como las uniones duraderas que ese amor y deseo ayudaban a crear eran los “productos principales”, y no “efectos colaterales”, y menos aún los desechos o despojos de los actos sexuales».³⁰ Gracias a toda una serie de artefactos culturales (códigos de conducta, cargas morales, mitos y misterios, etc.), así como a una ciencia y una industria de la no-concepción en un estadio temprano de desarrollo, el sexo moderno sólido no podía ser, asegura Bauman, un mero acontecimiento fisiológico, sino el despliegue y sublimación del amor, la seguridad, la descendencia o incluso de «el éxtasis y la metafísica».³¹ En caso, además, de que la relación desembocase en gestación, el nacimiento

²⁹ Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, trad. cast. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica), 2011, p. 89.

³⁰ *Idem.*, p. 71.

³¹ *Idem.*, pp. 61 y 69.

tendía a ser asumido como una contribución a las posibilidades económicas familiares y/o como un viaducto a la inmortalidad.³²

Con todo, en su disposición a no confiar en otro orden que no fuese el creado por sí mismo, el Estado moderno fue, en opinión de Bauman, el adalid por excelencia en la gestación de un marco de reapropiación de la pertenencia. Gracias a la sinalefa Estado-Nación, el vacío ocasionado por la quiebra de las comunidades tradicionales fue rellenado por «comunidades imaginadas»³³ que, a su vez, ganaban para el Estado la obediencia, lealtad y cohesión social ansiadas en su búsqueda de legitimidad:

La ficción de la «natividad del nacimiento» [en alusión a Giorgio Agamben] desempeñó un papel primordial en las fórmulas que el nascente Estado moderno desplegó para legitimar su petición de subordinación incondicional de los súbditos (...) Correspondiera o no al poder estatal definir, clasificar, segregar, separar y seleccionar el conjunto de tradiciones locales, dialectos, leyes y formas de vida habituales, difícilmente podría lograrse en su seno algo parecido a la unidad postulada y a la cohesión de una comunidad nacional. Si el Estado fue la culminación del destino de la nación, también fue una condición

³² Cfr. *Idem.*, pp. 62-63.

³³ Cfr. Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. cast. de Eduardo L. Suárez, (México: Fondo de Cultura Económica), 1993; Bauman se servirá de la expresión en diferentes ocasiones, como por ejemplo en *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores* (Barcelona: Paidós, 2007), p. 54 o en *Comunidad* (ed. cit.), p. VIII.

necesaria para que hubiera una nación que reivindicara –en voz alta, con seguridad y eficacia- un destino compartido.³⁴

Las existencias individuales adquieren sentido, más allá de la vida efímera del cuerpo, a través de un objetivo histórico compartido. La proliferación de monumentos a los caídos en la Europa de la primera fase de la modernidad, es para Bauman sintomática de dicha creencia.³⁵

El mantenimiento de la comunidad identitaria nacional requería, como el de la verosimilitud del propio proyecto de progreso, un esfuerzo y una coacción sostenida por parte del Estado. La identidad nacional tenía que ser protegida de los foráneos, pero también de los propios. De hecho, Bauman estima que el fin primero del Estado-Nación no fue tanto afrontar la existencia de enemigos, cuanto hacerse cargo del problema que representaban los extraños.³⁶ La integridad de

³⁴ Zygmunt BAUMAN, *Identidad: Conversaciones con Benedetto Vecchi*, trad. cast. de Daniel Sarasola, (Madrid: Losada), 2005, pp. 50-51.

³⁵ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Miedo líquido*, ed. cit., pp. 54-55.

³⁶ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 97. Para Bauman el judío será la encarnación por excelencia de ese elemento disruptivo que desbarata las pretensiones ordenadoras de los Estados modernos. El judío desafía tanto la nítida separación entre cristiano y pagano, como las fronteras de la Europa de los príncipes, primero, y de las Naciones, después. Ello lo puso en una situación de ambivalencia entre la voluntad de pertenencia y la preservación de las particularidades propias -apuntada ya por Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Alianza, 2006)- que revela y anticipa más que cualquier otro indicador, la propia contradicción interna de la Modernidad entre su defensa de la autodeterminación y la identidad colectiva reclamada y sostenida por Estado Nación. De ahí que llegue a afirmar que: «en su contienda contra la ambivalencia [la cultura moderna] puso a los judíos (como sigue lanzando a otros “extraños”) en una situación de ambivalencia tan profunda y aguda que despoja a la condición humana de sus disfraces particularistas; y a exponer el resultado desnudo de esa ambivalencia que constituye la universalidad de la condición humana moderna; la consecución y bancarrota del proyecto moderno.» (Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 213). Cfr. asimismo *Id.*,

la unidad estado-nacional dependía del esfuerzo por preservarla incontaminada de elementos que cuestionasen la limpidez de la asociación entre un territorio y la posesión de una serie de atributos, ya procediesen aquellos de otras naciones o de la propia. La ley, la lengua y la educación fueron puestos al servicio de este propósito:

el Estado-nación tuvo éxito gracias a la supresión de las comunidades autónomas; luchó encarnizadamente contra el “parroquialismo”, las costumbres locales y los “dialectos”, promoviendo un lenguaje y una memoria histórica unificados a expensas de las tradiciones comunitarias; cuanto más decidida y dura era la *Kulturkämpfe* emprendida y supervisada por el Estado, tanto más éxito logró el Estado-nación en su propósito de producir una “comunidad natural”.³⁷

El énfasis de Bauman en este punto no deja de ser otra forma de dar cuenta del estado de cosas anterior a la escisión entre trabajo y capital que determinará, en la modernidad líquida, la separación entre poder («la capacidad para hacer cosas») y política («la capacidad de decidir lo que hay que hacer»).³⁸ Su posibilidad de constituir una *comunidad imaginada* dependía estrechamente de su aptitud para establecerse en interfaz de las condiciones del capital para adquirir y afrontar los costos del trabajo y de la garantía del buen estado de la mano de obra, así como de ofrecer mecanismos de respuesta a las

Modernidad y Holocausto, ed. cit., pp. 56-63; y Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 112-116.

³⁷ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 184. *Cfr.* también: Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit. pp. 86 y ss.

³⁸ *Cfr. ídem.*, p. 80. Se habla de separación en el sentido de su no confluencia en el Estado-Nación.

eventuales crisis y adversidades. Una posición en la que salió reforzado de la II Guerra Mundial, que confirmaba su papel como:

un “Estado social” que asegurara a todos sus ciudadanos frente a los caprichos del destino, los infortunios individuales y ese temor a la indignidad en cualquiera de sus múltiples formas (ya fuera el miedo a la pobreza, a la exclusión y la discriminación negativa, a la mala salud, al desempleo, a la falta de vivienda o a la ignorancia) que nunca había dejado de acechar a las generaciones de preguerra.³⁹

Es la fijación del capital al suelo, según las demandas de una economía productiva, solo secundariamente financiera, la que permitió que el Estado fuese aquello que las diferentes variantes del modelo postwestfaliano tuviesen en común: «economías dirigidas por el Estado (modelo soviético), reguladas por el Estado (modelo alemán) o estimuladas por el Estado (modelo estadounidense)». ⁴⁰ Es esa territorialidad la que hace de la obsesión moderna por el orden un problema y una práctica de la máxima relevancia tanto política como económica. Algo que empezaría a cambiar en la década de los 70.

I.2 LA TIERRA YERMA DE LA LIQUIDEZ

La particularidad distintiva de las sustancias líquidas es su resistencia a ser fijadas en una u otra forma. La falta de cohesión entre sus moléculas las convierte en entidades volubles de las que es

³⁹ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, trad. cast. de Albino Santos, (Barcelona: Paidós), 2016, p. 19.

⁴⁰ *Ibidem*.

ineliminable la perspectiva de ulteriores transformaciones. Esta es la idea sobre la que Bauman construye su metáfora epocal: «lo que yo he decidido llamar, de manera más precisa, “modernidad líquida”, es la convicción creciente de que el cambio es lo único que permanece, y la incertidumbre, la única certeza.».⁴¹ Semejante conciencia de transitoriedad resulta no solo y no tanto de la disolución en sí misma de las estructuras institucionales, los modelos de acción, los sistemas de creencias, etc. cuanto del fin de la expectativa en una resolidificación de las mismas:

lo sólido no ha dejado de fundirse, y el proceso incluso se ha acelerado alcanzando velocidades sin precedentes, pero la razón de tales fusiones ya no es que los materiales sean insuficientemente sólidos sino que son demasiado sólidos. Ahora ya no se pretende reemplazar los sólidos fundidos por otros más resistentes al paso del tiempo, sino por otros producidos específicamente para que sea más fácil fundirlos, es decir, sólidos más fáciles y rápidos de obtener, además de asequibles a menor precio.⁴²

La disolución da y debe dar paso a más y mejor disolución. En este sentido, la aceleración es a la vez el producto y el medio por el que se constituye la liquidez baumaniana.

⁴¹ Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo? Conversaciones con Michael Hviid Jacobsen y Keith Tester*, trad. cast. de Alicia Capel, (Barcelona: Paidós), 2014, p. 110.

⁴² Zygmunt BAUMAN, *El tiempo apremia. Conversaciones con Citlali Rovirosa-Madrado*, trad. cast. de Elisenda Julibert, (Barcelona: Arcadia), 2010, p. 192.

Pero esta metáfora no solo sirve para designar la inestabilidad por la fundición de lo perdurable, sino también para expresar el triunfo del elemento temporal sobre el espacial.⁴³ En correspondencia con la emancipación típicamente moderna del tiempo respecto al espacio y la naturaleza, la variación líquida de la modernidad culminará en la insignificancia del territorio. Si la época de los transportes modificaba radicalmente el equilibrio entre estas magnitudes, la era digital iguala las distancias en la inmediatez de la conexión y la futilidad del desplazamiento físico. «Cerca» y «lejos» ceden su lugar a «ahora» y «después» manteniendo la relación jerárquica según la cual el primero de los términos debe ser reducido progresivamente al segundo. La nueva conquista es la de la instantaneidad, la nueva velocidad es la inmaterial:

En la época del hardware, de la modernidad pesada, que según los términos de Max Weber era también la época de la racionalidad instrumental, el tiempo era el medio que requería ser cuidadosamente manejado para que los réditos del valor, que eran espaciales, pudieran maximizarse; en la época del software, de la modernidad liviana, la eficacia del tiempo como medio de conseguir valor tiende a aproximarse al infinito, con el paradójico efecto de igualar (más bien para abajo) el

⁴³ Así lo subraya también Diego Fusaro: «De hecho, si en cierto sentido los cuerpos sólidos “anulan” el tiempo, en el sentido de que al examinarlos se puede prescindir del elemento temporal, con los líquidos este se convierte en el elemento fundamental, en la medida en que las descripciones de los fluidos se presentan indefectiblemente, según el énfasis de Bauman, como “instantáneas, que necesitan ser fechadas al dorso”» (Diego FUSARO, *Essere senza tempo*, ed. cit., p. 51). En aquellos casos en que no se indique edición en castellano, la traducción de las citas es nuestra.

valor de todas las unidades que conforman el campo de los potenciales objetivos.⁴⁴

En un momento en que la velocidad es la regla y la inmediatez su secuela, el costoso trabajo de instituir y mantener un orden propio del espíritu jardinero sólido-moderno es un lastre que amenaza el objetivo prioritario de mantenerse en la carrera. Máxime cuando se ha perdido, opina Bauman, la perspectiva de qué o a manos de quién debería hacerse. Las formas de planificación social que han llegado a realizarse han resultado insatisfactorias y, en el camino de consecución y caída de las mismas, lo que se ha asentado es la idea de que toda libertad ha sido alcanzada, con lo que la persecución de grandes *telos* carece de sentido. A ojos de Bauman, el ambicioso proyecto de una república cosmopolita de paz perpetua ha sido sacrificado en beneficio de una globalización estrictamente tocante al comercio, el capital, la coacción o el terrorismo.⁴⁵ Frente a una modernidad en el trajín sempiterno del progreso, la modernidad líquida, en ausencia de seguridades a largo plazo y heredera del fracaso de las promesas comunista y liberal, se abandona a la gratificación inmediata, asumiendo que aquello que se desea ha de tenerse aquí y ahora o no merece una inversión que, en cualquier caso, no garantiza su efectiva consecución. Con un tiempo que ya no es atajo hacia el éxito, el futuro, aquel espacio codiciado que había acaparado la mirada de la Modernidad sólida, pierde toda su fuerza directriz en beneficio del instante presente:

⁴⁴ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 127.

⁴⁵ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Miedo líquido*, ed. cit., p. 125.

En la cultura de casino la espera va en desmedro del deseo, pero la satisfacción del deseo también debe ser breve, debe durar sólo hasta que sea arrojada la próxima bola, debe ser tan breve como la espera, no sea que en vez de re-alimentar y estimular el deseo -la recompensa más codiciada en el mundo regido por la estética del consumo-, lo extinga.⁴⁶

A la imposibilidad del diseño por la inestabilidad del presente se anuda entonces la saturación del gusto por la espera. El sacrificio del presente en pos de un futuro más perfecto se convierte ahora en la constatación de una desafortunada circunstancia de hecho. Ya no se trata de postergar la satisfacción como un signo de virtud moral, sino de la experiencia de que el goce desaparece tan pronto como se lo alcanza. La sociedad moderna líquida ve intensificarse por igual la búsqueda de placer y su insatisfacción.⁴⁷

La pérdida de protagonismo del trabajo condensa, de alguna manera, el sentido global del cambio de gramática temporal de dos épocas marcadas ambas por el emblema de la aceleración. «Si existe algún criterio eficaz para distinguir entre las fases “líquidas” y “sólidas” de la modernidad (esto es, para ordenarlas por orden de aparición), ese

⁴⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 169. Para el concepto de «cultura de casino», cfr. Francis G. Steiner, *En el castillo de Barba Azul aproximación a un nuevo concepto de cultura*, trad. cast. de Alberto L. Budo (Barcelona: Gedisa), 1991. Aunque no podemos ahondar en las tesis que allí se exponen dada su recentísima fecha de aparición, cabe mencionar que en su última obra, de publicación póstuma, Bauman volverá sobre el lugar del futuro en la sociedad occidental contemporánea. Allí afirma que este ha perdido su dimensión utópica en favor del pasado y aduce, entre otras, la defensa ante la acrecencia del ritmo de vida como explicación de semejante cambio. Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Retrotopía*, trad. cast. de Albino Santos, (Barcelona: Paidós), 2017.

⁴⁷ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 167-170.

es sin duda el cambio tanto en el propósito manifiesto como en el latente que hay detrás del esfuerzo». ⁴⁸ La sociedad de productores con la que Bauman identifica la modernidad sólida es potencialmente totalitaria porque entiende el cumplimiento de la historia hasta su desenlace feliz como el producto de su propia capacidad y acción para definir y garantizar este mismo desenlace. Bauman asegura que:

Entre las muchas razones en virtud de las cuales el trabajo ha sido elevado a la categoría de máximo valor de los tiempos modernos, su extraordinaria habilidad, casi mágica, para dar forma a lo informe y duración a lo efímero se destaca como la más prominente. Gracias a esa habilidad, el trabajo se ha ganado con justicia una función clave, incluso decisiva, en la moderna aspiración a subordinar, doblegar y colonizar el futuro para reemplazar el caos por el orden, y la contingencia por una secuencia predecible (y por lo tanto controlable) de acontecimientos. [...] Y el “trabajo” así definido fue el esfuerzo colectivo en el que cada uno de los miembros de la humanidad debió tomar parte. ⁴⁹

En este sentido, la separación entre el poder económico y la política que acontece con la modernidad líquida es también, en el marco baumaniano, la renuncia a hacer del trabajo el medio para alcanzar el orden perfecto, lo que a su vez indica la renuncia a convertir el futuro en el producto de un diseño y de un compromiso colectivo. De este modo, el desistimiento en la propensión a la abnegación es una consecuencia derivada de la reformulación radical del espacio público,

⁴⁸ Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., pp. 110-111.

⁴⁹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 146.

resultante de la emancipación del capital respecto del trabajo. No es que hayan alcanzado una independencia absoluta, pero sí han sustituido, observa Bauman, su enlace «hasta que la muerte nos separe» por la mucho más frágil unión por conveniencia. Si en la modernidad sólida la dependencia que el trabajador mantenía respecto a la contratación iba de la mano de la dependencia del capital hacia esta contratación, el universo líquido decanta la subordinación, unilateralmente a favor del capital, aligerado de deberes y responsabilidades.⁵⁰

En este marco, la amenaza del capital con su permanente posibilidad de huida ejerce una presión tal sobre los agentes políticos locales, que la única tarea significativa a la que acaban abocados es, según señala nuestro autor, la búsqueda de las mejores condiciones para la libre empresa (impuestos bajos, flexibilidad laboral, regulación medioambiental laxa, etc.). Incapaz de ofrecer alternativa ante la desastrosa perspectiva de que si la inversión económica parte, el trabajo se queda huérfano, la política queda completamente hipotecada: «Como nunca antes, la política de hoy es un tira y afloja entre la velocidad con la que el capital se mueve y la cada vez más disminuida capacidad de acción de los poderes locales».⁵¹ La separación entre los canales de decisión sobre qué acciones deben emprenderse y la capacidad para llevar a término tales resoluciones, es el rasgo singular de la crisis actual respecto a las precedentes. En la nueva dinámica:

⁵⁰ *Cfr. Idem.*, p. 159.

⁵¹ *Idem.*, p. 160.

«Los representantes de los Gobiernos más poderosos se reunirán cualquier viernes para debatir y decidir la línea correcta de acción, solo para esperar, temblorosos, hasta que la Bolsa abra el lunes para descubrir si su decisión tiene alguna posibilidad de perdurar», una marcha tendente a su autopropulsión y aceleración.⁵²

El abismo que se abre entre poder y política en la modernidad líquida cristaliza así en una redefinición de los encuentros y tensiones entre las dimensiones local y global del poder. La agenda política local obtiene a un tiempo la necesidad y responsabilidad de corregir problemas cuya procedencia, sin embargo, es global (medio-ambiente, inmigración, asilo, terrorismo...); y la restricción de su poder de acción por la impotencia de instituciones desfasadas a la hora de hacer frente a las presiones de un capital extraterritorial, veloz e huidizo. Ello se debe en gran medida a que los Estados se encuentran presionados por las fuerzas contradictorias del electorado local y los flujos globales, que ejercen sobre aquel el efecto incapacitador de una camisa de fuerza.⁵³

El principal perjudicado de la desregulación y privatización de esta separación entre poder y política, ha sido a ojos de Bauman la transformación del trabajo en mercancía. En las nuevas condiciones de velocidad creciente del cambio a todos los niveles, el Estado resulta un

⁵² *Cfr.* Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit., p. 107; *cfr.* también Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., pp. 24-34.

⁵³ *Cfr. Idem.*, p. 32 y 53-4. Hay que tener presente que Bauman utiliza el epíteto «local» en su más estricto significado de perteneciente o relativo al lugar, de manera que en su uso adquiere tanto una adscripción estatal, como por ejemplo en *Modernidad líquida* (ed. cit.), pp. 196-19; cuanto el sentido de un espacio urbano, como ocurre en *Tiempos líquidos* (ed. cit.), pp. 118-119.

aparato demasiado anquilosado para hacer frente a la reconversión laboral, que se transfiere por ello a las manos del mercado de consumo, que lo cede, a su vez, al individuo:

Esta tarea ha sido exonerada de toda responsabilidad gubernamental directa debido, totalmente o en parte, a la terciarización a manos de empresas privadas del marco institucional imprescindible para la provisión de los servicios esenciales que permiten que el trabajo sea vendible (por ejemplo, en el caso de la escolaridad o de la vivienda, el cuidado de los ancianos, y la creciente variedad de servicios médicos). Así que la tarea general de preservar *en masse* las cualidades que hacen del trabajo algo vendible se convierte en preocupación y responsabilidad de individuos.⁵⁴

Así las cosas, concluye Bauman, el Estado moderno sólido con el anverso de la Nación en calidad de «arma principal en el logro de soberanía territorial y poblacional», se ha agotado como entidad política, dejando al individuo la carga testamentaria de ocuparse de su provisión de seguridades y certezas y cediendo al mercado el dominio sobre los recursos para administrar esta protección.⁵⁵

Con la modernidad líquida, la fundición de sólidos destinada a sustituir la heteronomía de los individuos por su autoafirmación ha alcanzado una culminación tal, que todo residuo de enraizamiento o de predeterminación ha sido sustituido por infinitas posibilidades que cambian constantemente. Según estima Bauman, no es que se hayan

⁵⁴ Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, trad. cast. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, (Madrid: Fondo de Cultura Económica), 2007, pp. 20-23, aquí p. 21.

⁵⁵ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Miedo líquido*, ed. cit., p. 13.

suprimido las autoridades, sino que, facultadas en número indefinido, tienden a cancelarse entre sí dejando la autoridad finalmente al propio agente de la elección. El individuo se erige como único criterio de elección entre infinitas opciones de mejora en el arduo cometido de confeccionar un proyecto del que él mismo será centro y fuente exclusivos de recursos. De este modo, aquellas tareas y responsabilidades que antaño pertenecían a las instituciones y al espacio público en general, han sido incorporadas a las alforjas del sujeto a la hora de afrontar una emancipación que continúa, con todo, siendo imperativa. Los sujetos viven híper-atribulados por la tarea de encarar, en solitario y sin red, las contingencias y contradicciones sociales ligadas a su ejercicio de auto-afirmación, de modo que, en paralelo a la antítesis entre aumento de necesidad y responsabilidad, por un lado, y disminución, por otro, de la eficacia de los medios de acción que afecta a la política: «El abismo que se abre entre el derecho a la autoafirmación [individuo *de iure*] y la capacidad de controlar los mecanismos sociales que la hacen viable o inviable [individuo *de facto*] puede alzarse como la mayor contradicción de la modernidad fluida».⁵⁶ Es la lucha del diseño arquitectónico contra lo informe, solo que esta tensión contenida en el espíritu moderno mismo, según Bauman da cuenta de él, ya no es una batalla pública, sino una pugna individual contra riesgos y problemas socialmente producidos.

Así pues, la nuestra es una versión privatizada de la modernidad donde la disolución de los sólidos se ha redirigido a la conexión entre

⁵⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 43.

las elecciones particulares y los planes y actuaciones colectivos. Si la solidaridad había mitigado las pérdidas por la producción de sujetos desnaturalizados propia de la modernidad sólida, la competencia es el síntoma de la precariedad que caracteriza la búsqueda líquida de felicidad:

Nosotros, individuos por decreto del destino, parecemos abandonados a nuestros propios recursos individuales, terriblemente inadecuados frente a las grandiosas tareas que afrontamos, y frente a las tareas aún más imponentes a las que sospechamos que seremos expuestos a menos que encontremos una forma de detenerlos. En el fondo de todas las crisis que proliferan en nuestro tiempo yace la crisis de los medios y de los instrumentos de acción efectiva. Y su derivada: la enojosa, exasperante y degradante sensación de haber sido condenados a la soledad frente a los peligros compartidos...⁵⁷

Si el estado social ayudó, según Bauman, a articular el proletariado como clase combativa, el poder moderno líquido, desprendido de la política, favorece su disgregación y, con ella, la emergencia de una nueva unidad social bautizada por Guy Standing como «precariado».⁵⁸ La desconexión entre problemas socialmente compartidos y la exigencia de autodeterminación individual es el adhesivo que mantiene a esa nueva clase internamente unida en su dispersión:

⁵⁷ Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit., p. 81.

⁵⁸ *Cf.* *idem.*, p. 89. Bauman toma de Bourdieu la idea y expresión de una «política de la precarización». *Cf.* Pierre BOURDIEU, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, trad. cast. de Joaquín Jordá, (Barcelona: Anagrama), 2000; y Guy STANDING, *El precariado, una nueva clase social*, trad. cast. de Juan Mari Madariaga, (Barcelona: Pasado y Presente), 2013.

Lo que “une” al precariado, integrando a ese conjunto extremadamente variado [los antiguos proletariado y clase media] en una categoría cohesiva, es la condición de extrema desintegración, pulverización y atomización. Independientemente de su procedencia y denominación, todos los precarios sufren, y cada cual sufre solo.⁵⁹

Y ello al tiempo que el precariado actual incluye a la gran mayoría de la población (desempleados con bajo nivel de estudios, los que temen serlo en una próxima oleada de recortes, licenciados universitarios que no alcanzan a encontrar un puesto acorde a su formación, etc.). La pregunta que entonces se impone es si el precariado es susceptible de ocupar el lugar de agente histórico que, según Bauman, antaño ocupase el proletariado:

Podemos suponer, sin embargo, que donde el “estado social” pretendió responder a esta cuestión de forma positiva, la presión concentrada de los actuales Gobiernos y órganos intergubernamentales en los recortes del gasto social (...) se concibe, de forma deliberada o por defecto, con el objetivo de tornar poco plausible, cuando no manifiestamente imposible, una respuesta positiva.⁶⁰

Hoy en día, constataba Bauman hace más de una década, la flexibilidad es la norma que marca una vida laboral llena de incertidumbre, distinguida por los contratos precarios, la manumisión de los despidos y la sospecha insalvable de la propia prescindibilidad. En estas condiciones, con un trabajo que ya no es para toda la vida y

⁵⁹ *Idem.*, p. 85.

⁶⁰ *Idem.*, pp. 89-90.

una aportación personal perfectamente reemplazable, las razones para establecer vínculos con el espacio de trabajo y aquellos que lo ocupan, descienden hasta vaciar de sentido cualquier tipo de acción colectiva. La sustitución de las antiguas uniones por lazos artificiales durante la modernidad sólida, da paso pues, con la modernidad líquida, a la transmutación del interés común en una idea confusa e insostenible. El agrupamiento se limita a un agregado de islas individuales donde los problemas no se re-significan ni se vuelven más abordables al ser tratados en reunión, confirmando así en el contacto la soledad de la que se partía. De ahí, deduce Bauman, el éxito de los *chat-shows*, espectáculos televisivos en los que el lenguaje público se pone al servicio de las dificultades privadas sin que, por ello, estas dejen de serlo. De hecho, es justamente esta figura audiovisual la que según nuestro autor mejor condensa el sentido actual del espacio público:

Lo que está ocurriendo actualmente no es tan solo una nueva renegociación de la móvil frontera entre lo privado y lo público. Parece estar en juego una redefinición de la esfera pública como plataforma donde se ponen en escena los dramas privados, exponiéndolos a la vista del público.⁶¹

La liquidez determina una sociedad sinóptica en la que muchos observan a unos pocos bajo el supuesto de que las preocupaciones individuales son las únicas a tener en cuenta. Y no es para menos, concede Bauman, en un contexto fluido, en el que el sujeto vive tan

⁶¹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit. p. 75; también en Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 169-171.

sobrecargado de inquietudes, abandonado como está a su propia suerte, que los asuntos privados acaban fagocitando todo el contenido del discurso político. La modernización ha desembocado en una «sociedad confesional» caracterizada por:

haber borrado los límites que otrora separaban lo privado de lo público, por haber convertido en virtudes y obligaciones públicas el hecho de exponer abiertamente lo privado, y por haber eliminado de la comunicación pública todo lo que se niegue a ser reducido a una confidencia privada, y a aquellos que se rehúsan a confesarse.⁶²

La antigua amenaza expansionista de la esfera pública en aras de una sociedad más perfecta que mantenía a la Teoría Crítica en una beligerante defensa de la autonomía y la particularidad, se ha invertido actualmente para dar lugar a la colonización de lo público a manos de lo privado.⁶³

⁶² Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., p. 14.

⁶³ Como Bauman tratará de mostrar con especial énfasis en *Modernidad líquida*, el cambio en el carácter de la crítica tiene que ver con el cambio en la propia naturaleza de la Época Moderna. La modernidad sólida objeto de la Teoría Crítica clásica era homogeneizadora y amenazaba, por ello mismo, la autonomía humana, cuya defensa era, por consiguiente, el principal cometido de trabajos como los de Adorno y Horkheimer. La liberación de la autonomía individual ha dejado de ser, sin embargo, el principio del fin del problema, en un contexto en el que es el espacio público el que demanda auxilio. Conscientes de los peligros de la totalidad de los hechos históricos, declara Bauman, debemos tomar conciencia ahora de los peligros de su carencia. Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 30-58 y Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 53, 146 y 187-188. Con todo, Bauman no deja de reconocer la permanencia de un riesgo para la autonomía individual derivado de esa misma conversión del espacio público en mero confesionario: «Un logro en absoluto menor de la sociedad de la confesión es que conduce a la destrucción de la autonomía individual tras la bandera de la autoafirmación. A esto equivale la identificación de la comunidad con la conversión de las revelaciones personales en espectáculos públicos.

Profusamente cargado de tareas pendientes y frustraciones que solo desde sí mismo debería poder resolver, no es extraño, pues, que el individuo líquido de esta modernidad privatizada abandone la sofisticación de los diseños a largo plazo y restrinja sus expectativas a la potencia gratificadora del instante presente. Bauman juzga que el universo social que se desarrolla en estas condiciones alimenta una comprensión mutua entre los seres humanos modelada según el arquetipo de los objetos de consumo.⁶⁴ La pauta de la satisfacción inmediata extiende también a las relaciones sociales una forma de desear que es a un tiempo imposible de ser saciada y, a la vez, víctima de una satisfacción excesiva: «se supone y espera que “las posibilidades románticas” (y no solo las “románticas”) fluctúen cada vez con mayor velocidad entre multitudes que no decrecen, desalojándose entre sí con la promesa “de ser más gratificante y satisfactoria” que las anteriores».⁶⁵ El hombre sin atributos de la Modernidad sólida se ha convertido en el hombre sin vínculos de la Modernidad líquida. Se complace en escoger libremente sus propios lazos y, especialmente, en no abandonarse a la

El efecto anunciado y encomiado como el triunfo de la individualidad se reduce en la práctica a la escapada de los dolores y de los tormentos de la individualidad a costa de la renuncia a sus retos y oportunidades. La “individualidad” acaba limitándose al acto de ofrecer individualmente lo que todo el mundo se afana por ofrecer, y en referir las experiencias propias en palabras que se puedan entender fácilmente, ya que son las que todo el mundo utiliza. En última instancia, se busca la “individualidad” a través de la asfixia de toda idiosincrasia acicalada y pulida privadamente.» (Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 170-171). Volveremos sobre la cuestión de la autonomía en el capítulo final.

⁶⁴ «ese marco existencial que conocemos como “sociedad de consumidores” se caracteriza por refundar las relaciones interhumanas a imagen y semejanza de las relaciones que se establecen entre consumidores y objetos de consumo» (Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., p. 24).

⁶⁵ Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido*, ed. cit., p. 13.

fe en su duración prolongada, poco confiable y nada idónea en un mundo sujeto al cambio constante. Bauman se sirve del «estar conectado» como condensación del nuevo modelo de unión, en oposición al «relacionarse» genuino de la modernidad sólida, en clara suspicacia respecto a la contribución de las innovaciones tecnológicas realizadas en el campo de las relaciones sociales.⁶⁶ La conexión se inicia y se finaliza a voluntad, con la mayor facilidad y sin otro criterio que el cálculo de costos-beneficios que requiere su mantenimiento. El «facilismo del mercado» envicia en la costumbre de elecciones seguras, sin compromiso de futuro y sin exigencia de reciprocidad.⁶⁷ Los costos se mantienen a raya gracias a que la idiosincrasia de la conexión misma -facilidad para entrar y salir, distancia física, posibilidad de evitar el

⁶⁶ *Cfr. Idem.*, pp. 85-90; *cfr.* también: Zygmunt BAUMAN, *Identidad*, ed. cit. p. 59 y ss.; Ernesto CASTRO, Javier LAREU y Zygmunt BAUMAN, «La gota que colma el vaso. Encuentro con Zygmunt Bauman», *Revista de Occidente*, n° 364 (2011), pp.105-119; y Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 168-169. De la misma manera, en *Ceguera Moral* Bauman cuestiona la funcionalidad activista de las redes sociales, relativizando la versión extendida de su gran peso en acontecimientos como las protestas en Teherán por las elecciones fraudulentas de 2009 y alertando de los peligros de la vigilancia a través de estos medios, como lo probaría la propia actuación del gobierno iraní en reacción a dichas protestas. *Cfr.* Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit., pp. 75 y ss. *Sociofobia: el cambio político en la era de la utopía digital* (Madrid: Capitán Swing, 2013), de César Rendueles, avanza en la misma línea. En el caso de Bauman, ello se añade a su insistente crítica de una falaz mundialización de dichas estrategias de participación, por cuanto: «un 88% de los “internautas” viven en países ricos que sólo albergan al 17% de la población mundial; además, en esos países ricos, el acceso de la clase obrera -no hablemos ya de los marginados- a Internet es menospreciable y muy probablemente así va a continuar. El advenimiento de la informática no ha hecho más que ahondar el abismo existente entre los países desarrollados y los subdesarrollados, así como entre los poderosos y los indolentes, en el seno de cualquier sociedad actual.» (Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 186-187).

⁶⁷ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., pp. 30-31.

enfrentamiento de conflictos, etc.- no puede por más que producir, considera Bauman, vínculos superficiales y poco duraderos. Como en la esfera del aprovisionamiento de objetos, la cantidad compensa el desmedro de la calidad e impone una necesidad de permanecer conectado que ni atiende al contenido del enlace, ni contempla límites a su libre sustitución. Nuestro autor entiende que el corolario de tal situación es la caída en desuso de las habilidades de cultivo obligado en una sociedad donde los enlaces no podían disolverse con tanta facilidad, a resultas de lo cual se retroalimenta la imposibilidad de relaciones profundas y duraderas.⁶⁸

El esquema se reproduce en el terreno de las relaciones sexuales. Liberado de todos los sólidos que lo acompañaban, de todas las cargas morales y metafísicas que servían para administrarlo, el sexo se torna, a ojos de Bauman, el arquetipo de la libertad del individuo en la modernidad líquida. Ya no responde necesariamente ante el amor ni ante la reproducción. El principal criterio para su práctica es la mera obtención de placer en el marco de instantaneidad que los tiempos marcan. La ilusión de fusión perfecta que Bauman toma de Erich Fromm para dar cuenta de la naturaleza última del sexo, se enfrenta a la necesidad de levedad que impone la sospecha de la existencia de más y mejores oportunidades. En el seno de esta tensión, el *homo sexualis* vive la experiencia acechado por la incertidumbre y por una satisfacción que nunca es completa. La imprecisión del rol que cabe atribuir al compañero sexual genera angustia, la sospecha de que cada opción

⁶⁸ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido*, ed. cit., p. 90.

tomada es una renuncia a otras posibilidades mantiene en alerta y la instantaneidad de la gratificación hace descuidar lo que ocurre en beneficio del simple hecho de que ocurra. El momento de mayor libertad sexual es también el momento de mayor sobrecarga emocional para el individuo enfrentado al sexo. Tanto es así que Bauman llega a afirmar que:

Esas viejas y supuestamente anticuadas compañeras del sexo eran quizás sus apoyos necesarios (necesarios no en cuanto a la perfección técnica del rendimiento, sino por su potencial de gratificación). Quizás las contradicciones que la sexualidad entraña endémicamente no sean más fáciles de resolver (mitigar, diluir, neutralizar) en ausencia de sus “ataduras”. Quizá esas ataduras no eran pruebas del malentendido o el fracaso cultural, sino logros del ingenio cultural.⁶⁹

En cuanto a su dimensión reproductiva, el gran riesgo y sacrificio que entraña un plan de futuro de semejante magnitud, en una época en que el porvenir se mira con desconfianza y la paciencia en la persecución del goce es escasa (se demora la frustración, no así la gratificación), traslada del sexo a la medicina la cuestión de la descendencia. El nacimiento de un hijo ya no es ni un acontecimiento imprevisto ni una respuesta a demandas sociales, sino una decisión sujeta a los apetitos y necesidades del consumidor, cuya viabilidad tiene que contar con la seguridad que la ciencia de la natalidad proporciona.⁷⁰

⁶⁹ *Idem.*, p. 70.

⁷⁰ *Cfr. Idem.*, pp. 59-82.

Si los nacimientos se tecnifican, la muerte, por su parte, se trivializa. En un ensayo como *Miedo líquido*, Bauman tiende un puente entre el carácter efímero de las relaciones humanas y una mortalidad que, a fuerza de ser una presencia constante, se vuelve un personaje anodino en la trama de la sociedad fluida. Incapacitado como está para concebir el mundo sin su propia presencia, la experiencia más a mano de la que dispone para hacerse cargo del carácter definitivo e irrevocable de la muerte, plantea nuestro autor de la mano de Jankélévitch, es la pérdida de una persona cercana y querida.⁷¹ En este sentido, la mera finalización de una relación es *per se* una experiencia a pequeña escala y preparatoria de esa pérdida definitiva, una «experiencia de la muerte de segundo grado». Pero con esta modernidad líquida en que todo pasa y nada dura, la vivencia cotidiana de la repetición infinita de la despedida le resta importancia a una pérdida que pese a su carácter definitivo, es neutralizada por banalización:

vivir en un mundo moderno líquido del que se sabe que solo admite una única certeza (la de que mañana no puede ser, no debe ser y no será como es hoy) supone un ensayo diario de desaparición, disipación, borrado y muerte, lo que, indirectamente, significa también, por tanto, un ensayo del carácter “no definitivo” de la muerte, de resurrecciones recurrentes y reencarnaciones perpetuas...⁷²

⁷¹ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Miedo líquido*, ed. cit., p. 61.

⁷² *Idem.*, p. 15; también en: Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 172.

La nueva concepción de la muerte basada en la fragilidad de las relaciones humanas se desvincula de todo lo que tenga que ver con la eternidad y se inserta en el flujo de una vida para la que ya no puede constituir un final irrevocable. Una idea de la muerte que ya no radica en la limitada vida del cuerpo -que ahora, comparativamente, representa una entidad duradera- ni nos permite establecer un puente entre finito e infinito -como un tránsito a otro mundo o como un acceso a la eternidad de la fama, personal o por delegación-. La única infinidad que ahora se reconoce, señala Bauman, es la de las posibilidades ilimitadas que se encienden y se apagan delante de uno, en un ciclo renacimiento-muerte-renacimiento integrado en la propia vida, donde el ensayo metafórico de pequeñas muertes reiteradas le sustrae a la defunción su índole concluyente, pero instala al individuo en un permanente campo de batalla:

No existe inmunidad ni modo eficaz alguno de reclamar nuestros derechos (y, aún menos, de ejercerlos) porque no hay reglas universalmente reconocidas que invocar, ni obligaciones o prohibiciones firmemente arraigadas en creencias comunes y eficientemente fomentadas por prácticas igualmente comunes a las que recurrir para demostrar convincentemente que el veredicto de exclusión -nuestra “muerte metafórica”- no estaba justificado y debería anularse.⁷³

Así pues, habiendo pagado por su libertad el precio de una soledad radical, privado de control sobre un presente y un futuro que se mueven en perpetua aceleración, carente de tiranos tangibles contra los

⁷³ Zygmunt BAUMAN, *Miedo líquido*, ed. cit., p. 65.

que revelarse e inmerso en el juego de unas relaciones sociales volubles, el sujeto de la modernidad líquida existe en una condición de orfandad que el Estado-Nación ya no llega a resolver. Este ya no es capaz de contestar a un centro de poder que le ha sido sustraído, se ha ocultado y cambia constantemente de madriguera; como tampoco es capaz por más tiempo de movilizar desde la tribuna de la política. Ya no está en su mano abanderar un movimiento de progreso del que tampoco se tiene claro en qué tendría que consistir. A resultas de ello:

En un Estado que ha dejado de ser un puente seguro para trascender la prisión de la mortalidad individual, el llamado a sacrificar el bienestar individual, y hasta la vida individual, por la preservación de la gloria del Estado suena vacío y grotesco, e incluso cómico. El romance de siglos entre la Nación y el Estado toca a su fin (...) Podemos decir que la nación, que solía ofrecer un sustituto de la comunidad en la época de la *Gesellschaft*, se retrotrae ahora a la época anterior de la *Gemeinschaft*, en busca de un patrón que pueda imitar como modelo.⁷⁴

El desarrollo de las posibilidades de la autonomía humana, la liberación radical de los obstáculos a no obedecer otra norma que las impuestas por uno mismo, no ha comportado un desarrollo equivalente en los mecanismos de compensación para la indigencia inherente a esta misma autonomía. No al menos, sostiene nuestro autor, en el plano institucional. Por el contrario, si la realización *de facto* del individuo *de iure* se ha desregulado, si la nuestra es una versión privatizada de la modernidad, la utopía de una reunión humana

⁷⁴ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 196.

en perfecto equilibrio entre libertad y seguridad se ha desplazado, afirma Bauman, de la agenda política a la comunidad vecinal diseñada en términos étnicos. Los individuos con recursos tratan de compensar el sentimiento de inseguridad generalizada con intentos de recrear hogares de protección y fraternidad en medio del terreno inestable de la modernidad fluida. Bauman considera que estas «comunidades realmente existentes» han reducido su alcance al barrio residencial, pero han mantenido la búsqueda de pureza propia de enlaces que como el étnico tratan de aislar los elementos de discrepancia. Son comunidades que se distinguen por sus límites antes que no por su contenido. Se ofrecen como promesa de refugio solo a costa de unas estrictas fronteras que les permiten erigirse en contrapunto a todo aquello que no son ellas mismas. Dentro de sus muros tiene que reinar la calma, con lo que la violencia se dirige hacia un afuera hostil que justifica su propia existencia y vehicula una visión demonizada de los que habitan ese exterior. Como en la comunidad étnica, el encuentro entre «nosotros» y «los otros» pesa por la articulación de una diferencia irrelevante si se da en el interior, pero insalvable si se manifiesta en el exterior.⁷⁵ Sin embargo, a diferencia de la comunidad étnica, estas nuevas agrupaciones ponen en manos de sistemas de vigilancia profesionales, como expresión de un privilegio, la tendencia fratricida que, según Bauman, acompaña a toda realidad comunitaria.

⁷⁵ *Cfr. ídem.*, pp. 183-192.

La tendencia a reconquistar espacios de sentido comunal es, de acuerdo con nuestro autor, una respuesta previsible a la fluidificación de las condiciones de vida:

Para nosotros en particular, que vivimos en tiempos de rivalidad y competencia sin tregua, cuando la gente que nos rodea parece ocultarnos todas sus cartas y pocas personas parecen tener prisa por ayudarnos, cuando en contestación a nuestros gritos de auxilio escuchamos exhortaciones a cuidar de nosotros mismos, cuando sólo los bancos que codician hipotecar nuestras posesiones nos sonríen o están dispuestos a decir “sí” (e, incluso esto, sólo en sus departamentos comerciales, no en sus oficinas principales), la palabra comunidad tiene un dulce sonido. Evoca todo lo que echamos de menos y lo que nos falta para tener seguridad, aplomo y confianza.⁷⁶

Con la caída en desgracia de la idea de bien común y con las habilidades, hábitos y motivaciones para la negociación de intereses periclitadas, la identidad étnica gana para sí todo el atractivo y credibilidad que antaño se disputaba o compartía, según el caso, con el Estado a la hora de proporcionar un enclave seguro y familiar. Este modelo comunitario, asegura Bauman, continúa proporcionando la tranquilidad de una pertenencia que rehúye el cálculo racional del individuo, puesto que representa un pacto anterior a todo acuerdo y ajeno a las acciones y elecciones que puedan llevarse a cabo con posterioridad.⁷⁷ De este modo, un ser sometido a la continua lucha por proveerse de un sí mismo en un universo sobresaturado de opciones y

⁷⁶ Zygmunt BAUMAN, *Comunidad*, ed. cit., p. VII.

⁷⁷ Cfr. *ídem.*, p. 4; así como: Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, pp. 115-117.

en cambio constantemente acelerado, obtiene el preciado don de ser solo por nacer. Pero a diferencia de lo que ocurría en la modernidad sólida, esta «natividad por nacimiento» que entonces era movilizaba en aras de la obediencia y la cohesión, funciona ahora allende la capitalización por parte del Estado.

En la exposición de Bauman el vigor que el modelo étnico de comunidad adquiere en la modernidad líquida procede de su ausencia de implementación, pese a la inspiración que de él obtienen las comunidades vecinales antes descritas. En un mundo que difícilmente toleraría las muestras de atemporalidad, incondicionalidad o renuncia al axioma de la libertad personal, la ausencia de realización práctica de la comunidad étnica permite mantener intacto el sueño de un hogar seguro y familiar, sin sacrificar parcelas de autonomía al confort de una identidad que solo puede existir como ilusión.⁷⁸ No es que esta pérdida sea producto del paso de un estado sólido a uno fluido. Nuestro autor es de la opinión que la comunidad siempre fue una postulación antes que una realidad. No obstante, es particular de este momento histórico el que, más allá de la duda sobre si podría llegar a realizarse, se impone a los que la invocan la duda sobre su auténtica conveniencia. Por ello, matiza Bauman, la solución ensayada actualmente para conciliar libertad y seguridad en el contexto líquido acaba traducéndose en «comunidades de guarda-ropa» (o «comunidades de Carnaval», «comunidades de ocasión», «comunidades estéticas» o «comunidades de perchero», como indistintamente se refiere a ellas):

⁷⁸ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Comunidad*, ed. cit., pp. VIII-9.

Las “comunidades de semejanzas”, predeterminadas pero a la espera de ser reveladas y colmadas de sustancia están dando lugar a las “comunidades de ocasión”, que supuestamente se originan en torno a eventos, ídolos, pánicos o modas: puntos focales más diversos que comparten el rasgo de una expectativa de vida más breve.⁷⁹

Mucho más al orden del día, depuradas de tendencias solidificantes, las comunidades ocasionales permiten dar salida a la necesidad de pertenencia en función de un interés común que es temporalmente resaltado del resto, a la vez que por su fugacidad no amenazan el impulso hacia una libertad radical:

Se trata de comunidades fantasma, comunidades ilusorias, comunidades *ad hoc*, ambulantes, la clase de comunidades que uno siente que integra por el simple hecho de estar donde hay otros presentes, o por lucir símbolos u otros emblemas de intenciones, estilos o gustos compartidos. Y son comunidades *con vencimiento* (o al menos reconocidamente temporarias) de las cuales uno “se cae” ni bien la multitud se dispersa, pero de las cuales también podemos retirarnos antes de lo previsto ni bien nuestro interés comience a mermar.⁸⁰

El principal escollo de este tipo de agrupaciones, considera Bauman, es que lejos de calmar la soledad radical del sujeto o de contribuir a superar la brecha entre autonomía *de iure* y *de facto*, agotan y dispersan la energía social que podría producir uniones humanas genuinas. No es extraño entonces que, con una licuefacción

⁷⁹ Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido*, ed. cit., p. 22.

⁸⁰ Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., p. 152

redirigida a las fibras que mantenían hilado el tejido social, el reto del nuevo siglo se cifre en gran medida en «recolectivizar las utopías privatizadas de la “política de vida” de modo que éstas vuelvan a ser visiones de una «sociedad buena» y de una “sociedad justa”». ⁸¹

⁸¹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 57.

II. HISTORIA CONCEPTUAL, ACELERACIÓN Y MODERNIDAD. LEER A BAUMAN DESDE KOSELLECK

II.1 LA PRETENSIÓN HISTÓRICO-CONCEPTUAL DE *MODERNIDAD LÍQUIDA*

Bauman arranca *Modernidad líquida* poniéndose como tarea el peritaje sobre ciertos conceptos escogidos por haber ejercido en el pasado de marcos narrativos para la condición humana.⁸² Partiendo de la hipótesis de que esos conceptos están simultáneamente operativos y extintos, toda la obra está vuelta, según declara su autor en el Prólogo, a averiguar qué margen de disponibilidad de los mismos puede afirmarse en las actuales circunstancias históricas. Los conceptos seleccionados son: «emancipación»,⁸³ «individualidad», «trabajo», «comunidad» y el par «tiempo/espacio». Por su parte, el método con el que se declara

⁸² Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 14. También para lo que sigue.

⁸³ Es llamativo que Koselleck será el autor de la entrada «emancipación» en el diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe : Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (en adelante *GG*), editado junto a Otto Brunner y Werner Conze (Stuttgart: Klett-Cotta, 1990-1997); así como de un denso *excursus* sobre dicho concepto («Desplazamiento de los límites de la emancipación. Un esbozo histórico-conceptual») en: Reinhart KOSELLECK, *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, trad. cast. de Luis Fernández, (Madrid: Trotta), 2012, pp.113-130.

que serán abordados pasa por la indagación diacrónica de las transformaciones sufridas por sus significados e implementaciones. Sin embargo, el desarrollo efectivo de este cometido dista considerablemente del proceder invocado, que el mismo Bauman reconoce efectuado solo de manera fragmentaria y preliminar. Más que una indagación sobre los conceptos señalados, lo que encontramos es un recurso puntual al lenguaje dentro del tratamiento de la emancipación, la individualidad, el trabajo, la comunidad o el tiempo y el espacio en tanto que encabezamientos fijados por nuestro autor para recortar y rotular unas u otras dimensiones de la derivación líquida de la modernidad sólida.

Dentro de su revisión del concepto «trabajo», por ejemplo, Bauman se hace cargo de una serie de variaciones léxicas que, siguiendo a Nigel Thrift, serían sintomáticas del tipo de élites que le corresponden a la modernidad líquida. El carácter global, extraterritorial y descomprometido de los focos de poder en este periodo se manifiesta en el uso, por parte de sus integrantes, de metáforas relativas al baile y el surf para describir sus acciones, así como en la preferencia por términos como «culturas», «redes», «equipos» y «coaliciones» para las funciones que anteriormente desempeñaba la palabra «ingenierías»; o la supresión del campo semántico referente al control, el liderazgo y la administración, en beneficio del más laxo «influencias».⁸⁴ Del mismo modo, en el seno de la aproximación al concepto de «comunidad», Bauman recurre

⁸⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 64.

nuevamente a un estudio – en este caso el de Jim MacLaughlin sobre «Nation-building, social closure and anti-traveller racism in Ireland»- que se apoya en transformaciones semánticas para denotar un cambio al nivel de las estructuras sociales, que involucran tanto las condiciones materiales en que tienen lugar determinadas prácticas, como la comprensión del contenido y agentes de las mismas. Encontramos aquí la supresión de los epítetos «primitivo» y «natural» de la definición de «nómada» y la transposición de este término al tipo de experiencia propia de las élites líquidas, con su subsiguiente cambio de connotación.⁸⁵

No se trata de casos aislados. Ya en obras anteriores Bauman había reivindicado el cultivo de una «hermenéutica sociológica del término», que clarificaría las estrategias sociales mediante el desvelamiento de la apropiación que con miras a su auto-expresión realizarían éstas de ciertos conceptos.⁸⁶ Y había apoyado su exposición del carácter y evolución del universo moderno en la acuñación, uso y transformación de ciertas categorías, como la preferencia de la Francia decimonónica por el sufijo «-iser» (*civiliser*, *centraliser*, *fédéraliser*, etc.) -que siguiendo a M. Frey, Bauman interpreta como indicador de la recién estrenada creencia en la naturaleza moldeable de la realidad-; o la ampliación del concepto de «cultura» para contener, primero, a modo de receptáculo metafórico, los nuevos mecanismos de reproducción social y

⁸⁵ Cfr. *Idem.*, pp. 197-198. También en pp. 18 y 209.

⁸⁶ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 146, donde esta estrategia se echa en falta a la hora de esclarecer los usos del concepto «asimilación».

finalmente, a partir del siglo XVIII, sin apelación a la metáfora, el resultado de la «formación del espíritu».⁸⁷

También en obras posteriores Bauman solicitará el patrocinio de las mutaciones en el significado de los conceptos para sostener sus tesis respecto a metamorfosis extralingüísticas producidas en el paso de una a otra fase de la Modernidad. Tal vez el ejemplo más representativo sean los apuntes sobre los vaivenes sufridos por el concepto de «utopía» en la conclusión a *La sociedad sitiada*, retomados posteriormente en el ensayo «Living in Utopia».⁸⁸ Como en el planteamiento de *Modernidad líquida*, aquí aquilata la actualidad del concepto, solo que orientado en este caso a evaluar la persistencia de la confianza en un futuro socialmente programado y construido, consubstancial al concepto de utopía en su concreción sólido-moderna. Con este fin, se señalan algunos hitos de su desarrollo para acabar concluyendo que, simétricamente a la diagnosticada privatización del progreso, el concepto de utopía habría restringido su aplicación al ámbito de los proyectos individuales.

Más allá de una ejecución que a la vista de estos ejemplos parece considerablemente limitada en proporción a la magnitud del cometido

⁸⁷ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e Intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, trad. cast. de Horacio Pons, (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes), 1997, pp. 130 y ss.

⁸⁸ «Living in Utopia» se presentó en la London School of Economics el 27 de octubre de 2005 y fue incluido como capítulo 5 de la obra de 2006 *Tiempos líquidos* (ed. cit.). El caso del concepto de utopía nos parece especialmente significativo para nuestros propósitos, dado que también ha sido objeto del trabajo de Koselleck, por ejemplo en: «Sobre la historia conceptual de la utopía temporal» en su *Historias de conceptos*, ed. cit., pp. 171-188.

que el propio Bauman se impone, tomada como enfoque de trabajo, su pretensión de poner en el centro de la investigación una selección de conceptos a los que se les supone la capacidad de hacerse cargo del cambio histórico, mantiene puntos de contacto insoslayables con la historia conceptual koselleckiana.

II.2 HISTORIA CONCEPTUAL COMO MÉTODO

El intento baumaniano de escrutar los avatares de la modernidad a través de la suerte corrida por un pequeño grupo de conceptos presupone, con independencia de lo efectivamente llevado a cabo, una visión de la historia del concepto como portador de información privilegiada en lo que al acontecer histórico se refiere. Tanto la supervivencia de conceptos utilizados durante la primera fase de la modernidad para, según Bauman, expresar la forma humana de estar en el mundo, como sus mutaciones semánticas, iluminan la permanencia o caducidad de estructuras sociales y la toma de postura respecto a las mismas de los actores implicados. Así, por ejemplo, Bauman traba la caducidad contemporánea del significado asignado al concepto de emancipación durante la modernidad sólida, a modificaciones producidas en el ámbito de la historia social y la política (como la creciente individualización, la crisis del Estado-Nación, etc.) y a una pérdida por parte de los sujetos de la voluntad de enmarcar su proyecto de vida en la gestación de una sociedad que responda a

criterios de bondad y justicia.⁸⁹ O también la revisión del carácter beatífico del concepto tradicional de «pobre» en los albores del siglo XVII es tomada como síntoma de la quiebra del orden social pre-moderno y de la decrepitud de sus mecanismos de control.⁹⁰

El concepto baumaniano corresponde entonces a la articulación lingüística de una experiencia histórica sostenida en estructuras cuya modificación, por consiguiente, no puede más que generar alteraciones semánticas. Con esto Bauman se ubica en el aprovechamiento del aumento de rédito que Koselleck le atribuye a una historia social partícipe de los resultados de la historia conceptual.⁹¹

Como herramienta auxiliar para el trabajo de la historia social, la historia conceptual ayuda a poner al descubierto situaciones y procesos extratextuales cuyo carácter, sin embargo, queda contenido en el lenguaje. Impone con ello el requisito metodológico de no sobrepasar en la investigación de los acontecimientos políticos y sociales pasados, el propio horizonte conceptual y la forma particular de entender la praxis lingüística de los implicados en esa época y esos sucesos. Ello se volverá además especialmente relevante, según apunta Koselleck, a

⁸⁹ Para la afirmación de la obsolescencia del significado moderno-sólido de emancipación, *cf.*: Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 54; y, en general, el capítulo dedicado a este concepto para la descripción de las nuevas condiciones de las que esa metamorfosis se evidencia. Volveremos sobre esta cuestión en el último capítulo.

⁹⁰ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e Intérpretes*, ed. cit., p. 64.

⁹¹ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, trad. cast. de Norberto Smilg, (Barcelona: Paidós), 1993, p. 113. *Cf.* en general, para este tema y lo que sigue, todo el capítulo V de esta obra («Historia conceptual e Historia social», pp. 105-126).

partir de la Revolución Francesa, puesto que el carácter anticipatorio de los conceptos y la abstracción que ganarán con el aumento de complejidad del contexto de su uso, acentuarán la pugna semántica dentro de los conflictos políticos y sociales –todo sobre lo cual volveremos más adelante– y harán más necesaria, si cabe, la clarificación sobre los significados puestos en juego por los diferentes sectores en disputa. Tratada entonces como «crítica de las fuentes», la historia conceptual proporciona una información y unas exigencias metodológicas que interpelan directamente a una investigación como la que Bauman trata de llevar a cabo. Da cuenta de ello, por ejemplo, su exhortación a no extrapolar a etapas anteriores el significado moderno de los conceptos de «orden» y «caos» y, con ellos, el problema social y político al que remiten tras la caída del Antiguo Régimen.⁹²

No obstante, lo que en el caso de este autor motiva el recurso a los conceptos parece ser más bien, según lo ya apuntado, la productividad de los cambios semánticos a lo largo del tiempo y no tanto la voluntad de evitar el anacronismo o de contextualizar los hallazgos de su investigación. Es el principio diacrónico –junto al sincrónico, otro de los pilares del método subyacente al diccionario *GG*, como atestigua la Introducción al mismo redactada por el catedrático de Bielefeld-⁹³ el

⁹² Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 23.

⁹³ Cfr. Reinhart KOSELLECK, Introducción al *GG* en: Luis FERNÁNDEZ TORRES, «Un texto fundacional de Reinhart Kosellec. Introducción al *Diccionario histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*», *Revista anthropolos: Huellas del conocimiento*, n.º 223 (2009), pp. 92-105, aquí pp. 100-101; Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 113.

que centra el interés de Bauman por los conceptos, valiendo también para él la afirmación koselleckiana de que:

La permanencia, el cambio o la novedad de los significados de las palabras tienen que ser concebidos, sobre todo, antes de que sean aplicables a estructuras sociales o a situaciones de conflicto político, como indicadores de contenidos extralingüísticos.⁹⁴

Hay, por consiguiente, una confluencia entre historia y lenguaje sobre la base de la cual este último puede constituirse en portal de acceso a aquélla. Ahora bien, esta confluencia admite diferentes modulaciones.

II.2.1 Historia y concepto

Koselleck afirma reiteradamente que la convergencia entre historia y concepto es el tema de la historia conceptual.⁹⁵ La distinción entre palabra y concepto apuntala la relación que el alemán establece entre aquellos dos elementos. El concepto, a diferencia de la palabra, es irreductiblemente plurívoco, dado que tiene como referente un contexto socio-político completo, con lo que convoca en un mismo espacio significativo una multiplicidad de contenidos diferentes.⁹⁶ La

⁹⁴ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 115.

⁹⁵ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, Introducción al *GG* (ed. cit.), p. 11; *Futuro pasado*, ed. cit., p. 118.

⁹⁶ *Cfr. ídem.*, pp. 116-117. Un ejemplo paradigmático aportado por el propio Koselleck es el término «Estado», que llega a ser un concepto en el momento en que en él se reúne una pluralidad de elementos como poder, territorio, ciudadanía,

manifestación terminológica en virtud de la cual el concepto está necesariamente unido a la palabra, no implica entonces una identidad entre ambos. Del hecho de que se condense en una palabra para llevar a una unidad lingüística lo que originalmente era una multiplicidad empírica, no se sigue la reducción del uno a la otra.⁹⁷ Tanto es así que el mismo contenido conceptual puede haber sido portado por diferentes palabras (piénsese en los términos «autodeterminación», «autonomía» y «emancipación» en el contexto del pensamiento kantiano)⁹⁸ y una misma palabra haber albergado diferentes concentrados de significado (como le ocurre al término «revolución»).⁹⁹

Koselleck trae a colación la máxima nietzscheana que decreta la imposibilidad de definir aquello que tiene historia, con la que conecta la indefinibilidad del concepto. Este: «Agavilla la diversidad de la experiencia histórica y una suma de referencias objetivas teóricas y prácticas en una relación que como tal sólo está dada y es realmente experimentable mediante el concepto».¹⁰⁰ Así pues, son los propios

legislación, jurisprudencia, administración, impuestos o ejército. *Cfr. Id.*, Introducción al *GG* (ed. cit.), pp. 10-11.

⁹⁷ *Cfr. ibidem.*

⁹⁸ *Cfr.* Faustino ONCINA, Nerea MIRAVET y Héctor VIZCAÍNO (eds.), *Conceptos nómadas: Auto-determinación*, (Valencia: Publicacions de la Universitat de València), 2014 y el propio *excursus* de Koselleck sobre «emancipación» antes referenciado.

⁹⁹ También Bauman se protege contra el equívoco de la identificación entre semejanza de forma y continuidad de significado. De este modo, advierte, por ejemplo, de las diferencias de significado que esconde el término «civilité» tanto en el plano sincrónico (en función del distinto uso que de él hacen la nobleza cortesana y los hombres de letras en los albores de la modernidad) como en el diacrónico (defiende que en el despliegue de la Ilustración pasará de código de conducta propio de la élite a resultado de un esfuerzo de transformación del ser humano mediante la educación). *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., pp. 132-136.

¹⁰⁰ Reinhart KOSELLECK, Introducción al *GG*, ed. cit., p. 11.

conceptos los que permiten que la historia llegue a ser tal gracias a su acción mediadora en la tirante relación entre ésta y el lenguaje:

Sin acciones lingüísticas no son posibles los acontecimientos históricos (...) Pero ni los acontecimientos ni las experiencias se agotan en su articulación lingüística”, de tal modo que “mientras ocurre y después de suceder, cualquier historia es algo diferente a lo que nos pueda proporcionar su articulación lingüística; pero eso diferente solo puede hacerse cognoscible en el medio del lenguaje.¹⁰¹

Por tanto, ni el concepto en su condensación terminológica es un reflejo perfecto y pasivo de la realidad histórica, ni ésta se subordina a su determinación lingüística:

Entre el concepto y el estado de cosas existe más bien una tensión que tan pronto se supera como aparece de nuevo o parece irresoluble. Continuamente se puede advertir un hiato entre las situaciones sociales y el uso lingüístico que tiende a ellas o que las trasciende. La transformación del significado de las palabras y la transformación de las cosas, el cambio de situación y la presión hacia nuevas denominaciones, se corresponden mutuamente de formas diferentes.¹⁰²

¹⁰¹ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 287-288; también en pp. 207-208 y 255; cfr. asimismo Reinhart KOSELLECK y Hans G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, (Barcelona: Paidós/ICE), 1997, p. 93.

¹⁰² Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 119. Koselleck se distancia así de Gadamer negando la denominada ontología universal del lenguaje, sin caer por ello, como se expondrá a continuación, en una lectura materialista. Como trata de mostrarse en el desarrollo de este apartado, desde la perspectiva de Koselleck hay una tensión irresoluble entre lenguaje e historia. Cfr.: Reinhart KOSELLECK y Hans G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, ed. cit.; y Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES, «Historia conceptual, memoria e identidad (I) Entrevista a Reinhart Koselleck», *Revista de Libros*, nº 111 (2006), pp. 19-22, aquí 24-25. Cabe

Intenta así dar al traste con el dilema entre idealismo y materialismo desde una perspectiva que se reivindica estrictamente epistemológica y beligerante contra toda forma de monocausalismo.¹⁰³ La voluntad expresa de Koselleck no es la de esclarecer el rango del concepto dentro de una reflexión más amplia sobre las propiedades del Ser, sino la de encontrar aquel modo de conocimiento que permita hacerse cargo del tiempo histórico sin incurrir en una estática historia de las ideas (Dilthey, Meinecke) ni convertir la articulación lingüística de los contextos históricos en mera plasmación del curso de unos hechos ajenos a su conceptualización (Marx).¹⁰⁴ Ambas posturas relegan el concepto a una posición accesoria, ya sea en beneficio del espíritu o de los procesos materiales y no constituyen una herramienta pertinente para captar la compleja relación entre inercia e innovación.

En el caso de la *Ideengeschichte* la recurrencia de ciertos nombres sirve de pretexto para la construcción de entidades artificiales -las ideas- a las que se concede el privilegio de mantenerse idénticas a sí mismas pese a los cambios en las condiciones sociales o los contextos

señalar a este respecto que algunos comentaristas han criticado la interpretación koselleckiana de las tesis de Gadamer. El objeto de controversia es la afirmación gadameriana de que «El ser que puede ser comprendido es lenguaje» (*Verdad y método*, trad. cast. de Ana Agud y Rafael de Agapito, (Salamanca: Ediciones Sígueme), 1997 p. 567). La enmienda interpretativa insiste en que Gadamer está afirmando la restricción a lenguaje del ser que puede ser comprendido, no así la explicación del hecho que pueda ser entendido sobre la base de su reducción a lenguaje. *Cfr.* Donatella DI CESARE, *Gadamer*, (Bologna: Il Mulino), 2007, pp. 12-16.

¹⁰³ Así lo afirma en *Stichwort: Begriffsgeschichte*, citado en Diego FUSARO, *L'orizzonte in movimento : modernità e futuro in Reinhart Koselleck*, (Bologna: Il Mulino), 2012, p. 87.

¹⁰⁴ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit, pp. 118-119 e Id., Introducción al *GG*, ed. cit., pp. 11-12.

intelectuales, cuya investigación se vuelve por ende, como también señalará Quentin Skinner, un desvío injustificado.¹⁰⁵ Desde esta perspectiva, el cambio conceptual pierde todo su peso tanto considerado en sí mismo (puesto que en el fondo sería aparente), cuanto considerado en su rol de mero indicador de transformaciones sociales y políticas (las cuales le serían ajenas).

Por su parte, una investigación estrictamente centrada en los hechos suprime la tensión entre lenguaje e historia mediante una reducción del concepto a mera representación pasiva de la realidad histórica. Si la investigación en torno al modo en que la experiencia de una época se concentra en sus conceptos no debe ceñirse a un estudio preparatorio para la historia social, es porque los conceptos no son simples epifenómenos de esta última, sino que inciden activamente en el desarrollo de la misma. Para la *Begriffsgeschichte* koselleckiana el concepto es a un tiempo índice y factor de la experiencia histórica,¹⁰⁶ recoge y refleja sus transformaciones pero es también una fuerza dinámica en la gestación de las mismas. De ahí que su función semántica no pueda ser derivada sin más de la historia factual. Pensemos al respecto en el concepto «progreso». Al apuntar a un proceso de rebasamiento del presente en beneficio de un futuro diferente y mejor, no solo indica un proceso de rápidas mejoras que efectivamente se produjo en el mundo occidental particularmente a

¹⁰⁵ Cfr. Quentin SKINNER, *Lenguaje, política e historia*, ed. cit., pp. 109-110.

¹⁰⁶ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 118, 206, 288-289; *Id.*, Introducción al *GG*, ed. cit., p. 2.

partir del siglo XVIII; también fomentó esa misma transformación forzando a la realidad a amoldarse al contenido del concepto.

Esta naturaleza bifronte adquiere además una especial relevancia en el proceso de configuración de la modernidad. De acuerdo con Koselleck, la Revolución Francesa funge como detonante ejemplar de una merma en la organización social vigente a causa de la cual se pierde el carácter manifiesto de las unidades sociales y políticas de acción y de la forma de referirse a ellas. A partir de este momento, con mayor intensidad que en cualquier otra época, el concepto se convierte en el agente de maneras de posicionarse ante la realidad socio-política que solo mediante su acuñación llegan a existir.¹⁰⁷ Es el caso, por ejemplo, de conceptos como «liberal» o «progresista».

El aumento de la complejidad en las estructuras sociales, políticas, económicas, técnicas, etc. aumenta igualmente el grado de abstracción de muchos conceptos, justamente en un intento de llegar a captar esa misma realidad compleja. Pero cuanta mayor generalidad y abstracción, mayor el abanico de postulantes a colmar y encarnar el sentido del concepto, lo que acabará, asegura Koselleck, por convertirlos en consignas y atizar la pugna por su correcta interpretación y uso. La dificultad estriba, además, en que no se trata de captar hechos en curso, sino de prefigurar lingüísticamente lo que está, o se espera que esté, por acontecer. En terminología koselleckiana, disminuye el contenido de experiencia de los conceptos, para aumentar proporcionalmente su

¹⁰⁷ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 206 y 328-331.

contenido de expectativa. Son paradigmáticos de este proceso los conceptos acabados en -ismo, aquellos que, según el alemán: «sobrestiman perspectivísticamente el movimiento histórico en el futuro, para justificar la acción aliada con él». ¹⁰⁸ Así, un concepto como el republicanismo kantiano parte solo en cierta medida de los hechos disponibles y completa el grosor de su espacio de referencia aludiendo al desplazamiento por el que cierto orden político pasará de la concepción a la realización. De este modo, la acción política actual cobra sentido y justificación como garantía de un futuro que se anticipa y se desea. En este sentido Koselleck asegura que los conceptos políticos y sociales fundamentales comparten una referencia esencial al movimiento, diferenciándose únicamente en el ritmo y dirección a seguir, de ahí que pueda afirmar igualmente que «el tiempo mismo se convirtió en pretensión de legitimación utilizable universalmente». ¹⁰⁹

Por tanto, desde la *Begriffsgeschichte* se persigue la clarificación de transformaciones extralingüísticas desde la conciencia de que el medio en el que esta búsqueda es posible, estriba en los conceptos. O si se prefiere, a la inversa, de la definición de concepto aportada -una suerte de concentración heterogénea de experiencia histórica- se sigue que, al estudiar los conceptos y sus metamorfosis, se está ya siempre estudiando la propia realidad histórica y sus cambios. El concepto constituye entonces una suerte de trascendental kantiano que hace

¹⁰⁸ *Idem.*, p. 111; *cf.* también pp. 323-325 y 355.

¹⁰⁹ *Idem.*, p. 324. Sin duda podemos emparentar con ello la preferencia, señalada anteriormente, que Bauman atribuye al lenguaje decimonónico francés por la acuñación y uso de verbos procedimentales. *Cf.* p. 81.

posible la historia sin ser derivable de la misma.¹¹⁰ La indefinibilidad del concepto opera ella misma como condición de toda representación histórica posible, en la medida en que en su plurivocidad ofrece acceso a todo aquello que, estando allende el acontecimiento, permite sin embargo dotarlo de sentido. Pero justamente a causa de esta incompletud infranqueable, se da la tensión entre historia y concepto que motiva la reivindicación de una historia sensible pero no reducible a los resultados de la historia del espíritu y la historia factual.

No solo se trata de que los acontecimientos existan también más allá del lenguaje, sino de que las condiciones para que estos se den tienen que ver asimismo con elementos estructurales que, al igual que esos acontecimientos, ni pueden ofrecerse fuera de la mediación lingüística, ni se disuelven completamente en ella. Son procesos a largo plazo que se anclan en estructuras pre y extralingüísticas y, por tanto, no pueden deducirse de texto alguno. Koselleck define estas estructuras como contextos que condicionan la libre combinatoria de los sucesos, de modo que se establecen como condiciones de posibilidad de los mismos, bien que solo son aprehensibles en su seno.¹¹¹ Por tanto: «la emergencia de lo nuevo se piensa siempre como el resultado,

¹¹⁰ No en balde, en «Historia de los conceptos y conceptos de historia» Koselleck recuerda que: «Como afirma Kant, no hay experiencias sin conceptos y, por supuesto, no hay conceptos sin experiencias.» (*Ayer*, 53/2004, pág. 28).

¹¹¹ *Cfr.*: Reinhart KOSELLECK y Hans G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, ed. cit. particularmente el apartado «Histórica y hermenéutica» (pp. 86-94); *cfr.*: asimismo Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., capítulos VI y VII.

momentáneo y contingente, de un complejo campo de tensión entre diferencia y repetición».¹¹²

Los ejemplos que nuestro autor aporta involucran realidades de diferente profundidad y ritmo de cambio. Van desde los sistemas jurídicos y las formas de producción a una serie de esquemas básicos, de raíz antropológica, que de diferentes maneras se hacen presentes en toda historia.¹¹³ Esta, podemos decir, está formada por una

¹¹² Luca SCUCCIMARRA, «Historia de los conceptos y transición epocal», trad. cast. de Héctor Vizcaíno, en: Faustino ONCINA y Ana GARCÍA VARAS (eds.), *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*, Valencia: General de Ediciones de Arquitectura, 2017, pp. 12-31, aquí p. 17. Esta posición plantea sin duda un problema que Elías J. Palti ha sabido señalar de forma clarividente: «La pregunta que surge, sin embargo, es cómo es posible que un concepto se revele contra sus mismos presupuestos (ningún concepto, dice, “puede ser tan nuevo que no esté virtualmente constituido en la lengua dada y no tome su sentido de un contexto lingüístico heredado del pasado”); en definitiva, cómo es posible el cambio en la historia conceptual.» (Introducción de Elías J. Palti, a Reinhart KOSELLECK, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, trad. cast. de Daniel Innerarity, (Barcelona: Paidós/ICE), 2001, pp. 18-19). La atribución al concepto de un carácter activo, de una capacidad para rearticular tramas de sentido, estaba llamada a responder a esta pregunta. Sin embargo, para explicar cómo pueden llegar a producirse esas rearticulaciones, la dimensión de factor del concepto no basta y Koselleck recurre a la historia social, al plano de la corta duración, del acontecimiento, frente al cual la historia conceptual representa la larga duración. De este modo, opina Palti, Koselleck se ve finalmente forzado, para explicar la aparición de novedades en la historia, a reconocer un plano allende el orden conceptual, cosa que traiciona su propia teoría. Esto se debe, en opinión del argentino, a que la *Begriffsgeschichte* koselleckiana aún no ha conseguido desembarazarse completamente de las limitaciones propias de las viejas historias de las ideas porque sigue funcionando en el marco de la filosofía de la conciencia que la remite al viejo dilema entre idealismo y materialismo.

¹¹³ Esto último define el ámbito de la Histórica, la teoría koselleckiana dedicada a desentrañar la pregunta por las condiciones de posibilidad de toda historia. En su respuesta a esta pregunta, Koselleck contesta, por un lado, a la analítica existencial heideggeriana, cuyas determinaciones fundamentales de la finitud y la historicidad le parecen insuficientes como principios para una fundamentación de historias. *Cf.* Reinhart KOSELLECK y Hans G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, ed. cit., el apartado «Histórica», pp. 70-85, aquí p. 72; y por el otro, se separa de la primacía que la hermenéutica adquiere en Gadamer al plantear una serie de condiciones de

superposición de capas dinámicamente disonantes. En un primer nivel encontramos el cambio a corto plazo motivado por las acciones y reacciones cotidianas. El segundo estrato lo forman tendencias a medio plazo que, a diferencia de las acciones, son impermeables al control de los actores históricos (crisis económicas, procesos bélicos, efectos de la innovación técnica, etc.). Frente a ellos, la tercera veta representa un mayor nivel de profundidad, definido por el carácter duradero de las constantes antropológicas a las que ya nos hemos referido.¹¹⁴ No hay que confundir el plano de la larga duración con una línea estática de

posibilidad para las historias que están más allá del lenguaje y, como tales, determinaran cualquier interpretación. *Cfr. Idem.*, pp. 86-94 y la nota 102 de esta tesis. Frente a ambos, Koselleck propone un elenco de cinco oposiciones fundamentales (morir/matar, amigo/enemigo, interior/exterior [secreto/publicidad], antes/después [padres/hijos], arriba/abajo [amo/esclavo]), de raíz antropológica y, no obstante, susceptible de ser ulteriormente ampliado. En un nivel de generalidad superior, experiencia y expectativa constituyen las categorías básicas a las que estas otras remiten para ser concebibles, de ahí que se las considere «la condición humana universal» (Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 336). Con posterioridad este quinteto quedará reducido a una tríada formada por los tres últimos pares antitéticos. *Cfr.* Reinhart KOSELLECK y Carsten DUTT, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», trad. cast. de Faustino Oncina, *Isegoría*, 29 (2003), pp. 211-224, aquí p. 212; Faustino ONCINA, «Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada», en Faustino ONCINA y José Manuel ROMERO, José Manuel (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, ed. cit., pp. 3-28, aquí especialmente p. 21.

¹¹⁴ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, «El futuro ignoto y el arte de la prognosis», en: Id. *Aceleración, prognosis y secularización*, trad. cast. de Faustino Oncina, (Valencia: Pretextos), 2003, pp. 73-96; e *Id.*, «Estratos del tiempo» en su obra homónima. Es evidente en este punto la influencia de Fernand Braudel. En su obra *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949), Braudel presenta una concepción de la temporalidad sostenida en tres niveles, de cuyo entrelazamiento surge el proceso histórico: el tiempo estructural de la historia, el tiempo rítmico y el tiempo evenemencial. El propio Koselleck ha hecho explícita esta herencia en «Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte. Sperrige Reflexionen. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Wolf-Dieter Narr und Kari Palonen», en: Jussi KURUNMÄKI y Kari PALONEN, (eds.), *Zeit, Geschichte, Politik*, (Jyväskylä: University of Jyväskylä), 2003, pp. 9-33.

repetición de los mismos acontecimientos. Refiere más bien a la constancia de condiciones iguales para diferentes acontecimientos.¹¹⁵

Es en el ámbito de los conceptos en el que de acuerdo con Koselleck la transformación de esas estructuras se vuelve accesible. La estratificación del tejido histórico koselleckianamente entendido se deposita en los conceptos históricos. En su aspiración a pervivir más allá de las transformaciones sociales y en las oscilaciones a las que, sin embargo, se ven sometidos, los conceptos «contienen posibilidades estructurales, tematizan la simultaneidad de lo anacrónico, que no puede reducirse a una pura serie temporal de la historia».¹¹⁶ Koselleck aduce el ejemplo de la transformación de la *societas civilis* en una entidad conscientemente separada del Estado, la «sociedad civil» (*bürgerliche Gesellschaft*), un dato histórico notable al que solo es posible acceder desde la historia conceptual.¹¹⁷

La tensión entre lenguaje e historia es entonces equivalente a la tirante complementariedad entre historia social e historia conceptual, donde tampoco los elementos puestos en relación son reducibles entre sí. En palabras del alemán:

En la práctica hay numerosos hechos o modos de comportamiento que aparecen antes de su denominación lingüística, como aquellas que sólo mediante su captación lingüística se convirtieron en fenómenos

¹¹⁵ Reinhart KOSELLECK «Historia de los conceptos y conceptos de historia», art. cit., p.29. También insiste en ello en la entrevista con Carsten Dutt, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», art. cit., p. 215.

¹¹⁶ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 151.

¹¹⁷ Reinhart KOSELLECK, Introducción al *GG*, ed. cit., p.9.

históricos. La captación lingüística apunta en ambas ocasiones a procesos que se encuentran más allá del movimiento lingüístico, pero que sólo pueden asumirse y comprenderse una vez que se ha tratado la transformación misma del concepto. Esto es lo que esta historia de los conceptos busca conseguir. Es decir, remite a la transformación estructural de la historia —en este sentido es una ayuda para las ciencias sociales—, pero sólo en el ámbito de los conceptos —en este sentido se basa en su propia teoría.¹¹⁸

II.2.2 Universo lingüístico y cambio de experiencia

Unida a su particular invocación a los conceptos, Bauman sostiene, por su parte, la radical lingüisticidad de la experiencia humana del mundo:

la expresión “universo lingüístico” es un pleonasma. El universo en el que cada uno de nosotros vive sólo puede ser “lingüístico” ... hecho de palabras. Las palabras iluminan las islas de las formas visibles en el oscuro mar de lo invisible, y marcan los dispersos sitios relevantes dentro de la masa informe de lo insignificante.¹¹⁹

Es la función ordenadora del lenguaje la que con sus designaciones, clasificaciones y trazado de relaciones permite convertir un medio indiferenciado en un entorno significativo. Bauman encarna en este punto la postura típicamente hermenéutica, de acuerdo con la cual el humano es simultáneamente receptor y constructor lingüístico del

¹¹⁸ *Idem.*, p. 12.

¹¹⁹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 218.

mundo. La suya es una existencia histórica, porque crea e interpreta la realidad en un mismo gesto, mediante el lenguaje.¹²⁰ El mundo se comporta como una suerte de gran texto cuyos valor y significado dependen de la interpretación que realizamos mediante el universo de sentido vehiculado por el lenguaje en el que siempre ya estamos (ideas, prejuicios, categorías, expectativas...).

Esta cercanía respecto a la hermenéutica no es algo que tengamos que deducir de sus planteamientos -ambivalentes a este respecto, como veremos- sino que él mismo puso en valor en una obra de 1978 (*La hermenéutica y las ciencias sociales*) el umbral que para el desarrollo de las ciencias sociales y, particularmente, para la sociología, suponían los debates mantenidos en el ámbito de la hermenéutica, en tanto que enfoque filosófico y no como mera disciplina de la exégesis. La obra en cuestión se pretende un compendio de algunas de las respuestas más logradas que desde la tradición intelectual alemana se dieron a lo que Bauman denomina «el desafío de la hermenéutica»,¹²¹ a saber, la necesidad de hacer frente a la inconclusividad de la comprensión en el intento de fundamentar el conocimiento de lo histórico y lo social. O si

¹²⁰ Así define la hermenéutica Koselleck en *Historia y hermenéutica*, ed. cit., p. 86.

¹²¹ Bauman justifica sus criterios de selección aduciendo que la tradición alemana fue la más sensible al órdago que la hermenéutica lanzó a la autoreflexión en el seno de las ciencias sociales. Así, comparativamente: «Los padres de las ciencias sociales francesas tuvieron muy poco en cuenta las peculiaridades de la realidad social condicionada por el carácter subjetivo de la acción social, y eran sumamente indiferentes a la complejidad de la estrategia investigativa.» (Zygmunt BAUMAN, *La hermenéutica y las ciencias sociales*, (Buenos Aires: Nueva visión), 2002, p. 14).

se quiere, a la brecha que, según Bauman, Dilthey abrió, contra sus propios propósitos, entre comprensión y verdad.¹²²

Pero Bauman no se detiene en la consideración de la especificidad de las ciencias humanas y sociales o en la profundización sobre su método propio, sino que parece acompañar a Heidegger un paso más allá:

Las palabras dividen el mundo en la clase de objetos nombrables y resaltan la familiaridad o su enemistad, su cercanía o su distancia, su afinidad o su mutuo alejamiento -y por ser lo único que existe elevan todos esos artefactos al nivel de realidad, *la única realidad que existe*.¹²³

Realidad y significado se coimplican y puesto que el significado es una atribución del lenguaje, solo de aquello que es articulado lingüísticamente puede decirse con propiedad que existe. Es decir, no es solo que el universo humano esté mediado necesariamente por el lenguaje, sino que se vacía completamente en este, «por ser lo único que existe». Como consecuencia, la concurrencia entre concepto e historia se establece en un plano ontológico. No es que un determinado

¹²² *Idem.*, p. 43.

¹²³ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 218. La cursiva es nuestra. Con la alusión a Heidegger nos referimos a la ampliación de las tesis de Dilthey realizada por éste, de acuerdo con lo cual la interpretación trascendería la mera definición procedimental de las ciencias del espíritu para convertirse en modo de ser del humano, realizando con ello, como se sugiere también en Bauman, un paso de la epistemología a la ontología. A este respecto cfr. *Ser y tiempo* (Madrid: Trotta, 2009), especialmente apartado 32 («Comprender e interpretación», pp. 167-172). Para el modo en que Bauman entiende la aportación de Heidegger a la hermenéutica y, por extensión, en el marco de sus intereses, al análisis interno de las ciencias sociales, cfr. «La comprensión como actividad de la vida: Martin Heidegger», en Zygmunt BAUMAN, *La hermenéutica y las ciencias sociales*, ed. cit., pp. 143-164.

contexto se ofrezca y sea experimentable solo gracias a la intervención del concepto, sino que, ateniéndonos a la formulación citada, Bauman no reconoce otra realidad que la contenida en esa misma intervención.¹²⁴

Esto que se declara no da cuenta, sin embargo, del tipo de enfoque que nuestro autor pone efectivamente en juego. De hecho, su proceder no solo no sugiere una concepción tan extrema de la condición lingüística del universo humano, sino que desatiende incluso la faceta de factor del concepto. Con ello se ve llevado a desaprovechar gran parte del potencial que le brinda a la historia social una historia conceptual entendida como disciplina autónoma, a la hora de abordar el tránsito a la modernidad. El concepto es tomado en aquélla, según señalamos anteriormente, como un principio activo de cambio histórico a través del cual se materializan las pretensiones de arbitrio sobre el orden que debe caracterizar a la sociedad y la política modernas. Una aspiración a la que el propio Bauman concede un lugar muy destacado en sus intentos por definir el espíritu de esos tiempos emergentes, lo cual hace aún más llamativa su desatención al carácter de factor del concepto y tiñe de cierta ambigüedad sus análisis.

Por un lado, en la convicción de que el propósito del orden es consustancial y definitorio para la Modernidad, en tanto que tiempo

¹²⁴Aquí no cabe, por tanto, la corrección a la interpretación de la tesis gadameriana atribuida a Koselleck a la que nos referimos en la nota 102. La exclusividad ontológica que le concede al lenguaje una aseveración como «por ser lo único que existe», hace difícilmente aplicable en este caso la matización demandada respecto a la interpretación del motivo gadameriano.

apremiado por el diseño de sí mismo,¹²⁵ se guarda necesariamente un lugar para la función agente del concepto. Toda la lectura de la época moderna que Bauman lleva a cabo en términos de lucha trágica por la supresión de la ambivalencia, reposa sobre el presupuesto de que la prefiguración conceptual de aquello que se espera para el futuro determina la acción política y social moderna.¹²⁶ Ese diseño que, según Bauman, antecede y dirige toda política desarrollada durante la modernidad sólida, constituye una suerte de glosario en virtud del cual se proponen definiciones (de Estado, de sociedad, de progreso, de futuro...) que fundamentan y atizan la actividad transformadora vuelta a su implementación efectiva. El poder político es, en este sentido, la capacidad demiúrgica de hacer real lo concebido y el concepto constituye un principio de cambio y un objeto de lucha. De hecho, siguiendo a Philippe Béneton, Bauman llega a afirmar que conceptos como los de «cultura» y «civilización» adquieren a partir del siglo XVIII una aguerrida función política.¹²⁷

El isomorfismo que Bauman establece entre política moderna sólida y utopía, sobre la base de la territorialidad y la finalidad como características comunes, da muestra de ello. Por una parte, la insistencia baumaniana en que la política moderna sólida es esencialmente territorial y se basa en el derecho soberano a la exclusión de la ley, no deja de poner el acento en la definición como pilar de la constitución de una comunidad política. Lo que hace verosímil la utopía, porque

¹²⁵ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y Ambivalencia*, ed. cit., pp. 22-23.

¹²⁶ Sobre la cuestión de la ambivalencia volveremos con más detalle en el capítulo III.

¹²⁷ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 138.

responde al modo de funcionamiento de la soberanía moderna, es la determinación unívoca de qué y quién forma el nosotros. El poder político moderno es en gran medida el monopolio de la concesión de significados vinculantes:

Lo otro del Estado moderno es la tierra de nadie o la tierra impugnada: la subdefinición o sobredefinición, el demonio de la ambigüedad. Desde que la soberanía del estado moderno es el poder para definir y establecer las definiciones, todo lo que se autodefine o resiste las definiciones derivadas del poder es subversivo (...) la resistencia a la definición establece el límite a la soberanía.¹²⁸

Así se manifiesta, por ejemplo, cuando Bauman se ocupa de la resignificación moderna del concepto de «asimilación» y su función política:

En su esencia, por tanto, la asimilación fue una declaración de guerra a la ambigüedad semántica; una sobre- y sub-determinación de cualidades (...) Pero lo que es de mayor importancia, fue un intento de un sector de la sociedad por ejercer el derecho monopólico de dar autoridad y significados limitativos para todos.¹²⁹

Y es, asimismo, una parte esencial del problema derivado de la forma burocrática gracias a la cual el Holocausto se considera en Bauman un genocidio específicamente moderno. El trabajo burocrático

¹²⁸ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., pp. 28-29.

¹²⁹ *Idem.*, p. 149. La asimilación constituye también un buen ejemplo de concepto al que Bauman atribuye, sin hacerlo explícito, una dimensión de factor, puesto que su resemantización social -el término procede del campo de la biología- actuó como refuerzo de la desigualdad entre la forma de vida que reclamaba la uniformización bajo su identidad y las otras formas de vida.

comienza con el registro, para el cual es necesario el establecimiento de rigurosas taxonomías. Solo a partir de estas es posible organizar con la mayor eficiencia el espacio que le ha sido encomendado. El Holocausto fue ese intento de óptima racionalización del territorio para el caso alemán y funcionó, de acuerdo con ello, según la definición precisa de su objeto: los judíos de los que había que limpiar Alemania.¹³⁰

El privilegio de adiaforización -neologismo acuñado por Bauman para denominar la acción y efecto de neutralizar moralmente determinados objetos o acciones-¹³¹ que Bauman le atribuye al Estado moderno sólido como parte de su potestad territorial, apunta asimismo, en nuestra opinión, al establecimiento del terreno semántico como lugar donde también ocurren y se deciden las pugnas políticas.

Por otra parte, el carácter filoutópico de la primera fase de la modernidad se decide en su legitimación finalista, según su autoatribuida capacidad para propiciar el advenimiento de la mejor sociedad concebible. El camino del progreso pende de la capacidad para anticipar el sentido de la emancipación humana. La articulación conceptual del contenido de este porvenir es, ella misma, un agente de

¹³⁰ Cf. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y Holocausto*, ed. cit., p. 131.

¹³¹ Cf. *Idem.*, especialmente el apéndice «Manipulación social de la moralidad: actores moralizadores y acción adiaforizante», pp. 241-255; cf. también Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, trad. cast. de Mirta Rosenberg, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica), 2004, pp. 274-275; recientemente ha vuelto a insistir en ello en: Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit.; y en el capítulo 4 de *Extraños llamando a la puerta*, «Juntos y apiñados», pp. 65-80, especialmente pp. 72 y ss.

cambio. De ahí la centralidad que Bauman le concede a la utopía y a su cambio de connotación en la actual fase de la modernidad.¹³²

Sin embargo, cuando se trata de explicar cómo pudieron gestarse nuevas concepciones respecto a los fenómenos y procesos en curso, a sus causas y su naturaleza, o nuevas definiciones de elementos ya presentes anteriormente, pero cuya importancia se habría visto redoblada, Bauman le devuelve a la historia factual el papel rector que sus contundentes afirmaciones en torno a la lingüisticidad del mundo humano harían, tomadas por sí solas, difícil suponer. Un caso ejemplar, especialmente a la vista del tema que nos ocupa, es el del concepto «tiempo». Pese a que en el tránsito a la modernidad Bauman le concede un papel crucial a la transformación de la concepción temporal,¹³³ la problematización y redefinición de los contenidos recogidos bajo ese significante se explica como reacción a un desarrollo técnico sin precedentes. Más concretamente, es la construcción de vehículos y su sofisticación permanente la que, mediante la transgresión de los límites de velocidad conocidos, origina una desnaturalización de la experiencia temporal que obliga a repensar el concepto.¹³⁴ Bauman llega a asegurar que si figuras como Newton o Kant se plantearon el

¹³² Cfr. Zygmunt BAUMAN, «La utopía en la época de la incertidumbre», en: *Id.*, *Tiempos líquidos*, ed. cit., pp. 133-155; y su «Una utopía sin topos», en *Id.*, *La sociedad líquida*, ed. cit., pp. 271-292.

¹³³ «Podemos decir que esta condición [la condición humana en la modernidad líquida] destaca, ante todo, por su (hasta ahora única) “renegociación” del sentido del tiempo». Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., p. 51.

¹³⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 15 y 120; *Id.*, *La cultura como praxis*, trad. cast. de Albert Roca, (Barcelona: Paidós), 2002, pp. 39-40. También para lo que sigue.

tiempo como un problema digno de reflexiones de envergadura, fue solo a condición de una alteración previa en la índole y alcance de la praxis humana. No encontramos, por el contrario, consideraciones referentes a la posibilidad de que la propia rearticulación de significados albergados por dicha categoría pudiese haber ejercido ella misma de requisito para el desarrollo efectivo del nuevo rango y capacidad de la práctica humana.¹³⁵ El concepto permite a lo real mostrarse como tal, pero siempre llega con retraso al momento de gestación del cambio.

Así pues, la exposición baumaniana oscilará continuamente entre el reconocimiento del papel determinante para el transcurrir de la modernidad de la voluntad moderna de predefinir las condiciones de su propio futuro y, por tanto, en la función creadora que la articulación conceptual desempeña en el mundo de los hechos; y la omisión de esa misma articulación en el momento de enumerar los factores de las novedades históricas efectivamente producidas. Por tanto, pese a haber asegurado que toda la realidad se consumía en el lenguaje, la potestad para determinar sus transformaciones se reserva a un plano ajeno a los conceptos. De este modo, a despecho de su adhesión a una concepción aparentemente más radical de la lingüisticidad del mundo humano, en relación con la posición de Koselleck, Bauman acaba manejando una

¹³⁵ Encontraremos el mismo tipo de planteamiento, por ejemplo, cuando Bauman señala los orígenes de la idea de estado natural en Hobbes, la cual se hace depender de un cambio previo de experiencia, en este caso «la descomposición avanzada de un riguroso sistema de control social de fabricación humana» (Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 80). En este sentido, la crítica de Elías, J. Palti señalada en la nota 112 se aplicaría también a Bauman.

concepción más restringida de concepto que, no obstante, parece chocar con su propia insistencia en el potencial creativo de las pretensiones de autodeterminación de la Modernidad.

II.3 HISTORIA CONCEPTUAL COMO TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN

Las anteriores consideraciones no deberían oscurecer, con todo, el hecho de que la Historia Conceptual es mucho más que un método para la reconstrucción de los avatares semánticos de determinados conceptos. Y lo es, de hecho, por una triple vía: como doctrina teórica consagrada a resolver la pregunta por las condiciones de posibilidad de toda historia posible (la Histórica);¹³⁶ como teoría de la modernización dedicada a clarificar las transformaciones que le concederán su carácter específico a la Época moderna y que se asentarán en las metamorfosis semánticas sufridas por los conceptos sociales y político; y como teoría de la modernidad vuelta a señalar y alertar contra las patologías surgidas en el proceso de modernización.¹³⁷

¹³⁶ *Cfr.* nota 113.

¹³⁷ Para la distinción entre teoría de la modernización y teoría de la modernidad y el esclarecimiento de sus mutuas relaciones y presencia en la Historia Conceptual, *cfr.* Faustino ONCINA, «Historia Conceptual: ¿Algo más que un método?», art. cit.; *Id.*, «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», art. cit.; *Id.*, «Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada», en: Faustino ONCINA y José Manuel ROMERO (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos*, ed. cit., pp. 3-28. También para Diego Fusaro la proyección de la *Begriffsgeschichte* depende de haber hecho reposar su método en una teoría de la modernidad y de las estructuras del tiempo, esto es: «sobre el terreno más sólido de un “diagnóstico” general de la modernidad, centrada en la

Aunque ya nos hemos referido de pasada a la primera de estas vertientes, no nos ocuparemos propiamente de ella dado que tanto sus pretensiones como su objeto de estudio exceden el marco de nuestra propuesta de diálogo entre ambos autores. En tanto que teoría de la modernización y de la modernidad, en cambio, la Historia Conceptual nos ofrece el lugar en que ciframos el principal beneficio de una lectura de Bauman a la luz de la obra de Koselleck, por lo que le dedicaremos el espacio que sigue.

II.3.1 El umbral de un nuevo tiempo

En una de las escasas referencias explícitas a Koselleck que encontramos en la obra de Bauman, este se adueña de la expresión *Sattelzeit* con la que el alemán recoge metafóricamente el sentido de las transformaciones que entre 1750 y 1850 decidirán el destino de la época.¹³⁸ Bauman asegura que se puede aplicar esta denominación al

reformulación del presupuesto (en su forma heideggeriana) de la *Geschichtlichkeit* del *Dasein* y de la centralidad (de matiz gadameriana) de la *Sprache* como lugar donde el ser alcanza a comprenderse.» (Diego FUSARO, *L'orizzonte in movimento: modernità e futuro in Reinhart Koselleck*, ed. cit., p.51). Cfr. nota 113 de esta tesis.

¹³⁸ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., pp. 15-16 y 20. En *La sociedad líquida* (ed. cit.) y, muy posteriormente, en *Estado de crisis* (ed. cit.), Bauman volverá a recuperar el lema, aunque esta vez volcando la metáfora sobre la propia situación de marcha incontenible hacia un futuro incierto en que nos encontramos actualmente: «Estamos subiendo una pronunciada ascensión tratando de alcanzar la cima del puerto. La pendiente es tan fuerte que, si nos detuviéramos y acampáramos, ninguna estructura que tratáramos de montar resistiría los vientos racheados y las tormentas. Así que tenemos que seguir ascendiendo y eso es lo que hacemos. Pero de lo que hay al otro lado de la subida (si es que llegamos alguna vez a tener la oportunidad de contemplarlo) no podemos saber nada hasta que no crucemos el paso de montaña. Es una metáfora diferente, pero sirve para caracterizar una situación

siglo XVIII con total propiedad dado que: «antes de que acabase la centuria, una brusca divisoria de aguas filosóficas se había negociado y dejado atrás, afectando simultáneamente a varios puntos», desencadenando metamorfosis enormemente influyentes para la historia del pensamiento. Tanto, llega a aseverar, como lo fuese para la historia política el cruce del Rubicón por parte de Julio César.¹³⁹

Si nos atenemos a la caracterización que de esta transición epocal ofrece Koselleck en su Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana, se trata de un proceso complejo que puede identificarse según cuatro criterios: democratización del léxico político, que ve ampliado su espectro de uso y de referencia allende la aristocracia, los juristas y los eruditos; la temporalización de los significados, cuyo contenido de expectativa aumenta, haciendo entrar al futuro como una determinación fundamental de los conceptos político-sociales; la ideologización a la que ya nos hemos referido anteriormente, esto es, la conversión de ciertos conceptos en amplios receptáculos susceptibles de múltiples e incluso opuestos intereses y orientaciones, gracias a su aumento de abstracción; y una presión hacia la politización de acuerdo con la cual

sorprendentemente similar a la del Ángel de la Historia de Klee/Benjamin.» (Zygmunt BAUMAN, *Estado de crisis*, ed. cit., pp. 95 y 181; *La sociedad sitiada*, ed. cit., 31). Para su uso en Koselleck *cfr.* Reinhart KOSELLECK Introducción al *GG*, ed. cit., pp. 94-95 y la entrevista «Historia conceptual, memoria e identidad», ed. cit. La expresión juega con el doble sentido de *Sattel* (silla de montar y plano anticlinal). *Cfr.* la nota 9 de la traducción de L. Fernández Torres de la Introducción al *GG*, ed. cit., p. 223. Cabe notar que en la mentada entrevista Koselleck banaliza la importancia de la tesis *Sattelzeit* y arremete contra el término por ambiguo.

¹³⁹ Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., p.15.

palabras y conceptos se vuelven cada vez con mayor fuerza y frecuencia herramientas comunes en la movilización en torno a diferentes diseños de futuro.¹⁴⁰

El terreno en el que Bauman se mueve es más restringido. Aquello que para éste justifica la atribución al siglo XVIII de una suerte de sentido fundacional, es la inauguración de una forma de entender el mundo y la posición del individuo en el mismo, para la que la realidad es una tarea humana en el doble sentido de una actividad de elaboración y de un deber encomendado.¹⁴¹ El mundo no es sino que llega a ser, como resultado de la voluntad y la acción humanas y, justamente por ello, el humano no puede desembarazarse de una labor de la que dependen su condición y la de su entorno. Pero un cambio de perspectiva semejante solo puede producirse sobre la base de una recompreensión del tiempo que ya no lo limita a fondo sobre el que se suceden los acontecimientos, sino que lo concibe como un agente activo en la configuración de ese mundo que se reclamará en un mismo gesto humano y moderno. Bauman apunta que:

el rápido ritmo de cambio revelaba la temporalidad de todos los arreglos mundanos, y la temporalidad es un rasgo de la existencia humana, no de la divina. Lo que pocas generaciones antes había parecido una creación divina, un veredicto inapelable ante cualquier tribunal terreno, pasó entonces a ser sospechoso de esconder la tozuda huella de

¹⁴⁰ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, Introducción al *GG*, ed. cit., pp. 96-98. Para la relación entre transformaciones conceptuales y transformaciones políticas, remitimos al apartado «Historia y concepto».

¹⁴¹ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., pp. 16-17.

las empresas humanas, que tanto si son correctas como si no, siempre resultan mortales y revocables. Y, si la impresión no era engañosa, el mundo y la gente que lo habitaba se podían contemplar como una tarea más que como algo dado e inalterable.¹⁴²

Más allá o más acá del transcurrir natural y de la eternidad divina, existe un tiempo que es el de la diferencia entre el mundo que se hereda y lo que se cree que está por hacer y por llegar. La aceleración del ritmo de cambio se propone ya en este texto como el fenómeno que permite la toma de conciencia sobre esa diferencia. Su veloz cuestionamiento de lo existente subraya la condición finita y cambiante del transcurrir mundano, lo que supone tanto una ausencia de garantías respecto a la perpetuación de las condiciones de vida vigentes en cada momento, como el establecimiento de una suerte de isomorfismo entre la historia y la propia condición humana, sometidas ambas a un ciclo de constante generación, variación y muerte. En virtud de ambas circunstancias, la fractura «entre la realidad y las expectativas»¹⁴³ es también una invitación a ejercer un cierto gobierno sobre ese futuro del que solo la heterogeneidad está garantizada. En último término, la toma humana de control sobre la historia se apoya en la acción desnaturalizadora de la experiencia de la aceleración.

De este modo, entre todas las dinámicas que Koselleck reúne bajo el membrete *Sattelzeit*, creemos que Bauman prima como aquella que en último término determina la cesura epocal, el proceso de

¹⁴² *Ibidem.*

¹⁴³ *Idem.*, pp. 15-17.

temporalización, por el que la oposición pasado/futuro pasa a ocupar el lugar central antaño reservado a la oposición más allá/más acá.¹⁴⁴ No en balde, aquella novedad a la que se alude en primer lugar es a la aparición de las filosofías de la historia, aunque se deja sin detallar lo específico de su acción más allá de su connivencia con la apuesta humanista por el hombre como potencia creadora de su propia experiencia del mundo. Unos años más tarde, en *Modernidad líquida*, recuperará e insistirá en la idea de que: «La historia del tiempo comenzó con la modernidad. Por cierto, la modernidad es, aparte de otras cosas y tal vez por encima de todas ellas, la *historia del tiempo*: la modernidad es el tiempo en el que el tiempo tiene historia».¹⁴⁵ Si algo, entonces, caracteriza antes que nada el umbral que representa la modernidad, es la toma de conciencia sobre la índole histórica del tiempo, esto es, sobre un tiempo cuyo transcurrir responde a principios no deducibles ni de los ritmos naturales, ni de la providencia divina.

Tal vez, no obstante, esta restricción del alcance definitorio de la *Sattelzeit* no separe a ambos autores, si tenemos en cuenta que, como señala Luca Scuccimarra, en trabajos posteriores el propio Koselleck parece decantarse hacia la temporalización como clave de lectura que por sí misma puede captar lo más característico de este proceso de transformación.¹⁴⁶ En su contribución al coloquio que en 1983, bajo el

¹⁴⁴ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis, secularización*, ed. cit., p. 46.

¹⁴⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 119.

¹⁴⁶ Cfr. Luca SCUCCIMARRA, «Historia de los conceptos y transición epocal», art. cit., p. 11. Puede servir también como apoyo en este punto la defensa que Alexandre Escudier realiza de «modernización» como sinónimo de «temporalización» en su inventario de los significados que esta última categoría adquiere en Koselleck. Cfr.

título *Epochenschwelle und Epochenbewusstsein*, reunió al grupo *Poetik und Hermeneutik*, Koselleck solapa el nacimiento de la Edad moderna (*Neuzeit*) con el alumbramiento de un tiempo enfáticamente nuevo (*neue Zeit*), dado que:

Desde la segunda mitad del siglo XVIII se van acumulando los indicios que remiten al concepto de la Edad Moderna en sentido enfático. El tiempo no es sólo el marco formal en el que todas las historias tienen lugar, sino que también obtiene una cualidad histórica. La historia no solo se realiza en el tiempo, sino también a causa del tiempo. El tiempo es metafóricamente dinamizado hasta convertirse en una fuerza de la historia.¹⁴⁷

Podríamos decir que la propia historia se temporaliza, puesto que ya no es el marco en el que se acoge el despliegue histórico de una instancia extra-histórica, sino el movimiento en el que la producción histórica misma se decide. La acrecencia inesperada e inédita del ritmo al que se suceden las mudanzas en todos los ámbitos de la vida es, antes que ninguna otra, la experiencia que pone sobre la mesa la imposibilidad en adelante de deducir el compás de la historia tanto de anticipaciones providenciales, como de los astros o la secuencia de las generaciones y, por ello, el sostén primario de la identificación entre tiempo histórico y acción humana:

«“Temporalización” y modernidad política: intento de sistematización a partir de R. Koselleck», en: Faustino ONCINA (ed.): *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, (Barcelona: Herder), 2010, pp. 163-215.

¹⁴⁷ Reinhart KOSELLECK, «El siglo XVIII como comienzo de la Edad Moderna», en *idem*, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales), 2011, pp. 3-18, aquí 13-14. *Cf.*: también *Id.*, *historia/Historia*, trad. de Antonio Gómez, (Madrid: Mínim Trotta), 2010.

Si hay, en efecto, una experiencia del tiempo immanente al mundo e histórica, que se diferencia de los ritmos temporales ligados a la naturaleza, ésta es sin duda la experiencia de la aceleración, en virtud de la cual se califica el tiempo histórico de tiempo producido específicamente por los hombres. Sólo a través de la conciencia de la aceleración -o de la correlativa desaceleración- la experiencia del tiempo, siempre ya dada naturalmente, puede ser definida como una experiencia del tiempo específicamente histórica.¹⁴⁸

Frente a la estabilidad de los ritmos naturales, el tiempo histórico puede ser acelerado -o ralentizado- y, por tanto, es un tiempo susceptible de modificación. Como anuncia Kant en 1798, las cifras de las épocas del mundo tienen que depender de los acontecimientos y ya no a la inversa.¹⁴⁹

La aparición acelerada de novedades, así como la novedad que en sí misma constituye la velocidad a la que estas se suceden,¹⁵⁰ impide a la reflexión histórica extraer de la experiencia realizada las condiciones de la experiencia posible. Ella «remite a una historia que fue comprendida como un tiempo que se rebasaba siempre a sí mismo, por así decirlo:

¹⁴⁸ Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis, secularización*, ed. cit., p. 46.

¹⁴⁹ Immanuel KANT, *Antropología en sentido pragmático*, (Madrid: Alianza), 1991, p. 100.

¹⁵⁰En *Futuro pasado* (ed. cit.) p. 88 Kosellek puntualiza: «La década de 1789 a 1799 fue experimentada por los que actuaron en ella como la irrupción en un futuro que no había existido nunca antes (...) Este carácter incomparable no consistía tanto -según Rupert Kormmann- en las nuevas situaciones como en la extrema velocidad con la que se producían o se originaban».

como modernidad, pues, en sentido enfático del término». ¹⁵¹ El tiempo que se rebasa siempre a sí mismo es un tiempo que introduce la cesura en la historia, que liquida la posibilidad de su repetibilidad. Pero justamente en este abismo que se abre entre el pasado y el futuro se visibiliza la cualidad temporal de la historia o, si se quiere, la existencia de un tiempo propio de la historia. ¹⁵² Es porque el pasado deja de servir para anticipar el porvenir y porque la experiencia de novedades radicales sucediéndose a un ritmo sin precedentes convierten al futuro en una entidad ignota, que la historia gana para sí un ámbito propio de acción y reflexión. El reino de la naturaleza, creado por Dios, no es completamente cognoscible a la razón humana, en contraste con lo cual se presenta este tiempo específicamente histórico, en el que la coincidencia entre actor y cognoscente es garantía de certeza, según la

¹⁵¹ Reinhart KOSELLECK, «¿Existe una aceleración de la historia?», en: Josetxo BERIAIN y Maya AGUILUZ (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, (Barcelona: Anthropos), 2007, pp. 319-345, aquí p. 332.

¹⁵² En este punto el objetivo koselleckiano de hallar respuesta a la pregunta por la existencia y particularidad de un tiempo propio de la historia, más allá del tiempo físico-astronómico o el tiempo de la biología, se funde con su teoría de la modernización mediante la hipótesis de que es en la determinación de la diferencia entre pasado y futuro donde puede aprehenderse este tiempo específicamente histórico. Es decir, es la brecha surgida entre experiencia y expectativa en el seno de la historia experimentada como un tiempo nuevo, la que permite la toma de conciencia sobre ese tiempo que ya no es solo marco sino fuerza él mismo de la historia (Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 13-16). Y a su vez, es el alejamiento sin precedentes de las concepciones, esperanzas y temores de futuro respecto a los acontecimientos realizados y recordados, aquello que permite singularizarse a la época moderna (*Cfr. Idem.*, p. 343). Experiencia y expectativa, pese a originarse en Koselleck a partir de categorías antropológicas, se combinan de modo diferente según las épocas. Por ello lo que habrá que reconstruir para captar cada específico momento histórico será el modo en que se produce dicha coordinación. En este marco, aquello que el umbral moderno aporta de particular es un cisma entre ambas constantes de una envergadura tal que permite iluminar aquello que con propiedad puede ser llamado tiempo histórico (*Cfr. Idem.*, p. 15).

teoría vichiana del *verum ipsum factum*. Emancipada de la providencia y del carácter ejemplar de las historias, no se tiene más que a sí misma tanto para explicar cómo se producen los acontecimientos, como para establecer las categorías que harán posible comprenderlos y explicarlos.¹⁵³ Realidad y reflexión se fusionan dando lugar a un nuevo concepto de historia en el que son reunidas las condiciones para su realización y las condiciones para su conocimiento. La historia así entendida ensancha su alcance para albergar el todo del desarrollo humano en la forma de un sistema universal que, a la manera aristotélica, rebasa la suma de sus partes. Frente a las historias particulares referidas a sujetos empíricamente determinados, la creencia en la posibilidad de planificar y ejecutar la historia pasa por la conversión de esta en lo que el alemán denominará «singular colectivo», una historia única, en mayúscula, general, sujeto de sí misma, «en sí y para sí», absoluta. Con ello, el futuro entra a formar parte del concepto de historia que, en cuanto totalidad, debe comprender las tres dimensiones temporales (pasado, presente y futuro). Deja de referirse a lo ya estado para pasar a indicar un complejo movimiento en curso, dirigido al futuro.¹⁵⁴

En suma, ambos autores apuntan a la correspondencia de la cesura dieciochesca con una desnaturalización de la experiencia del tiempo en

¹⁵³ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 316-321. Cfr. también Diego Fusaro, *L'orizzonte in movimento*, ed. cit., p. 261.

¹⁵⁴ Para la configuración y características de este nuevo concepto de historia, Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 52-56, 139-140, 253-256 y 333, así como *Id.*, *historia/Historia*, ed. cit.

la que la aceleración del cambio asienta las condiciones para una toma de conciencia sobre la historia como cometido humano y en virtud de la cual el futuro se tornará el auténtico baricentro de la vida moderna.

II.3.2 Orden, aceleración y progreso

A la vista de lo anterior, no puede sorprender que Bauman date la natividad de la Época moderna en el triple desastre que asoló Lisboa en 1755 -un terremoto, seguido por un incendio, a los que prosiguió un tsunami.¹⁵⁵ La arbitrariedad de este registro de arranque, que el mismo Bauman reconoce, se justifica en la pregnancia de unos acontecimientos que por su dureza, contigüidad y por llegar en el momento oportuno, fuerzan más que ningún otro la percepción de la naturaleza como una fuerza ciega necesitada de encauzamiento. La catástrofe lisboeta marca el inicio simbólico de la que, según este autor, será, en sus orígenes, la forma moderna de situarse en el mundo: «Reemplazar lo que hay por lo que puedes diseñar».¹⁵⁶

¹⁵⁵ Zygmunt BAUMAN, «Es posible que ya estemos en medio de una revolución», Entrevista con Justo Barranco, *Magazine (El Mundo)*, 2 de noviembre del 2014, pp. 26-33, aquí p. 30. La tesis de que lo sucedido en Lisboa el sábado 1 de noviembre de 1755 supuso un antes y un después en la comprensión del mundo, puede encontrarse también en: Jean-Pierre POIRIER, *Le tremblement de terre de Lisbonne*, (París: Odile Jacob), 1995; o en Nicholas SHRADY, *The last day: wrath, ruin and reason in the great Lisbon earthquake of 1755*, (USA: Penguin editions), 2008.

¹⁵⁶ Zygmunt BAUMAN, «Es posible que ya estemos en medio de una revolución», art. cit., p. 30.

La temporalización y la desnaturalización anteriormente señaladas adquieren en Bauman el rostro del orden como propósito consustancial y definitorio para la modernidad:

Podemos decir que la existencia es moderna en la medida en que se bifurca en orden y caos (...) en la medida en que está saturada por el sentimiento del “sin nosotros el diluvio”. La existencia es moderna en tanto está por la urgencia del diseño: el diseño de sí misma.¹⁵⁷

Someter la contingencia y el azar gracias a una administración del espacio de lo real que permita predecir e intervenir sobre lo que está por acontecer, es lo que este autor entiende que será llamado retrospectivamente «el proyecto de la modernidad».¹⁵⁸ Semejante programa entraña una serie de convicciones previas. En primer lugar, se asume que la razón y la voluntad humanas pueden triunfar donde «la divinidad y las “fuerzas ciegas de la historia”» no lo hicieron, lo cual a su vez conlleva la conciencia del presente como fracaso, como resultado malogrado del desarrollo del mundo o, cuanto menos, como estadio insatisfactorio. Como señala Myriam Revault d’Allonnes:

un Dios que no se obliga a sí mismo, que no está atado a ninguna de las consecuencias de su manifestación, hace planear sobre cada presente la incertidumbre del porvenir. La perennidad del mundo está librada a

¹⁵⁷ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 26. Este tema recorre también toda la tercera conversación («La ambivalencia de la modernidad») de *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones* (ed. cit.), pp. 99-135.

¹⁵⁸ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 281. También para lo que sigue.

una contingencia radical y el tiempo se convierte en “la dimensión de la incertidumbre absoluta”.¹⁵⁹

En este sentido el progreso no solo es una manifestación de confianza sino también un intento de conjurar cierta inquietud. Y en segundo lugar, consecuencia de lo anterior, la optimización de la realidad se convierte en un objetivo que no solo es posible, sino deseable, legítimo y perentorio.

De acuerdo con ello, la modernidad surge en el lecho de muerte del Antiguo Régimen y por la toma de conciencia de esta misma defunción en ciernes. Según lo cuenta en *Legisladores e intérpretes* - considerada parte de una trilogía que completan *Modernidad y ambivalencia* y *Modernidad y holocausto*- durante los siglos XVI y XVII la organización social y política pre-moderna comienza a dar signos de ineptitud en la gestión de las nuevas condiciones que imponen cambios como el crecimiento demográfico, la reconfiguración de la propiedad de la tierra o el aumento de eficiencia de la tecnología agrícola. En esta obra insistirá en el crecimiento exponencial de «hombres sin amo» y vagabundos-fruto de la imposibilidad de las comunidades rurales tradicionales para asimilar el excedente de jornaleros producido por las transformaciones señaladas- como germen del desmoronamiento del orden social y, especialmente, como evidencia de la falta de adecuación de los mecanismos existentes para el

¹⁵⁹ Myriam REVAULT D'ALLONNES, *La crise sans fin. Essai sur l'expérience moderne du temps*, (París: Seuil), 2012, p. 81.

control y la reproducción social.¹⁶⁰ El modo en que a partir de aquí se reconstruye la entrada a la modernidad social y política como la configuración de un nuevo poder pastoral y proselitista, no se separa demasiado, como el mismo Bauman admite, de la génesis foucaultiana del poder disciplinario. Lo más significativo para nuestros intereses es la convicción de que:

Era necesario que los antiguos medios se revelaran como inadecuados e ineficaces antes de que la cuestión del control a través de la vigilancia pudiera surgir como un problema por derecho propio; como un objetivo para el cual debían encontrarse o inventarse nuevas herramientas.¹⁶¹

Es decir, la posibilidad de que el orden se formulase como cuestión pasaba necesariamente por la percepción de las manifestaciones de declive de la organización social anterior. El paso a la modernidad en su conjunto responde en Bauman a esta circunstancia:

una vez que una sociedad “sin plan” comenzaba a producir en una escala masiva fenómenos que no había previsto ni podía controlar, era posible indagar acerca de los principios reales o ideales que se habían quebrantado, y cualquier remedio propuesto para los lamentables efectos de dicha ruptura tenía que ser algo similar a un designio consciente. Un “contrato social”, un legislador o un déspota planificador eran los únicos marcos dentro de los cuales podía considerarse la cuestión del orden

¹⁶⁰ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., pp. 62-63. Recuperará esta idea en *Memorias de clase*, ed. cit., pp. 13 y ss.

¹⁶¹ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 67.

social, una vez convertida en problema más que en manifestación de la naturaleza de las cosas.¹⁶²

La clave no está, entonces, tanto en los problemas que el Antiguo Régimen no puede resolver, cuanto en el hecho mismo de la caducidad de sus estrategias de resolución. Esta ineficacia, al sembrar la duda sobre los modos tradicionales de proceder, rompe con un continuo de la experiencia en el que la ausencia de novedades bruscas y radicales habría permitido la aplicabilidad de las soluciones de ayer y la asimilación del transcurrir mundano a «una sociedad “sin plan”», un ciclo natural movido por fuerzas ajenas a la voluntad humana. Es el desafío que impone a la inventiva humana la necesidad de resolver dificultades inéditas, la que arroja la sombra de la sospecha sobre la naturalidad del mundo, haciendo del orden un tema consciente de reflexión, discusión y gestión (el contrato social, el legislador o el déspota planificador) y no un presupuesto impensado anclado en la disposición que se les supondría a las cosas. Pero lo que el carácter inédito de esas dificultades revela es un contraste de ritmo entre la sucesión de acontecimientos que requieren respuesta y el ritmo de adaptación del sistema social y político que enmarca su aparición, de manera que es la mayor velocidad de los primeros lo que tiñe de obsoletos los medios del segundo. Son soluciones inadecuadas porque pertenecen a otro tiempo, respecto al cual el presente decreta que «El

¹⁶² *Idem.*, p. 81.

reloj no podía atrasarse». ¹⁶³ No se quiere decir con ello que la índole problemática de esos cambios que el cosmos pre-moderno no alcanza a absorber se reduzca a un desajuste rítmico. Lo que este último permite sugerir es que esas transformaciones pudiesen ser vistas como el fin de una experiencia del tiempo y la invitación a producir un tiempo nuevo y mejorado.

Considerar agotadas las herramientas a mano para hacer frente a los desafíos que se presentan, entraña la conciencia de estar un paso atrás en relación con el desarrollo de los acontecimientos, de estar moviéndose con demasiada lentitud dentro de un contexto que se modifica a marchas crecientes. De este modo, si la aceleración sustenta la desnaturalización del tiempo que permite la comprensión de la historia como una entidad de factura humana, ello no solo se debe, como señalamos anteriormente, a su efecto corrosivo sobre el adhesivo que mantenía unidos pasado y futuro, sino también a la discordancia que introduce entre diferentes temporalidades en el interior de un mismo presente o, en términos koselleckianos, «la anacronía de las historias diferentes pero simultáneas en el sentido cronológico». ¹⁶⁴ O podríamos decir que si el futuro se rebela contra su sujeción al pasado, esa ruptura se produce en el marco de una temporalización de la experiencia de acuerdo con la cual la diferencia que introducen en

¹⁶³ *Idem.*, p. 68. Cabe hacer notar que la actividad legislativa llevada a cabo durante los siglos XVI y XVII con ánimo de hacer frente a los cambios en curso, se califica de «febril», de «torbellino», de respuesta a «demandas sociales que crecían rápidamente en tamaño y urgencia» (*Idem.*, pp. 66 y 88).

¹⁶⁴ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 309.

ciertas áreas las novedades que van produciéndose, es interpretada como diferencia de posición en una gradación de niveles de desarrollo hacia lo mejor. Solo a finales del siglo XVIII, señala Koselleck, el concepto «progreso» será acuñado con el fin de congregar las numerosas transformaciones producidas durante los tres siglos anteriores y sometidas a índices de cambio diferentes:

El concepto único e universal de progreso se nutría de muchas experiencias nuevas, individuales, engarzadas cada vez más profundamente en la vida cotidiana, experiencias de progresos sectoriales que todavía no habían existido anteriormente. Citaré el giro copernicano, la técnica que va surgiendo lentamente, el descubrimiento del globo terráqueo y de sus pueblos, que viven en diferentes etapas de desarrollo o, finalmente, la disolución del mundo estamental por la industria y el capital. Todas estas experiencias remitían a la contemporaneidad de lo anacrónico o, al contrario, al anacronismo de lo contemporáneo.¹⁶⁵

Es la comparación entre lugares, disciplinas, o escalafones en la jerarquía social según el criterio de su mayor o menor proximidad a la estructura económica, técnica o científica, la que según el alemán organiza ya desde el siglo XVI la experiencia histórica y fundamenta la posibilidad de que, a partir del XVIII, se formule la aceleración como un postulado. En este sentido, podemos añadir la historia como vía de

¹⁶⁵ *Idem.*, p. 346. *Cfr.* también Reinhart KOSELLECK, «¿Existe una aceleración de la historia?», art. cit., p. 333.

progreso a la equivalencia anteriormente establecida entre aceleración e historia específicamente producida por los hombres.¹⁶⁶

La idea koselleckiana de la contemporaneidad de lo no contemporáneo permite así clarificar el paso algo enigmático que se da en Bauman entre «el colapso acelerado de la capacidad autorreproductiva del mundo humano»¹⁶⁷ propia, según este, del Antiguo Régimen y la concepción del tiempo como pasaje entre momentos de calidad ascendente que anima a los padres de la modernidad a tomar las riendas de la historia. Sin esta referencia, la creencia de que «el tiempo está de nuestra parte» que Bauman atribuye a la incipiente Modernidad,¹⁶⁸ resulta vaga e injustificada. Este deduce de la convicción de la agencia humana sobre la historia la necesidad de contemplar esta como un camino de mejoramiento: «Para las personas que confían en su poder para cambiar las cosas, el “progreso” es un axioma».¹⁶⁹ Sin embargo, como la experiencia moderna-líquida demostrará, de la mera creencia en la ausencia de fuerzas sobrehumanas dirigiendo la historia, no se sigue necesariamente la confianza en el progreso.¹⁷⁰ Solo si se añade la desincronización de

¹⁶⁶ José Luis Villacañas contestará, en lo que se refiere a Koselleck, esta identificación que considera apresurada y poco sensible a la complejidad de la experiencia medieval del tiempo y de su evolución. Cfr. nota 210.

¹⁶⁷ Zygmunt BAUMAN, *Tiempos líquidos*, ed. cit., p. 138.

¹⁶⁸ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 141.

¹⁶⁹ *Idem.*, p. 142.

¹⁷⁰ Así lo sugiere Blumenberg cuando aclara: «la frase de que el ser humano hace su historia no suscita, de suyo, una mayor confianza en la marcha de la historia que la suposición de que hay una razón cósmica encargada de dirigirla (...) La frase de que el hombre hace la historia no implica, de suyo, ninguna garantía de progreso en lo que él pueda conseguir; no sería más que un principio de autoafirmación frente a la

realidades contemporáneas favorecida e intensificada por la aceleración y, con ella, la comparación como método general para organizar la historia, la perfección como proceso de desarrollo en el tiempo se vuelve una consecuencia plausiblemente derivable del descubrimiento de un tiempo específicamente histórico (la perfección como proceso de desarrollo *por* el tiempo, esto es, como perfeccionamiento). De hecho, podría entenderse en este sentido la afirmación del propio Bauman de que: «En vez de deducir la confianza en sí misma de su creencia en el progreso, la élite educada forjó la idea de progreso a partir de la inmaculada experiencia de su propia superioridad».¹⁷¹

II.3.3 Aceleración, meta de la historia y secularización

En los trabajos tanto de Koselleck como de Bauman, la aceleración es una experiencia determinante en el florecimiento de la idea de que los tramos temporales que acogen los acontecimientos humanos son heterogéneos en su calidad y presumiblemente conceptualizables según una escala ascendente. Como hemos tratado de mostrar, la aceleración, por un lado, alienta la historización del tiempo al romper con la regularidad de los ciclos naturales e impedir deducir el futuro del pasado; y por otro, pone sobre la mesa realidades que se modifican en

inseguridad de un conocimiento dirigido por un Principio extraño y todopoderoso de índole teológica, que postula que aquél no es aplicable al enfoque del hombre sobre sus propias obras, sobre su propia historia.» (Hans BLUMENBERG, *La legitimación de la Edad Moderna*, trad. cast. de Pedro Madrigal, (Valencia: Pre-Textos), 2008, pp. 42-43). Cabe indicar que esta traducción es reprochable, puesto que «Legitimität» debería haber sido vertido al castellano como «legitimidad», no como «legitimación».

¹⁷¹ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 160.

el tiempo a diferentes velocidades, sentando las bases para la comparación como perspectiva histórica y, con ella, la concepción del tiempo como una plataforma de mejoramiento. Así, desde el momento en que la separación entre el tiempo histórico y el natural convierte la historia en un proceso unitario y lineal de movimiento hacia un futuro abierto, el porvenir se convierte en la preocupación central de la naciente Edad Moderna. Si la forma óptima de la humanidad puede hallarse en algún lugar, ese habrá de ser el espacio hacia el que se desplaza la secuencia de los hechos, en tanto que solo en virtud de ese desplazamiento cualquier mejora puede ser alcanzada.

Sin embargo, como ambos autores se encargan de señalar, la potencia creadora del tiempo histórico no solo supone una disolución de la cadena que lo mantenía sujeto a la temporalidad del mundo físico, sino también una usurpación del poder antaño concedido a la providencia divina. En qué medida esa usurpación sea una auténtica ruptura o una mera reasignación de papeles dentro de un esquema heredado, es algo que nos remite a los debates en torno al concepto de secularización.

Herman Lübbe ha señalado que la importancia adquirida por la categoría de secularización respondería menos a su aptitud para hacerse cargo de una determinada realidad, que a su poder de convocatoria en la formación de frentes políticos.¹⁷² Coincidiría con uno de aquellos conceptos en que se muestra con especial vigor la funcionalidad socio-

¹⁷² Cfr. Herman LÜBBE, *Säkularisierung. Geschichte eines Ideenpolitischen Begriffs*, (Friburgo-Munich: Verlag Karl Alber), 1965.

política que los conceptos adquieren según Koselleck en el contexto de las luchas semánticas agudizadas con la Revolución francesa al que ya nos hemos referido.¹⁷³ El carácter ideológicamente connotado del concepto de secularización no engloba, sin embargo, la totalidad de su trayectoria. Se trata inicialmente de un término técnico, perteneciente al derecho canónico, con el que se designa, ya desde las últimas décadas del siglo XVI, el tránsito a la vida laica de un religioso regular. Ni siquiera su conquista de la primera línea del debate a raíz de la división de las confesiones en el seno del mundo cristiano y las Guerras de religión socavan la neutralidad de una categoría que se ensancha para denominar la transferencia de potestad sobre personas, beneficios, propiedades o lugares de adscripción inicialmente eclesial.¹⁷⁴ El término marca por tanto, ya desde sus comienzos, una distancia entre el reino de Cristo y cualquier reino temporal, prefigurando así, «aunque sólo sea virtualmente, la metamorfosis moderna de los “pares paulinos” celeste/terrestre, contemplativo/activo, espiritual/mundano».¹⁷⁵

La transformación decisiva, en cuanto a determinación del debate posterior, se produce en el siglo XIX cuando el concepto se pone al servicio de la emancipación de la sociedad burguesa, pasando así a

¹⁷³ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., capítulo 5 («Historia conceptual e historia social»), particularmente pp. 110 y ss.

¹⁷⁴ Para una reconstrucción más detallada de la historia del concepto, cfr. Jean-Claude MONOD, *La querelle de la sécularisation. Théologie politique et philosophies de la histoire de Hegel à Blumenberg*, (París: Vrin), 2002; la obra de Lübke citada en la nota 172; Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit.; y la entrada «Säkularisierung» redactada por Giacomo Marramao para el *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Bd.8. Darmstad 1992, pp. 1133-1161.

¹⁷⁵ Giacomo MARRAMAIO, *Cielo y Tierra. Genealogía de la secularización*, trad. cast. de Pedro M. García, (Barcelona: Paidós), 1998, p. 8.

designar el proceso de progresiva independencia respecto a la autoridad religiosa y, por extensión, a cualquier agente susceptible de obstaculizar la fundación racional de la moral, la política, el conocimiento, el arte... La secularización se convierte de este modo en uno de los conceptos clave de las decimonónicas filosofías de la historia. Se apuntala así su dimensión prospectiva, pues la historia moderna escenifica, desde este punto de vista, un camino irrefrenable de secularización, inacabado pero empíricamente corroborable en su volcado institucional.¹⁷⁶

Una reconstrucción tan somera de la historia del concepto no impide, con todo, apreciar la variedad de capas de significado (jurídica, eclesiástica, política, histórica, filosófica...) que le dan cuerpo. La policromía de que goza su sección ha contribuido a generar una multiplicidad de definiciones y enfoques no solo a nivel diacrónico, sino también en el tratamiento teórico contemporáneo del concepto, imponiendo el interrogante de si cabe una visión unitaria al respecto. Como matiza Marramao, no se trata de una mera polisemia, sino de una «ambivalencia estructural de significado, que da lugar a variantes antitéticas o diametralmente opuestas».¹⁷⁷

Si tomamos la secularización por la ruptura con los preceptos cristianos y el subsiguiente repliegue de la religión de las instituciones modernas, el término se aproxima al de descristianización y mantiene intactas las pretensiones modernas de estar abriendo un tiempo nuevo

¹⁷⁶ Cfr. Jean-Claude MONOD, *La querelle de la sécularisation*, ed. cit., pp. 24-28.

¹⁷⁷ Giacomo MARRAMAIO, *Cielo y Tierra*, ed. cit., p. 18.

y de ser el hombre, a pasos crecientes, el verdadero artífice de la historia. Entendida, en cambio, como transformación de ideas, esquemas y pautas de origen religioso pero esquejadas ahora al terreno mundano, se asociaría más bien al concepto de desacralización y convertiría las citadas pretensiones modernas en una ilusión autoinducida. Como señala Jean-Claude Monod, la secularización se emparenta de este modo con aquellos «conceptos contradictorios» creados por el joven Hegel, dado que cubriría a la vez la emancipación del mundo cultural y social occidental respecto al cristianismo y su metabolización escondida en la forma de esa modernidad pretendidamente laica.¹⁷⁸

Esta ambivalencia estructural explica que el concepto de secularización haya encontrado su espacio en la reflexión posterior como herramienta de comprensión y toma de postura respecto a la Época Moderna. Lo que se discute es, en último término, si la ambición moderna de auto-fundación racional desoye, cuando no oculta directamente, la deuda contraída con el cristianismo, esto es, qué nivel de verosimilitud estamos dispuestos a conceder a la conciencia de ruptura de estos *Tiempos Nuevos*.¹⁷⁹

¹⁷⁸ Cfr. Jean-Claude MONOD, *La querelle de la sécularisation*, ed. cit., p.35; Giacomo MARRAMAIO, *Cielo y Tierra*, ed. cit., p. 18.

¹⁷⁹ El origen de la disputa a la que nos referimos se retrotrae a la intervención de Blumenberg en el VII Congreso Alemán de Filosofía celebrado en 1962, cuyo tema central era la idea de progreso y que culminará en la controvertida obra *La legitimidad de la época moderna* (ed. cit.).

II.3.3.1 *Los términos de la disputa*

Entre las posturas más críticas con esta pretensión auto-fundacional hay una gran variedad de tonos que van de la comprensión del capitalismo como la expresión intramundana del ascetismo, a la denuncia del poder intelectual o mediático como actualización del dominio eclesial, pasando por la recepción del celo metódico moderno como una reformulación del rigorismo. Pero las tesis más célebres son, sin duda, la mutación de nociones teológicas en términos jurídico-políticos mantenida por Carl Schmitt y la transposición de la escatología cristiana en inmanencia histórica a manos de las filosofías de la historia, postulada por Karl Löwith. Según este último, las filosofías del progreso habrían tomado de la tradición judeocristiana la idea del futuro como lugar donde se ubica lo temporalmente determinante, trasladando no obstante del más allá al interior de la historia misma la resolución contenida en este.¹⁸⁰ Habría sido el propio desapego de lo mundano fomentado por la religión el que habría posibilitado el desencantamiento del mundo –como, por otro lado, ya anticiparon Hegel y Weber– provocando el paradójico efecto de una absolutización y sacralización del mundo histórico.¹⁸¹ En este sentido Monod puede afirmar que desde la perspectiva de Löwith: «el mundo post-cristiano está más desacralizado que ninguna forma de sociedad pasada no solo

¹⁸⁰ Cfr. Karl LÖWITH, *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, trad. cast. de Justo Fernández, (Madrid: Aguilar), 1973.

¹⁸¹ Cfr. Giacomo MARRAMAIO, *Cielo y Tierra*, ed. cit., p. 92.

porque ya no es cristiano, sino también precisamente porque lo fue inicialmente».¹⁸²

En el otro lado de la contienda encontramos a Hans Blumenberg, cuya crítica a teoremas de la secularización como los mencionados se dirige no solo a reivindicar la dimensión novedosa de la Modernidad, sino también y sobre todo a poner de manifiesto la pretensión deslegitimadora de aquellos que la ponen en cuestión.¹⁸³ Al tratar de inscribir la Época Moderna en la historia del cristianismo, como una fase más de su despliegue, se da pábulo a la permanencia de una identidad substancial del mundo, puesto que se convierte el devenir humano en una secuencia de fases que se explican siempre en referencia a estados anteriores y, por tanto, no se reconoce ninguna transformación genuina, que pueda afectar incluso al original. Desde esta perspectiva, la novedad se restringe a la transposición o desplazamiento de contenidos, esquemas o modelos que remiten en todo caso a un fondo persistente. De ahí la ilegitimidad de lo moderno, en tanto que, al reivindicar la originalidad de sus conceptos, encubre y deforma la raíz teológica de la que en realidad proceden.

La alternativa de Blumenberg no pasa, con todo, por concederle a la Edad Moderna el origen inmaculado de la creación *ex nihilo*. El planteamiento blumenberguiano se asienta mal en la estrechez del binomio ruptura/permanencia, frente al que se plantea una cierta

¹⁸² Jean-Claude MONOD, *La querelle de la sécularisation*, ed. cit., p. 209.

¹⁸³ *Cfr.* Hans BLUMENBERG, *La legitimación de la Edad moderna*, ed. cit., particularmente la primera parte («Secularización. Crítica de una categoría de injusticia histórica», pp. 13-124).

continuidad funcional por la que la Modernidad hereda un desafío que, sin embargo, asume el deber de enfrentar mediante soluciones inéditas.¹⁸⁴ Así las cosas, la tesis de la secularización no da cuenta satisfactoriamente del surgimiento de la Modernidad, por cuanto imputa a los conceptos fundamentales de la misma (progreso, revolución, liberación...) un mecanismo de heterodeterminación contrario a ese gesto autónomo de enfrentamiento de los problemas legados por el cristianismo medieval. Frente a ella, la propia categoría de «legitimidad» se alza en este autor como noción paradigmática de la autoafirmación radical de la libertad y autonomía humanas, ligada a la metáfora absoluta de la Modernidad: la revolución copernicana.¹⁸⁵

II.3.3.2 *El retiro de Dios y la secularización del poder pastoral*

Por lo que respecta a Bauman, desde sus primeras obras dedicadas a desentrañar el sentido del surgimiento de la modernidad, queda

¹⁸⁴En este sentido Blumenberg señala: «La tesis fundamental, globalmente formulada, aseguraría que sin el cristianismo la Edad Moderna es impensable. Esto es una verdad tan fundamental que dedicaremos la segunda parte de este trabajo a probarlo. Claro que haciendo la salvedad de que esta tesis adquiere un sentido que solamente puede ser precisado ejerciendo una crítica sobre la superficialidad –o, mejor, la aparente profundidad- de la secularización.» (Hans BLUMENBERG, *La legitimidad de la Edad Moderna*, ed. cit., p. 38).

¹⁸⁵ *Cf.*: Giacomo MARRAMAIO, *Poder y secularización*, trad. cast. de Juan Ramón Capella, (Barcelona: Península), 1989, p. 23. Para la noción de «metáfora absoluta» *cf.*: Hans BLUMENBERG, *Paradigmas para una metaforología*, trad. cast. de Jorge Pérez, (Madrid: Trotta), 2003; *cf.*: asimismo la Introducción de Faustino Oncina a: Faustino ONCINA y Pedro GARCÍA DURÁN (eds.), *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*, (Valencia: Pre-textos), 2015. Es muy notable la acribia con la que Blumenberg deslinda el progreso de la escatología en el libro mencionado, *La legitimidad de la Edad Moderna*, ed. cit., pp. 39-43.

establecida una relación de parentesco entre el reto de imponerle un orden declaradamente humano al mundo y el reemplazo de la verdad como manifestación divina por la verdad sujeta a criterios racionalmente controlables.¹⁸⁶ Ambas preocupaciones participan del convencimiento de que tanto el terreno social y político como el intelectual, si no son intervenidos, conducen al caos y a la aberración. Lo que este temor entraña es la debilidad de la creencia en una fuerza extramundana que velaría por la organización del mundo sublunar con independencia de la voluntad y la acción humanas: «Lo que había conducido el pensamiento del siglo XVII hasta el puerto [en clara referencia a la Sattelzeit] había sido la lacerante e insidiosa duda sobre la fiabilidad de las garantías divinas de la condición humana».¹⁸⁷ Si según se señala en la Introducción a *Miedo líquido*, la promesa de un orden diseñado es la supresión del azar, agente de potenciales catástrofes como las lisboetas, hay operando una presunción previa según la cual el acontecer, por mucho que en último término esté sometido a la voluntad divina, no responde a una elaboración detallada de la misma en su despliegue ordinario efectivo.¹⁸⁸ El poder divino se manifiesta en su libertad para intervenir o no, antes que en la ejecución de un plan providencial. El juicio de la «ceguera de la naturaleza» por el que se

¹⁸⁶ Es una de las vetas a través de las cuales se puede recorrer la obra *Legisladores e intérpretes*, como el mismo Bauman indica en *La cultura como praxis*, ed. cit., pp. 17-18.

¹⁸⁷ *Idem.*, p. 18. Cfr. también Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 45.

¹⁸⁸ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Miedo líquido*, ed. cit., p. 10. Véase la impronta que Koselleck le da al azar como un resto incancelable para la humanidad finita en su artículo «El azar como residuo de motivación en la historiografía» en Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 155-171.

requiere la intervención humana sobre la manipulación de lo que puede acontecer, es por tanto una forma de aquiescencia a la sospecha del retiro de Dios.¹⁸⁹

De este modo, Bauman establece la liberación de la fe en la creación divina como requisito para que el progreso fuese activado como opción de experimentación de la historia. La preocupación de los *nuevos tiempos* por el futuro es el resultado de una pérdida de aval sobre el lugar hacia el que se dirige la historia. Solo cuando «los humanos nos encontramos “a nuestra merced”», la serie de los acontecimientos pudo ser entendida como un camino hacia lo mejor cuyas garantías dependían de nuestra determinación y talento.¹⁹⁰ Sin embargo, la novedad estriba en el cambio de sujeto y de medios para afrontar el futuro, no así en el carácter redentor del mismo, anclado en

¹⁸⁹ Hay en ello una afinidad con el análisis de Blumenberg sobre los corolarios de la *potentia absoluta Dei*. Para este, el proyecto de autofundación racional de la modernidad responde a una honda crisis generada en gran medida por el «absolutismo teológico» del final de la Edad Media. El nominalismo, especialmente a través de la figura de Guillermo de Ockham, habría sido el responsable de radicalizar la tesis del carácter ilimitado del poder divino, constreñido únicamente por el principio de no contradicción. Como resultado, Dios habría quedado completamente independizado de este mundo. En tanto que absoluto e infinito, su poder no podría reconocer ningún compromiso con la realidad mundana, con lo que esta podría ser arrasada en cualquier momento, con las mismas garantías con que podría ser preservada. Llevada a sus últimas consecuencias, la potencia absoluta de Dios conlleva la indiferencia hacia sus creaciones, de ahí que si bien aún estamos lejos del «Dios ha muerto, matemos a Dios», un *deus absconditus* no es, en la práctica, muy diferente de este. Ambos dejan al hombre en la tesitura de tener que hacerse cargo de sí mismo. Cfr. Hans BLUMENBERG, *La legitimidad de la Edad Moderna*, ed. cit., pp. 160-1. Esta afinidad de planteamientos es señalada por el propio Bauman, pese a que la referencia no es a Blumenberg sino a Michael Allen Gillespie. Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 106-107.

¹⁹⁰ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 34.

la tradición religiosa cristiana. La finitud humana continuaba demandando un asidero capaz de garantizar la promesa de un mañana salvífico:

La llamada “secularización” de la era moderna no fue más que la designación de un vocabulario que pudiera ser utilizado para expresar la condición humana sin utilizar la palabra “Dios”. Sin embargo, aunque faltase la palabra, la narrativa continuaba versando sobre la insuficiencia humana y sobre la valiente lucha para enfrentarse a sus consecuencias potencialmente devastadoras. No faltaron sustitutos para la palabra ausente, sustitutos que venían a señalar sendas reencarnaciones de Dios, por decirlo así (...): Naturaleza, Leyes de la Historia, Razón, Progreso.¹⁹¹

Ello se hace patente en la caracterización que Bauman ofrece del tipo de poder que detentan en su nacimiento los Estados modernos. Aunque sin referencias a pasajes determinados, Bauman se mantiene en este punto considerablemente cercano al Foucault de *Vigilar y castigar*. Describe el poder moderno como una técnica de control de carácter pastoral, esto es, justificada por su servicio al interés redentor de aquellos que se le someten. El sentido último de las instituciones políticas modernas sería la instrucción y acompañamiento de los ciudadanos para la consecución de una vida buena, según la idea que de esta promueve el Estado.¹⁹² Por eso mismo es también un poder de

¹⁹¹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 182.

¹⁹² *Cf.* Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 33. En la genealogía de la sociedad disciplinaria que Foucault traza en *Vigilar y Castigar* (Madrid: Siglo XXI, 2008), es una idea central el tránsito de la práctica de castigar los cuerpos a la creación de instituciones, procedimientos y profesionales a los que se encomienda la

tipo proselitista, puesto que persigue el reconocimiento por parte de los súbditos de la superioridad que como forma de vida encarna y a través de la cual justifica la obediencia que hay que deberle. Es este mismo reconocimiento, de hecho, el momento clave para obtenerla «salvación».¹⁹³

Nuestro autor atribuye a la Iglesia católica el mérito de haber alcanzado la forma plena de una tal técnica de dominio, respecto a la cual la única novedad que introduciría la Época Moderna sería su puesta al servicio del Estado. Con ello, la conquista espiritual a la que estaba abocado el poder pastoral y proselitista de la institución eclesiástica, se vuelve una cruzada por la homogeneización de las formas de vida en favor de la hegemonía del Estado:

tenía que admitirse que el Estado y los especialistas nombrados y legitimados por él sabían mejor qué era bueno para los súbditos, y cómo debían éstos vivir sus vidas y cuidarse de actuar de una manera perjudicial para sí mismos. A los súbditos no sólo se les negaba la aptitud para encontrar su camino hacia Dios; también la capacidad de vivir una vida

rectificación de las almas, bien que a través del control y la corrección de las operaciones corporales. En términos de Foucault: «Poder que es tanto menos “corporal” cuanto que es más sabiamente físico» (182). La nueva tecnología del poder creada entre los siglos XVI y XIX se ejerce más allá de las prisiones. No es sin más una nueva gestión de los delitos, sino toda una reconfiguración de la relación entre el poder y los individuos, que se vierte también en las prácticas escolares, hospitalarias, militares o industriales, siempre bajo el manto de una supuesta benevolencia salvífica. Según apunta: “El poder disciplinario, en efecto, es un poder que, en lugar de sacar y de retirar, tiene como función principal la de ‘enderezar conductas’; o sin duda, de hacer esto para retirar mejor y sacar más. No encadena las fuerzas para reducir las; lo hace de manera que a la vez pueda multiplicarlas y usarlas.” (175). De ahí que “el adversario del soberano” y “el enemigo social” no sea el que atenta contra el interés común, sino el desviado, el anómalo (306).

¹⁹³ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 75.

humana sin vigilancia, asistencia e intervención correctiva de quienes estaban verdaderamente informados.¹⁹⁴

Así pues, Bauman da pábulo a la tesis de la secularización en el marco de una pervivencia de la índole salvífica del futuro que sencillamente habría sido trasladada al interior de la historia y capitalizada por las pretensiones omniabarcantes del emergente Estado moderno.¹⁹⁵

Podemos ver un ulterior indicio de esta postura en el modo como se presenta en Bauman la utopía. Ella evidencia mejor que cualquier otra instancia el espíritu jardinero con el que Bauman expresa metafóricamente la confianza moderna sólida en el inmenso poder de la razón y la voluntad humanas. Sobre la base de la convicción de que el humano alberga la capacidad de transformar el mundo en el que vive en una realidad diferente, la utopía constituye para el imaginario de la primera etapa de la modernidad, según Bauman, una anticipación del programa de mejoras a acatar. En este sentido, se trata del principio mismo del progreso.¹⁹⁶

¹⁹⁴ *Idem.*, pp. 75-76.

¹⁹⁵ Así lo dirá explícitamente en *Idem.*, p. 118, en el seno de una caracterización de la Ilustración que pone en primer plano su colaboración en este proceso, como referiremos en el apartado «Disponibilidad de la historia y responsabilidad».

¹⁹⁶ Zygmunt BAUMAN, *Tiempos líquidos*, ed. cit., p. 137. También Koselleck se ha ocupado de esta cuestión a la que ha bautizado como la «temporalización de la utopía». Con esta expresión se trataría de condensar la transformación por la que más allá de un género literario o un lugar imaginario, la utopía pasaría a denominar, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, una categoría político-social destinada a anticipar determinados elementos de un futuro que se espera ver realizado. Entre ambos autores se dará, no obstante, una diferencia remarcable en cuanto al elemento territorial, que para Koselleck, justamente en virtud de la transformación señalada,

Sin embargo, su inserción en la historia se hace en calidad de categoría extra-histórica, esto es, su realización es el final mismo del tiempo como historia.¹⁹⁷ Su perfección constitutiva entraña la obturación de cualquier cambio posterior, volviendo fútil la diferencia entre pasado, presente y futuro o, podríamos decir, inaugurando una suerte de eternidad mundanizada. Así pues, el desenlace utópico mantiene el esquema apocalíptico de acuerdo con el cual la historia se dirige hacia su propia supresión en virtud del acceso a una forma de vida más elevada.

De ello no se desprende, con todo, el reconocimiento de una suerte de consanguinidad entre la aceleración moderna y la voluntad de acortamiento del tiempo presente en la tradición apocalíptica cristiana. Pero no porque se niegue la existencia de un proceso de secularización, sino porque no se reconoce, de hecho, la propia aceleración como expectativa.

pasa en la Época Moderna a un segundo plano. Por el contrario, Bauman insistirá en que la utopía remite a un estado de cosas geográficamente situado, aun si esta ubicación puede remitir a lugares existentes únicamente en la fantasía humana. De hecho, su poder persuasivo emana en gran medida de su fijación a un espacio delimitado. Son mundos verosímiles porque se desarrollan en el interior de fronteras que permiten acotar el alcance de los sistemas impecables de organización social que los caracterizan, a la vez que establecen una distancia respecto a los mundos ordinarios conocidos. Es decir, su poder para reflejar una administración humana alternativa resulta razonable por el hecho de desarrollarse en el interior de unos límites dentro de los cuales su autoridad y no otra es reconocida. Cfr. Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 276. Para Koselleck: «Sobre la historia conceptual de la utopía temporal», ed. cit.

¹⁹⁷ Zygmunt BAUMAN, *Tiempos líquidos*, ed. cit., p. 152.

II.3.3.2 *Aceleración, técnica y secularización*

La aceleración no solo tiene como resultado la disolución de todo presupuesto extrahistórico para la historia, sino que tampoco como pretensión escapa a condiciones que se deciden en el interior del transcurrir mundano.¹⁹⁸ Tanto es así que, como ya anunciamos en el capítulo precedente («Historia conceptual como método»), son las nuevas cotas de movilidad que permite alcanzar el desarrollo en la construcción de vehículos, las que hacen del apremio un objetivo digno de persecución. Y lo hacen en un terreno circunscrito a la realización de tareas concretas dentro del desarrollo ordinario de la vida, no desde la perspectiva de su establecimiento como medio para una aproximación más global a la meta de la historia como totalidad.

La innovación tecnológica, remarca Bauman, crea una brecha entre aquellos que tienen acceso a un mayor movimiento y aquellos que permanecen en el dominio del desplazamiento lento. Esta diferencia se convierte en principio de jerarquización: «Durante la modernidad, la velocidad de movimiento y el acceso a medios de movilidad más rápidos ascendieron hasta llegar a ser el principal instrumento de poder y dominación».¹⁹⁹ Solo en este sentido restringido la aceleración es un propósito para la modernidad. Como modo de interpretar y

¹⁹⁸ «mediante la aceleración el mundo cada vez se parecía menos a Dios», afirma Bauman en su *Cultura como praxis*, ed. cit., p. 16.

¹⁹⁹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 15. *Cfr.* también las pp. 120-129 y 198 de esta misma obra; Id., *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 107; Ernesto CASTRO, Javier LAREU y Zygmunt BAUMAN, «La gota que colma el vaso. Encuentro con Zygmunt Bauman», art. cit., pp. 110-111; y Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., p. 40.

enfrentarse a la historia, en cambio, Bauman prima la procrastinación y relega la aceleración a una circunstancia que, si bien llegará a ser definitoria para la Época Moderna, no surge de su propia búsqueda:

Como explicara Max Weber, fue más bien esa dilatación particular, y no la premura o la impaciencia, la que se tradujo en innovaciones modernas tan espectaculares y trascendentes como, por un lado, la acumulación del capital y, por el otro, la difusión y el afianzamiento de la ética del trabajo. El deseo de progreso exacerbaba y atizaba los esfuerzos; pero la advertencia de “no todavía”, “justo ahora no”, orientaba esos esfuerzos hacia su consecuencia imprevista, que fue conocida con los nombres de “crecimiento”, “desarrollo”, “aceleración” y, por esta razón, “sociedad moderna”.²⁰⁰

²⁰⁰ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit, p. 167. Se hace sentir en este punto la influencia de una obra como *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Barcelona: Edicions 62, 1979). Contra la común identificación de la particularidad del capitalismo con el afán de lucro, en esta obra se defiende que aquello que lo distingue es «la moderación racional de este impulso irracional lucrativo» (9). Sobre la base de esta idea, Weber muestra el impulso decisivo que el ascetismo protestante supuso para el «espíritu del capitalismo». La doctrina de la predestinación fue acompañada del barnizado ético del trabajo, de modo que se consideraba posible alcanzar la certeza de la gracia de Dios a través de la virtud profesional. Bajo la perenne amenaza de la existencia de una única alternativa, condenado o elegido, no basta con la realización de unas u otras buenas acciones; un solo pecado vulnera la certidumbre de la salvación. Por ello, dice Weber, el calvinista, el pietista, el metodista o el bautista, se ven llevados a una estricta observancia de sus actos, a una racionalización rigurosa de la existencia que les permita sostener la convicción de su estado de gracia (206-7). El alejamiento del mundo propio de la ascesis se hace así compatible con la participación en la actividad capitalista. Si, por un lado, se desprecia el goce de los placeres mundanos derivados de la posesión de riqueza, el enriquecimiento es visto él mismo como signo de gracia y dignificación de Dios. Lo que el ascetismo laico protestante condena no es tanto la búsqueda de riqueza cuanto los peligros de su posesión, particularmente el acomodo y el abandono del rigor y la sobriedad en la conducta: «Lo que realmente es reprochable para la moral es el descanso en la riqueza, el gozar de los bienes, con la inevitable consecuencia de sensualidad y ociosidad y la consiguiente desviación de las aspiraciones hacia una vida

En el marco de una concepción progresista de la historia, cada presente es evaluado en función de algo que está por venir, no tiene valor sino como acercamiento a ese otro lugar mejor. Ahí reside, considera Bauman, el carácter aporético del tiempo moderno, puesto que el presente no cuenta más que en el acortamiento del espacio hacia un «todavía no» pero, a la vez, si ese suceder futuro fuese alcanzado, el presente perdería aquello que lo hace valioso:

La racionalidad instrumental favorecida y privilegiada por la vida del peregrino [métrofora en Bauman de la experiencia moderna del tiempo] nos mueve a la obtención de esos resultados a la vez que realiza la asombrosa proeza de hacer que la culminación de nuestros esfuerzos esté siempre a la vista pero que nunca lleguemos a alcanzarla, de hacer que nos aproximemos cada vez más al final, pero impidiendo que la distancia llegue a cero. La vida del peregrino es un viaje-hacia-la-completud, pero la “completud” en esa vida equivale a la pérdida de significado.²⁰¹

Para una forma de vida orientada al mañana la consecución de la meta es la muerte y la postergación de la gratificación la única vía de supervivencia, de manera que la procrastinación alberga una inclinación

“santa” (...) pues el “reposito eterno del santo” está en la otra vida.» (212-3). Pero separado del goce y el ocio, el obrar en busca de riqueza responde a la voluntad inequívoca de Dios, lo dignifica y ratifica la autenticidad de la fe. Por ello, frente al consumo y el lucro irracional, se impone la propensión al ahorro y la reinversión calculada del capital (245). Así pues, la apelación de Bauman a Weber en este punto anima, creemos, a emparentar la procrastinación moderna sólida con esta racionalización de la conducta en el mundo propia del ascetismo protestante, que sacrifica el disfrute en pos de fines que no pueden ser alcanzados en este mundo.

²⁰¹ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 166-170, aquí 167.

a convertirse en su propio objeto. Con ello Bauman recoge una idea que ya exploró en *Modernidad y Ambivalencia*, a saber, la incapacidad inherente a la modernidad, ya en su fase sólida, de sentirse saciada con la coronación de sus propias metas.²⁰² Por un lado, se desea la consumación de la historia en un estado final insuperable; pero a su vez, esta cima es alejada constantemente bajo el pretexto de una perfectibilidad siempre mejorable. Por el otro, los hechos confirman esta posición subjetiva, pues a cada nueva propuesta que se implementa en aras de suprimir el caos que constituye toda realidad no sometida al control racional, se propagan nuevas formas de desorden, nuevas anomalías, excepciones... Como resultado, la meta se pospone *sine die*.

Es esta tendencia al aplazamiento y no la voluntad de reducir la distancia temporal que nos separa del porvenir anunciado por el progreso, dice Bauman, la que paradójicamente sienta las bases para la reducción continuada de los intervalos de cambio. La modernidad es una época de aceleración, pero no porque así entienda su propio despliegue histórico, sino porque su afán de postergación no cesa de situarla en un movimiento perpetuo y mejorado a cada vez.

La consecuencia de esta lectura es que Bauman ignora las invocaciones al aumento de velocidad que desde el comienzo acompañaron la emergencia de la Época Moderna y con las que tanto Koselleck como Rosa apuntalan su interpretación de dicho fenómeno. Una vía de exploración que Bauman se veta al precio de desatender la

²⁰² Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 31.

que, de acuerdo con los numerosos y variados testimonios aportados por los estudiosos alemanes, constituye una dimensión fundamental de la pretensión moderna de control sobre la historia: la posibilidad de adelantar su cumplimiento.

Así pues, pese a su recurso frecuente a la historia de los conceptos, no encontraremos en Bauman referencia alguna a la utilización del propio concepto de aceleración. El aumento de velocidad se toma como elemento que se incorpora al significado de diversos conceptos durante la modernidad líquida,²⁰³ pero no como un término digno él mismo de un examen histórico-semántico. Si asumimos la naturaleza bifronte de los conceptos a la que no referimos anteriormente, ello supone además que no solo se margina un elemento sintomático del carácter de la Época Moderna, sino también un componente a considerar en el inventariado de las causas de sus transformaciones.

A diferencia de ello, los vaivenes semánticos sufridos por el concepto de aceleración constituyen, para Koselleck, toda una línea vertebradora de lo que será el proceso de consolidación de la temporalidad moderna, desde el desconcierto ante un cambio sin precedentes en su diferencia cualitativa y en su ritmo de aparición, a la elaboración teórica de todo un sistema de la historia.²⁰⁴

²⁰³Como en los ejemplos ya aludidos respecto a los conceptos de trabajo o de comunidad. *Cf.* pp. 80-81.

²⁰⁴Así lo sugiere por ejemplo en «¿Existe una aceleración de la historia?», art. cit., pp. 330-331, cuando asegura que: «Se puede constatar un cambio en la experiencia del tiempo mediante el incremento del uso de la “proposición empírica de la aceleración” en el transito del siglo XVIII al XIX».

En esta línea, el alemán muestra que hay dos usos del concepto de aceleración que preceden el proceso de temporalización de la historia al que hasta ahora la hemos estado asociando. El primero, del que, no obstante, también encontramos muestras en la Época Moderna, se puede identificar ya en Tucídides, donde la aceleración de los acontecimientos se utiliza como indicador de una experiencia de crisis política. En este caso aquello que incrementa su ritmo no es la irrupción de novedades sino la sucesión de lo ya conocido, lo cual lo distingue del uso específicamente moderno, vuelto a aprehender los efectos de la innovación técnica e industrial.²⁰⁵

El segundo, en cambio, remite a un acortamiento que no es el de la compresión de los cursos temporales, sino el de la abreviación del tiempo mismo de la historia, su cese absoluto. Este acortamiento del tiempo florece en los textos apocalípticos de la tradición judeo-cristiana, en los que se presenta, según expone Koselleck, de acuerdo con tres variantes fundamentales: bien como acto de gracia para acabar con el tormento que separa a los creyentes del advenimiento del fin de este mundo; bien, en la ausencia de esta anticipación, como oportunidad

²⁰⁵ *Cfr. Idem.*, pp. 333-335. En este sentido, la transformación del concepto de aceleración estará íntimamente ligada a la del propio concepto de crisis, en tanto este pase a significar un límite tras el que surge lo nunca visto: «O la crisis da a entender que se trata de una situación única, que sin embargo, -como ocurre en el curso de una enfermedad- en principio podría volver a repetirse, o la crisis se interpreta, en analogía con el Juicio final, como una decisión ciertamente única, pero ante todo definitiva, tras la cual todo será enteramente diferente. Así, el concepto de crisis puede generalizar la experiencia moderna hasta tal punto, que “crisis” pasa a ser, sencillamente, un concepto estable para “historia”.» (Reinhart KOSELLECK, *Crítica y Crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, trad. cast. de Rafael de la Vega y Jorge Pérez, (Madrid: Trotta y Universidad Autónoma de Madrid), 2007, p. 250).

para ampliar el alcance del mensaje divino antes del apocalipsis; o bien como indicio de un estado mediador entre la mera expectativa y la llegada efectiva de ese final. Se trata, por tanto, de un concepto cuyo significado no procede del ámbito de los hechos, sino del de la expectativa.²⁰⁶ De hecho, el incumplimiento de las profecías que articulan la esperanza del acortamiento del tiempo no solo no invalida la certeza de esta expectativa, sino que aumenta la probabilidad de su realización futura. Así pues:

La fórmula del acortamiento, la supresión del *ordo temporum*, es, por consiguiente, una premisa teológica o metahistórica permanentemente aplicable. Los datos empíricos que deben corroborar el preconizado acortamiento de los tiempos pueden variar, pero la plausibilidad de la argumentación sigue intacta (...) El acortamiento del tiempo era aplicable a la historia en todo momento, pero él mismo era un requisito extrahistórico y suprahistórico, sobre el cual el hombre mismo no podía decidir.²⁰⁷

A partir del siglo XVI, en cambio, el cotejo de nuevas aceleraciones cada vez más frecuentes empieza a dejar de ser referido, al menos en todo caso y en el terreno político, al fin de los tiempos. Los descubrimientos e invenciones de la joven ciencia moderna ofrecen un testimonio empírico de lo que, por ello, cesa de necesitar ser postulado desde el exterior del transcurrir mundano:

²⁰⁶ Cfr. Reinhart KOSELLECK, «¿Existe una aceleración de la historia?», art. cit., pp. 336-338. También para lo que sigue. Cfr. asimismo *Id.*, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., pp. 47-52.

²⁰⁷ *Idem.*, p. 52.

El acortamiento del tiempo que antes estableció desde afuera un final más temprano a la historia, se convierte ahora en una aceleración de sectores empíricos determinables, la cual se registra dentro de la historia misma. Lo nuevo de ello es que ahora el final no llega más pronto sino que, comparados con los progresos lentos de los siglos pasados, los actuales ocurren cada vez más rápido.²⁰⁸

Koselleck aporta distintos testimonios que confirman la perspectiva de un desplazamiento del sostén de las esperanzas de una comprensión del tiempo. Ramus, Bacon o Leibniz no se contentan con la certeza autoprobatoria de la potestas aceleratoria divina, sino que remiten la reducción de los intervalos al aumento de cadencia de las innovaciones en relación con el tiempo precedente.²⁰⁹ Por consiguiente, ya no es Dios quien capitaliza el motor del cambio, sino que el humano, en tanto creador y descubridor, en tanto científico e ingeniero social, gana para sí esta competencia. Y asimismo ya no se trata de una acción vertida sobre el tiempo en sí mismo como magnitud natural que es alterada en su extensión, sino que esa misma magnitud, de suyo uniforme, sirve de escala de medida para el cronometraje de los progresos humanos.²¹⁰

²⁰⁸ Reinhart KOSELLECK, «¿Existe una aceleración de la historia?», art. cit., p. 339. *Cf.* también *Id.*, *Futuro pasado*, pp. 138-139.

²⁰⁹ Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, pronosis y secularización*, ed. cit., p. 53.

²¹⁰ Cabe señalar que José Luis Villacañas ha criticado duramente por su falta de sustrato empírico la filiación que en la elaboración de la tesis de la secularización Koselleck establece entre la immanentización de las promesas divinas, la emergencia de un tiempo específicamente histórico y la aceleración. La propia institución eclesiástica es un ejemplo de mundanización y de temporalización que no conlleva, sin embargo, progreso o aceleración. Entre las razones que Villacañas aduce para la identificación precipitada de Koselleck entre estos elementos, se halla el equivocado intento de explicar la mundanización allende el cristianismo y el error de derivar de

Mediante esta referencia al desarrollo técnico-científico Koselleck restringe el alcance de la tesis de la secularización. Ambas posiciones, el acortamiento reservado a Dios y la aceleración en el marco del progreso, comparten la referencia a una meta solo en virtud de la cual adquiere sentido la esperanza depositada en la anticipación. El apremio responde en una y otra a la voluntad de alcanzar con mayor velocidad bien la salvación eterna, bien la realización final de la sumisión de la naturaleza y la sociedad a un orden racional. Incluso esta diferencia de objetivos podría ser interpretada, a la manera löwithiana, como una mera transposición intrahistórica de las antiguas esperanzas cristianas, una reformulación de la que después de todo sería la aspiración común

ambos elementos la explicación de la temporalización. Ni la mundanización puede desprenderse de su modelo y origen cristiano, ni el cristianismo institucionalizado y por tanto mundanizado, asumió por ello durante un largo periodo la comprensión del tiempo como lugar donde se realizaba la salvación. Hay un amplio periodo en que la experiencia del tiempo es histórica y mundana, sin por ello eliminar el afuera desde el que Dios da cumplimiento a sus designios. «Este camino -que las decisiones de Dios estaban condicionadas por acciones de los seres humanos- es el que otorga cada vez más relevancia a la acción en el tiempo y el que conduce a la temporalización. Antes de que la historia llegara a tener valor absoluto, fue relevante como condición racional de la decisión de Dios». De hecho, el recurso al Apocalipsis fue frecuente en el intento de dotar de legitimidad y ampliar el alcance de poderes mundanos. La necesidad de prestarles obediencia se derivaba de su suficiencia para disponer adecuadamente la segunda venida de Cristo: «En este sentido, la experiencia del acortamiento del tiempo estuvo pronto mediada por la formación de poderes capaces de lograrlo». Solo en ciertos casos estas condiciones fueron relacionadas con la aceleración. Más bien: «hay aceleración en el ámbito medieval, aunque en él sólo hay una temporalización inicial, y no hay secularización en sentido propio, pues se sigue concediendo legitimidad soberana expresa a la instancia cristiana». El trasfondo de todo ello, considera Villacañas, es un intento *à la* Schmitt de alertar sobre el peligro de la transferencia ilegítima de categorías, esto es, de la aceleración del tiempo como síntoma de decadencia espiritual. *Cfr.* José Luis VILLACAÑAS, «Sobre el uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media», en: Faustino ONCINA (ed.), *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*, ed. cit., pp. 97-116.

a ambas: la llegada acelerada de un reino de dicha y libertad.²¹¹ Pero más allá de este terreno acotado, Koselleck considera que la aceleración moderna excede y se distingue de la mera secularización de las expectativas apocalípticas, precisamente por el nuevo anclaje que el desarrollo técnico le proporciona. La clave de esta matización se halla, por tanto, en el descubrimiento de la aceleración, a partir de las revoluciones francesa e industrial, como un concepto no solo de expectativa, sino también de experiencia.²¹²

No obstante, el papel cardinal que Koselleck le concede al desarrollo técnico en el proceso de emancipación de la aceleración respecto a planes providenciales no conduce, como sí vemos en Bauman, a una suerte de absolutización de la técnica como determinación causal del papel que la aceleración desempeña en la Modernidad. La aceleración «se convierte en el siglo XVIII en una obligación de planificación temporal, aun antes de que la técnica abra completamente el espacio de experiencia adecuado a la aceleración».²¹³

Durante los siglos XV y XVI en Italia y extendiéndose al resto de cortes europeas durante los siglos XVII y XVIII, germina el arte del pronóstico, en oposición a las viejas profecías. Esta transformación

²¹¹ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., p. 62.

²¹² Según una carta inédita que Koselleck habría dirigido a Blumenberg en 1975, aquél manifestaría hallarse más próximo a éste que a Löwith en la reconstrucción de la génesis de la utopía moderna y, por extensión, más cercano a una aproximación crítica con el presunto carácter secularizado de los conceptos modernos. Cfr. Gennaro IMBRIANO, *Le due modernità: critica, crisi e utopia in Reinhart Koselleck*, (Roma: Derive Approdi), 2016, p. 341.

²¹³ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 37.

coincide con la lucha del Estado por erigirse en señor plenipotenciario del futuro.²¹⁴ El futuro se troca en un espacio de cálculo para determinar la razón entre los casos favorables y los posibles. De un buen pronóstico puede depender el éxito político o la evitación del mal. Lo distintivo, respecto a las antiguas profecías apocalípticas, es que su formulación es ya un modo de alteración de la realidad. Aquello que se pronostica introduce una novedad que orienta la acción en uno u otro sentido, modificando así los propios presupuestos de la previsión. De ahí que Koselleck asegure que: «El pronóstico produce el tiempo desde el que se proyecta y dentro del cual se proyecta, mientras que la profecía apocalíptica destruye el tiempo, de cuyo fin precisamente vive».²¹⁵

Con todo, el número de posibilidades que se contempla en el cálculo probabilístico es aún, en el contexto de las monarquías absolutas, limitado. El número de príncipes, las cifras referentes a su potencia militar, económica y demográfica y la esperanza de vida media de los gobernantes, determinan un horizonte de posibilidades sometido todavía a la movilidad estática de magnitudes naturales, dentro del cual no cabe la novedad radical. En este contexto, la expectativa cristiana aún mantiene su validez, en la medida en que sigue en vigor la división entre un más acá donde nada fundamentalmente nuevo se produce y un más allá donde ésta espera el momento de su irrupción. Lo que

²¹⁴ *Idem.*, pp. 29-31.

²¹⁵ *Idem.*, p. 33.

rompe definitivamente con esta perspectiva es la nueva conciencia del tiempo y del futuro con la que nacen las filosofías de la historia.

Según ya señalamos anteriormente, el descubrimiento de un tiempo propio de la historia va pareja a la disolución del lazo entre porvenir y tradición.²¹⁶ El futuro que ya no cuenta con la restricción de posibilidades de lo acontecido es un espacio ignoto, pero también un espacio abierto a indefinidas vías de continuación del presente. Puede y necesita, por ello, ser planificado. El único modo en que la anticipación a propósito de un porvenir desconocido se vuelve posible es, como ya supo ver Kant, si aquel que realiza el pronóstico es el mismo que cumple y dispone los acontecimientos augurados.²¹⁷ Acabar con el pasado no es entonces una simple contingencia sino un dictum atravesado por un coeficiente temporal del que depende el advenimiento de la diferencia que se espera: «el ilustrado consecuente no toleraba ningún apoyo en el pasado. El objetivo que explicaba la Enciclopedia era acabar con el pasado tan rápidamente como fuera posible para que fuera puesto en libertad un nuevo futuro».²¹⁸ El sujeto de la moderna filosofía de la historia no se detiene en la predicción del futuro, anhela su llegada inminente y se vuelca por ello en la

²¹⁶ Cfr. apartado «El umbral de un tiempo nuevo».

²¹⁷ «Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en constante progreso hacia lo mejor» en Immanuel KANT, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, trad. cast. de Concha Roldán y Ramón Rodríguez, (Madrid: Tecnos), 2006, pp. 79-100, aquí p.80. En *Futuro pasado* (pp. 257-258) Koselleck señala que, si bien la fórmula kantiana estableció el modelo de la factibilidad de la historia, el tono de la afirmación kantiana era irónico, destinado a criticar a adivinos y políticos afanosos de acelerar crisis pronosticadas o temidas por ellos.

²¹⁸ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 61.

producción de las condiciones que vayan a permitirlo. Condorcet afirmaba que la tarea del revolucionario es «mantener esta revolución y acelerar o regular su marcha». En su discurso «Sobre la Constitución» pronunciado el 10 de mayo de 1793, Robespierre exhorta a los ciudadanos a asumir el deber de acelerar una revolución fraguada por el propio progreso de la razón humana.²¹⁹ En suma:

La aceleración, primeramente una expectativa apocalíptica de los períodos que se van acortando antes de la llegada del Juicio Final, se transforma -igualmente desde mediados del siglo XVIII- en un concepto histórico de esperanza. Esta anticipación subjetiva del futuro, deseado y por ello acelerado, recibió por la tecnificación y la Revolución francesa un núcleo de realidad inesperado y duro.²²⁰

Podemos concluir entonces que en Koselleck, a diferencia de lo que ocurre en Bauman, aquello que la técnica aporta a la consolidación de la aceleración como aspecto central de la Modernidad es la saturación empírica de una idea que, con todo, ya existía en la forma de expectativa con anterioridad a su confirmación en la experiencia. No solo el desarrollo en el ámbito de los transportes sobre el que focaliza Bauman, también la división del trabajo, las innovaciones en el terreno de la transmisión de información (introducción de la rotativa, invención de la telegrafía, la litografía y la fotografía...) o la explosión demográfica,

²¹⁹ Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, (marqués de) CONDORCET, « Sur le sens du mot “révolutionnaire” » (1793), citado en Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 82; Maximilien François Marie Isidore de ROBESPIERRE, « Sur la Constitution » (1793), citado en Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 64 y de nuevo enfáticamente en *Id.*, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., pp. 58-59.

²²⁰ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 64.

ratifican de manera inmanente la aceleración moderna. Sin embargo, el aumento de relevancia del futuro y la voluntad de ocasionar su realización temprana no resultan «del mundo sobredimensionado técnica e industrialmente, que impone a los hombres lapsos cada vez más breves para acumular nuevas experiencias y para poder adaptarse a las modificaciones provocadas cada vez con mayor rapidez».²²¹ Antes de que se produjesen estos acontecimientos, en el esplendor de la Ilustración, la fijación de las metas de la historia va ya acompañada de la ambición de su conquista acelerada.²²²

II.3.4 Disponibilidad de la historia y responsabilidad

Tras esta diversidad de pareceres en cuanto a la existencia en la Modernidad de una voluntad manifiesta de acelerar la historia como un todo, se halla una diferente caracterización de las pretensiones de autodeterminación de la Época Moderna, cuya consecuencia, a su vez, es una divergencia en el tinte de la valoración que de ésta realizarán ambos autores.

La filosofía ilustrada, defiende Koselleck, es la promotora del cambio semántico solo mediante el cual la historia pudo ser entendida, a partir de 1780, como producto humano. Su conversión en un singular colectivo -historia en general, en sí y para sí, absoluta- es condición de

²²¹ *Idem.*, p. 16.

²²² *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., pp. 56-57.

posibilidad para la apertura de un nuevo espacio de experiencia y un nuevo horizonte de expectativa.²²³ Solo cuando el conjunto de la realidad se considera histórica, por encima de las diferentes historias particulares, a la vez que la historia solo es tal en la medida en que se la conoce, se consuma la renuncia a una instancia extrahistórica: «Únicamente el concepto de reflexión abre un espacio de acción en el que los hombres se ven obligados a prever la historia, a planificarla, a *producirla* en palabras de Schelling y, finalmente, a hacerla».²²⁴ La novedad, respecto al cultivo anterior de la prognosis al que ya nos hemos referido,²²⁵ es que aquello que ahora se prevé, se planifica y se ejecuta es la historia como totalidad, el futuro de la historia universal, para el que la ciencia y la técnica han ampliado ilimitadamente el horizonte de expectativa.

A partir de su categorización como progreso, este horizonte contiene, pese a su carácter abierto, una doble certeza: la de sus diferencia y superioridad respecto a cualquier momento anterior. De esta manera, el futuro es ignoto pero no así la dirección de la historia. Kant es quien marca la pauta: la consideración de la historia humana como la ejecución de un plan oculto de la Naturaleza es no solo un útil heurístico mediante el cual se adquiere una perspectiva para

²²³ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 255. Cfr. en general el capítulo XI, «Sobre la disponibilidad de la historia», en *ídem.*, pp. 251-266.

²²⁴ *Ídem.*, p. 256. También para lo que sigue. Como señala Sandro Chignola (2007, 16), la historia está más allá y por encima de todas las historias individuales porque todo el campo de la experiencia es temporalizado. Cfr. Sandro CHIGNOLA, «Temporalizar la historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, nº 37 (julio-diciembre de 2007), pp. 11-33, aquí p. 16.

²²⁵ Cfr. pp. 147-8.

sistematizar los acontecimientos; la aceptación de esta hipótesis y la realización de una historia universal conforme con ésta, son ellas mismas propiciadoras de esa intención que la Naturaleza guarda para la especie humana.²²⁶ Dado que la naturaleza nada hace en balde y nos ha dotado de una razón que anima la superación constante de nuestra existencia animal, es de suponer que el desarrollo pleno de esas disposiciones es la finalidad que ésta nos ha asignado. La moralidad es el lugar en el que el humano conquista su dignidad, dado que es la única condición bajo la que un ser racional puede ser un fin en sí mismo. Pero esa condición de «fin en sí mismo» es algo a lo que estaba «destinado por su propia naturaleza».²²⁷ En consecuencia, la confianza en el plan oculto de la naturaleza es un requisito moral, puesto que, solo si se asume dicha creencia, se puede proyectar el pleno desarrollo de la propia condición humana. Sin embargo, según señala Kant, la naturaleza nos ha impuesto la aproximación a dicha idea, pero su consecución depende del aprendizaje y la buena voluntad humanas.²²⁸ De otra manera la realización de la finalidad de la naturaleza no coincidiría con la optimización de las disposiciones humanas naturalmente asignadas, lo cual sería una contradicción. El individuo debe lanzarse a la realización de lo que en todo caso está dispuesto. Como señala Koselleck: «la deseabilidad o la constatación de un

²²⁶ Cfr. Immanuel KANT, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, ed. cit., 9º principio.

²²⁷ Cfr. *Id.*, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, trad. cast. de Roberto R. Aramayo, (Madrid: Alianza), 2012, pp. 148-150.

²²⁸ Cfr. Immanuel KANT, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, ed. cit., 6º principio.

progresar acelerado son relacionadas con el actor humano mismo, por más que se recurra a reasegurarse en términos de la filosofía de la historia, apoyándose en un plan de la naturaleza (Kant) o en leyes universales (Condorcet).²²⁹

De este modo, conceptos como «revolución», «emancipación», «dictadura» o los ya apuntados conceptos acabados en «-ismo» apuntan a un encadenamiento irrevocable de acontecimientos que a la vez es y no es responsabilidad de los agentes implicados en ellos.²³⁰

La fundamentación teórica del vínculo intrínseco entre Ilustración y Revolución alcanza así una de sus formulaciones más acabadas. La crítica que el ilustrado vierte sobre todo presente es un deber moral que conduce necesariamente a la crisis, tras la cual se espera una transformación de la realidad.²³¹ Se inserta de este modo en un

²²⁹ Reinhart KOSELLECK, «¿Existe una aceleración de la historia?», art. cit., p. 340.

²³⁰ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 328. En su entrevista con Carsten Dutt, Koselleck dice: «El peligro estriba en que al atribuir razón a la historia podemos sustraernos a nuestra responsabilidad. Esto es efectivamente lo que he tratado de exponer en mi tesis doctoral como la aporía propia de la Ilustración» (KOSELLECK, Reinhart y DUTT, Carsten: «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», art. cit., p. 214)

²³¹ Es el tema de *Crítica y Crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* (ed. cit.), título bajo el que se publicaría la tesis doctoral de Kosellek. En ella se defiende la existencia de un vínculo interno definitorio entre Absolutismo, Ilustración y Revolución. Según lo plantea Koselleck, la tajante división entre moral y política establecida por el Absolutismo con el fin de levantar el edificio moderno, una vez constatado que la conciencia no solo no es garantía de paz, sino que constituye la «fuente del mal», conllevaría el efecto perverso de volverse contra sí misma. La capacidad de juicio moral de los ciudadanos, emancipada -y por ello oculta- de la voluntad soberana, se volcaría sobre el propio Estado, convirtiéndose así en el nuevo poder ejecutivo de la naciente sociedad burguesa, que pese a su peso económico, intelectual, etc. no hallaría espacio en el sistema absolutista para ejercer una influencia política. Nacen así una suerte de instituciones extra-estatales potencialmente políticas

cuestionamiento permanente, cuyo efecto es una dinamización exacerbada de la historia que, en la medida en que nace de la crítica, es legítima y necesaria. En este sentido, Koselleck atribuye a las Luces la inauguración de un patrón de comprensión del cambio que supondrá una amenaza imprudente sobre todo posible logro de las sociedades modernas.²³²

Al aquilatar la influencia de la filosofía de la historia kantiana, Koselleck asegura que: «el impulso derivado de la moral de proyectar el futuro como tarea de todo deber moral, esto es, concebir la historia

que, cobijadas por el secreto, gestarán un espacio de derecho allende el derecho positivo y, por ello, un argumento en sí mismo contra la existencia del Estado absolutista. El revestimiento moral a través del cual se ejerce indirectamente la política burguesa no solo la oculta a ojos del Estado, sino que la sitúa además en un plano superior desde el que se puede emitir una gran crítica, cuyo siguiente paso es la ejecución directa en la forma de revolución política.

²³² Faustino Oncina ha emprendido un examen exhaustivo de la obra de Kant y Lessing -particularmente de la historia profética (Kant) y de la ontología de la masonería (Lessing)- a los que Koselleck toma como figuras paradigmáticas de ese filoutopismo irresponsable, para concluir que ninguno de ambos puede ser considerado con justicia promotor ni de la revolución ni de su cadencia apresurada. De hecho, mediante la revisión de sus textos, Oncina muestra cómo ambos alertan del riesgo de condenar la lentitud y la paciencia. De hecho, como se puede extraer de diferentes pasajes de *El conflicto de las facultades*, de *La Paz perpetua* o de la *Lógica*, este es uno de los motivos del distanciamiento de Kant respecto a la adicción violenta a la novedad del jacobinismo. Kant contempla como aceptable cierto tipo de arte político del pronóstico, inasimilable a una ley empírica, incierto en cuanto a su tiempo de ejecución y no legitimado por fenómenos sino por los intereses puros de la razón. La república como proyecto de futuro es una idea y como tal anima tanto el movimiento de su persecución constante como el escepticismo derivado de la falta de clausura de cada intento. Esto, de hecho, es lo que separa al fanático del entusiasta. El fanatismo del fanático no es en Kant el error de su idea, sino su incapacidad de esperar. A la luz de reflexiones como esta, Oncina concluye que Koselleck confunde ilustrado (*Aufklärer*) e iluminado (*Illuminat*) y emparenta equívocamente Ilustración y jacobinismo. Cfr. Faustino ONCINA, *Historia Conceptual, Ilustración y Modernidad*, (Rubí (Barcelona): Anthropos; México: Universidad Autónoma Metropolitana - Cuajimalpa), 2009.

como una institución ejecutiva temporalizada de la moral, quedó impreso sin duda profundamente en el siglo venidero». ²³³ Entre los activistas de la innovación el pronóstico propio se convirtió en un deber impuesto por la historia misma, algo que contribuía tanto a su legitimación como a su proselitismo. Aquello que se deseaba ver realizado correspondía de hecho con el camino objetivo de la historia, con lo que la intervención activa vuelta a propiciar dicho acontecimiento estaba plenamente justificada en tanto en cuanto no nacía de la voluntad personal, sino de un futuro que, en cualquier caso, antes o después, acabaría acaeciendo. La factibilidad de la historia remitía entonces a la posibilidad de acelerar o diferir unos sucesos que, no obstante, no dependerían como tales de los planes de los participantes. Y éstos, justamente por ello, quedaban recubiertos de una pátina de inocencia que reforzaba su poder de convocatoria, a la vez que exoneraba a la voluntad de responsabilidades respecto al curso de los acontecimientos. ²³⁴

Koselleck alerta de que este voluntarismo oscurece temerariamente la diferencia que separa el propósito del producto de la acción. Al esgrimir como justificación de la tarea autoimpuesta la simetría entre la propia expectativa y la trayectoria necesaria de la historia, se suprime todo condicionamiento que pudiese interponerse entre la voluntad y la determinación de la historia. Pero:

²³³ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 258.

²³⁴ *Cfr. ídem.*, pp. 259-260, así como las pp. 38, 77, 82 y 89.

En la historia sucede siempre más o menos de lo que está contenido en los datos previos. Sobre este más o este menos se encuentran los hombres, lo quieran o no. Pero los datos previos no se modifican en absoluto por eso, y cuando se modifican, lo hacen tan lentamente y a largo plazo que se escapan de la disposición directa, de la factibilidad.²³⁵

Aun al abrigo del cumplimiento de un acontecer transpersonal, los «planificadores utópicos» extraen de su propio deseo de ver cumplido determinado futuro la necesidad del advenimiento del mismo, ignorando su incapacidad de intervención directa sobre contextos que, si bien se distinguen de los acontecimientos, mantienen una relación de complicación respecto a éstos. Lo que la factibilidad de la historia ignora son las estructuras a largo plazo que vuelven imposible una disponibilidad plena de la historia. Por eso sus adeptos yerran en sus pronósticos y cometen torpezas estratégicas, porque, al sobreestimar el

²³⁵ *Cfr. ídem.*, pp. 261-266, aquí p. 266; Koselleck señala además que «ese potencial de exceso y de sorpresa que distingue a toda historia» (261-2), es el que hace que tengan sentido conceptos como progreso, retroceso, desarrollo o destino, vinculados al concepto moderno de historia (284). Insiste asimismo en la utilidad crítica de la atención al largo plazo: «Se podrían llegar a encontrar aquellas estructuras temporales que harían que se definiera como irreal tanto la empiría de la escatología teológica como la empiría de la utopía de la filosofía de la historia» (138). *Cfr.* también la entrevista con Carsten Dutt, donde Koselleck asegura que: «la dificultad que plantea la filosofía de la historia consiste de hecho en que los sistemas idealistas, sin excepción alguna, han hipostasiado proyectos totales de la historia entera hasta su presunta meta o han intentado demostrarlos. Y esta pretensión total es -ensu traducción política-totalitaria, con las consabidas consecuencias, especialmente en el marxismo, que constituye un resultado de esta filosofía de la historia idealista», que más adelante será tachada de optimismo terrorista (KOSELLECK, Reinhart y DUTT, Carsten: «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», art. cit., pp. 211-214). Véase también el ensayo introductorio de Faustino Oncina a este mismo número de *Isegoría* (29/2003).

papel de los individuos, desatienden las tendencias *longue durée* que operan sobre el curso de los acontecimientos.²³⁶

Las formas de organización, los modos de dominio, las fuerzas productivas y relaciones de producción, las relaciones amigo-enemigo, las formas inconscientes de comportamiento, las consecuencias naturales de la generación, las costumbres o los sistemas jurídicos, están sujetas a transformación. Pero a diferencia de los acontecimientos, cambian en el largo plazo, «más allá del ámbito cronológicamente registrable de la experiencia de los participantes en un acontecimiento».²³⁷ De ahí que constituyan estructuras supraindividuales e intersubjetivas que como tales no pueden derivarse de la planificación humana. Dado su menor índice de cambio, estas estructuras instauran un suelo común en el que es posible la repetibilidad de los acontecimientos, lo cual a su vez abre la vía para la aplicación de lo recordado tanto sobre lo que se experimenta como sobre lo que se espera. Es decir, la posibilidad de identificar condiciones estructurales

²³⁶ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 264 y 356. En *Aceleración, prognosis y secularización* Koselleck insiste en la necesidad para el pronóstico, a la luz de múltiples ejemplos históricos, de la consideración de las distintas velocidades de cambio que envuelven el acontecimiento: «cuantos más estratos temporales de una posible repetición hayan intervenido en el pronóstico, tanto más exacta fue la predicción. Cuanto más se hayan referido la predicción a la incomparabilidad y la singularidad de la futura revolución, tanto menos se ha cumplido» (p. 87). La exactitud de las predicciones es entonces proporcional a su relativización de la singularidad del progreso lineal y, por tanto, a la intervención de la experiencia histórica, así como, sobre todo, a la toma en cuenta de las dimensiones profundas involucradas en ella. Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., pp. 80-91. Sobre las estructuras en Koselleck Cfr. pp. 93-97 de esta tesis.

²³⁷ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 154.

conlleva la oportunidad de atribuir un carácter pedagógico a la historia y de proyectar ese aprendizaje en la forma de anticipaciones, porque habilita la reunión de hechos distintos y sin embargo análogos. La continuidad al nivel de las estructuras es la que permite conectar experiencia y expectativa.

Aquí yace la segunda fuente de recelo de Koselleck hacia la Ilustración, una vez establecido el maridaje entre la crítica y la crisis política. Hasta el siglo XVIII la vigencia de la máxima ciceroniana *historia magistra vitae*:

se apoya sobre una constancia factual de aquellos datos previos que permitirían una similitud potencial entre acontecimientos terrenos. Y cuando se efectuaba una transformación social era tan lento y tan a largo plazo que seguía vigente la utilidad de los ejemplos pasados. La estructura temporal de la historia pasada limitaba un espacio continuo de lo que es posible experimentar.²³⁸

Al acelerar el cambio y establecer la unicidad de los acontecimientos como premisa de su comprensión progresista de la historia,²³⁹ la modernidad habría temporalizado las estructuras, habría acortado su espacio de duración, inaugurando una tendencia que acabará dando al traste con el marco en que podría operar el magisterio de las historias concretas y con él la verosimilitud de la previsión. La

²³⁸ *Idem.*, p. 43. Para esta cuestión *cf.*: en general el capítulo «Historia magistra vitae» en *idem.*, pp. 41-66.

²³⁹ Remitimos a los apartados «El umbral de un tiempo nuevo» y «Orden, aceleración y progreso» para una exposición más detallada de esta comprensión y experiencia de la historia.

única condición estable sobre la que levantar el pronóstico sería la propia alteración de las estructuras. Toda la prognosis que sería posible cultivar a partir de la reflexión histórica que decreta la novedad del propio presente, se limitaría entonces al sentido de la transformación futura de las estructuras, sin incumbir al contenido particular de ese porvenir.²⁴⁰

La irresponsabilidad inherente a la Ilustración radica en haber puesto las bases para una comprensión ideológica de la historia que tiende necesariamente a su convulsión reiterada, sin asumir la responsabilidad por los efectos de su acción desestabilizadora, en la medida en que todo por lo que responde es el proyecto que anima sus actos, pero no por las consecuencias que de su implementación se

²⁴⁰ Cfr. Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., pp. 152-153 y 356-357. Cfr. también Reinhart KOSELLECK y Carsten DUTT, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», art. cit., p. 221. Aquí se puede ubicar, como sugiere Koselleck, la ley de la aceleración de Henry Adams. Su revisión del pasado concluye en una predicción que no atañe al contenido de la historia por venir sino a la estructura histórica del tiempo, de la cual en su opinión se podía afirmar el movimiento progresivamente acelerado. De ello, Adams extraía la consecuencia que de la historia no podía extraerse otra lección que, a lo sumo, la de cómo reaccionar a los acontecimientos, en ningún caso la de cómo actuar: «La historia mostraba que pocas lecciones del pasado podían serle útiles al futuro; pero al menos una se mantenía (...) las fuerzas [liberadas en el despliegue de la historia] continuarían educando y el espíritu humano continuaría reaccionando. Todo lo que el profesor podía esperar, era enseñar esta reacción»; y añade: «No podía sugerirse ningún plan al nuevo americano, no se sabía contra qué arremeter o de qué quejarse; pero el gran influjo de fuerzas nuevas parecía inminente y su estilo educativo prometía ser violentamente coercitivo.» (Henry ADAMS, «A law of acceleration» en Hartmut ROSA y William E. SCHEWERMANN (eds.), *High-Speed Society*, (Pennsylvania: The Pennsylvania State University), 2009, pp. 33-40); cfr. también a este respecto Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 6.

desprenden.²⁴¹ La disponibilidad de la historia se resuelve así en una reprobación de la duración que sentencia el arte de la prognosis al ignorar y jugar en contra de las estructuras que se entretrejen con los acontecimientos.

Frente a la suscripción de un idilio perenne con el cambio, Bauman identifica la aspiración del hombre moderno sólido a disponer de la historia con el gesto de fundir para refundar:

El desgarramiento de los antiguos lazos locales/comunales, la declaración de guerra a las normas de usos y costumbres y la pulverización de los *pouvoirs intermédiaires* desembocaron finalmente en la delirante embriaguez de “volver a empezar” (...) Las realidades, ahora disueltas y fluidas, parecían estar listas para ser recanalizadas y vertidas dentro de moldes nuevos.²⁴²

No se reconocen límites a la capacidad humana para moldear el futuro, que recibe su forma de un diseño previo orientado a suprimir toda eventualidad susceptible de impedir el máximo mejoramiento. Es aquello que anteriormente denominamos el propósito del orden: «Se trata de una lucha por la determinación contra la ambigüedad, de precisión semántica frente a la ambivalencia, de transparencia frente a

²⁴¹ Cabe puntualizar, no obstante, que Koselleck no aboga por una rescisión absoluta de la tesis de la factibilidad de la historia, puesto que la responsabilidad humana sobre sus propias acciones es independiente de que el resultado coincida o no con la intención con la que se realizaron: «Los hombres deben responder de la inconmensurabilidad entre intención y resultado, siendo esto lo que confiere un sentido enigmáticamente verdadero a la expresión hacer la historia» (Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 266).

²⁴² Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 153.

la oscuridad, de claridad frente a lo difuso».²⁴³ La síntesis de una expectativa que atraviesa la modernidad de Bacon a Le Corbusier, pasando por Bentham, Frederick W. Taylor o Henry Ford.²⁴⁴

En el cumplimiento de esta tarea, afirma reiteradamente Bauman, «la razón legisladora de los filósofos» se alió con las prácticas del emergente Estado moderno.²⁴⁵ El modo en que este último se legitima consiste en la aplicación de una organización racional a lo que en ausencia de ésta es visto como una masa tosca y anárquica, como *multitudo*: «La sociedad diseñada racionalmente era la *causa finalis* expresa del Estado moderno».²⁴⁶ La nación moderna, considera este autor, es la que inaugura la conjunción entre liderazgo espiritual y poder civil, mediante la conversión de la cultura de masas en un problema a resolver. La *foule* pone en peligro la estabilidad y buena organización que justifican y perpetúan la vida del Estado. El Estado moderno proporcionó de este modo las condiciones en que la élite ilustrada podía asumir su vocación social: «Solo entonces se dedicaron a planificar un modo de vida que otros debían aprender, adoptar, seguir».²⁴⁷ Una vocación que Bauman llega a calificar como el único elemento que aunaba a un grupo de pensadores divergentes en todo lo

²⁴³ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 26.

²⁴⁴ *Cf.*: Zygmunt BAUMAN, *Vigilancia líquida*, trad. cast. de Alicia Capel, (Barcelona: Paidós), 2013, pp. 88-89.

²⁴⁵ *Cf.*: Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., pp. 42 y ss. Bauman retomará el tema unos años más tarde en *Legisladores e Intérpretes* (ed. cit.), enteramente dedicada a exponer este vínculo entre pensadores e instituciones políticas.

²⁴⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 43.

²⁴⁷ Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, trad. cast. de Mirta Rosenberg, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica), 2001, p. 113.

demás (propuestas, origen social, idiosincrasia...), «*les philosophes* de Francia entre los años 1750 y 1775 aproximadamente».²⁴⁸ Por ello, la Ilustración fue antes que nada, en opinión de nuestro autor, una dilatación del poder y las pretensiones del Estado, mediante la secularización de la función salvífica antaño detentada por la Iglesia y su disposición alrededor del trazado e implementación de la reproducción del orden social usurpado a las comunidades premodernas; así como un ejercicio de elaboración de un novedoso mecanismo de control social conscientemente realizado, basado en el disciplinamiento por la institución educativa.²⁴⁹ En este punto Bauman recurre a un argumento de tipo histórico-conceptual. La acuñación y progresiva generalización del concepto de «civilización», asociado a la Ilustración en la forma de un proyecto activamente impulsado, es reveladora de la voluntad de una toma activa de control sobre los procesos sociales que, además, en la medida en que pretende erradicar toda relatividad, se declina necesariamente en singular.²⁵⁰

²⁴⁸ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 40. En *En busca de la política* (ed. cit., p. 113) insiste en esta idea de su rol colectivo como del punto en común que permite tratar de forma unitaria a la élite ilustrada. No queremos dejar de señalar que, nuevamente, una circunstancia capital dentro del diagnóstico baumaniano de la modernidad cae dentro del espectro temporal de la *Sattelzeit* koselleckiana.

²⁴⁹ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 118. Ello pone en duda incluso su caracterización estereotipada como movimiento de democratización educativa: «la sustancia del radicalismo ilustrado se revela como el impulso por legislar, organizar y regular más que por difundir el conocimiento». En este sentido, Bauman interpreta el lema rousseauiano «los hombres deben ser obligados a ser libres» como una muestra de lúcida autoconciencia respecto al fondo último del proyecto ilustrado (p. 109).

²⁵⁰ *Idem.*, pp. 132-135.

Nuevamente Kant es el medio predilecto para la solvencia argumental. En este caso Bauman lo introduce en favor de la existencia del apuntado compromiso socio-político por parte de los filósofos modernos. La crítica de la razón ofrece un mecanismo de discriminación política tan pronto como la fundamentación de los criterios con que será valorada cualquier propuesta que se quiera hija de la razón humana, debería permitir aislar, sin riesgo de arbitrariedad, aquellas de entre estas propuestas que alejasen al Estado de su «causa finalis». Trascender la mera *doxa* y transformar la razón bruta en sistema racional asume la funcionalidad política de guiarnos hacia el mejor régimen posible, aquel capaz de garantizar la felicidad humana. «Todo poder necesita la verdad, el poder absoluto necesita la verdad absoluta». ²⁵¹El principal lector de la filosofía moderna es, por ello, «el déspota orientado por alguna oferta ilustrada, que tuvo así un medio de realizar efectivamente aquello que declaró sucedería con posterioridad». ²⁵² Según Bauman, no asistimos a una mera utilización interesada, sino que hay una genuina afinidad entre las aspiraciones de una filosofía que por su carácter racional-crítico se atribuye un privilegio legislativo y las ambiciones soberanas del Estado moderno.

No nos hallamos muy lejos entonces del panorama dibujado por Koselleck en *Crítica y Crisis*. Como en éste, la cuestión se decide para Bauman en un delicado juego entre público y privado. ²⁵³ La opinión

²⁵¹ *Idem*, pp. 134-135.

²⁵² Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 46. Federico el Grande es según Bauman el caso paradigmático de déspota ilustrado (p. 51).

²⁵³ *Cf.* Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., pp. 53-57.

pública mantenía a los pensadores ilustrados en el control de un gobierno cuyas riendas no sostenían. Su distancia respecto a los puestos efectivos de mando les permitió someter las cuestiones políticas a un nuevo criterio de verdad que no nacía de la práctica, cuyo terreno les era ajeno, sino del acuerdo entre participantes en el debate. La *République des lettres* logró mantenerse en una posición lo suficientemente independiente de los poderes políticos como para afianzarse más allá de los avatares de la historia política, pero no lo suficiente como para quedar desconectada y sin influencia sobre ésta. La magnitud de las nuevas tareas con las que se encontró el absolutismo monárquico acabó con este aislamiento parcial:

Las dislocaciones de la estructura social desvalorizaron los mecanismos consuetudinarios de control e integración social y pusieron en la agenda problemas que eran nuevos no sólo por su dimensión sino por su calidad. El poder aparentemente ilimitado se concentraba ahora en manos del monarca absoluto, que sentía la tentación de embarcarse en experimentos para remodelar el cuerpo social, en la medida en que éste parecía en ese momento tratable y maleable en comparación con la enormidad de las herramientas del poder. Pero esto exigía el grandioso proyecto de una sociedad mejor; se necesitaban expertos, especialistas, consejeros: aquellos que “sabían más”.²⁵⁴

²⁵⁴ *Idem.*, p. 57; en la conclusión a *La sociedad sitiada* (ed. cit., pp. 271-292) insistirá nuevamente en la alianza filósofos-reyes durante la primera fase de la modernidad.

A este requerimiento, *les philosophes* respondieron con aquello de lo que disponían: su propia autoconciencia como comunidad de ideas, que fue extrapolada, dice Bauman, a modelo de buena sociedad.²⁵⁵

Este autor diluye, por tanto, la naturaleza dramática de la tendencia que de manera esencial animaría a la filosofía ilustrada a intervenir en el terreno político. De la energía crítica de las primeras manifestaciones del pensamiento moderno se destaca su papel de acompañamiento y guía en el proceso de conformación de un nuevo tipo de sociedad, antes que no el potencial destructor de la acción subversiva que, con todo, se le reconoce igualmente inherente. De ahí que pese a la consanguinidad que permite llamar moderna a la época contemporánea, su progenitora sea distinguida con el epíteto sólida. Incluso la revolución es absuelta de sus excesos bélicos por ser el detonante de un aumento de confianza en la fuerza práctica de las reflexiones y diseños sociales elaborados en las mesas de estudio. Este, de hecho, es para Bauman el nacimiento de la ideología, concebida en sus orígenes como una ciencia de la sociedad con aspiraciones transformadoras.²⁵⁶

²⁵⁵ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 142.

²⁵⁶ *Cfr. ídem.*, pp. 143-144. En este sentido, la invocación de Marx a una filosofía que intervenga en el mundo es para nuestro autor una mera reactualización del modo en que la Ilustración entendía y practicaba esta misma disciplina: «¿Qué otra cosa hicieron los filósofos del siglo precedente, como no fuera debatir las formas de cambiar el mundo y jugar con las aplicaciones prácticas de sus proyectos generales? En esa segunda parte de su afirmación [en referencia a la afirmación de Marx de que «Hasta ahora los filósofos se han limitado a interpretar el mundo; de lo que se trata, sin embargo, es de transformarlo»], Marx transmitía meramente un estado de la filosofía que ellos consideraban demasiado obvio e indiscutido para hacerlo

Aquí se ha dado un cambio que resultará decisivo. Si bien entre los propósitos de la Ilustración estaba la acción instructora sobre los súbditos, Bauman afirma que su mensaje se vertió preferentemente sobre el poder legislativo del Estado. El individuo se vería afectado de forma colateral al verse inmerso en nuevas condiciones sociales acordes con los dictados de la razón. Los ideólogos, en cambio, se atribuyen la competencia de producir y reproducir la «buena sociedad», sin recurso a terceros:

Para expresarlo rotundamente, los descendientes de los consejeros de los legisladores hacían ahora una apuesta en favor de la misma actividad legislativa. El proyecto de la ideología era un manifiesto que proclamaba, más que cualquier otra cosa, que la función de administrar una sociedad civilizada, ordenada y feliz, corresponde naturalmente a profesionales científicamente formados.²⁵⁷

La ideología es la expresión meridiana del lazo connatural que ata al poder la filosofía moderna ya desde la Ilustración. Pero aún en el marco de este afianzamiento y cambio de papeles de la *intelligentsia* moderna, Bauman no encuentra una voluntad particular de apremio, con la única excepción del comunismo.²⁵⁸ Solo en este caso nuestro autor une la fe moderna en la disponibilidad de la historia a la voluntad de acelerar su desenlace. Únicamente para el comunismo Bauman

explícito.» (p. 145). Bauman volverá sobre el concepto de ideología y sus transformaciones a lo largo de la modernidad en Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, ed. cit., pp. 119-139. Nos referiremos a ello en el apartado «Lo disponible del concepto y la crítica de las ideologías».

²⁵⁷ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., pp. 149-150.

²⁵⁸ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., pp. 63-64.

señala la impaciencia como derivado natural de la constatación empírica de progresos acordes con el contenido de los sueños de los visionarios políticos. El tiempo de los proyectos modernos es en el resto de desarrollos, por el contrario, el tiempo de la demora.²⁵⁹

Como ya apuntamos anteriormente, Bauman considera que en una concepción lineal y acumulativa del tiempo la postergación es el único medio de acercamiento a la meta, puesto que solo ella puede mantener y animar el proceso de mejoramiento que garantiza que ese lugar hacia el que se dirigen los esfuerzos es el lugar hacia el que cabe dirigirse. El arbitrio humano sobre la historia es también en este autor una cuestión de gobierno del ritmo, pero no se manifiesta en el forzamiento precoz de los acontecimientos. Carece de sentido pretender acelerar la llegada del fin de la historia, dado que cualquier objetivo que sea alcanzado, por el hecho mismo de haber sido alcanzado, revela automáticamente su diferencia respecto a la meta última. Disponer de la historia significa más bien sostener la distancia que separa del objetivo fijado, esto es, emplearse en la dilatación del tiempo. Podemos decir entonces que la reflexividad de la modernidad, el hecho de que se constituya a sí misma, consiste en Bauman en la producción de su propio tiempo que lleva a cabo mediante la extensión sostenida del espacio que la separa de su culminación misma como época.

²⁵⁹ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», en: Stuart HALL y Paul DU GAY (comp.), *Cuestiones de identidad cultural*, (Buenos Aires: Amorrortu), 2003, pp. 40-68, aquí 46-48. El proceso es paralelo para el caso de la identidad personal, como se puede comprobar, entre otros, en este mismo artículo.

La Ilustración carece en Bauman, por tanto, del temperamento velocífero que constituye, en la interpretación de Koselleck, uno de los motivos para su asimilación a un programa intrínsecamente irresponsable. De hecho, si Bauman puede afirmar que la primera fase de la Modernidad fue la «era del compromiso y la responsabilidad», ello es en gran medida por el rédito de la alianza entre la Ilustración y la naciente política moderna, en aras de alcanzar en la práctica legislativa un orden universal e irreversiblemente ratificado.²⁶⁰ Sin embargo, tras esta discrepancia se halla un acuerdo de fondo en lo que se refiere a la implicación mutua entre aceleración e irresponsabilidad, solo que en Bauman esta conjunción se aplica únicamente a la derivación contemporánea de la modernidad primera. Podemos decir que lo que salvaguarda la índole comprometida de la Modernidad temprana es en Bauman la fijación al espacio a que la constriñe una fase todavía precaria de elevación del ritmo de cambio. Con Rosa, la función de la política en el escenario moderno y, por ende, su voluntad y capacidad para hacerse cargo de los efectos de la modernización, dependerá, antes que de cualquier otra cosa, de su aptitud para la aceleración.

²⁶⁰ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 280.

III. EL TRIUNFO DE LA ACELERACIÓN. LEER A BAUMAN DESDE ROSA

III.1 MODERNIDAD Y AMBIVALENCIA

III.1.1 Fundir para refundar o la lucha trágica contra la ambivalencia

La irreverencia que la modernidad le dirige inicialmente a la realidad que la circunda, resulta del parangón entre la misma y los requisitos de una disposición de lo existente plenamente racional. El «propósito del orden» al que nos hemos referido reiteradamente como centro de la modernidad sólida baumaniana, conlleva la repulsa de la espontaneidad del mundo porque la concibe enfrentada a los criterios de la pura razón, única capaz de propiciar la victoria sobre el azar, la veleidat, el error y todo aquello que bloquee el perfeccionamiento y la felicidad humanos. Procurar dicho ensamblaje, arguye Bauman, emplaza al pensamiento y la política modernos en una encarnizada batalla contra cualquier manifestación que desafíe principios como los establecidos por Descartes en sus reglas del método²⁶¹ o, en un sentido amplio, que se subleve contra el concierto de lo real dispuesto por el ejercicio normativo de las facultades intelectuales humanas. En palabras

²⁶¹ Estos cuatro preceptos son: evidencia, análisis, síntesis y enumeración. Cfr. René DESCARTES, *Discurso del método*, trad. cast. de Risieri Frondizi, (Madrid: Alianza), 1999. Ellos sustentan el ideal matemático de certeza que, en el plano de la obra de Bauman, fundamenta no solo el conocimiento sino también la forma típicamente moderna de comprender la política, como él mismo sugiere cuando señala que «la geometría es el arquetipo de la mente moderna.» (Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 36). Para la connivencia que Bauman observa entre los padres de la filosofía moderna y la naciente modernidad política, cfr. el apartado «Disponibilidad de la historia y responsabilidad».

de nuestro autor: «El impulso de la modernización era, y sigue siendo, remover del mundo la molesta e inquietante ambigüedad; es construir objetos unívocos y evidentes en sí mismos». ²⁶² Erradicar la ambivalencia es el sentido último de la idea de orden. ²⁶³

En razón de esta voluntad, la construcción del aparato institucional que reemplazase el Antiguo Régimen, debía acompañarse de una minuciosa labor de cartografiado. Cada elemento de la sociedad a organizar debía poseer una etiqueta identificativa y ocupar el lugar que le correspondiese en consecuencia: «Taxonomía, clasificación, inventario, catálogo y estadística son las estrategias supremas de la práctica moderna. El dominio moderno consiste en el poder de dividir, clasificar, distribuir -en el pensamiento, en la práctica, en la práctica del pensamiento, en el pensamiento de la práctica». ²⁶⁴ La división del conocimiento en saberes acotados según objetos, métodos, espacios y expertos diferentes o la división de los asuntos de gestión pública en departamentos independientes operada por el sistema burocrático, responden por igual al objetivo de dar a cada cosa su nombre y su justo papel en el mundo que los sujetos modernos se dan a sí mismos.

²⁶² Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 12.

²⁶³ Cabe señalar que utilizamos «ambivalencia» (*ambivalence*) y «ambigüedad» (*ambiguity*) como sinónimos porque así son abordados en la obra de Bauman. Sin embargo, debemos objetar y no queremos dejar de puntualizar que no son en realidad términos plenamente intercambiables, puesto que la ambigüedad denota vaguedad en la determinación de sentido, mientras que la ambivalencia remite a la posesión simultánea de dos valores, frecuentemente enfrentados, pero no necesariamente confusos o faltos de precisión. Para una reconstrucción de los antecedentes clásicos de la idea baumaniana de ambivalencia, cfr. Helena BÉJAR, *Identidades inciertas: Zygmunt Bauman*, ed. cit., pp. 27-57.

²⁶⁴ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 36.

Sin embargo, en la misma medida en que la ambivalencia es constitutiva del lenguaje, señala Bauman, el mundo aparece como una entidad que se resiste vivamente a una estructuración sin apelaciones. La aparición de objetos que se zafan del encuadramiento en una única clase, no es solo una contingencia previsible, sino más bien un efecto necesario de la propia tarea de definición y distribución.²⁶⁵ La determinación genera forzosamente anomalías, en la misma medida en que establece como anómalo lo opuesto a lo nítido. Surge del choque entre una realidad no-discreta y su división en la articulación lingüística y, por extensión, de las prácticas asociadas a la comprensión de esa realidad lingüísticamente articulada. La búsqueda de orden se ve así llevada a una tarea digna de Sísifo, en la que cada intento por suprimir divergencias e imprecisiones produce nuevas formas de desorden. «Por tanto, la lucha contra la ambivalencia se destruye e impulsa a sí misma; perdura con vigor invicto porque crea sus propios problemas mientras los resuelve».²⁶⁶

Esta pugna contra la ambivalencia que se alimenta de su propio fracaso es para la modernidad baumaniana una condición existencial. El proyecto moderno está levantado sobre el espacio entre dos principios mutuamente excluyentes cuya tensión, sin embargo, le permite mantenerse erguido. La modernidad es endémicamente

²⁶⁵ *Idem.*, p. 19. Podemos ver aquí un influjo del motivo nietzscheano de la violencia inherente al lenguaje. Cfr. Friedrich NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*, trad. cast. de Teresa Orduña, (Madrid: Tecnos), 2012.

²⁶⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 22.

ambivalente: «libre y necesario, obligatorio y voluntario, teleológico y causal, elegido y determinado, aleatorio y pautado, contingente y respetuoso con la ley, creativo y rutinario, innovador y repetitivo; en suma la autoafirmación frente a la regulación normativa».²⁶⁷ La construcción de un orden de factura humana presupone la libertad para desafiar a las imposiciones del medio (natural, social, cultural...), al tiempo que la propia idea de orden contiene la perspectiva de una revocación de esa misma libertad. La libertad se despliega en su propio perjuicio, pero solo llega a existir porque emprende esa marcha autoaniquilatoria. Y a su vez, el orden solo se hace posible minando su propia consolidación.²⁶⁸ O podemos decir que, en lo que a la modernidad se refiere, solidez y liquidez no son dos momentos en una secuencia histórica, sino dos polos de un mismo proceso que, todo lo más, se desequilibra hacia uno u otro lado según el periodo: «No creo, ni antes ni ahora, en la oposición entre solidez y liquidez; considero que ambas condiciones son como una pareja atrapada inseparablemente en una relación dialéctica».²⁶⁹

²⁶⁷ Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., p. 20. En esta obra propondrá el concepto de cultura como caso paradigmático de la ambivalencia inherente a la condición moderna, con lo que podemos entender este trabajo como una aproximación indirecta al esclarecimiento de esta última.

²⁶⁸ De ahí que Bauman exprese su adhesión a la concepción simmeliana de la cultura como un movimiento trágico perpetuo. Cfr. *Idem.*, pp. 22-33.

²⁶⁹ Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., p. 110. Por este motivo nos parece inadecuada la crítica que Diego Fusaro vierte en su *Essere senza tempo* (ed. cit.) sobre el uso que Bauman le da a la expresión «modernidad líquida». Allí afirma que: «En realidad Bauman acuña la expresión “modernidad líquida”, pero luego la emplea para interpretar sobre todo la contemporaneidad, la época del “tardo capitalismo”, renunciando -y este es uno de los principales límites de su trabajo- a leer bajo el signo de la “liquidez” la modernidad en cuanto tal, a partir de

Así pues, la modernidad no puede engendrar otra cosa que tenacidad en la transformación, bien que ésta se cumple en el empeño por establecer un orden. Cada intento de alcanzar la forma más pura de sus elementos constitutivos (la verdad absoluta, el auténtico arte, la humanidad como tal...) hace surgir interrogantes y objeciones más enconadas, poniendo con ello sobre la mesa el talante provisorio de los logros alcanzados:

La existencia moderna es agitada en la acción inquieta por la conciencia moderna; y la conciencia moderna es la sospecha, el darse cuenta del carácter no concluyente del orden existente (...) La conciencia moderna critica, advierte y alerta. En su actividad constante desenmascara a cada momento su ineficacia.²⁷⁰

En este sentido, la ambivalencia abre la modernidad a la historicidad, esto es, su tensión congénita entre autonomía y normatividad, así como la relación de retroalimentación que reina entre la búsqueda de fijeza y la flexibilidad, hacen de la modernidad un fenómeno substancial e inexorablemente temporal, puesto que su propia problematicidad interna le impide estabilizarse de manera definitiva. Podríamos decir que está abocada al cambio porque es por

sus orígenes (desde este punto de vista, el título *Liquid Modernity* induce al error).» (p. 51; retoma la crítica en la p. 119). Si bien es cierto que la liquidez será la metáfora por excelencia para caracterizar el mundo contemporáneo, no lo es menos, a la vista de lo desarrollado en esta tesis, que Bauman atribuye esa misma condición a la modernidad como tal desde sus inicios. Así se evidencia también, por ejemplo, cuando señala que: «La sedimentación de las formas y su erosión van de la mano, a pesar de que actúan en proporciones y ritmos diversos, con lo que, de vez en cuando, se altera el equilibrio entre los dos aspectos del proceso cultural.» (Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., 31).

²⁷⁰ *Idem.*, p. 32.

naturaleza endémicamente inconsistente.²⁷¹ Por ello la aceleración apunta a un rasgo capital, dado que el cambio a velocidad creciente es el producto inevitable de la tirantez constitutiva entre conciencia y existencia moderna:

La historia de la modernidad es una historia de tensión entre la existencia social y su cultura. La existencia moderna compele a su cultura a mantener una oposición con ella misma. Esta conflictividad es precisamente la armonía que necesita la modernidad. La historia de la modernidad esboza su peligroso e inaudito dinamismo desde la celeridad con la que desecha sucesivas versiones de armonía, habiéndolas desacreditado como pálidos e imperfectos reflejos de sus *foci imaginarii*.²⁷²

²⁷¹ Podríamos ver un paralelismo entre esto y el modo en que Koselleck da cuenta de la emergencia del espacio específico de la política moderna en el ya citado *Crítica y Crisis*. La postulación de un vínculo interno definitorio entre Absolutismo, Ilustración y revolución supone que es la propia constitución y evolución del régimen absolutista la que conduce a su cese, lo cual en último término significa que lo que abre la política, y particularmente la política moderna, a la historicidad, es su propia problematicidad connatural, puesto que ella genera las transformaciones que excluyen una estabilización concluyente (cfr. Reinhart KOSELLECK, *Crítica y crisis*, ed. cit., particularmente el capítulo I.1). Si en esta obra se proponía la guerra civil como un elemento clave para entender el tipo de inconsistencia interna que atraviesa al absolutismo (la guerra civil solo puede aparecer en la configuración de la multitud como comunidad política, pero al aparecer devuelve a esa multitud a un momento de desunión previo y base del pacto), nos parece significativo que Bauman ate el destino de la tensión interna de la modernidad a la aparición potencial de este mismo componente: «[La conciencia moderna] Perpetúa la práctica ordenada con la descalificación de sus realizaciones y la puesta en evidencia de sus defectos. Por ello, se da una relación amor-odio entre la existencia moderna y la cultura moderna (en la forma más avanzada de autoconciencia), una simbiosis portadora de guerras civiles.» (Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 29).

²⁷² *Idem.*, p. 30.

La modernidad es una dinamización acelerada de formas y modelos porque la talla del objetivo que se auto-impone, está llamada a frustrar cada pretensión de haberlo alcanzado, pero de una manera tal que cada revés aviva el reinicio del proceso. Fundir para refundar resume la naturaleza de la modernidad sólida no en tanto que movimiento que desde ese mismo periodo se juzga retrospectivamente como cumplido, sino en tanto que proceso inacabado e inacabable.²⁷³ Su solidez no nace, en realidad, de su falta de dinamismo -aun siendo este de una intensidad relativa, comparado con la modernidad líquida- cuanto de su gesto de subordinar las transformaciones a la coronación de una siempre mejor versión de estabilidad. La elección del epíteto responde más al valor positivo que en esta época tendría la duración, que a la fijeza de sus condiciones de existencia, las cuales después de todo seguirán siendo puestas en entredicho una y otra vez en una trayectoria de dinamización creciente hasta nuestros días.

III.1.2 Estructuras temporales y ambivalencia

Que la ambivalencia represente un rasgo intrínseco de la modernidad, resultante de su simultáneo alegato por la autodeterminación y por la regulación normativa, conlleva la imposibilidad de resolver conceptualmente dicha tensión a favor de uno u otro de los elementos concernidos. Siguiendo a Ricoeur,

²⁷³ Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 106.

Bauman sostiene que la conversión de la ambivalencia moderna en una paradoja resulta de su transfiguración en un problema filosófico, en el marco de una corriente que privilegia patrones aplicables al pensamiento, pero no así a la experiencia humana -al menos no en todo caso- como serían la claridad, la coherencia, la corrección lógica, la elegancia o la armonía. Convertir la ambivalencia en un «desafío de la razón» con ánimo de tratar de resolver la oposición, se traduce en la negativa a tomar la historia en serio y, por consiguiente, a ignorar las contradicciones sociológicas contenidas en las paradojas lógicas. Como ha mostrado ejemplarmente la historia del concepto de cultura: «Así, se olvida o se quita importancia a su origen y destino comunes [el de los polos de oposición], transformando la irresoluble paradoja de dos cualidades incompatibles que brotan de una misma raíz en una antinomia entre dos fuerzas ajenas y sin relación alguna entre ellas».²⁷⁴

En el centro de la aceptación de la inexorabilidad de la ambivalencia y la voluntad de dar cuenta de ella desde su manifestación en contextos sociales, se sitúa la propuesta de Rosa de una focalización en las estructuras temporales. Lejos de abordar la tensión entre autodeterminación y normatividad como una contradicción entre tendencias independientes, este autor justifica su apuesta por un análisis sociológico centrado en la dimensión temporal en el hecho de que éste constituye ese terreno común del que brotan ambas fuerzas:

²⁷⁴ Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., pp. 22-26, aquí 26.

Las estructuras y horizontes temporales son un, incluso el, punto de unión entre perspectivas del sistema y perspectivas de los actores (...) son constitutivos de la orientación de la acción y de la relación del sujeto consigo mismo; al mismo tiempo, escapan al dominio individual en la medida en que el tiempo, independientemente de su construcción social, se manifiesta frente a los actores como un “dato natural”.²⁷⁵

Es decir, el tiempo permite abordar unificadamente libertad y necesidad, obligatoriedad y voluntariedad, teleología y causalidad, elección y determinación, aleatoriedad y pauta, contingencia y legalidad, creatividad y rutina, innovación y repetición -diferentes nombres que Bauman le da al par causante de la ambivalencia moderna- porque en él mismo se conjugan el carácter de dato natural (desde la perspectiva del sujeto de la acción) y la supeditación al cambio histórico: «Es porque la sólida facticidad del tiempo y su naturaleza social no menos real están indisolublemente ligadas que las estructuras temporales constituyen el lugar central de la coordinación y la integración de los proyectos individuales y de las exigencias “sistémicas”».²⁷⁶

²⁷⁵ Hartmut ROSA, *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*, (Fráncfort del Meno: Suhrkamp), 2014, p. 25. Rosa llega a equiparar los conceptos temporales con las formas *a priori* de la intuición en Kant, solo que añadiéndoles variabilidad histórica y social (*Cfr.* p. 29, nota 23).

²⁷⁶ *Idem.*, pp. 25-26. *Cfr.* también la p. 481 y Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, trad. cast. del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), (Buenos Aires y Madrid: Katz), 2016, p. 9.

Nuestra manera de estar en el tiempo es la reunión de nuestra propia decisión sobre cómo queremos pasarlo y de la percepción y horizontes temporales que enmarcan esa decisión, que dependen de estructuras sociales previas y que, por tanto, se transforman con ellas.²⁷⁷ De esta manera, lo que sostiene la tensión entre autoafirmación y orden, el plano que promete un adecuado esclarecimiento de un determinado contexto porque responde él mismo a ambos principios, es el tiempo. En definitiva, la pertinencia de un enfoque que pivote sobre el marco temporal recae en su afinidad estructural con la ambivalencia, gracias a la cual puede erigirse como concepto unificador a la hora de confeccionar un diagnóstico de época.

No obstante, en la medida en que esta doble naturaleza es, en la perspectiva de Rosa, una propiedad del tiempo como tal, aún está por explicar el sentido en el que la especificidad de la ambivalencia para la

²⁷⁷ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 26 y 481; en la nota 22 (p. 28) señala que esto ya fue postulado por Durkheim. Hay también en ello, como el mismo Rosa declara abiertamente, una resonancia heideggeriana, según la cual lo que determina esencialmente el ser de un individuo o de una sociedad, son las estructuras u horizontes temporales que encuadran su existencia (p. 443 y nota 23 en esta misma página). La perspectiva de Rosa se aleja, sin embargo, de la analítica existencial en la medida en que le achaca la elaboración de un concepto de tiempo que no es extrapolable a otras disciplinas u enfoques, con el efecto inverso pero igualmente perjudicial de los análisis meramente empíricos, a saber, mientras que estos últimos presentan el tiempo como una evidencia, un tratamiento filosófico del mismo, como el que lleva a cabo Heidegger, lo convierte en una incógnita impenetrable. La intención de este autor es, por el contrario, encontrar un concepto unificado de tiempo que le permita, como tal, beneficiarse tanto de las aportaciones filosóficas como de los trabajos de corte experimental, sometiendo a ambos al criterio rector de una «auténtica sociología de tiempo», única capaz de proporcionar una adecuada comprensión de la sociedad contemporánea, de los procesos de modernización y del lugar de aquella en el seno de estos (p. 20-24).

El triunfo de la aceleración

modernidad podría considerarse un rasgo compartido entre esta propuesta y la de Bauman.

III.2 LAS ESTRUCTURAS TEMPORALES DE LA MODERNIDAD: ACELERACIÓN

III.2.1 La temporalización de la historia

Rosa comparte con Bauman y con Koselleck la convicción de que el proceso de modernización no entraña solo un cambio en el tiempo, sino también y sobre todo una metamorfosis decisiva de la propia experiencia y comprensión del tiempo.²⁷⁸ Es a Koselleck, de hecho, a quien Rosa se encomienda para dar cuenta de la transformación en cuestión, adueñándose, como Bauman, del lema «*Sattelzeit*» para denominar el inicio de una nueva percepción y experiencia de la historia, en virtud de la cual el estatismo que denota la vigencia de la máxima *historia magistrat vitae*, cede su lugar al dinamismo de una historia entendida como singular colectivo, dotada de una dirección y sujeto de su propio movimiento. La sociedad comienza a ser vista como una tarea a organizar en el tiempo, el cual gana para sí una densidad histórica sin precedentes, por ser no solo marco sino también motor del despliegue histórico.²⁷⁹ La temporalización es pues, también en el caso de Rosa, la transformación medular que justifica la

²⁷⁸ *Idem.*, pp. 24-25.

²⁷⁹ *Idem.*, 39 y 396-400. Remitimos al apartado «El umbral de un tiempo nuevo» para una visión más detallada de la *Sattelzeit* en Koselleck y en Bauman.

postulación de una fractura epocal; y, nuevamente, el arranque de un aumento notable en el ritmo de cambio, es la experiencia que encabeza dicho acontecimiento. La tesis de Rosa es que: «desde el inicio de la época moderna, el ritmo de vida medio ha aumentado, aun si no de forma lineal, sino a golpes, permanentemente alternados de pausas y de modificaciones de tendencias menores». Y ello no como un epifenómeno más o menos discriminable, sino en calidad de experiencia definitoria, sin la cual no es posible entender de qué trata la modernidad: «Pues no solo es posible reconstruir la historia de la modernidad como historia de la aceleración, sino que es solo por esta vía que la unidad entre sus fuerzas motrices, sus contradicciones y sus fases históricas se encuentra desvelada».²⁸⁰ En este sentido, la teoría de la aceleración desarrollada por Rosa es, también, una teoría de la modernización que, como veremos más adelante, constituye asimismo una teoría de la modernidad.²⁸¹

Es la propia autocomprensión de la modernidad la que, de acuerdo con Rosa, anima a poner las estructuras temporales y, particularmente, la aceleración, en el centro del diagnóstico de la época. Grandes figuras modernas del pensamiento, de la política o de las artes advierten al unísono del asentamiento de una experiencia de cambio sumaráisimo, bien que con distintas valoraciones al respecto.²⁸²

²⁸⁰ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 431; cfr. también *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 71.

²⁸¹ Para la distinción entre teoría de la modernidad y teoría de la modernización, remitimos a la nota 137.

²⁸² Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 71-80.

Vía y garantía del rumbo histórico hacia lo mejor, para unos, la presteza de las transformaciones da vida, para otros, a una vorágine dispuesta a arrasarlo todo a su paso. En personajes como Goethe o Baudelaire llegan a afirmarse incluso ambas posturas, el entusiasmo ante los frutos del dinamismo moderno y la inquieta nostalgia por un mundo con una mayor cabida para lo indeleble.²⁸³ Pero ya sea con ánimo de exaltación o en tono de repudio, la cantidad de testimonios, argumenta Rosa, sugiere por sí misma el registro de la aceleración como una experiencia fundamental y constitutiva de la modernidad desde sus inicios. Podemos aplicar aquí lo que él mismo apuntará al desarrollar la aceleración relativa al aumento del número de episodios de acción y/o de vivencias: el sentimiento de urgencia no es en sí mismo una prueba del aumento del ritmo de vida en términos absolutos, incluso puede ir de la mano con una ampliación del tiempo libre, pero sí indica la existencia de una modificación de esos mismos ritmos, que apunta en la dirección de su aceleración constante.²⁸⁴

No se niega con ello la existencia de metamorfosis rápidas e impredecibles en otras épocas. Sin embargo, a la manera koselleckiana, estos no conllevarían una temporalización del horizonte de expectativa como ocurre en la modernidad. Es decir, los vuelcos bruscos serían vividos en la «sociedad pre-moderna» como transformaciones

²⁸³ Podemos ver en ello una manifestación del carácter ambivalente que tanto Rosa como Bauman le atribuyen a la modernidad. De hecho, en el contexto de la revisión de estos testimonios, Rosa llega a afirmar que: «Esta ambivalencia es constitutiva de la cultura de los tiempos modernos en su conjunto.» (*Idem.*, p. 73).

²⁸⁴ *Cfr. Idem.*, 137, 214 y Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 32.

puntuales, súbitas pero repetibles, dentro de un contexto que tratará siempre de reestablecerse en su estatismo. Es el modo en el que Rosa entiende, por ejemplo, las alteraciones sociales derivadas de las Cruzadas o de la urbanización en ciernes de la Alta Edad Media. Por el contrario:

la sociedad moderna clásica se presenta como un orden social que, una vez consolidado, se transforma precisamente sin conmociones estructurales mayores y beneficiándose de una protección institucional creciente contra estas alternancias, de manera continua, controlable, y antes que nada en un proceso dirigido y por consiguiente organizable políticamente.²⁸⁵

Esto es, el cambio no es para la modernidad una eventualidad más o menos desconcertante, sino un principio que actúa de forma sistemática, cuya acción continuada se sabe y espera puesto que es alimentada por un proyecto político dependiente en su realización de ese mismo movimiento. La política moderna reposa, de hecho, desde la perspectiva de Rosa, sobre dos presupuestos relativos a las estructuras temporales de la sociedad: «la convicción de que la sociedad es un proyecto que hay que organizar políticamente en el tiempo» (política en el tiempo) y la premisa de que:

las diferentes estructuras de la formación de la voluntad política, de la toma de decisión y de su puesta en marcha, inherentes a los sistemas de la democracia representativa (...) están en esencia sincronizados con el curso de estas evoluciones [, de suerte que el sistema político tiene el

²⁸⁵ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 447.

tiempo de tomar las decisiones fundamentales y de organizar a este efecto el proceso democrático y deliberativo de formación de la voluntad.²⁸⁶ (tiempo en la política).

Simétricamente, en el contexto del análisis baumaniano, el concepto moderno de progreso se sostiene sobre los pilares de la creencia en que «el tiempo está de nuestra parte» y del convencimiento en que «somos nosotros quienes hacemos que las cosas sucedan».²⁸⁷

Esto significa, en primer lugar, que la aceleración moderna mana de la propia necesidad de disolución de la organización social preexistente en la que se apoya el proyecto político moderno, que es entendido aquí como promesa de autonomía, como la perspectiva de un orden enteramente sometido a la voluntad de los humanos, convertidos ahora en ciudadanos.²⁸⁸ La experiencia de la aceleración se ancla en la ruptura con el pasado que brota de la voluntad moderna de emancipación racional, cuyo efecto es el acortamiento de los periodos de validez de lo adquirido. O en términos de Bauman, el gesto modernizador parte de «la disolución radical de aquellas amarras acusadas -justa o injustamente- de limitar la libertad individual de elegir y de actuar».²⁸⁹ Como ya señalamos en el primer capítulo, la fusión de sólidos que identificará la modernidad -aun en su etapa pesada- con una época de cambio sostenido y acelerado es una réplica contra cualquier fuerza que se interponga entre el humano y la libre

²⁸⁶ *Idem.*, pp. 392.

²⁸⁷ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 141.

²⁸⁸ *Cfr.* Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, 402.

²⁸⁹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 11.

disposición de sus facultades. Los hábitos, saberes, vínculos e instituciones tradicionales obstruyen la emancipación de la razón y la voluntad, necesaria para la toma de control sobre una organización social que da muestras de decadencia y que solo convertida en tarea consciente puede aspirar a encarnar en el futuro la «buena sociedad»:²⁹⁰

Si algo puede decirse, es que las viejas costumbres y calificaciones sociales parecían otros tantos obstáculos puestos en el camino del nuevo orden. Se las percibía necesariamente como supersticiones o prejuicios, que defendía formas de vida faccionales y egoístas contra el interés público (esto es, contra el nuevo orden).²⁹¹

La intensificación del cambio es, por consiguiente, inescindible de la aspiración inicial moderna a la autodeterminación, con lo que también en Bauman la temporalización de la expectativa conlleva una aspiración política a la gestión de la evolución social. De acuerdo con la metáfora que este autor gusta de utilizar para evocar el sentido del proyecto político moderno, el jardinero necesita comenzar despejando el terreno para poder aplicar sobre él el diseño previamente convenido.²⁹² Desde ese momento, la intervención sobre el terreno no cesará de ser requerida e incluso se hará más perentoria en la misma proporción en que se sofistique el diseño, sacrificando la acinesia del

²⁹⁰ A saber: «una sociedad justa e iluminada por la guía de la razón, un escenario para una humanidad segura y feliz» (Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 102-103; *cf.*: también *Id.*, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 281).

²⁹¹ Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., pp. 45-46.

²⁹² *Cf.*: Zygmunt BAUMAN, *Tiempos líquidos*, ed. cit., pp. 138-140.

Antiguo Régimen «guardabosques» en beneficio de una presurosa sucesión de metamorfosis.

En segundo lugar, de esta particularidad de la temporalización moderna, por contraste con la experiencia del cambio en épocas pretéritas, se derivan dos consecuencias. En la medida en que se desarrolla según un proyecto político que extrae su legitimidad de la promesa de autonomía, la aceleración no puede, por un lado, ser deducida sin más de los avances técnicos y/o las demandas del emergente sistema económico capitalista; y, por otro, las instituciones centrales de la modernidad tienen que haber actuado inicialmente como propulsores de la aceleración. Mientras que el primero de estos aspectos nos conduce a una de las principales críticas que podemos dirigir a la obra de Bauman desde la teoría de Rosa, el segundo da pábulo, en cambio, a un hermanamiento de ambos autores bajo la atribución de solidez a la primera fase de la modernidad, que abre la puerta a un tratamiento conjunto de la ambivalencia moderna (Bauman) y de la dialéctica de la aceleración (Rosa).

III.2.2 Los presupuestos culturales de la aceleración moderna

Si Benjamin Franklin pudo afirmar la equivalencia entre tiempo y riqueza, en opinión de Bauman, fue gracias a su previa caracterización del hombre en términos de «animal constructor de herramientas».²⁹³ El tiempo es oro solo desde el momento en el que la técnica desafía los

²⁹³ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 120-121.

límites naturales de movimiento, permitiendo su control y manipulación con independencia del espacio. Como ya ha sido señalado en anteriores apartados, es la revolución de los transportes la que en el marco baumaniano explica la emancipación entre tiempo y espacio que da lugar a la aceleración, no solo como fenómeno sino también como herramienta. Pero si aquello que la innovación se limita de suyo a posibilitar se convierte en una pauta que llega a caracterizar la índole, conducta y destino de la época, es porque esa posibilidad responde a las necesidades técnicas de una carrera por la riqueza en la que ésta es entendida como magnitud espacial:

el espacio era el valor; el tiempo la herramienta. Para maximizar el valor, era necesario afilar la herramienta: gran parte de la “racionalidad instrumental” que, según Max Weber, era el principio operativo de la civilización moderna se concentró en idear modos de realizar tareas con mayor rapidez, eliminando el tiempo “improductivo”, inútil, vacío y desperdiciado; o, para decirlo en términos de efecto en vez de medios de acción, se concentró en llenar el espacio con más objetos, agrandando así el espacio que podía ser llenado en un tiempo determinado.²⁹⁴

En gran medida, este valor de la espacialidad puede ser entendido como el corolario de la transformación en la administración del excedente de producción que propulsa, al alimón con la «gestión de excedentes humanos», el surgimiento del nuevo tipo poder moderno.²⁹⁵

²⁹⁴ *Idem.*, p. 121.

²⁹⁵ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Memorias de clase*, ed. cit., pp. 20-21. También para lo que sigue. Nos hemos referido ya a la configuración de ese nuevo tipo de poder en el apartado «Orden, aceleración y progreso».

En el momento en que éste deja de extraerse del producto como tal, para ser obtenido del proceso de producción mismo, la cantidad de trabajadores (espacio) y su eficiencia (tiempo) se vuelven mutuamente necesarios en la búsqueda de riqueza, convirtiendo la fábrica en su ubicación por excelencia. El espacio fabril reúne bajo un mismo tiempo rutinizado una fuerza de trabajo que pese a su número y diversidad se vuelve compacta y eficiente gracias a esa homogeneización de las secuencias. De este modo, si la premura es ventajosa en la conquista del espacio (físico o de un lugar en el mercado), su gestión una vez conquistado se apoya en la contención del dinamismo mediante la imposición de patrones temporales rígidos.

A su vez, ese espacio ata corto al capital, puesto que su reproducción depende de la posesión y gestión del lugar donde se desarrolla la actividad productiva. Una circunstancia que motiva la autoconciencia que el fordismo, con su conjunción conflictiva pero estable entre trabajo y capital, llegue a constituir en Bauman para la propia Edad Moderna en su periodo sólido: «un sitio de construcción epistemológica sobre el cual se erigía toda la visión del mundo y que se alzaba majestuosamente dominando la totalidad de la experiencia vital», modelada por el volumen (de la fábrica), la pesadez (de la maquinaria) y el compromiso (entre empleador y empleado) como signos de progreso.²⁹⁶

²⁹⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 62-64; y la idea se retoma unas páginas más adelante, en pp. 124-125 y 154-156.

Este tenso equilibrio llegará a su fin en el momento en el que una nueva revolución tecnológica -esta vez en el ámbito de las comunicaciones- permita reubicar el beneficio económico en la transmisión de informaciones y el consumo de imágenes:

La principal fuente de ganancias -en especial de las grandes ganancias y, por lo tanto, también del capital futuro- son, cada vez más y a mayor escala, las ideas y no los objetos materiales. Las ideas se producen sólo una vez, y luego siguen generando riqueza en función del número de compradores/clientes/consumidores -y no en función del número de personas contratadas e involucradas en la reproducción del prototipo-.²⁹⁷

Las ideas gozan además -y está llegando a ser su principal virtud- de la ventaja de poder viajar a una velocidad mucho mayor que los objetos, con lo que no solo en términos de producción, sino también de distribución y consumo representan un medio preferente para la reproducción del capital, puesto que al agilizar su curso permiten incrementar las ganancias. De este modo:

El capital se soltó de la dependencia que lo ataba al trabajo gracias a una libertad de movimientos impensable antaño incluso para aquellos “propietarios invisibles” de la tierra. La reproducción del crecimiento y la riqueza, de las ganancias y de los dividendos y la satisfacción de los accionistas son en todo independientes de la duración de cualquier compromiso local y particular con el trabajo.²⁹⁸

²⁹⁷ *Idem.*, p. 161.

²⁹⁸ *Idem.*, p. 159.

Como consecuencia de este viraje, la aceleración adquirirá el rango de principal ventaja competitiva, detonando una frenética marcha destinada a una transgresión continuada de los límites de velocidad.

A la vista de una tal interpretación de la trayectoria por la que el propósito de la aceleración surge y se torna una tendencia dominante, nos vemos llevados a concluir que el origen, grado y valor que éste adquiere en la modernidad, dependen para Bauman de la conjunción entre la capacidad técnica y las demandas del sistema capitalista. Si bien este último se contempla como un instrumento más al servicio del anhelo moderno de orden,²⁹⁹ la aceleración intencionada surge únicamente en su seno, como una posibilidad técnica que en el curso de la evolución de los medios de desplazamiento y comunicación se convierte en una exigencia económica que se alimenta a sí misma. Aun si en último término toda la transformación nace de la voluntad de tomar el control sobre el entorno para hacer de él un medio uniforme y predecible bajo la premisa «sin nosotros el diluvio», el cambio de régimen espacio-temporal y la admisión en él de la conveniencia del apremio no pueden surgir, en la perspectiva de este autor, más que a resultas de cambios efectivos en las condiciones de movilidad y producción. Como consecuencia, la mejora en la capacidad humana de movimiento justifica, en el marco baumaniano, la preocupación moderna por el tiempo, pero permanece ella misma como una incógnita que a lo sumo recibe una explicación circular: se acelera el

²⁹⁹ Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 109-110.

movimiento porque se anhela la conquista del espacio, pero el deseo de ampliación espacial responde a su vez a la posibilidad de aceleración que brinda una mayor extensión.³⁰⁰

Desde la perspectiva de Rosa, en cambio, la visión del espacio y del tiempo y las innovaciones tecnológicas que se producen en el ámbito de nuestra relación con ellos se condicionan mutuamente.³⁰¹ Incrementos de velocidad en el desarrollo de desplazamientos y acciones anteriores a la máquina de vapor o el telégrafo, denotan ya un cambio en la concepción del tiempo y del espacio, caracterizada por una creciente percepción de la independencia entre el espacio y las particularidades de un lugar preciso (una mayor abstracción en la representación del espacio), así como entre aquél y el tiempo. Son las investigaciones de Koselleck las que proporcionan a Rosa ejemplos concretos de estas aceleraciones «pre-tecnológicas», que van de la perforación del terreno para crear túneles, al perfeccionamiento de la señalización para la difusión de información mediante el telégrafo óptico.³⁰² La aceleración intencional de los procesos de transporte, comunicación o producción no es pues un simple efecto del desarrollo técnico, sino una consecuencia de precondiciones que en gran medida son culturales.³⁰³

³⁰⁰ Cf. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 121.

³⁰¹ Cf. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 161.

³⁰² Cf. *Idem.*, p. 161-162; también en Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 40-41.

³⁰³ Cf. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 161.

En este sentido, el trabajo de Rosa está, como el de Koselleck, atravesado por la voluntad de encontrar una perspectiva de análisis inmune a los excesos del materialismo, sin verse condenada por ello a caer en una suerte de idealismo. Su apuesta por el elemento temporal como matriz de enfoque responde, de hecho, a este desafío. La comprensión del tiempo como punto de intersección y coordinación entre exigencias sistémicas y perspectiva de los actores, que ya señalamos anteriormente, lo convierte en una atalaya desde la que se vuelve visible el influjo mutuo entre las condiciones materiales y las formas de pensamiento:

hay que comprender la evolución de las ideas y de las instituciones como un proceso paralelo en el que estas dos dimensiones mantienen una relación de interdependencia, pero pueden sin embargo, con limitaciones, desarrollarse de manera parcialmente autónoma en otras direcciones, hasta desembocar en una crisis de legitimación o en una crisis institucional, seguida de un reajuste, sea bajo la forma de una transformación radical de la base institucional, sea bajo la de un cambio de paradigma intelectual; y, según esta tesis, las estructuras y horizontes temporales son, cada vez, el vector privilegiado de esta mediación recíproca.³⁰⁴

³⁰⁴ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 280.

Para el caso que nos ocupa, ello se plasma en la interpretación que Rosa realiza de las revoluciones técnicas como respuestas a una presión temporal pre-existente:³⁰⁵

Como lo han expuesto H. Blumenberg, R. Koselleck, H. Nowotny o M. Gronemeyer, es la impaciencia que sentía la Ilustración ante la separación creciente entre espacio histórico de la experiencia y horizonte de expectativa, la idea del “retraso de la razón”, del progreso y de la posibilidad de acelerar la historia, las que precedieron el triunfo de las ciencias de la naturaleza y de la revolución industrial.³⁰⁶

De manera que es la nueva comprensión de la historia como itinerario hacia lo mejor y el reemplazo subsiguiente del pasado por el futuro en la función de orientación de la acción, los que motivan inicialmente la hambruna temporal de la sociedad moderna.

Por un lado, la conjunción de la confianza en la inexorabilidad del progreso y la imperiosa necesidad, a tal efecto, de la acción humana, son causantes de una dinamización social sin precedentes que se manifiesta en el acortamiento del lapso de validez de lo adquirido (la

³⁰⁵ Cfr. ídem., p. 268. Como el mismo Rosa reconoce, esto le daría la razón a Paul Virilio en la defensa de la preeminencia de la «revolución dromocrática» sobre la industrial, siendo en realidad la primera la que habría alumbrado el nacimiento de la modernidad. Para la tesis de Virilio cfr. su *Velocidad y política*, trad. cast. de Víctor Goldstein, (Buenos Aires: La Marca), 2006. Ello no quita que Rosa vaya a mostrarse, justamente por las razones que estamos exponiendo, muy crítico con el enfoque de Virilio, en el que encuentra cierto reduccionismo tecnológico. Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 102-103.

³⁰⁶ *Idem.*, p. 86.

El triunfo de la aceleración

«compresión del presente» de la que habla Hermann Lübbe).³⁰⁷ Es el tipo de aceleración que Rosa denomina «aceleración del cambio social», imbricada pero netamente distinta, por tanto, de la «aceleración técnica» e históricamente anterior a ella.³⁰⁸

Por otro lado, esta historia que avanza cada vez más rápido impone la necesidad de sincronizar la propia vida con el tempo de ese colosal proceso. La presión temporal que afecta a la modernidad se manifiesta también en la aceleración deliberada de la actividad del individuo (lado objetivo), así como en el incremento de experiencias personales pasivas y en el sentimiento de urgencia que surge de la impresión de escasez de recursos temporales (lado subjetivo), esto es, en la «aceleración del ritmo de vida».³⁰⁹ Sin embargo, este tipo de fenómenos no puede ser deducido simplemente de la aceleración del cambio social ni,

³⁰⁷ Para el concepto de «Gegenwartsschrumpfung» acuñado por Lübbe, cfr. su *Zeit-Erfahrungen. Sieben Begriffe zur Beschreibung moderner Zivilisationsdynamik*. (Mainz/Stuttgart: Steiner), 1996.

³⁰⁸ Cabe advertir en este punto de la necesidad de no confundir, en el contexto de la obra de Rosa, la «aceleración del cambio social» que acabamos de mencionar con el genérico «aceleración social», expresión mediante la que se reúnen los tres tipos de aceleración bajo la hipótesis de que la sociedad moderna puede ser descrita globalmente como una sociedad en vías de aceleración. Cfr. *ídem.*, p. 51.

³⁰⁹ Así pues, si bien la aceleración es el concepto que permite a Rosa abordar como una unidad el régimen temporal de la Modernidad, esto no va a llevarle sin embargo a afirmar que todo se acelere, ni que aquello que se acelera lo haga en todo caso de la misma manera. En *Alienación y aceleración*, posterior y, en parte, una síntesis de la teoría de la aceleración expuesta en *Beschleunigung*, Rosa define estos tres tipos de aceleración en los siguientes términos: la «transformación creciente de los modos de asociación social, de las formas de práctica y de la substancia del saber (del saber práctico)» (aceleración del cambio social), «la aceleración intencional de procesos orientados hacia un fin en el dominio de los transportes, la comunicación y la producción» (aceleración técnica), y, por último, el «aumento del número de episodios de acción o experiencia por unidad de tiempo» (aceleración del ritmo de vida). Cfr. Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 21-39.

nuevamente, de la aceleración técnica, sino que exige una vez más atender también a factores culturales que se encontrarían, según Rosa, en la base de las orientaciones individuales de la acción. Los individuos modernos no solo se ven impelidos a moverse más rápido, sino que desean hacerlo y ello por razones que trascienden -o más bien que subyacen a- las motivaciones económicas.

Poder recorrer mayores distancias, aumentar la producción o comunicar más y a mayor distancia en menor tiempo no conllevan de suyo ni la obligación ni la propensión a hacerlo. De hecho, gracias al desarrollo técnico, el ritmo de vida debería verse ralentizado ante la liberación de grandes cantidades de tiempo antaño necesarias para el desempeño de esas mismas actividades, lo cual permitiría dilatar las pausas o aminorar la velocidad de ejecución de tareas, expeliendo así la sensación de escasez temporal. Si se produce, por el contrario, una condensación de lo vivido y un sentimiento de prisa, es porque «producimos, comunicamos, transportamos no solo *más rápido* sino también *más* que las sociedades precedentes». ³¹⁰ Sigue siendo necesario explicar, por tanto, de dónde nace la fascinación por la novedad y la proclividad al crecimiento cuantitativo. Es en este punto en el que, como hemos visto, Bauman enlazaba los rumbos de la técnica y la economía.

³¹⁰ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 118.

Rosa coincide en señalar que el sistema capitalista convierte la aceleración en una coacción objetiva inevitable.³¹¹ Con la extinción de la relación tradicional entre producción y satisfacción de necesidades, el incremento de la producción y la productividad, así como de la distribución y el consumo y, con ello, la reducción del tiempo, se convierten en imperativos sistémicos. El tiempo, convertido en magnitud abstracta, desprovisto de cualidades propias, se convierte en ganancia potencial mediante el trabajo. Junto a ello, la introducción de innovaciones tecnológicas y de nuevos productos permite o bien mantener los precios por encima de los costes de producción o bien mantener bajos estos últimos, antes del acceso de la competencia a dichas novedades. En este sentido, «la aceleración de los ciclos de la innovación técnica, así como el acortamiento de los ciclos de duración de la vida de los productos, tienen aquí causas “sistémicas”».³¹² Finalmente, el mantenimiento de un nivel elevado de beneficios y la preservación de las ventajas competitivas, exigen la reproducción acelerada del capital.

No obstante, estas exigencias inherentes al capitalismo no alcanzan a explicar por sí mismas el aumento del ritmo de vida y, en un sentido general, la completa espesura de la aceleración como propósito de/para la modernidad, por cuanto dejan sin resolver la razón por la que, desde un aspecto subjetivo, los individuos transigirían ante la presión a la aceleración, habida cuenta de sus contrapartidas manifiestas en la

³¹¹ *Cfr. ídem.*, p. 257.

³¹² *Ídem.*, p. 260. También para lo que sigue.

experiencia cotidiana. Asimismo, al ignorar sus antecedentes culturales, se presentan como el detonante de una «ideología de la aceleración» de la que, en realidad, desde el punto de vista de Rosa, no serían más que un instrumento: «Se puede considerar nuestro sistema económico como una tentativa compensatoria destinada a sobrepasar el límite último que constituye la muerte “colmado” cuantitativamente el tiempo».³¹³

La pérdida de certeza en el más allá que se produce en el curso de la modernización pone a la época frente al desafío de proporcionar una alternativa con la que hacer frente al problema de la finitud humana. La muerte planea sobre una sociedad en vías de secularización como un recordatorio tenaz de la fugacidad y la nimiedad de la vida de los individuos. El menoscabo de un «tiempo sagrado» se lleva consigo el andamiaje que permitía reunir y dar continuidad al «tiempo de la vida» y el «tiempo del mundo».³¹⁴ La perspectiva del cese de la existencia ya no se inscribe en el futuro cese del propio mundo y el inicio del tiempo realmente auténtico. Entre las opciones al alcance, es la aceleración la que, de acuerdo con Rosa, se impone como estrategia dominante ante dicha contrariedad:

puesto que es posible realizar tantas más posibilidades cuanto más rápidamente se pasa a través de las estaciones, los episodios o los acontecimientos individuales, la aceleración representa la perspectiva más prometedora, y en realidad la única estrategia que permite reconciliar en

³¹³ *Idem.*, p. 292, citando a Heintel y Macho (1985), *Zeit und Arbeit. Hundert Jahre nach Marx*. Sobre la aceleración como ideología volveremos en el último capítulo.

³¹⁴ *Cfr.* Hans BLUMENBERG, *Tiempo de la vida y tiempo del mundo*, ed. cit.

cierta medida, tendencialmente, el tiempo del mundo y el tiempo de la vida.³¹⁵

Vivir más rápido amplía de forma inmanente la extensión de la vida, puesto que permite incrementar el número de experiencias realizadas y conjura así el fantasma de la muerte, a la que un sinfín de opciones por realizar mantienen a distancia.

Curiosamente, Bauman se hace cargo de esta misma circunstancia, solo que en su caso la promesa secular de eternidad mediante el incremento y la aceleración de los episodios de vida, se circunscribe a la modernidad líquida. Es el alto grado de inestabilidad del mundo contemporáneo el que anima a sustituir la estrategia de transición entre mortal e inmortal mediante la creación terrestre de duración (la gloria política o bélica, la construcción de monumentos, la fama artística...) - que habría sido la alternativa secular de la modernidad sólida- por la profusión indefinida y apresurada de proyectos y vivencias. Lo que se anhela ahora:

es la experiencia de la inmortalidad, no la cosa en sí misma, oscura, trabajosa, y cuajada de trampas. Lo que ansiamos, y lo que conseguimos, es un mundo que sea un parque temático del infinito: espacio y tiempo infinitos, pero, sobre todo, una infinidad de sensaciones aún por probar.³¹⁶

³¹⁵ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 291.

³¹⁶ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 172; *cf.* también el capítulo 1 («El terror de la muerte») de *Miedo líquido*, ed. cit., pp. 37-74; *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 168-169 y *En busca de la política*, ed. cit., pp. 42-44, donde focaliza en la nación y la familia como

De este modo, la oportunidad que la aceleración brinda de acceder a una eternidad subsidiaria no podría contarse en el marco de Bauman entre los motores de la aceleración primigenia de las condiciones de vida, dado que más que un principio cultural moderno resulta una suerte de envilecimiento/tergiversación ulterior de dicha cultura, cuya función habría sido hasta ahora la creación de duración a partir de lo pasajero, aun de manera siempre inconclusa. Por el contrario, para Rosa: «La promesa eudemonista de la aceleración moderna yace (...) en la idea (no expresada) de que la aceleración del 'ritmo de vida' es nuestra respuesta (es decir, la respuesta de la modernidad) a los problemas de lo finito y de la muerte».³¹⁷

Es en este sentido en el que crecimiento y aceleración están, en el planteamiento de este último, culturalmente entrelazadas, lo cual explica la relación aparentemente paradójica entre aceleración técnica y del ritmo de la vida y restringe el recurso al motor económico en tanto que causa de la aceleración moderna, que no obstante también se toma en cuenta.³¹⁸ En último término, la aceleración moderna: «Desde el

estrategias modernas para superar la mortalidad mediante la creación de duración «mundana». Lo apuntamos ya en el primer capítulo.

³¹⁷ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 46-50, aquí 49.

³¹⁸ Cabe señalar que en *Alienación y aceleración* Rosa opera una modificación en la exposición de causas de la aceleración, respecto a la propuesta anterior de *Beschleunigung*. Mientras que en esta última se consideraban tres motores externos (económico, cultural y socioestructural), a los que se añadía la propia energía cinética de la aceleración, una vez iniciado el movimiento por esas fuerzas extrínsecas, en *Alienación y aceleración* los motores externos que desencadenan el «ciclo de la aceleración» se reducen a dos (social y cultural). Así, en su segunda versión, la equivalencia entre tiempo y ganancia queda incluida en el motor social bajo la forma de competencia, en la que quedan comprendidas también las rivalidades políticas y militares entre Estados y la pugna individual por alcanzar una determinada posición

El triunfo de la aceleración

punto de vista de la comprensión cultural que la modernidad tiene de ella misma, con esta dinámica continua, no se trata manifiestamente de una adaptación a coacciones exteriores sino, por el contrario, de un momento esencial de autodeterminación».³¹⁹

III.2.3 La fijación institucional como plataforma de cambio. La solidez de la modernidad clásica

La depuración moderna del signo excepcional del cambio, en beneficio de su integración a la dinámica ordinaria de un transcurrir orientado a la consumación de la promesa de autonomía, conlleva la traducción política de la resolución a desguarnecer la realidad para someterla a una disposición racional. Bauman señala que:

Dado que ese programa alcanzó su mayoría de edad en un momento en el que el antiguo régimen se disolvía lenta, pero implacablemente, y la catástrofe de Lisboa acababa de suceder (...) la promesa moderna se centró primeramente en una seguridad provista y vigilada de forma colectiva y, en segundo lugar (...) en la libertad.³²⁰

El proyecto emancipatorio moderno es sensible por sus mismas circunstancias de gestación al influjo hetero-determinante y catastrófico de la incertidumbre y la impredecibilidad, a cuya supresión, por ello,

social. A su vez, la diferenciación funcional que en la obra de 2005 se apuntaba como motor socioestructural, se menciona aquí como mero complemento de las fuerzas social y cultural. *Cfr.* Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, Teil 3: Ursachen, capítulos VII y VIII; e Id., *Alienación y aceleración*. cap.2, pp. 40-54.

³¹⁹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 280.

³²⁰ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 83.

subordina el logro de libertad. «Era la promesa de una “libertad frente a” (los caprichos de la naturaleza, los golpes del destino, la enemistad de nuestros vecinos) antes que de una “libertad para” (para tomar posesión del “lugar, la forma y las funciones que elijas por ti mismo”, según la imaginó Pico [della Mirandola])». ³²¹ Del modo en que Bauman lo plantea, la modernidad es confiante respecto a lo que el mundo puede llegar a ser, pero contempla con suspicacia la materia prima de la que parte. Librados a sí mismos, el entorno y el humano son salvajes, amenazantes y veleidosos, todo lo cual los mantiene en el reino de la necesidad y el caos. La comprensión del «hombre sin freno» como bestia y de la realidad no intervenida en tanto que «sin nosotros, el diluvio», sostienen una idea de libertad dependiente del establecimiento de normas, que proporciona legitimidad al levantamiento de instituciones rectoras del desarrollo histórico. ³²²

La propia creencia en el progreso demanda por sí misma la predeterminación y el constante reaseguro del rumbo que toma el curso de los acontecimientos y, por tanto, de una fijación institucional capaz de administrar el cambio. ³²³ Y ello no solo en aras de preservar la expectativa de un futuro mejor, sino también de poner en valor y garantizar el sentido del esfuerzo invertido en su persecución. La pauta

³²¹ *Ibidem.*

³²² Bauman sitúa el principio según el cual «las normas posibilitan al imposibilitar» en una línea que atraviesa el pensamiento moderno de Hobbes a Erich Fromm, pasando por Durkheim, hasta encontrar su progresivo declive con el despuntar de la modernidad líquida. *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 25-26. Volveremos sobre ello al ocuparnos de la vocación crítica de Bauman en el apartado «Rasgar el telón para liberar potencialidades ocultas».

³²³ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 151.

de postergación de la gratificación que según ya hemos señalado organiza tendencialmente en Bauman el despliegue de la primera fase de la modernidad, sería insostenible de no contar con alguna entidad capaz de avalar la estabilidad de condiciones que permita mantener conectados los denuedos de ayer con los frutos de mañana. Aplicado al caso particular de la identidad individual, Bauman declara:

La demora de la gratificación, así como la frustración momentánea que generaba, eran un factor vigorizador y el origen del fervor por la construcción de la identidad, en la medida en que se combinaran con la confianza en el carácter lineal y acumulativo del tiempo. La principal estrategia de la vida como peregrinaje, de la vida como construcción de la identidad, era “ahorrar para el futuro”, pero ahorrar para el futuro sólo tenía sentido como estrategia si uno podía estar seguro de que ese futuro recompensaría los ahorros con intereses y de que la bonificación, una vez acumulada, no sería retirada, que los ahorros no se devaluarían antes de la fecha de distribución de los beneficios ni se los consideraría moneda sin curso legal; [que lo que hoy se ve como capital se verá del mismo modo mañana y pasado mañana].³²⁴

De este modo, se colige que el establecimiento de un marco con pretensiones de cierta duración no solo permite, sino que alienta las transformaciones al abrir un escenario en el que es viable el cálculo racional en función de esperanzas fundadas y resguardadas por la minimización del riesgo.³²⁵ Si la sociedad moderna sólida llega a

³²⁴ Zygmunt BAUMAN, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», art. cit., p. 48. La cursiva es nuestra.

³²⁵ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 175.

protagonizar una marcha de metamorfosis sin precedentes en cuanto su ritmo y profundidad, es en el auxilio que le presta la relativa resistencia al cambio de sus instituciones (del Estado, pero también por ejemplo de la familia o el modelo de trabajo). Llevado hasta sus últimas consecuencias, podemos decir que es la propia solidez de la modernidad primera la que establece las condiciones de posibilidad de su igualmente constitutiva dimensión líquida.³²⁶

Ello queda igualmente reflejado en la teoría de Rosa:

la aceleración por la fijación institucional y la garantía de la permanencia de las condiciones estructurales constituye un principio fundamental y una condición del éxito de la historia moderna de la aceleración. La aceleración no ha sido posible sino porque las instituciones sociales centralizadas -como el derecho, los mecanismos de gobernabilidad política, el régimen estable del (tiempo de) trabajo industrial-, acompañados por formas culturales muy poderosas, principalmente centradas en los valores y las ideas de progreso, racionalización, individualismo, universalismo y acción, han sido ellas mismas sustraídas al cambio.³²⁷

Esto permitió la seguridad en las expectativas y previsiones sobre las que se apoyaba la propia aceleración técnica, económica o científica e incluso el incremento de ritmo en la conducta individual. En este sentido, podríamos decir que también Rosa reconoce una suerte de

³²⁶ «Después de todo, fue la búsqueda de solidez de las cosas y de los estados la que desencadenó, impulsó y dirigió su licuefacción; la liquidez no fue un adversario, sino un efecto de esta búsqueda de solidez» (Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., p. 110).

³²⁷ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 150.

solidez en la modernidad clásica. De hecho, remite a Bauman para explicar que las instituciones pre-modernas habrían sido abrogadas para permitir la instauración de nuevas instituciones, más perdurables.³²⁸

Entre estas últimas, el Estado y la institución militar ganan en Rosa el título de elementos históricamente decisivos para la aceleración:

Numerosas condiciones institucionales generales de la aceleración social e innumerables innovaciones materiales al servicio de la aceleración, no habrían visto el día de no ser por las instituciones y las invenciones del Estado-Nación moderno y de su armada, y numerosas de entre ellas les podrían ser directamente atribuidas.³²⁹

En el caso del Estado, su acción homogeneizadora sobre los contextos de acción (mediante la uniformización de la lengua, la moneda, el huso horario, el sistema educativo, el régimen fiscal...), la construcción de infraestructuras, las mejoras en la seguridad jurídica y comercial, el monopolio de la fuerza en el interior de las fronteras o el aprovisionamiento de seguridad respecto a lo que se encontraba más allá de ellas, actuaron como motores de la aceleración gracias a su establecimiento de condiciones para la planificación fiable y a largo plazo. El derecho moderno y, muy particularmente, la burocracia, brindaron al Estado mecanismos de acción y reacción mucho más eficaces que los instrumentos de las monarquías tradicionales. Ello resultaba particularmente válido para los modelos democráticos, notablemente más dinámicos que sus predecesores, sin ir más lejos por

³²⁸ *Cfr. ídem.*, p. 449, nota 30.

³²⁹ *Ídem.*, pp. 311.

la limitación de la duración de las legislaturas.³³⁰ Por su parte, la armada, y la expansión territorial facilitada por esta, fueron igualmente capitales: la institución militar incentivó el desarrollo tecnológico, sofisticó el aprovechamiento del tiempo por la vía de la disciplina cuartelaria y fue ejemplar en la aceleración de las secuencias de acción mediante el establecimiento de rígidas estructuras de mando.³³¹

En términos generales podríamos decir que en su estadio inicial la aceleración moderna resulta de una puesta a punto previa por la que el medio y los modos de actuar son sometidos a uniformización, protocolo, jerarquización y anclaje. En términos baumanianos, un combate inicial contra la ambivalencia y un incipiente establecimiento de orden, principales cometidos del Estado, al menos en su periodo moderno sólido.³³²

Pese a sus diferencias programáticas, señala Bauman, todas las ideologías modernas convergían en la identificación del Estado como el agente llamado a hacer aquello que debía hacerse.³³³ Fuese cual fuese el estadio futuro deseado y la previsión de la fecha de su llegada, los medios de coacción y coordinación colectiva de la acción detentados por el Estado eran vistos unánimemente como parte necesaria del proceso. Más allá de los credos políticos, la realidad histórica daba cuenta de una institución que estimulaba el desarrollo

³³⁰ *Cf. ídem.*, pp. 392-393.

³³¹ *Cf. ídem.*, pp. 315-318.

³³² *Cf. Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, Estado de crisis*, ed. cit., p. 64.

³³³ *Cf. ídem.*, pp. 128-129.

fundamentalmente a través de la industria.³³⁴ En su acción mediadora para la conversión del trabajo en riqueza, el Estado aseguraba al mismo tiempo la compra de mano de obra por parte del capital y el mantenimiento de ésta en condiciones atractivas para su adquisición, ofreciendo asimismo medios de restitución cuando este equilibrio se veía roto en cualquier sentido. Simpatizantes y refractarios con la actividad estatal, «Todos estaban de acuerdo, sin embargo, en que el Estado benefactor era un artilugio para hacer frente a las anomalías, impedir las deserciones a la norma y desactivar las consecuencias de las infracciones allí donde de todos modos éstas se produjeran».³³⁵ Ello habría proporcionado la estabilidad necesaria tanto para el emprendimiento empresarial como para el desarrollo de las modernas luchas sociales, detonando así una dinamización social creciente y sin parangón en épocas precedentes.

Por otro lado, en su estadio inicial, la burocracia fue el gran mecanismo del Estado para, según señala Bauman, «idear modos de realizar tareas con mayor rapidez».³³⁶

Con todo, la manifestación más pregnante de la convergencia de ambos autores en la consideración de una suerte de estatismo institucional como plataforma inicial del cambio y detonante, en último término, de la aceleración, tal vez sea el caso particular de los itinerarios de vida, la posibilidad de extraer de ellos un sentido identitario. Ambos

³³⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 174.

³³⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 155. Ya hicimos referencia a esta función estatal en el capítulo 1.

³³⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 121.

coinciden en la definición de la identidad moderna como una proyección de futuro por la que la vida se convierte en una trayectoria a planificar e implementar.³³⁷ Frente a la donación exterior de sentido identitario de la época pre-moderna -fundamentalmente gracias a la religión y la tradición-, la modernidad propicia un giro reflexivo en virtud del cual el individuo adquiere una mayor libertad y responsabilidad en la organización de su propia existencia (profesión, pareja, comunidad religiosa, convicciones políticas...)³³⁸ Sin embargo, la invitación a la autodeterminación es también, indica Bauman, un regalo envenenado de desvalimiento. Aun si el propio Dios había creado al

³³⁷ En Bauman por ejemplo en su *Identidad*, ed. cit., pp. 108-110; o en *Id.*, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», art. cit., p. 42; para Rosa cfr. su *Beschleunigung*, ed. cit., 355-359. Esta condición de problema reflexivo que entraña una tarea a realizar es, de hecho, lo que define en sí misma a la identidad en el marco de la obra de Bauman. La identidad nace como problema, esto es, en el momento en el que deja de ser una evidencia impensada ante la erosión de las fuentes tradicionales de identificación (la religión, el estamento, el reino, las comunidades rurales, los gremios, etc.) y la aparición de múltiples alternativas que requieren una elección y una acción por parte del individuo. En este sentido, solo puede hablarse propiamente de identidad a partir de la Época Moderna. Según Sophia Grigull esta constituye una primera diferencia notable entre Bauman y Rosa, dado que para este último es posible hablar de identidad con anterioridad a la modernidad, bien que aquella sea caracterizada como «identidad substancial a priori» por oposición a la «identidad estable a posteriori» propia de los tiempos modernos. Cfr. Sophia GRIGULL, *Hartmut Rosa und Zygmunt Bauman im Vergleich. Zur Konzeptualisierung von Autonomie spätmoderner Subjecte*, (Berlín: Lit Verlag), 2014, pp. 81-86.

³³⁸ Ambos autores coinciden igualmente en resaltar la importancia a este respecto de la Reforma protestante. Rosa asegura que: «Las relaciones con uno mismo o las identidades no son objeto de exámenes introspectivos más que a raíz del giro reflexivo que se vuelve, en particular con la Reforma, la forma práctica dominante de definición del yo» (Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 356-357). Por su parte, Bauman atribuye a los protestantes la conversión del peregrinaje como forma de vida en una actividad interior, esto es, en una manera de entender el mundo en general como un desierto en el que solo el gesto caminante puede cimentar la senda (Zygmunt BAUMAN, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», art. cit., pp. 45-46).

humano para que se hiciese cargo de su existencia, «lo que el Creador había determinado era la indeterminación humana, no la autosuficiencia».³³⁹ Era perentorio, por ello, el levantamiento de instituciones capaces de sustentar la confianza necesaria para afrontar el nuevo desafío. Siguiendo a A. Peyrefitte, Bauman recalca que el abastecimiento de instituciones robustas e indelebles:

ofrecía un marco perdurable en el cual se podía inscribir, al cual se podía referir contra el cual se podía evaluar la duración mucho más breve de la vida individual y sus interacciones. Las tres variedades de “confianza” [en uno mismo, en los demás y en la sociedad] se podían fundamentar en unas expectativas razonables sobre la longevidad y la irrevocabilidad de los compromisos. Lo que Peyrefitte sugiere es que no existe verdadera confianza (en sí mismo) sin el “largo plazo” y sus materializaciones institucionales. El carácter tambaleante y el “actuar a salto de mata” disparan la implosión de la confianza en cualquier tipo de institución social. Y cuando esta pata se quiebra, el trípode entero no tardará en derrumbarse.³⁴⁰

Así pues, lo que su inserción en canales institucionales le proporciona a la identidad es la condición planificable del porvenir que, a su vez, confianza mediante, autoriza la forma de largo plazo para el proyecto vital. En palabras de Rosa:

La identidad pudo convertirse en un proyecto y en una exigencia social en la conducción de la vida, entre otras posibles vías, solo desde el

³³⁹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 107.

³⁴⁰ *Idem.*, p. 167.

momento en el que la fluidificación de las formas de vida y de comunidad, que se impuso particularmente con la revolución industrial y, en la “modernidad organizada” con el Estado social, fue puesta sobre raíles relativamente fijos, institucionalizados, permitiendo así un equilibrio dinámico.³⁴¹

La vida como trayectoria se hace posible gracias a una disposición institucional estable que permite fundar «un esquema de orientación de la existencia y de la identidad» que a su vez organiza el Estado social según una secuencia biográfica estandarizada (formación, cobertura social, jubilación...).³⁴²

Las formas del trabajo son en este marco particularmente relevantes. Aquí Rosa solicita el amparo de Bauman, cuya descripción de las condiciones del trabajo moderno según la metáfora del matrimonio burgués -la unión «hasta que la muerte nos separe» entre trabajo y capital- le parece especialmente reveladora del tipo de afianzadores que enmarcaban la identidad en el contexto clásico-moderno. Ellas definen en gran medida el arquetipo de identidad exitosa de este periodo, donde el ritmo de cambio generacional permite concebir la propia vida allende la tradición, sin renunciar con ello a la estabilidad necesaria para el sostenimiento de una perspectiva de largo plazo.³⁴³ Siguiendo a Bauman, la idea misma de «carrera profesional» denota según Rosa la dosificación específica entre cambio y permanencia propia de la identidad como proyecto reflexivo «sólido».

³⁴¹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, pp. 356-359.

³⁴² *Cfr. ídem.*, pp. 358 y 447.

³⁴³ *Cfr. ídem.*, p. 361.

Ella evoca un recorrido prefijado, resultado de un proceso de definición que tiene lugar una sola vez y sobre el que la revisión, cambio o reconversión son excepcionales y siempre integrados en la reconstrucción narrativa de la identidad como signo de progreso, como coyuntura que da acceso a una vida más auténtica y liberada de errores.³⁴⁴ La renovación intergeneracional queda así garantizada gracias a un esquema existencial en el que la regularidad generacional permite distinguir el antes del después liberando energías de cambio a depositar en el porvenir. A ello alude la hospitalidad con la que la Modernidad acoge al peregrino en la metáfora de Bauman:

Los peregrinos apostaban a la solidez del mundo por el que caminaban; un tipo de mundo en el cual uno puede contar la vida como relato continuo, un relato “dador de sentido”, una historia tal que hace de cada suceso el efecto del anterior y la causa del siguiente, y de cada edad una estación en el camino hacia la realización. El mundo de los peregrinos -de los constructores de identidad- debe ser ordenado, determinado, previsible, firme; pero, sobre todo, debe ser un tipo de mundo en el cual las huellas de sus pies queden grabadas para siempre, a fin de mantener la traza y el registro de viajes pasados. Un mundo en el que viajar pueda ser, en efecto, un peregrinaje.³⁴⁵

³⁴⁴ *Cfr. ídem.*, p. 359.

³⁴⁵ Zygmunt BAUMAN, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», art. cit., p. 48.

III.3 POSMODERNIDAD, MODERNIDAD LÍQUIDA Y MODERNIDAD TARDÍA

III.3.1 De la posterioridad a lo diverso en lo común

El tránsito a una nueva forma de modernidad que ambos autores desean explicar, por cuanto allí les conduce su voluntad de identificar las dolencias de la época contemporánea, es comprendido al unísono como la transfiguración del mundo en un lugar inhóspito para ese peregrinaje de la vida moderna. El sentido de esta mutación se desvela en las pesadas consecuencias de la deriva histórica del que desde un comienzo fue un precepto substancial de la modernidad: (la creencia en) la maleabilidad de la realidad. Lo que acontece en ese viraje es una sublimación del dinamismo moderno sobre cualquier fuerza aquietante que, sin embargo, como hemos visto, también fue empeño de la modernidad instituir. Es el triunfo de la inconstancia de lo líquido sobre la sólida pertinacia en la naturaleza de las condiciones de existencia.

Considerado en sí mismo, no cabe ver en ello la emergencia de un rasgo original, sino que como Rosa precisa:

la novedad no consiste aquí en la fluidificación de las instituciones y de las relaciones sociales per se, dado que la modernidad, desde el principio, se caracteriza por la tendencia a dinamizar todo lo que es “establecido y permanente”. El conjunto de las instituciones de la modernidad clásica que han sido elaboradas a partir de la Revolución Industrial tras una primera ola de dinamización de las instituciones

estáticas tradicionales, ha adquirido una sorprendente resistencia al tiempo porque ellas tomaban en cuenta este carácter dinamizante de la modernidad y se han revelado aptas para dirigir los procesos de aceleración y de transformación del propio mundo social por vías estables, y, precisamente así, de estimularlas aún más.³⁴⁶

O al decir de Bauman, el siglo XXI es moderno de pleno derecho justamente en virtud de su abrumadora propensión a la modernización.³⁴⁷ Si ese principio llega a incubar, pese a constituir un patrón moderno constante, una mutación susceptible de exigir la redesignación del periodo, es porque su despliegue coincide con una marcha acelerada. En opinión de este autor:

Lo que induce a tantos teóricos a hablar del “fin de la historia”, de la posmodernidad, de “segunda modernidad” y “sobremodernidad”, o articular la intuición de un cambio radical en la cohabitación humana y en las condiciones sociales que restringen actualmente a las políticas de vida, es el hecho de que el largo esfuerzo por acelerar la velocidad del movimiento ha llegado ya a su “límite natural”.³⁴⁸

Es la experiencia subjetiva de esa aceleración efectivamente producida la que, para Bauman, motiva la recurrencia del prefijo «post» en los intentos por captar la fisonomía general de los tiempos presentes. El uso habitual de este afijo da cuenta de la generalización de la impresión de un exceso de velocidad en el transcurso de los

³⁴⁶ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 333-334, nota 2, donde referencia es explícitamente a Bauman.

³⁴⁷ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 33.

³⁴⁸ *Idem.*, p. 16.

acontecimientos, medido a la luz de nuestra capacidad para aprehenderlo; así como de la creencia en la mayor probabilidad del cambio sobre la permanencia.³⁴⁹ Él mismo atribuye retrospectivamente su propio uso del concepto «posmodernidad» a un contexto de incertidumbre provocado por la ausencia o volatilidad de recursos con los que reemplazar los viejos e inservibles conceptos, modos de pensamiento y formas de actuar.³⁵⁰ Con todo, asegura haber dudado desde un primer momento de la justeza de un tal encabezamiento, por razones que acercan notablemente su enfoque a la teoría de la aceleración de Rosa:

¿Acaso la modernidad no es la *modernización* incesante y obsesiva, algo así como la necesidad de “correr más rápido para quedarse” de la que hablaba Carroll, más que alguna destinación particular de dicha carrera o que el método que permite mantenerse en la cancha a los

³⁴⁹ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 95.

³⁵⁰ Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 100 y 107-108. Bauman toma el concepto de «interregno» creado por Gramsci y retomado por Keith Tester, para denominar ese periodo de transición caracterizado por la carestía de herramientas expresivas y formas de acción adecuadas a las circunstancias: «épocas en las que se acumula una evidencia casi diaria de que las viejas y conocidas formas de hacer las cosas ya no funcionan, a la vez que sus sustitutos más eficaces aún no se han presentado o son demasiado precoces, volátiles e incipientes como para ser tenidos en cuenta o asimilados seriamente una vez advertida su presencia, si es que se la advierte.» (*Ibidem.*). Retomará esta idea en obras más recientes como *Estado de crisis* (ed. cit., pp. 20-21); la encontramos asimismo en *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., pp. 73, 108 y 115. Nótese la similitud de la descripción de esta experiencia cotidiana de inadecuación con los tiempos, con los testimonios que tanto Koselleck como Rosa aportan para atestar la extensión del sentimiento de prisa al menos desde el siglo XVIII. Cfr. Reinhart KOSELLECK, «¿Existe una aceleración de la historia?», art. cit.; *Id.*, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit.; y el capítulo 2 de Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit. Para «interregno» en Gramsci, cfr. su *Cartas desde la cárcel*, trad. cast. de Esther Benítez, (Madrid: Cuadernos para el diálogo), 1975.

El triunfo de la aceleración

corredores? ¿Está el destino de la modernidad atado a una forma histórica concreta o no resulta más bien que el signo de su salud y de su vigor radica en el rechazo de dicha forma y en el embarcarse continuamente en un “nuevo comienzo”?³⁵¹

Bauman celebra el imperativo lyotardiano de la necesidad de ser posmoderno para ser moderno, dado que la posmodernidad es el *alter ego* de la modernidad, nacida del espíritu crítico y transgresor que le es esencial.³⁵² Pero justamente por ello, el matiz de término y de sucesión del prefijo obligan a abandonar la categoría por confusa e impropia.

En la misma línea se mueve su rechazo de la denominación «modernidad tardía», por la que apostará Rosa. En opinión de Bauman, estipular la índole crepuscular de la Modernidad es posible solo desde una distancia epocal de la que no gozamos, por encontrarnos insertos aún en dicho periodo y sin atisbos de su final. Es una tendencia común que:

Las personas presentes en el funeral de una era desconocen por lo general que se encuentran en un cementerio o en un crematorio. Por otra parte, la historia de la opinión pública rebosa no solo de (falsos) anuncios de nuevos amaneceres y nuevas edades, sino también de (falsos) obituarios que están condenados a hundirse rápidamente en el olvido.³⁵³

³⁵¹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 105.

³⁵² Cfr. Jean-François LYOTARD, *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, trad. cast. de Mariano Antolín, (Madrid: Cátedra), 1984.

³⁵³ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 95. Cfr. también Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 135. En este último expone igualmente las razones de su

De ahí su propuesta del apelativo «líquida», que obvia la connotación de desenlace y reúne la evocación tanto de lo común a cualquier tramo temporal que se quiera moderno (la tendencia a fluidificar), como de aquello que constituye una genuina transformación en relación con esto (el abandono de la resolidificación).³⁵⁴

Es esta misma razón la que alienta a Rosa a centrar la lectura de la Modernidad en las estructuras temporales. Solo desde una perspectiva temporal puede darse cuenta adecuadamente, considera, de las continuidades y rupturas que las evoluciones contemporáneas mantienen respecto a la Modernidad.³⁵⁵ Como en Bauman, es la fluidificación de nuestra relación con el mundo la que aúna identidad y diferencia, solo que al ser considerada no tanto en la consistencia que le brinda al presente, cuanto en la dinámica que entraña, el concepto clave resulta aquí el de aceleración.³⁵⁶ En ella Rosa encuentra un medio de sortear objeciones a la adquisición del epíteto «tardía» como la baumaniana. Si es posible establecer una gradación temporal en la que la época contemporánea constituye una suerte de fenómeno vespertino respecto al amanecer moderno, ello se debe al advenimiento de una nueva ola de aceleración, en virtud de la cual no solo quedan

rechazo a las expresiones «Segunda Modernidad», que le resulta deficiente por no dar cuenta de la diferencia entre los dos tramos que distingue, y «Sobremodernidad» (*surmodernité*), cuya traducción inglesa opina que no hace justicia al original.

³⁵⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 135.

³⁵⁵ Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 335.

³⁵⁶ Refuerzan el parentesco entre liquidez y aceleración las propias invocaciones que Rosa realiza a la obra de Bauman para explicar los procesos de modernización en términos de fluidificación. Cfr. por ejemplo *idem.*, pp. 170, 176-177 o la nota 2 de las pp. 333-334.

distinguidas las dos grandes fases de la Modernidad, sino que se empieza a vislumbrar la cercanía de su desenlace.³⁵⁷ Sea cual sea el final de los tiempos modernos -Rosa esboza y valora diferentes posibles escenarios- es su paso acelerado lo que al aproximar dicha conclusión nos autoriza a hablar de una etapa avanzada.³⁵⁸

En resumidas cuentas, pese a sus divergencias en la elección del rótulo más oportuno, creemos poder leer en paralelo la tesis baumaniana de que la modernidad entra en su fase líquida en un periodo que la deslinda de su antecesora por el abandono del reverso consolidador de la inclinación al cambio y la propuesta de Rosa de una transformación en el carácter de la época por un crecimiento en las contingencias y las incertidumbres provocadas por una nueva ola de aceleración.

III.3.2 El umbral crítico de la Modernidad: acelerar por encima de un punto de fusión reversible

La hipótesis subyacente a la propuesta de Rosa es la discontinuidad de la historia de la aceleración que define la Época moderna. Tras el umbral que supuso el lapso 1750-1850, la década de los 70 del siglo

³⁵⁷ «Como parto efectivamente de una ruptura significativa en la estructura y la cultura de la modernidad de la que solo es posible dar cuenta gracias a la teoría de la aceleración, utilizo en adelante los conceptos de “modernidad clásica” y de “modernidad tardía” para identificar las formaciones antes y después del punto crítico de la ruptura, momento que se intentará definir precisamente en lo que queda de obra.» (*Idem.*, p. 48, nota 75). Para los posibles desenlaces anticipados por Rosa, *cf.*: la conclusión a esta misma obra, particularmente las pp. 486-490.

³⁵⁸ *Cf.* *idem.*, pp. 335 y 455.

XX inaugura una nueva «época silla» consistente en un aumento del ritmo de cambio social.³⁵⁹ Un incremento del tal calado que, según observa Rosa, la aceleración se convierte en la Modernidad tardía en un ciclo autopulsado que no requiere la intervención de motor externo alguno, y en el que la introducción de novedades técnicas en respuesta a la rarefacción de tiempo en la vida productiva y cotidiana, atiza la caducidad de los saberes, prácticas, experiencias y expectativas que configuran el mundo social, alentando con ello, a su vez, la aceleración del ritmo de vida en aras de la adaptación y el éxito, para lo cual llegamos nuevamente a la necesidad de la innovación técnica y así en un ciclo sin fin visible.³⁶⁰ Esta ulterior ola de aceleración:

conciene a la economía, las tecnologías de la comunicación y la cultura al menos desde los años 1970, para imponerse a gran escala hacia 1989, con la coincidencia de tres evoluciones históricas: la *revolución política* que se produce ese año -el hundimiento del mundo soviético, y de la apertura política y económica de los países de Europa del Este-; la *revolución numérica* impuesta en particular por el desarrollo de Internet (y de la televisión por satélite) que se ha extendido un poco después a una revolución de la movilidad, puesto que esta ha tenido también como efecto el permitir una comunicación deslocalizada, gracias a la microelectrónica; finalmente, la *revolución económica* de la acumulación

³⁵⁹ Cabe precisar, no obstante, que esos umbrales marcan el inicio de un cambio que solo posteriormente se generalizará y afianzará, de modo que las dos olas de aceleración reconocidas por Rosa se sitúan más bien, en la práctica, a partir de la década de los 90 de los siglos XIX y XX respectivamente. *Cfr. Idem.*, 82-84. Por otro lado, para referencias sobre la posible postulación de una segunda *Sattelzeit* en el propio Koselleck, remitimos a la nota 426 de esta tesis.

³⁶⁰ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 40.

flexible o de la producción “just in time” del “turbo-capitalismo” postfordista, las cuales pueden ser esencialmente consideradas como movimientos de aceleración.³⁶¹

La estructura es paralela a la que encontramos en Bauman. Como pudimos comprobar en el primer capítulo, también éste hace coincidir la fluidificación del mundo moderno con el triple proceso de caída de la ingeniería social, la separación entre trabajo y capital y la digitalización de las relaciones sociales. El final de la experiencia soviética, sumado al recuerdo de los fascismos europeos, acabaría con la confianza en la factibilidad y deseabilidad de los grandes diseños político-sociales, lo cual extinguiría gran parte del aliento que animaba la construcción política de pautas de acción y de pensamiento generalizables en el espacio y en el tiempo. Frente a la fijeza institucional, se alzaría vencedor ahora un sistema económico renovado sobre bases que en su formulación ideal no incluyen el trabajo -y con él los límites de movimiento- como fuente principal de crecimiento. Por último, el desarrollo tecnológico en los ámbitos, particularmente, de la comunicación y el transporte, habría proporcionado una inmediatez en los intercambios humanos por la que la incidencia en ellos del espacio se habría visto reducida al mínimo.³⁶² Las tres evoluciones manifiestan, como en Rosa, la radicación generalizada de un proceso de incremento de la velocidad.

³⁶¹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, p. 335-336.

³⁶² Para referencias concretas en la obra de Bauman y un desarrollo más detallado, remitimos al capítulo 1.

Ese índice de aceleración que constituye la verdadera novedad del paso entre épocas, se cuantifica, según propone Rosa, en la tasa de estabilidad de las condiciones de vida dentro del ciclo de generaciones. Familia y trabajo son a este respecto dos fuentes de indicadores privilegiadas. Partiendo del concepto de «compresión del presente» de Lübbe, este autor detecta una aceleración creciente del ritmo de cambio en los procesos esenciales de producción y reproducción.³⁶³ Su conclusión es que:

mientras que la velocidad del cambio, al inicio de la modernidad, era intergeneracional, pasando por una sincronización aproximativa con la sucesión de las generaciones en la “modernidad clásica”, ha aumentado

³⁶³ En el caso de la familia, Rosa argumenta que, frente al estatismo del modelo de familia de las sociedades agrícolas, donde cambian los individuos que ocupan cada posición, pero no así las estructuras fundamentales, la modernidad clásica habría impuesto una forma ideal-típica consistente en la familia nuclear extendida a lo largo de la vida de los cónyuges, a la muerte de los cuales la unidad quedaría disuelta. La modernidad tardía reemplazaría a su vez este modelo por ciclos familiares cada vez más cortos que si bien no exhiben necesariamente una pérdida de vigencia del patrón de familia burguesa clásico-moderna, la fragmentan en pequeñas unidades en serie, cuyo efecto es la intensificación de la conciencia de la contingencia de los lazos familiares. En paralelo, en la evolución de las condiciones de empleo puede apreciarse un tránsito de la continuidad profesional pre-moderna, en la que los trabajos eran transmitidos de padres a hijos, a la conversión del empleo en una elección vocacional a realizar una vez en la vida, encargada junto a la fundación de una familia, de cimentar la creación de identidad del sujeto moderno. Nuevamente, la modernidad tardía constituiría un momento de estallido de la estabilidad de las condiciones y formas de trabajo en favor de la flexibilidad y la desregulación y, con ellas, la incertidumbre profesional o conciencia de la contingencia. Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, 179-182. Ya nos hemos referido al uso de Rosa del concepto de «compresión del presente» de Lübbe en el apartado «Los presupuestos culturales de la aceleración moderna». Cfr. la nota 307.

El triunfo de la aceleración

hasta alcanzar un ritmo tendencialmente intrageneracional en la modernidad tardía.³⁶⁴

De este modo, si como señalábamos unas líneas más arriba a propósito de la búsqueda de identidad en la modernidad clásica, el ritmo de cambio generacional es visto como la plataforma requerida para una simultaneidad de la transgresión del pasado y el sostenimiento de una perspectiva de largo plazo, a partir de lo cual era posible la organización consciente del cambio que entraña la temporalización moderna, se desprende que el traspaso de ese mojón va a ser percibido necesariamente como un «umbral crítico».

Rosa defiende que, superado ese límite en la cadencia del cambio, fenece la asimilación del tiempo a un movimiento dirigido y dirigible. La política en el tiempo y el tiempo en la política, que anteriormente establecimos como los dos presupuestos fundamentales del proyecto político moderno en el marco de este autor, se hunden arrasados por la desincronización entre el ritmo de la política y el de las otras esferas sociales, particularmente de la economía y de la técnica.³⁶⁵ Así, el ocaso institucional que Rosa subraya de la mano de Bauman, significa aquí que:

la aceleración ya no es, en la modernidad avanzada, el resultado de la reglamentación estática de los procesos y relaciones sociales, culturales y económicos, sino de su desregulación (...) la influencia aceleradora de la gestión política se ha agotado porque los desarrollos que ella suscitó

³⁶⁴ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, p. 178.

³⁶⁵ *Cfr. Idem.*, pp. 308 y 403.

inicialmente en la economía, la técnica y en las formas del vínculo social, se han vuelto tan rápidos y flexibles que el sistema político ya no está en situación de seguir su ritmo.³⁶⁶

Las estructuras institucionales que en su día constituyeron factores activos de la aceleración, se vuelven ahora trabas para su prolongación. La idiosincrasia y el tipo de procesos que involucran el Estado y la institución militar, que anteriormente destacamos como agentes capitales en este proceso, los toman frenos a una dinamización acelerada.

La armada funciona según cadenas de mando y procesos de estandarización que se han vuelto lentos en términos de innovación, productividad, adaptación a contextos cambiantes... Asimismo, creaciones como los misiles a largo plazo vuelven obsoleta la gestión espacio-temporal de la conquista militar y dirigen su desarrollo tecnológico a la precisión y la neutralización del enemigo, antes que no a la velocidad.³⁶⁷ A ello se añade el cambio en la propia naturaleza de la

³⁶⁶ *Idem.*, p. 326. Para la referencia de Rosa a Bauman en este punto, *cfi.* Alienación y aceleración, ed. cit., p. 29.

³⁶⁷ *Cfi.* Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 318-321. Este ha sido uno de los principales focos de interés del examen de las consecuencias contemporáneas de la aceleración de Virilio, del que Rosa se adueña, pese a retraerle una absolutización de la técnica a la hora de explicar sus causas. Virilio advierte de que la imposibilidad generada por las nuevas armas de detener la propia carrera armamentística, en la medida en que no hay otra disuasión verosímil que la del propio desarrollo exponencial de los rendimientos armamentísticos —y por tanto la disuasión no estaría como antaño en la propia utilización de las armas o siquiera en su posibilidad, sino que se desplazaría a la creación de nuevas armas— habría generado finalmente toda una serie de automatismos que habrían excluido del terreno de la producción de los medios de destrucción toda elección política. El corolario del Estado de urgencia que en este marco se genera es, pues, una «autosuficiencia de la automatización» que nos

El triunfo de la aceleración

guerra, un punto en el que Rosa bebe explícitamente de Bauman. Conflictos bélicos como los del Golfo o Yugoslavia ejemplifican un tipo de confrontación donde el despliegue sobre el terreno y el encuentro directo son rehuidos por ser desfavorables para el nuevo fin de la guerra: «ya no la conquista de un nuevo territorio, sino la demolición de los muros que impedían el flujo de los nuevos poderes globales fluidos».³⁶⁸

Junto a ello, la otra gran institución instigadora del crono acelerado, el Estado, vira asimismo en la dirección de su conversión en freno. Por un lado, las estrictas cadenas procedimentales, la fija jerarquía de competencias y decisiones o el establecimiento de rutinas de trabajo inamovibles, hacen de la burocracia, principal instrumento de gestión del Estado moderno, una herramienta demasiado pausada y, por ello, ineficaz.³⁶⁹ Así lo entiende también Bauman cuando la descarta como candidata a la tarea de conversión del trabajo en mercancía antaño reservada al Estado.³⁷⁰

acercaría al límite infranqueable más allá del cual desaparecería la acción política propiamente humana. *Cfr.* Paul VIRILIO, *Velocidad y política*, ed. cit., pp. 127-131.

³⁶⁸ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 17. Rosa incluye esta misma cita en Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 351.

³⁶⁹ *Cfr.* Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 323-326.

³⁷⁰ «El arte de la reconversión laboral en su nueva forma actualizada [terror al largo plazo, a las carreras consolidadas y a toda forma de estabilidad] difícilmente haya surgido de la burocracia gubernamental, mastodonte que se destaca por su inercia, su resistencia al cambio, su apego a las tradiciones y su amor por la rutina, que mal podría enseñar el arte de la reconversión.» (Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., p. 23).

Pero aún más significativa que la inadecuación del aparato burocrático, es para la pérdida de vigor del Estado la lentitud inherente a las exigencias procedimentales democráticas:

La síntesis y la articulación de los intereses colectivos, y la búsqueda de la decisión democrática, son y permanecen procesos extremadamente largos, y la política democrática está por consiguiente particularmente expuesta al riesgo de una desincronización en relación con las evoluciones sociales y económicas susceptibles de una mayor aceleración.³⁷¹

La democracia es la máxima expresión del antagonismo de base entre la política y la aceleración, en la medida en que la formación de la opinión, la toma de decisiones razonadas y su implementación, conllevan una temporalidad propia que no solo se resiste a ser apremiada, sino que aspira incluso a ponerle vallados a la aceleración.³⁷² Hay, además, en la evolución contemporánea del tiempo político, una contradicción que el Estado moderno no alcanza a resolver. A resultas de la aceleración en las otras esferas sociales, el sistema político se ve compelido a tomar más decisiones y en un menor tiempo, puesto que aumenta el alcance de las determinaciones, la necesidad de planificación por el incremento de las contingencias y la desintegración de las bases socio-culturales que orientaban y sostenían la decisión (es menos previsible el consenso sobre posibles motivaciones, se complica la identificación de los interlocutores convenientes, etc.). Pero, al

³⁷¹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, 395.

³⁷² *Cfr. ídem.*, pp. 407-410. También para lo que sigue.

mismo tiempo, los recursos temporales disponibles para llevar a cabo las resoluciones menguan considerablemente ante la velocidad de las innovaciones técnicas y sociales, el aumento del número de decisiones a tomar o la reducción de lo previsible. Como consecuencia, el proceso decisional tiende a desplazarse fuera del terreno político, en favor de dominios aptos para una mayor celeridad, según se manifiesta en la juridificación, la desregulación económica o la privatización de la ética, a la vez que el propio terreno de las resoluciones políticas traslada el peso del poder legislativo al ejecutivo.³⁷³

A este respecto, Bauman señala:

Fijémonos, si no, en lo muy a menudo que las resoluciones anunciadas hoy se proclaman primero (en una extraña inversión de la secuencia habitual de las causas y los efectos, o lo que es lo mismo, de las decisiones y sus consecuencias), se legislan para darles “validez” a continuación y se ponen en práctica años después, lo que da pie a que entretanto, caigan en el olvido o sean superadas por acontecimientos que nadie puede predecir, por lo que, vistas retrospectivamente, pueden terminar siendo decisiones que ya nacieron muertas desde un principio.³⁷⁴

Esta desincronización es abordada en el marco de su obra fundamentalmente en términos de una separación entre poder y política cuya clave está, en última instancia, en la condición espacial que le es substancial a la modernidad política y que explica su ineptitud para acelerar y ser acelerada más allá de un cierto límite.

³⁷³ *Cfr. ídem.*, pp. 395, 405- 407 y 415.

³⁷⁴ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 31.

«El mundo de la “modernidad sólida” era sedentario. Era un mundo de objetos pesados, macizos, firmemente arraigados al suelo, inmovilizados. Era un mundo abierta y conscientemente territorial».³⁷⁵ El tiempo es en este contexto un medio en la conquista y gestión del espacio, cuya adquisición fue una de las obsesiones de la modernidad sólida, bajo la convicción de que el progreso implicaba mayor tamaño.³⁷⁶ En el planteamiento de Bauman, la primera acepción de espacio dentro del contexto de la modernidad sólida es poder.³⁷⁷ Los límites de circunscripción del demos son las fronteras que permiten cuantificar el alcance del poder político moderno. La jurisdicción es la compañera de baile de la soberanía, en el marco de una modernidad cuyo carácter plúmbeo se manifiesta en la promoción de la magnitud como criterio de supremacía. Así, Bauman lee schmittianamente el poder moderno haciéndolo depender de su control sobre el acceso a la ley dentro de las propias fronteras, de manera que no solo determina la ubicación de cada individuo en el espacio jurídico que le corresponde, sino también y sobre todo los espacios y momentos en que se impone la suspensión de la legalidad. La extensión del Estado es, pues, la del alcance de su poder de excepción; pero solo porque el poder tiene un carácter territorial, es de la máxima importancia este señorío sobre el arte de exceptuar.³⁷⁸ En este sentido, el Estado-Nación es la réplica

³⁷⁵ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 272.

³⁷⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 123-124.

³⁷⁷ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 273.

³⁷⁸ «La soberanía genera la distinción entre un valor y un no-valor, una regla y una excepción, pero esta operación está precedida por *la distinción entre el adentro y el afuera del reino soberano*, sin el cual las prerrogativas soberanas no podrían ser

imperfecta del pensamiento utópico que caracteriza a la época de su emergencia, a saber, un espacio netamente delimitado, cohesionado interiormente sobre la base del reconocimiento de una misma autoridad, donde nada responde al azaroso juego de las casualidades, sino a un exhaustivo diseño en que cada parte ratifica la sublimidad del todo.³⁷⁹ Desde la perspectiva de los nacientes Estados modernos, esto supone, parafraseando a Umberto Eco, la emergencia de una clase de poder político que pugna por extender su alcance hasta lugares inexplorados para otros poderes. No basta con establecer el marco dentro del cual tenga que moverse la libre combinación de posibilidades de comportamiento de los individuos, la Razón moderna animaría una manipulación de esas posibilidades vuelta a «convertir lo permitido en obligatorio y eliminar el resto».³⁸⁰ El panóptico es la manifestación más representativa de esta época de vigilante administración. Su funcionamiento, entiende Bauman, se funda en la

exigidas ni obtenidas. La soberanía, según como la practican las modernas naciones-estados, y tal y como la teorizara Schmitt, está inextricablemente unida al *territorio*, y es inimaginable sin un “afuera”: es inconcebible de otra forma que no sea la de una entidad *localizada*» (Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido*, ed. cit., p. 171; *cf.*: también Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., pp. 50-51). Esta circunstancia condenará a la soberanía a transformarse, con la desterritorialización líquido-moderna, en uno de esos conceptos en los que Bauman detecta una falsa vigencia: «la territorialidad era por definición la fundación y salvaguardia de la soberanía política. Si eliminamos la territorialidad, ¿qué queda de la soberanía? (Esa noción tiene que ser relegada al tipo de “conceptos zombis”, por utilizar el oportuno término de Beck: el tipo de conceptos que ya están muertos, pero que se comportan y son considerados y tratados como si siguiesen vivos)». (Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit., p. 90). Volveremos sobre la cuestión de los «conceptos zombis» en el apartado «Lo disponible del concepto y la crítica de las ideologías».

³⁷⁹ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 272.

³⁸⁰ Zygmunt BAUMAN, *Vigilancia líquida*, ed. cit., p. 89.

fijación al suelo, en la atribución a cada cual de su lugar propio y la confianza o los medios para garantizar la permanencia en éste.³⁸¹

Sin embargo, nuestro autor no encuentra en ello sino el reverso tenebroso de una praxis política que vela por la preservación de un compromiso con la ciudadanía de cualquier fuerza extra-política que pretenda hacer valer sobre ésta su potencia económica, intelectual... Es la época en que el liderazgo espiritual y la nación moderna se alían para combatir la superstición, el oscurantismo y la vulgaridad, como ya vimos al ocuparnos de la secularización.³⁸² Pero también y muy especialmente, el poder moderno, a partir de la Revolución Francesa, se erige como contrapeso «para hacer frente a la incapacidad de las municipalidades, corporaciones profesionales y otras formas de gobierno local a la hora de contener y controlar las poderosas fuerzas económicas que se alzaban por encima del nivel local y operaban más allá de su control...».³⁸³ El Estado moderno sólido, apunta Bauman, actuó como mediador entre trabajo y capital y pudo ejercer presión sobre éste último en virtud de la dependencia que ligaba al suelo a las grandes inversiones económicas (enormes fábricas, maquinaria pesada, mano de obra fidelizada...). La planta Willow Run de General Motors en Michigan o el apego de J. D. Rockefeller a la acumulación de bienes materiales ostentosos por sus dimensiones, son dos de los ejemplos predilectos de nuestro autor a la hora de dar cuenta de una

³⁸¹ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., 48.

³⁸² Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, ed. cit., p. 113. Cfr. el apartado «El retiro de Dios y la secularización del poder pastoral» en esta misma tesis.

³⁸³ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 25.

El triunfo de la aceleración

equivalencia entre espacio y poder que también se da en términos económicos. El espacio es, en la lectura de Bauman, la matriz que conecta las aspiraciones de las élites políticas, económicas e intelectuales, y las de los propios ciudadanos, en una convivencia forzada no sin fricciones, pero precisamente por ese imperativo de contacto, abocada a ser afrontada.³⁸⁴

Frente a ello, la progresiva emancipación respecto al espacio operada en el transcurso de la modernización por la ganancia y entronización de la velocidad, es también el derrumbe del proyecto de ingeniería social en el que radicaba la naturaleza responsable de la modernidad sólida y de su proyecto cultural ilustrado. La extraterritorialidad del poder, que evita el compromiso activo con las poblaciones subordinadas, es la consecuencia del asentamiento de la velocidad como herramienta privilegiada del poder.³⁸⁵

Se produce así en Bauman una triple asociación dicotómica que sintetiza el carácter de las dos fases que atraviesa el poder en la Época Moderna. La primacía del espacio, el peso de la política encarnada en el Estado-Nación y la naturaleza local del escenario en que se dirimen las condiciones de vida del hombre moderno, forman bloque bajo la cabecera de la solidez, frente a la preeminencia del tiempo, la emancipación del capital y la dimensión global de los juegos de poder, en la era líquida. De modo que:

³⁸⁴ *Idem.*, pp. 59 y 94.

³⁸⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 15-17; *Id.*, *En busca de la política*, pp. 27-28. Para la caracterización de ambos periodos, remitimos al capítulo I.

La desaparición del Estado-Nación coincide y se confunde con la expropiación de las antiguas élites locales, que por el hecho de ser locales han perdido casi todo su poder, y con la secesión de una nueva élite global cada vez más poderosa justamente por ser global: una élite que ya no está arraigada ni atada a ninguna de las entidades políticas nominalmente soberanas.³⁸⁶

De ahora en adelante el poder es poder de movimiento. «El rango y la velocidad de la acción marcan la diferencia entre controlar y ser controlado; entre moldear las condiciones de interacción y ser moldeado por ellas».³⁸⁷ Por ende, las delimitaciones territoriales se convierten en impedimentos a vencer y, periclitado el valor de la localización, el Estado ve declinar su importancia dinamizadora:

En la percepción popular de las cosas, ayudada y secundada por el coro que formaba una parte creciente de la población más culta y más influyente en la opinión general, el Estado fue degradándose desde la categoría de motor más poderoso de bienestar universal a la de obstáculo más detestable, pérfido y molesto para el progreso económico.³⁸⁸

Con un Estado pusilánime que no solo no es capaz de hacer frente a las nuevas élites globales, sino que además se ve en la tesitura de solventar desde su espacio local y con sus obsoletos instrumentos modernos de gestión de la soberanía, problemas de procedencia global (trabajo, inmigración, medioambiente...); y un capital que hace descansar su optimización en el desmantelamiento de todo

³⁸⁶ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 282.

³⁸⁷ Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, ed. cit., p. 35.

³⁸⁸ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 20.

compromiso con la población, la extraterritorialidad se traduce, en el marco del pensamiento baumaniano, en una exoneración de responsabilidades respecto a los efectos de la modernización. Como señala Rosa, el cambio en la función contemporánea del Estado revela el cambio en la propia aceleración en el paso de una a otra fase de la Modernidad. El Estado puede seguir siendo un acicate del cambio, pero ya no por la vía de la regulación:

A la dinamización de la evolución social por la reglamentación y la estandarización en el plano nacional en el sentido de una “política vuelta al progreso” ha sucedido una dinamización por la desreglamentación y el abandono progresivo de las normas y de las equivalencias específicamente nacionales (hasta la moneda).³⁸⁹

En resumidas cuentas, la política ha renunciado a su papel de corifeo del movimiento histórico y si lo intenta resulta más bien un entorpecimiento para la modernización. Con el futuro previsible reducido a su mínima expresión y la urgencia de los plazos elevada a su máxima potencia, las soluciones temporales cogen el testigo de los grandes diseños organizativos y la política se convierte en un participante reactivo en la trama de la historia, muta en lo que Rosa denomina «política situacional» (*Situative Politik*).³⁹⁰ Bien podemos ver esta misma constatación en la afirmación baumaniana de que:

Lo que los gobiernos nacionales son capaces de conseguir, a lo sumo, son lo que yo llamo “convenios”: acuerdos provisionales que,

³⁸⁹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 326.

³⁹⁰ *Cfr. ídem.*, p. 410.

desde el primer momento, no son convincentes ni pretenden ser duraderos, pues lo máximo que se espera (o se ruega) de ellos es que pervivan hasta el siguiente encuentro del Consejo Europeo o, incluso, hasta la siguiente apertura de los mercados bursátiles.³⁹¹

Rosa muestra cómo ello se hace particularmente patente en la evolución contemporánea de los conceptos «progresista» y «conservador». No solo han invertido su sentido, de tal manera que los progresistas se concentran hoy en día más bien en torno a la deceleración (en la defensa de un mayor control de la política sobre la economía, la protección medioambiental, la preservación de las particularidades étnicas...) y en las filas conservadoras se encuentran los adalides de los procesos aceleradores (como la disolución de barreras para el libre comercio, la adopción de vías de resolución política más ágiles, la introducción rápida de nuevas tecnologías...); sino que además, tomadas en conjunto, ambas posturas constituyen ahora estrategias reactivas, enfrascadas en hacer frente, ya sea reforzando o debilitando el control político, a las exigencias que impone la situación.³⁹²

³⁹¹ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 31.

³⁹² Cf. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 415-418 e *Id.*, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 123-124.

III.3.3 La dialéctica de la aceleración como ambivalencia de la modernidad: la detemporalización de la historia por la temporalización del tiempo

Pero la crisis del tiempo de la política no se refiere únicamente a la desincronización entre ésta y la técnica, la ciencia o la economía. La propia experiencia del tiempo y, con ella, según los parámetros de Rosa, la integridad de la propia sociedad, se ven comprometidas por el descomparar de la aceleración, puesto que «la política era, hasta aquí, la encargada de preservar la unidad cultural del tiempo frente a todas las tendencias a la desintegración en la sociedad».³⁹³

Como argumentamos anteriormente, el tiempo moderno se descubre en su condición de tiempo histórico en el mismo momento en el que se torna sujeto y objeto de su propio movimiento en compenetración con la intervención humana. Este es, como también hemos tratado de mostrar, el sentido último de la temporalización moderna. Ya sea con voluntad de anticipar su desenlace o de postergarlo indefinidamente, la determinación de la duración y ordenación de los acontecimientos, es parte esencial del proyecto político moderno. Podríamos decir que el corolario de la

³⁹³ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 403. En este punto Rosa recurre a la fórmula koselleckiana de la «contemporaneidad de lo no contemporáneo», que ve patente en la ruptura intrageneracional que se dará con la modernidad tardía. Equiparada entonces a desincronización social o incluso como desintegración, la «no simultaneidad de lo simultáneo», es uno de los motivos del aumento de demanda temporal que afecta a la política. Encontramos referencias a este lema en Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., nota 67 de la Introducción (p. 46) y pp. 168, 187 y 412. Para su sentido koselleckiano, *cf.* el apartado «Orden, aceleración y progreso» de esta tesis, donde se ofrecen las pertinentes referencias.

temporalización de la política moderna es la propia politización de la definición y experiencia del tiempo. Sin embargo, en condiciones de aceleración por encima del ritmo de cambio intergeneracional, el aumento de la contingencia y el estrechamiento del espectro y tiempo de validez de lo cognoscible y lo pronosticable, vuelven impracticable la predeterminación de las condiciones temporales. Por el contrario:

Es ahora el tiempo mismo el que es temporalizado, es decir, que ya no se deciden las cualidades que definen la temporalidad, como el instante, la secuencia, la duración, el ritmo de los acontecimientos y de las acciones según un plan “metatemporal” y pre-institucionalizado, sino en el propio tiempo.³⁹⁴

Como muestra la ruptura de la idea tradicional de carrera profesional que señalamos anteriormente, o el difuminado de la frontera entre tiempo de ocio y tiempo de trabajo, ya no hay unidades temporales rígidamente planificadas, sino composiciones oscilantes de magnitudes flexibles.³⁹⁵

³⁹⁴ *Idem.*, p. 449.

³⁹⁵ «Mientras que, en un primer momento, el mundo del trabajo debió protegerse del mundo de la vida tradicional para estar en situación de instaurar su propio régimen temporal y hacer posible en su seno la aceleración social por la racionalización, de ahora en adelante el mundo de la vida ha sido introducido en la disciplina temporal que se ha desarrollado entre tanto, así como en la conducción de la vida cotidiana y las instituciones, hasta el punto de que podría decirse que una “colonización inversa” es ahora concebible: la ética protestante y su lógica racionalizadora han echado hasta tal punto raíces en el mundo de la vida y la cultura del ocio que ya no están amenazadas por esta desdiferenciación.» (Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, pp. 275). Sobre la caducidad de la idea tradicional moderna de carrera profesional, *cfr.* pp. 201-211 de esta tesis.

La temporalización del tiempo es pues la sustracción del cambio a su control metatemporal, resultante del incremento de velocidad por encima de un umbral crítico. Carente de disposiciones anteriores o exteriores al propio discurrir temporal, el conjunto de las transformaciones tanto sociales como individuales deja de ser susceptible de integración dentro de un curso lineal que las dote de un sentido de movimiento. Por ello, la temporalización del tiempo es también la «detemporalización de la historia», donde ésta «ya no es vivida como un proceso dinámico dirigido, susceptible de ser acelerado (o ralentizado) sino que retoma ahora la forma de un espacio casi “estático” de historias, que se desarrollan sucesiva y paralelamente».³⁹⁶ Las estructuras temporales de la Modernidad tardía se caracterizan por una renuncia a la integración del cambio dentro de un marco narrativo capaz de articularlo como evidencia de progreso, por contraste con el pasado, y como etapa provisional dentro de una evolución más amplia, en relación con el futuro. La fragmentación de las secuencias de acción y de experiencia en unidades cada vez más exiguas y desconectadas sucediéndose a una mayor velocidad, sustituye la direccionalidad progresista por la impresión de una petrificación:

La experiencia de la inercia, según mi interpretación, surge o se intensifica cuando los cambios y la dinámica de la vida individual o del mundo social (es decir, de la historia individual o colectiva) ya no se experimentan como elementos de una cadena de acontecimientos

³⁹⁶ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 419.

significativa y dirigida o, dicho de otro modo, como elementos de “progreso”, sino como cambio frenético, sin dirección.³⁹⁷

En este sentido estaría Rosa dispuesto a aceptar el lema «fin de la historia», en la extinción del singular colectivo koselleckiano.³⁹⁸

También en Bauman encontramos la constatación del ocaso de esa concepción de la historia, asociada como en Rosa a un marco temporal acelerado: «hemos dejado de inquirirnos hacia dónde apunta la flecha [del tiempo]. El tiempo fluye y lo hace más rápidamente que en ningún periodo anterior, pero ya no podemos distinguir el cauce que lo

³⁹⁷ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 69. A la luz de estas reflexiones nos parece injustificada la crítica que Manuel Cruz en su reciente *Ser sin tiempo: el ocaso de la temporalidad en el mundo contemporáneo* (Barcelona: Herder, 2016) le dirige a Rosa. Cruz asegura que la insistencia de Rosa en la aceleración yerra el tiro al señalar como fundamental lo que en realidad es un proceso subsidiario, es decir: «La aceleración no constituye un proceso primario, sino secundario, esto es, una consecuencia de un tiempo que se ha quedado sin sostén, atomizado, un tiempo sin ningún tipo de gravitación que lo rija.» (72). Sin embargo, a la hora de explicar de dónde procede esta fragmentación temporal, Cruz aduce que es la pérdida del largo plazo lo que nos veta el acceso a una continuidad temporal y desemboca en último término en la impresión de atemporalidad (73). Pero ¿qué es esa primacía del inmediatismo sino una manifestación de la aceleración? La imposibilidad de la anticipación y la planificación, de la confianza, sobre un lapso temporal extendido responde al aumento de contingencia e inestabilidad producto del incremento en la velocidad del cambio. Rosa no solo arroja luz sobre este hecho, sino que además concluye, como Cruz, que tras esa pérdida del largo plazo y la situatividad reactiva que con él se generaliza («el tactismo en la esfera de la política» o «la valoración de la actividad laboral por objetivos», según ejemplos del propio Cruz), lo que se asienta es la experiencia de un tiempo detenido. Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., cap XIII.

³⁹⁸ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 79. Rosa se hace cargo además del correlato semántico de tamaño mutación: «el concepto de movimiento elaborado durante la *Sattelzeit* ya no designa un movimiento en la modernidad avanzada, sino el despliegue de un espacio estático de formas políticas alternativas.» Los -ismos ya no indican movimientos unidireccionales, sino «alternativas reversibles, experimentadas a la vez como atemporales y simultáneas» (*Id.*, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 420).

El triunfo de la aceleración

mantiene en un curso predeterminado, si es que existe».³⁹⁹ No solo se ha perdido la posibilidad de una meta en función de la cual dirigir la historia, sino también el deseo de contar con ella. La magna narración de Progreso, en mayúscula y singular, ya no tiene sentido en un mundo donde las cosmovisiones fuertes han sido sustituidas por la *pulp fiction*. Esto se manifiesta en el rechazo líquido-moderno a la utopía:

No es por ser ingenuas, sino por estar equivocadas desde el principio, y no por sus limitaciones, sino por sus ambiciones, por el pecado original de buscar un orden diseñado de una vez y para siempre con el objeto de impedir el cambio y reemplazar la rutina por la contingencia, que las utopías de antaño son condenadas por la Weltanschauung y la filosofía de vida de la nueva élite global.⁴⁰⁰

En condiciones de cambio acelerado, la pretensión de controlar el futuro sometiéndolo a un plan prediseñado no solo es difícilmente aplicable sino de todo punto inconveniente, en la medida en que cada resolución metatemporal constituye una forma de hipotecar las opciones de reacción ante las imprevisibles condiciones del mañana. El tiempo es cercenado así en sus extremidades, privado de toda forma «que no sea la de una colección insípida o una secuencia arbitraria de momentos presentes; un *presente continuo*».⁴⁰¹ De ahí que la pérdida

³⁹⁹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 123-124.

⁴⁰⁰ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 286.

⁴⁰¹ Zygmunt BAUMAN, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», art. cit., p. 50. Sobre este presentismo y sus diferentes valedores véanse los mencionados trabajos de Faustino ONCINA: «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes» y «Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada». Es significativo a este respecto la

del poder de movilización del futuro sea el anverso del declive de una visión de la historia como espacio transcurrido entre momentos radicalmente diferentes, irrepetibles y ordenados bajo la égida de un presunto perfeccionamiento de la humanidad. Frente a ésta, la modernidad líquida impone una fragmentación del tiempo en episodios estancos, incoherentes, no susceptibles de (re)organización y, como consecuencia, fundadores de una experiencia de inmovilidad: «El tiempo ya no es un río, sino una serie de lagunas y estanques».⁴⁰²

Ambos autores se aproximan a lo que señalara Giacomo Marramao en *Poder y Secularización*, a saber, que la condición posmoderna constituye en realidad la plena realización de la temporalización iniciada en la Modernidad, de tal manera que: «el tiempo histórico regido por el principio de irreversibilidad se presenta plenamente en su carácter de “homogéneo y vacío”», en la forma de un futuro ya siempre liquidado.⁴⁰³ Esto es, la unicidad del tiempo histórico resultante de la escisión entre pasado y futuro, alcanza hoy su máxima expresión transformado en una sucesión vacua de momentos, sin conexión entre sí y sin proyección futura. De la teleología, dice

diferencia de acentos entre la crítica al presentismo de François Hartog y la reivindicación del mismo que realiza Hans U. Gumbrecht. Cfr. François HARTOG, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, (París: Seuil), 2003; Hans U. GUMBRECHT, *Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*, trad. cast. de Lucía Relanzón, (Madrid: Escolar y Mayo), 2010.

⁴⁰² *Idem.*, p. 52. Cfr. también Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 123-124.

⁴⁰³ Giacomo MARRAMAIO, *Poder y secularización*, ed. cit., pp., 121-122.

Marramao, hemos pasado a la entropía de un presente que se convierte en pasado real sin llegar a ser nunca futuro real.⁴⁰⁴

En este sentido, el equilibrio entre los trascendentales koselleckianos se habría invertido, de modo que sería el campo de experiencia y no el horizonte de expectativa el que ganaría en amplitud, aunque no por ello el pasado recuperaría su poder vinculante y su facultad pedagógica. Nos hallaríamos más bien en un eterno presente concebible según la imagen del punto y ya no la del vector. El problema estriba en que, en ausencia de un punto de partida y uno de llegada, de una dirección, los episodios de cambio se experimentan como aleatorios e inconexos. Tanto individual como colectivamente considerado, la pérdida de una meta es la pérdida de la posibilidad de enmarcar los sucesos en una trayectoria. La historia, entonces, ya no sería vivida bajo el prisma de un proceso orientado a una mira que se puede acelerar o ralentizar, sino como «interminable seguidilla de proyectos análogamente efímeros» cuyo resultado sería dejar todo

⁴⁰⁴ Es el cariz particular que Marramao le da a la fórmula koselleckiana «futuro-pasado», que pasa en sus trabajos de categoría histórica-hermenéutica a cabecera de la «inversión simbólica de la perspectiva futuroológica, la cual -de factor energético-emancipativo- acaba por volcarse en factor entrópico-coactivo» (Giacomo MARRAMAIO, *Dopo il Leviatano. Individuo e comunità*, (Turín: Bollati Boringhieri), 2013, pp. 403-404; también en *Id., Poder y secularización*, ed. cit., pp. 89-90). Perdida la carga axiológica del progreso o el carácter intencional y proyectado del futuro, el tiempo presente se ve acuciado por el síndrome de la prisa. Como el italiano enfatiza en diferentes ocasiones, no se trata sin más de apego a la velocidad, que en toda época ha sido valorada con arreglo a la consecución de determinados objetivos y enmarcada en su momento oportuno, cuanto de la prisa, esa condición intempestiva en la que el proyecto se reduce a «dispositivo técnico de aceleración del cambio y de “colonización del futuro”» (*Id., Kairós. Apología del tiempo oportuno*, trad. cast. de Helena Aguilà, (Barcelona: Gedisa), 2008, pp.19-21).

como estaba.⁴⁰⁵ O en palabras de Virilio, en cuyo diagnóstico -como en el de Rosa- esta circunstancia adquirirá la mayor importancia: «la repentina tetraplejía de un cuerpo social en movimiento perpetuo pero inmovilizado en cada uno de sus miembros».⁴⁰⁶ De ahí la afirmación baumaniana de que la rigidez del orden no es más que «el producto general de “perder los frenos”».⁴⁰⁷

Como señala Koselleck, «La Histoire sólo puede reconocer lo que cambia continuamente y lo nuevo si está enterada de la procedencia en la que se ocultan las estructuras duraderas».⁴⁰⁸ Únicamente en la comparación con lo durable pueden las experiencias históricas ver descollar su originalidad, iluminar aquello que no estaba contenido en la repetibilidad. Sin referencia a estas, la novedad se limita a una petición de principio que corre el riesgo de sobredimensionar la magnitud de las metamorfosis.

Si la importancia de la fijación institucional para la promoción del dinamismo se manifestaba en la construcción identitaria individual con mayor clarividencia que en cualquier otra parte, es también este ámbito, para ambos autores, la manifestación más límpida del cambio en la percepción y la experiencia del tiempo. Bauman afirma que: «Parece

⁴⁰⁵ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 288-289; también en p. 49 y en *Id.*, *Tiempos líquidos*, ed. cit., pp. 20-21.

⁴⁰⁶ Paul VIRILIO, *Le Grand Accélérateur*, (Paris : Galilée), 2012, pp. 38, 29. La expresión «inmovilidad fulgurante» de la que nos serviremos a continuación, también es creación de este autor. Cfr. *Id.*, *L'inertie polaire*, (Paris: Christian Bourgois Éditeur), 2002.

⁴⁰⁷ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 11.

⁴⁰⁸ Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado*, ed. cit., p. 357.

haber una llamativa resonancia o, si así lo prefiere, un “parentesco selectivo” entre la historia sin dirección y la biografía sin proyecto». ⁴⁰⁹ Del mismo modo que el concepto moderno de historia aparece escoltado por un torbellino de transformaciones mediante los que se afirma la potestad humana sobre el devenir, la identidad surge en la Modernidad como problema impuesto por el aumento de la contingencia en las historias vitales y solo en esta apertura al cambio puede definirse como la decisión y el trabajo que llega a ser. Pero como también le ocurre al tiempo histórico, sometida a la presión de un ritmo de metamorfosis en elevación acelerada, la identidad pierde la posibilidad de ser enmarcada en el esquema de una narración con sentido y, por ende, de representar un índice de movimiento. El presente se desarrolla en una sucesión rauda e ilimitada de instantes en que cada desenlace significa la apertura de nuevos inicios y la necesidad de redireccionar el interés. Pero «Al rehacer el curso de la vida en una serie ininterrumpida de anhelos ensimismados, cada episodio se vive sólo en función del siguiente y no da lugar a meditar en qué dirección o con qué sentido se avanza». ⁴¹⁰ Nacida como peregrinaje de la rauda disolución de vínculos, certezas y patrones del Antiguo Régimen, el recrudescimiento de ese mismo proceso de licuefacción habría convertido la confección de una identidad en una rueda de hámster.

Tanto es así que Rosa llega a privilegiar las transformaciones en las estructuras temporales que inciden sobre la construcción de la

⁴⁰⁹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 126.

⁴¹⁰ Zygmunt BAUMAN, *Tiempos líquidos*, ed. cit., p. 154.

identidad, como lugar donde mejor se evidencia el cambio entre ambas modernidades y su naturaleza dialéctica.⁴¹¹ Coincidiendo con la segunda gran ola de aceleración apuntada anteriormente, la identidad se decanta del lado del dinamismo, sosteniéndose sobre proyectos de carácter más abierto, fragmentario y experimental. Aumentan las opciones, combinaciones, revisiones y contingencias en la auto-organización biográfica. La fijación de una dimensión pierde progresivamente su poder de predeterminación sobre opciones futuras (como ocurría antaño con la relación entre formación y empleo); la edad deja de estar ligada a actividades y orientaciones específicas (si se observan fenómenos como el paro juvenil o los matrimonios en la madurez). Hay, en suma, una pérdida de predictibilidad biográfica, contra la que los atributos llamados a configurar la identidad se fragmentan en una miríada de condiciones transitorias que transforman la coherencia y cohesión del yo en una construcción flexible y dependiente del contexto.⁴¹² En consecuencia, si la confiabilidad de ciertas condiciones en el despliegue temporal de la identidad permitía distinguir lo viejo de lo nuevo y, por ende, evitar la repetición de modelos tradicionales, la identidad situacional (*Situative Identität*) de la modernidad tardía no permite ninguna de ambas cosas. La pérdida de dirección inscrita en la pérdida de un sentido biográfico de la historia individual, como ocurre con la historia colectiva, desactiva los criterios capaces de estipular aquello que pertenece al pasado y aquello que se atribuye al futuro,

⁴¹¹ Cf. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 237.

⁴¹² Cf. *Idem.*, pp. 362-370.

trabando a la hiperaceleración del cambio la sensación de una simultaneidad de todo extremadamente queda. En suma:

la transformación de la relación consigo mismo y con el mundo que aparece bajo la modernidad clásica bajo la forma de la *individualización* conlleva *una temporalización de la vida* -el sujeto ve su propia vida como un *proyecto que hay que organizar en el tiempo*- mientras que el mismo proceso de dinamización, en la modernidad avanzada, engendre una definición *situacional* de la identidad, a partir de una perspectiva de vida “detemporalizada”.⁴¹³

Así pues, subyace al interés por la transformación tardo-líquido-moderna de la construcción de la identidad la pregunta de hasta qué punto resulta posible que la transformación en el régimen espacio-temporal de la Modernidad haya convertido un cambio cuantitativo en mutación cualitativa. En este sentido, como Rosa aborda explícitamente, el paso de uno a otro tipo de Época Moderna sería el resultado de una relación dialéctica entre aceleración e inmovilismo, como vemos también en Bauman.⁴¹⁴ Tras un primer periodo de relativo equilibrio entre fuerzas dinamizadoras y tendencias conservadoras (solidez), los efectos del progresivo aumento de la velocidad del cambio habrían dado al traste con la estabilidad estructural e institucional que garantizaba las condiciones de la propia aceleración (liquidez):

La erosión de estas organizaciones bajo el efecto de una nueva aceleración “sin límites” podría por consiguiente destruir las condiciones

⁴¹³ *Idem.*, p. 355; *cf.*: también p. 385.

⁴¹⁴ *Cf.* *idem.*, p. 427.

de posibilidad de esta nueva dinámica de aceleración así como la estabilidad de la sociedad moderna avanzada en su conjunto, y poner así en peligro el proyecto (de aceleración) de la modernidad con mayor gravedad que cualquier movimiento de deceleración anti-modernista.⁴¹⁵

Frente a la deceleración disfuncional resultante de la propia dinámica de intensificación del ritmo de las sociedades contemporáneas (atascos, enfermedades depresivas, recesiones económicas...) y a los movimientos intencionales de ralentización (ya sea por motivos ideológicos o como estrategia indirecta de aceleración), hay una petrificación estructural y cultural que es inherente a la hiperaceleración moderna: «Podría ser que, precisamente, la incansable lucha de la sociedad moderna por lograr la innovación y la dinamización incesantes sea lo que socave su capacidad para generar modificaciones esenciales y adaptaciones creativas».⁴¹⁶

⁴¹⁵ *Idem.*, p. 150; *cf.*: también Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 63.

⁴¹⁶ *Idem.*, p. 126. En cuanto a las formas de inercia o desaceleración, encontramos nuevamente una ligera variación entre la clasificación que se ofrece en *Beschleunigung* y la que se expone en *Alienación y aceleración*. En la primera de estas obras se catalogan cinco formas contrarias a la aceleración. Tres no intencionales: límites naturales de la velocidad (procesos fisiológicos, renovación de materias primas, sucesión del día y la noche, etc.), oasis de deceleración (sectas, grupos socialmente marginados, etc.) y la ralentización por repercusión disfuncional que acabamos de señalar en el cuerpo del texto; junto a las dos formas intencionales: la ralentización ideológica y la deceleración concebida como propedéutica para una revalorización de la aceleración (retiros temporales, aumento del número de pausas en favor de la creatividad, etc.). A ello añadirá la consideración, aparte, de la petrificación estructural y cultural. *Cf.*: Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., 139-153. En cambio, en *Alienación y aceleración*, Rosa restringe la distinción a tres formas de resistencia al movimiento acelerado: una intencional, de doble cara, formada por las desaceleraciones funcional e ideológica; y la inercia cultural y estructural (capítulo 3). En uno y otro caso, Rosa concluye que todas estas formas de ralentización son reactivas y que por tanto puede afirmar legítimamente la

Por esta razón estima Rosa que los dos grandes diagnósticos de la Modernidad, aquel que la identifica con una marcha acelerada hacia un futuro abierto, con «lo transitivo, lo efímero, lo contingente» (Baudelaire) e incluso con lo «velocíferino» (Goethe) y aquel otro que la asimila a la consolidación de una gran jaula de hierro en la que no se produciría nada genuinamente nuevo (Weber, Kojève...) parecen confluir la esclerosis de una historia obstinadamente nueva a cada momento.⁴¹⁷ Es primordialmente:

el cambio en la experiencia socialmente dominante del tiempo, fundada en la dialéctica de la temporalización y la destemporalización creada por la aceleración, la que ha conducido a lo que, en la complementariedad del movimiento y de la inercia, es la dimensión de la petrificación que predominaría en la autopercepción cultural de la modernidad tardía.⁴¹⁸

Ello le lleva a concluir que la historia moderna no puede ser entendida como un progreso lineal de la inercia al movimiento, sino más bien como una lógica dialéctica, de acuerdo con la cual las propias potencias aceleradoras engendran las instituciones y prácticas que les

identificación entre modernidad y aceleración. Solo la petrificación cultural y estructural representa un elemento no secundario, pero justamente en tanto que parte constitutiva del proceso de aceleración moderno, tampoco puede ser tomada como una objeción a la interpretación de la modernización en términos de proceso de aceleración.

⁴¹⁷ Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit, p. 40-41.

⁴¹⁸ *Idem.*, p. 451. Esta «dialéctica de la aceleración» se hace sentir también en el tratamiento que Rosa le confiere a la cuestión de la secularización, de modo que a su parecer: «La expectativa cristiana de salvación inició una dinamización de la aceleración tan fuerte que acabó por entrar en contradicción con estas representaciones religiosas y empezó a socavarlas.» (*Idem.*, p. 287, nota 78).

son necesarias, para demolerlas posteriormente en el momento en que los límites de velocidad facilitados por éstas son alcanzados. De ahí que, en su opinión, el verdadero motor de la historia moderna no sea tanto el desarrollo de las fuerzas de producción, cuanto el aumento de velocidad.⁴¹⁹

A la vista de lo anterior, parece un hecho que la aceleración de la Modernidad contemporánea sublima para ambos autores la paradoja que Bauman establecía como consustancial a lo moderno, a saber, que «todo aquello que sirve para la preservación de un modelo socava al mismo tiempo su afianzamiento».⁴²⁰ Aplicado al movimiento, hacia el que para ambos se habría decantado el carácter de la época, este principio esboza el destino de los tiempos presentes: la propia salvaguarda de la *dynamis* moderna se volvería contra ella, minando las condiciones para la existencia futura de ese mismo movimiento.

⁴¹⁹ *Cfr. Idem.*, 158 y 273.

⁴²⁰ Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., p. 33.

IV. LAS POSIBILIDADES CRÍTICAS DE UNA TRIPLE ALIANZA

IV.1 LA TIRANÍA DE LA ACELERACIÓN. LIQUIDEZ, AUTONOMÍA Y ALIENACIÓN

IV.1.1 Cuando las estructuras se tornan acontecimiento. La aceleración moderna como dolencia genética del mundo contemporáneo

Llegamos así al momento en el que la genealogía de la modernidad y el estudio de sus vaivenes semánticos evidencian su servicio a una identificación de los factores patogenéticos que determinan el carácter problemático de la era contemporánea. Esto se contaba desde un principio entre los propósitos explícitos que motivan la aproximación de Bauman a los conceptos y, en general, su interés por el surgimiento y particularidad de la Edad Moderna:

Sería imprudente negar o menospreciar el profundo cambio que el advenimiento de la “modernidad fluida” ha impuesto a la condición humana. El hecho de que la estructura sistémica se haya vuelto remota e inalcanzable, combinado con el estado fluido y desestructurado del encuadre de la política de vida, ha cambiado la condición humana de modo radical y exige repensar los viejos conceptos que solían enmarcar su discurso narrativo.⁴²¹

De *Modernidad y Holocausto* a sus más recientes conversaciones con Leonidas Donskis (*Ceguera moral*) o con Carlo Bordoni (*Estado*

⁴²¹ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 13-14.

de crisis), la atención preferente de Bauman por el cambio gestado en el periclitar del Antiguo Régimen se muestra como una estrategia destinada a ofrecer elementos de análisis y valoración del talante del mundo contemporáneo.

Este proceder entraña la postulación de una continuidad de fondo entre ambos periodos. Como vimos en el anterior apartado, lejos de suponer una ruptura o superación de la modernidad, al parecer de Bauman:

La sociedad que ingresa al siglo XXI no es menos “moderna” que la que ingresó al siglo XX; a lo sumo, se puede decir que es moderna de manera diferente. Lo que la hace tan moderna como la de un siglo atrás es lo que diferencia a la modernidad de cualquier otra forma histórica de cohabitación humana: la compulsiva, obsesiva, continua, irrefrenable y eternamente incompleta modernización; la sobrecogedora, inextirpable e inextinguible sed de creación destructiva.⁴²²

La modernidad contiene en sí misma, desde el comienzo, un espíritu de demolición y reconstrucción constantes que animan el recelo hacia todo parámetro con ínfulas de perpetuidad. En este sentido, la liquidez que servirá para expresar plásticamente la idiosincrasia de la sociedad contemporánea, es ella misma el rasgo que permite considerarla como una ulterior fase de desarrollo de la modernidad sólida. La velocidad creciente, siempre en tanto que matriz y símbolo de una tendencia a la inestabilidad en las diferentes áreas de la vida pública y privada, marcará la dirección de las simultáneas

⁴²² *Idem.*, p. 33.

continuidad y fractura entre las modernidades sólida y líquida: «algo que nos une es la velocidad del cambio mundial. El término heredado para semejante proceso de cambio, obsesivamente compulsivo, ha sido el de “modernización”». ⁴²³

Esta misma postura hemos encontrado en Rosa, para quien la ruptura que distingue la sociedad contemporánea de la moderna es, como ya se ha señalado, una fractura interna que responde a las consecuencias novedosas de la intensificación del principio de aceleración inherente a la modernidad como tal. ⁴²⁴ Por esta razón puede afirmar que mediante una teoría de la aceleración es posible arrojar una nueva mirada sobre las paradojas y ambivalencias de la Época Moderna y esclarecer, a partir de ahí, la relación entre innovación y continuidad en el umbral de la modernidad tardía, con miras a identificar los desarrollos patológicos del proceso de modernización. ⁴²⁵

Por lo que respecta a Koselleck, constituye un presupuesto del enfoque histórico-conceptual el que nuestra época sea legataria de los tiempos modernos. El rédito del estudio biográfico de los conceptos, del que también Bauman, según mostramos más arriba, aspira a participar, depende de nuestra capacidad para captar lo vigente y lo obsoleto de los mismos. A ello responde la tesis koselleckiana de la

⁴²³ Prólogo para la edición en castellano (2005) de Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 11.

⁴²⁴ Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 26 y notas 75 y 76 de la Introducción (pp. 48-49).

⁴²⁵ Cfr. *ídem.*, pp. 66 y 434.

Sattelzeit. Si pese a los cambios que puedan registrarse, los conceptos socio-políticos modernos fundamentales no nos demandan traducción y son capaces aún hoy de dar cuenta de realidades en curso y de generar expectativas, es porque en esencia, nuestro tiempo es el mismo, porque vivimos aún en la estela de ese cambio fraguado entre 1750 y 1850 y, en consecuencia, sus conceptos «también son los nuestros».⁴²⁶

⁴²⁶ La cita completa reza: «Por lo tanto, el lexicón está orientado al presente en la medida en que tiene como tema la comprensión lingüística del mundo moderno, su proceso de toma de conciencia [*Bewusstwerdung und Bewusstmachung*], conciencia a la que se llega mediante conceptos, que también son los nuestros.» (Reinhart KOSSELLECK, Introducción al *GG*, ed. cit., p. 94). Igualmente, en la Entrevista concedida por Koselleck a Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes en 2005 con motivo de su presencia en España, Koselleck responde al recurrente cuestionamiento de los entrevistadores sobre la operatividad actual del colectivo singular «historia», a la luz de la explosión de «los grandes relatos» (Lyotard), reafirmando su convicción en la solvencia teórica del concepto, cuya utilidad se vería, si cabe, agrandada ante dicha circunstancia. Cfr. Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, y Juan F. FUENTES, «Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck», *Revista de Libros*, nº 112 (2006), pp. 6-10. También Luca Scuccimarra en un reciente artículo expone la ausencia en Koselleck, incluyendo sus últimas obras, de argumentos que apunten en la dirección de una suerte de nueva *Sattelzeit* en virtud de la cual habríamos abandonado ese terreno común de lo moderno y lo hace además, curiosamente, apelando a Bauman y a Rosa. Cfr. Luca SCUCCIMARRA, «Historia de los conceptos y transición epocal», trad. cast. de Héctor Vizcaíno, en: Faustino ONCINA y Ana GARCÍA VARAS (eds.), *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*, (Valencia: General de Ediciones de Arquitectura), 2017, pp. 12-31. Sin embargo, el grupo paduano de investigación de historia conceptual, ha subrayado la necesidad de replantear el repertorio de conceptos modernos catalogados en el léxico a fin de dar cuenta de fenómenos políticos que rompen las costuras de aquella indumentaria semántica. Cfr. Giuseppe DUSO y Sandro CHIGNOLA, *Historia de los conceptos y filosofía política*, trad. cast. de María José Bertomeu, (Madrid: Biblioteca nueva), 2009. También Christian Geulen y, en su línea, el grupo berlinés afincado en el Centro de Investigación Literaria y Cultural de Berlín, partidario de una historia conceptual interdisciplinar, han planteado la necesidad de revisar tanto las categorías de análisis koselleckianas como sus conceptos de tiempo y temporalidad, a la luz de acontecimientos y tendencias producidos en los siglos XX y XXI. Cfr. las aportaciones de Ernst Müller («Historia conceptual interdisciplinar») y Falko Schmieder («Formas de pensar la temporalización y su transformación histórica. Una discusión con Reinhart Koselleck») a Faustino

En los tres casos la cuestión se dirime en un escenario más complejo que el de la simple elección entre continuidad o ruptura.

Si volvemos sobre su obra *La cultura como praxis*, Bauman declara que entre sus premisas teóricas está la consideración de las estructuras como fuerzas dinámicas en las que se confabulan la repetición y el cambio:

Creo que el dilema entre sincronía y diacronía no es más que un reflejo metodológico de la oposición entre continuidad y discontinuidad en la vida de la cultura. El gran mérito de la renovación de la teoría de la cultura creada por Lévi-Strauss consistía en mostrar la manera de desenmascarar la futilidad del segundo binomio. La consiguiente revolución en la comprensión del funcionamiento de la cultura, de la imbricación de continuidad y discontinuidad, condicionándose la una a la otra en la vida de la cultura.⁴²⁷

Nos hemos referido ya, a este respecto, a la consistencia estratigráfica que la *Begriffsgeschichte* koselleckiana le atribuye al tiempo histórico. De acuerdo con ésta, todo acontecimiento, pese a su singularidad, está comprometido con estructuras de repetición que

ONCINA, *Tradición e innovación en la historia intelectual*, ed. cit., pp. 39-49 y 81-94 respectivamente. Asimismo, en Francia, Alexandre Escudier ha reivindicado la necesidad de afinar la génesis de la modernidad de la *Begriffsgeschichte*, incluyendo en su inventario de los procesos fundamentales que habrían afectado a los lenguajes políticos modernos hasta la actualidad la vernacularización, la destemporalización, los diferentes tipos de cientifización, el paso de la oralidad a la medialidad en la comunicación política, la nacionalización o el triple movimiento de occidentalización, globalización y desterritorialización de lo político. Cfr. Alexandre ESCUDIER, «“Temporalización” y modernidad política: intento de sistematización a partir de R. Koselleck» en: Faustino ONCINA, *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*, (Barcelona: Herder), 2010, pp. 163-215.

⁴²⁷ Zygmunt BAUMAN, *La cultura como praxis*, ed. cit., p. 48.

permiten hallar en él elementos presentes con anterioridad a su irrupción. Es necesario, de hecho, contar con ambos elementos, permanencia e innovación, para que el cambio histórico pueda producirse.⁴²⁸ Aplicado a la baremación de la identidad moderna del presente, podríamos decir que hay elementos lo suficientemente persistentes como para postular una pertenencia común, sin que ello sea óbice para la existencia ni la relevancia de experiencias originales.

De acuerdo con su lógica dialéctica, la aceleración es a este respecto un caso ejemplar. En la conversación que mantuvo con Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes aprovechando la ocasión de su visita académica a España en 2005, Koselleck asegura que: «a largo plazo es evidente que las propias estructuras de aceleración también pueden analizarse y es posible encontrar problemas comunes, similares o repetidos también en el siglo XIX, e incluso en el siglo XX».⁴²⁹ El gran *décalage* entre experiencia y expectativa sigue siendo hoy un problema al que nos enfrenta nuestra particular relación con el tiempo histórico, como lo muestran las reflexiones de autores tan numerosos y variados como: Paul Valéry, George Simmel, Marshall Berman, Paul Virilio, Giacomo Marramao, Marc Augé, Serge

⁴²⁸ «Todas las modificaciones fácticas, ya sean más rápidas, más lentas o de largo plazo (por precisar las categorías de Braudel) permanecen ligadas, pues, al juego variable en que se intercambian repetición y singularidad.» (Reinhart KOSELLECK, «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia», trad. cast. de Antonio Gómez, *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), n.º 134 (2006), pp. 17-34, aquí p. 20). Para esta cuestión véase, asimismo: *Id.*, «Wie neu ist die Neuzeit?», en *Zeitschichten. Studien zur Historik*, (Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag), 2000, pp. 225-239.

⁴²⁹ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, y Juan F. FUENTES, «Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck», ed. cit., p.8.

Las posibilidades críticas de una triple alianza

Latouche, Byung Chul Han, Josetxo Beriain, José Luis Pardo, Manuel Cruz, Luciano Concheiro o, por supuesto, los autores que aquí nos ocupan.⁴³⁰ El lamento de un Goethe respecto a la caducidad temprana de todo cuanto nos rodea y la imperiosa necesidad de un continuo reaprendizaje, pervive en estos análisis. En ellos reaparece también una angustia suscitada por la determinación de una relación de mutua exclusión entre velocidad y acciones reflexionadas. Asimismo, el condicionamiento técnico-industrial persiste como el rasgo que diferencia la experiencia de este desequilibrio de anteriores formulaciones tocantes a la perspectiva de un acortamiento de los lapsos de cambio. Y sin embargo, podemos estimar con Koselleck que la situación ya no es la que era:

⁴³⁰ Cfr. Johann W. Goethe, «Carta a Nicolavius», citada en: Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 73; y en la Introducción de Faustino Oncina a Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit. p.24, nota 17; la propia obra *Fausto* puede ser leída en esta clave, según defiende Manfred OSTEN en «"Alles velociferish" - Anmerkungen zur Modernität Goethes», *Die Zeit*, 26 de agosto de 1999, disponible en: <http://www.zeit.de/1999/35/199935.goethespecial.xml> (última consulta: 19/05/2017); Paul VALÉRY, *Regards sur le monde actuel et autres essais*, (Paris: Folio), 1988, especialmente «Notre destin et les lettres», pp. 185-205; Georg SIMMEL, «Las grandes ciudades y la vida del espíritu», *Cuadernos Políticos*, n° 45 (1988), pp. 5-10; Marshall BERMAN, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, trad. cast. de Andrea Morales, (México/Barcelona: Siglo XXI/Anthropos), 1988; Paul VIRILIO, *Estética de la desaparición*, trad. cast. de Noni Beegas, (Barcelona: Anagrama), 1988; Giacomo MARRAMAO, *Kairós*, ed. cit.; Marc AUGÉ, *Où est passé l'avenir*, (Paris: Seuil), 2011; Serge LATOUCHE, *Hecho para tirar. La irracionalidad de la obsolescencia programada* trad. cast. de Rosa Bertran, (Barcelona: Octaedro), 2014; Byung-Chul HAN, *La sociedad del cansancio*, trad. cast. de Arantzazu Saratzaga, (Barcelona: Herder), 2012; Josetxo BERIAIN, *Aceleración y tiranía del presente: la metamorfosis en las estructuras temporales de la modernidad.*, (Barcelona/México: Anthropos/Universidad Autónoma de México), 2008; José Luis PARDO, *Nunca fue tan hermosa la basura: artículos y ensayos*, (Barcelona: Galaxia Gutenberg), 2010; Manuel CRUZ, *Ser sin tiempo*, ed. cit.; Luciano CONCEIRO, *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*, (Barcelona: Anagrama), 2016.

La distinción teórica entre nuestros tres cursos temporales (las acciones a corto plazo, los desarrollos que tienen lugar forzosamente a medio plazo, así como las posibilidades repetibles a largo plazo o duraderas), nos muestran que su interrelación se ha alterado decisivamente en la historia reciente.⁴³¹

El embate contra la duración, hijo emérito de la dinámica aceleratoria de la modernidad es, por tanto, el signo de la idiosincrasia moderna de la época contemporánea, a la vez que la clave de su específica declinación de la modernidad.⁴³² En los más de dos siglos que nos separan del umbral de la modernidad, la aceleración que desde el principio encarnó para Koselleck la experiencia fundamental de los nuevos tiempos, se ha agudizado hasta el punto de atañer no solo a los eventos que se producen en el corto plazo, sino también al tejido persistente que sostenía este cambio, lo cual sin duda constituye una transformación sustancial respecto a la modernidad primera:

Los presupuestos de nuestros cursos vitales cambian hoy más rápidamente que antes, incluso las estructuras se tornan acontecimiento, porque se transforman más deprisa. El buen y viejo principio de que no aprendemos para la escuela, sino para la vida, ha perdido su fuerza.

⁴³¹ Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., p. 95. Véase la introducción de Faustino Oncina a esta edición («La modernidad velociferina y el conjuro de la secularización», pp. 11-33) y su artículo «Historia conceptual, Histórica y modernidad velociferina», *Isegoría*, 29/2003, pp. 225-237 (luego incluido en *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*, ed. cit.).

⁴³² Es pregnante a este respecto el modo como Koselleck se refiere al presente en la conferencia que pronunció en España: «este tiempo nuevo nuestro», que en su formulación en alemán juega con «tiempo nuevo» (*neue Zeit*) y modernidad (*Neuzeit*) pero aplicados esta vez al presente del propio Koselleck. *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia», art. cit., p. 26.

Aprendemos sólo cómo poder reciclarlos. Y tampoco eso lo hemos aprendido todavía. [Respecto a nuestros modelos de los tres estratos del tiempo, cabe decir que] las constantes otrora vigentes que mantuvieron estable el marco de las condiciones de los procesos a medio plazo y de los contextos de las acciones a corto plazo, están sometidas ellas mismas a una enorme presión transformadora.⁴³³

La persistencia y acrecencia de la aceleración, mediadas por la técnica y la industria, han modificado por tanto la propia relación entre los estratos de tal manera que se vuelve hartamente complicado tanto remitir las acciones a cursos más extensos, como consignar ambos al nivel de duración metahistórica.⁴³⁴ Ello, junto a la complejización resultante de la ampliación de factores a tener en cuenta en escenarios de acción cada vez menos constreñidos por estructuras constantes, devalúan con una fuerza aún mayor que en fases anteriores de la modernidad, la posibilidad y efectividad del pronóstico. La repercusión de un cambio semejante se hace sentir en el diagnóstico de los tres autores como la médula espinal de sus reservas hacia la particular manera de ser moderna de la época contemporánea.

⁴³³ Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., p. 96. Volverá sobre ello en la entrevista «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», art. cit., p. 221.

⁴³⁴ «Cuanto más nos aproximamos al propio tiempo, tanto más difícil resulta el arte de la prognosis a corto plazo, porque también las condiciones generales vigentes durante un largo período de los escenarios de acciones a corto plazo se han multiplicado y modificado (...) Pero hasta las constantes transpersonales, que a modo de condiciones han determinado los procesos a medio plazo, han cambiado desde hace unos doscientos años a una velocidad creciente.» (Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., pp. 95-6).

IV.1.2 Prognosis y autonomía

Como vimos en el primer capítulo, Bauman dibuja un panorama en que el hilo de Ariadna de las diferentes dificultades que atraviesa el mundo contemporáneo es en su raíz la ausencia de certezas y compromisos a largo plazo. La liquidez expresa metafóricamente el estado de fugacidad que resulta de un tiempo acelerado: «El “corto plazo” ha reemplazado al “largo plazo” y ha convertido la instantaneidad en ideal último. La modernidad fluida promueve al tiempo al rango de envase de capacidad infinita, pero a la vez disuelve, denigra y devalúa su duración».⁴³⁵ En el plano concreto de las condiciones de vida en las sociedades occidentales contemporáneas, estos autores alertan de las consecuencias nada desdeñables de la erosión de la repetibilidad estructural llevada a cabo por la hodierna aceleración, apoyándose unánimemente en el establecimiento de un nexo entre prognosis y autonomía.

Koselleck, por su parte, subraya una tendencia sobre la que también incidirá Rosa: el aumento de disposiciones legales *ad hoc* y el riesgo que ello entraña para la justicia.⁴³⁶ Como el derecho, también los dogmas religiosos, los programas ligados a partidos u organizaciones según una determinada ideología, o las estipulaciones procedimentales en parlamentos, empresas, etc. necesitan, dice Koselleck, una cierta

⁴³⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 134.

⁴³⁶ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK y Carsten DUTT, «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», art. cit., p. 26. También para lo que sigue. Para esta misma cuestión en Rosa *cfr.* su *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 395-396 y 403-404.

durabilidad para ser creíbles y efectivos. De otra manera, sin condiciones recurrentes, el mantenimiento de comunidades de sentido, la posibilidad de adherirse a un ideario, la puesta en marcha de procesos de decisión e incluso la separación de poderes o las garantías del respeto a la dignidad humana, se verían seriamente comprometidos.

A un nivel más general, antropológico podríamos decir, se argumenta que, en la medida en que el humano es un ser abierto al mundo, el pronóstico es para él una necesidad existencial: «A fin de poder obrar ha de tener en cuenta la inexperimentabilidad de su futuro, la incapacidad empírica de experimentarlo. Tiene que preverlo, se ajuste o no a la verdad».⁴³⁷ Su capacidad para orientarse en el medio que lo rodea depende en gran medida de su capacidad para utilizar la experiencia acumulada para anticipar el curso de los acontecimientos. Según señala Bauman:

La capacidad de aprender es un arma poderosa, quizás la más poderosa del arsenal humano; sin embargo, eso vale solamente para un entorno predecible, en el que, como regla general, siempre o casi siempre se premian ciertas conductas y se castigan otras. La capacidad humana de aprender, memorizar y adoptar como hábito un tipo de conducta que en el pasado demostró ser exitosa (es decir, que resultó gratificante) puede ser sin embargo suicida si las relaciones entre los actos y sus consecuencias son aleatorias y efímeras y cambian sin previo aviso.⁴³⁸

⁴³⁷ Reinhart KOSELLECK, *Aceleración, prognosis y secularización*, ed. cit., p. 76.

⁴³⁸ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 94.

De ahí que la oposición que la aceleración le presenta a toda creencia adquirida respecto al futuro, presente, tanto en Bauman como en Koselleck, un ataque a la existencia humana misma. La aceleración se impone como una fuerza extranjera y perturbadora a cuerpos y procesos cuyo desarrollo propio requeriría una cadencia más pausada.⁴³⁹

Aunque Rosa trata de evitar a toda costa pisar un terreno como el de las determinaciones antropológicas, su apropiación de la tesis benjaminiana de la existencia de un vínculo entre aceleración e imposibilidad de experiencia genuina, lo acerca también a él a este tipo de crítica. En su escrito de 1933, «Experiencia y pobreza», Benjamin diagnostica el surgimiento de un nuevo tipo de barbarie consistente en la renuncia a la herencia en beneficio de la actualidad y de los nuevos comienzos. La experiencia ha dejado de ser algo que se transmite de unas a otras generaciones, puesto que el saber acumulado se vuelve fútil en un contexto sometido a profundas y rápidas transformaciones: «Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes había

⁴³⁹ Este tipo de valoraciones ha llevado a que en algunas ocasiones se haya reprochado a estos autores el mantener como premisa una idea demasiado rígida de lo humano. Se ha interpretado –a menudo justificadamente– que la valoración negativa de las transformaciones acaecidas con el cambio de época se apoyaba en la postulación tácita de una forma más original y propia de estar en el mundo, de producir sentido o de ser un cuerpo. *Cf.* por ejemplo: Ana GARCÍA VARAS, «Tiempo, cuerpo y percepción en la imagen técnica. Paul Virilio y la “estética de la desaparición”», *Studium: Revista de humanidades*, nº16, 2010, pp. 231-247; o en la misma línea, Nerea MIRAVET y Héctor VIZCAÍNO, «¿Lo humano en ruinas? De un tiempo que no llega a un espacio que se fue», en: Faustino ONCINA y Ana GARCÍA VARAS (eds.), *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*, ed. cit., pp.98-109.

cambiado».⁴⁴⁰ En ausencia de marcos narrativos estables heredados, se produce una contradicción: la abundancia de ideas desencadenada principalmente por el desarrollo de la técnica, contrasta con la depauperación de la experiencia vivida. En este sentido, Rosa afirma que: «Lo vivido no puede transformarse en experiencia si no se puede establecer una relación significativa entre el pasado y el futuro, individual y colectivo».⁴⁴¹ La auténtica experiencia es excluida de un mundo donde el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa son permanentemente transformados. El umbral de cambio intrageneracional no solo constituye, por tanto, una frontera más allá de la cual la integración social no es viable, sino también un límite a cuyo interior queda reservada la capacidad humana para apropiarse lo vivido.

Por eso el tiempo de la modernidad es para Benjamin, como para Rosa, el del jugador, una de las figuras que también Bauman encuentra paradigmática del modo de vida líquido. El tiempo del jugador es el de la pobreza de experiencia, en tanto que, sin la garantía de un mínimo de estabilidad, renuncia a planificar su futuro integrándolo en un plan a largo plazo y pierde así la posibilidad de engarzar sus vivencias más allá de una concatenación no acumulativa.⁴⁴² Como el paseante, el vagabundo y el turista, el jugador generaliza un modo de vida antaño marginal. En el mundo del jugador no hay orden ni caos, solo

⁴⁴⁰ Walter BENJAMIN, «Experiencia y pobreza», trad. cast. de Alfredo Brotons, en *Id., Obras*. Libro II. Vol. I, Madrid: Abada, pp. 216-222, aquí 217.

⁴⁴¹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 235.

⁴⁴² *Cfr. ídem.*, pp. 15 y 235.

fragmentos de sentido desarrollados en el marco de una pretensión de victoria sobre reglas cambiantes: «En el mundo como juego, el tiempo se divide en una sucesión de partidas. Cada una de ellas está hecha de convenciones propias; cada una de ellas es una “jurisdicción de sentido” independiente, un pequeño universo autárquico, cerrado sobre sí mismo y autónomo». ⁴⁴³ El jugador no decide con anterioridad la duración de las acciones y acontecimientos en el seno de un diseño más amplio, sino que reacciona improvisando al son de los acontecimientos. Haciendo gala del estatus simbólico que llega a adquirir en la obra baumaniana, el trabajo es ejemplar de esta tendencia a la reacción frente a la planificación creativa. De hecho, Bauman escribe que el modelo líquido de trabajo es, precisamente, el del juego. Este se corresponde con: «la treta de un *bricoleur* que aprovecha lo que tiene a mano y que está inspirado y limitado por lo que tiene a mano, algo creado pero no creativo, que es más el resultado de la oportunidad que de la planificación». ⁴⁴⁴

Pero si la estrategia tahuresca llega a convertirse en un arquetipo del modo líquido-moderno de afrontar la vida, esto responde, de acuerdo con Rosa, a un cambio en las condiciones temporales para la autodeterminación, en el sentido de la construcción autónoma de un proyecto vital a lo largo del tiempo. Estas condiciones están marcadas por la relación inversamente proporcional que se da en la modernidad

⁴⁴³ Zygmunt BAUMAN, «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad», art. cit., p. 63.

⁴⁴⁴ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 148; volverá sobre la idea del *bricoleur*; tomada de Levi-Strauss, en *Id., Identidad*, ed. cit., pp. 107-108.

avanzada entre la necesidad de una meticulosa planificación del futuro y las posibilidades efectivas que se le ofrecen a la misma, en un proceso paralelo al que ya apuntamos en relación con la política.⁴⁴⁵

En tanto la temporalización tardo-moderna conlleva la redefinición permanente de los modelos y perspectivas temporales y, en general, el crecimiento de las contingencias y de la complejidad, los procesos de anticipación y toma de decisiones se vuelven, también en el plano individual, más complicados y necesitados de un mayor saldo temporal.⁴⁴⁶ De ahí que la ambivalencia represente una pérdida de control, puesto que al rescindir la validez de los patrones de experiencia acumulada, amenaza la fiabilidad del cálculo.:

Un mundo ordenado es aquel en el que uno puede saber cómo continuar (...) en el que uno sabe cómo calcular la probabilidad de un suceso y cómo aumentar o disminuir esa probabilidad; un mundo en el que la vinculación entre ciertas situaciones y la efectividad de ciertas acciones se mantiene, en general, constante, de modo que se puede confiar en los logros pretéritos como mapas para logros futuros.⁴⁴⁷

El problema de la incertidumbre que la aceleración siembra en su acción licuefactora, es que potencia una suerte de apoplejía existencial: «Los problemas hermenéuticos a los que hacemos frente entonces muestran el primer destello de una aterradora parálisis conductual que sigue al fracaso de la disposición clasificante. Entender, al decir de

⁴⁴⁵ Cfr. Hartmut ROSA *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 32-33, 43, 379-380. Para este mismo proceso en el caso de la política, cfr. pp. 224-225 de esta tesis.

⁴⁴⁶ Cfr. *ídem.*, pp. 204-205.

⁴⁴⁷ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 20.

Wittgenstein, es saber cómo actuar». ⁴⁴⁸ La organización social puede entenderse, de hecho, como un empeño sistemático por descartar esta posibilidad o al menos reducir su frecuencia de aparición y paliar el malestar que produce.

Sin embargo, en la misma proporción en que se complican la planificación y resolución, la desregulación y desinstitucionalización temporales hacen crecer la demanda de las mismas, puesto que deja progresivamente de contarse con ritmos y estructuras temporales colectivos:

La inestabilidad constitutiva de las condiciones sociales y materiales del contexto, de la acción y de las decisiones impone por consiguiente a los individuos una revisión permanente de sus expectativas, una reinterpretación de sus experiencias, una redefinición constante de sus prioridades, y el cumplimiento repetido de actos de coordinación y de sincronización. ⁴⁴⁹

Esta exigencia de renegociación permanente engulle una enorme cantidad de tiempo, arrojando a los individuos tardo-modernos sobre pendientes resbaladizas (*slipping slopes*) en las que la detención del movimiento no es una opción, ni siquiera para permanecer en el mismo lugar. Como le ocurría a Alicia, hay que correr para quedarse en el mismo lugar y correr el doble para poder desplazarse. O en la

⁴⁴⁸ *Idem.*, p. 88.

⁴⁴⁹ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 189.

pluma de Emerson, solo la velocidad puede preservar a quien patina sobre una capa de hielo muy fina.⁴⁵⁰

Ahora más que nunca:

Dado el ritmo vertiginoso del cambio en prácticamente todos los detalles de los escenarios vividos (calle, trabajo y hogar), la incertidumbre profunda acerca del futuro y lo abominablemente pequeña que puede ser la expectativa de vida, de cada “proyecto” en el que nos comprometemos cotidianamente necesitamos con desesperación un punto de referencia, estable y confiable, que pueda sostenerse en medio de las adversidades.⁴⁵¹

Y sin embargo, al mismo tiempo, la hipertemporalización de las instituciones sociales habría debilitado la disponibilidad de marcos estables sobre los que asentar la prognosis necesaria para la concepción e implementación de proyectos tanto individuales como colectivos. Esta disolución de las propias resistencias a la disolución es en Bauman la responsable de la conversión de la modernidad en un terreno de caza en el que ni el tejido social ni la política ofrecen abrigo al individuo. Esquilmo el vínculo entre las elecciones individuales y los proyectos y acciones sociales, y vaciado de poder un espacio político anquilosado en comparación con la gracilidad de los agentes económicos, la pérdida de las estructuras de repetibilidad desemboca, de acuerdo con Bauman, en la privatización del progreso y con él, por extensión, de la

⁴⁵⁰ Bauman se sirve reiteradamente de ambas imágenes; de Alicia por ejemplo en *Modernidad líquida* (p. 59) o en *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones* (p. 105); de la escena emersoniana en *La sociedad sitiada* (p.189), *Modernidad líquida* (p. 220) o *Amor líquido* (p. 13).

⁴⁵¹ Prólogo de 2004 a la edición en castellano de Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 13.

propia modernidad, entendida aquí como tarea de modernización.⁴⁵² Como ya apuntamos en el capítulo I, pese a la pérdida del poder de movilización del futuro, el concepto de progreso se mantiene, solo que reducido al control de cada individuo sobre su propio presente. Ya no responde a grandes propósitos tocantes a la humanidad en su conjunto, ni se desarrolla por cauces institucionalizados, como tampoco se dirige a un porvenir definido como meta. Siguiendo a Luc Ferry, Bauman llega a compararlo con un giroscopio o una bicicleta, un tipo de movimiento cuyo mantenimiento es imprescindible para evitar la caída, al igual que ocurre en las pendientes resbaladizas de Rosa.⁴⁵³ Un mundo líquido requiere un estado permanente de alerta y una protección rigurosa de la propia velocidad y capacidad de adaptación a las condiciones cambiantes del entorno. Los medios para salir exitoso en la carrera por el progreso privatizado no solo tienen fecha de caducidad, sino que además esta tiende a acortarse, presionada por la aparición de nuevas y mejores vías. Por ello lo importante es sin más mantenerse en la carrera, ella es «el meta-medio».⁴⁵⁴ Bauman da cuenta de una aceleración que ha llegado a emanciparse de los objetivos que antaño la animaban, convirtiéndose en fin en sí misma a costa de sacrificar la mirada al porvenir.⁴⁵⁵ No hay entidades soberanas capaces de capitalizar las esperanzas en un futuro mejor, ni retratos de ese

⁴⁵² Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 11-13 y 144-145. Véase igualmente el capítulo 1 de esta tesis.

⁴⁵³ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 178.

⁴⁵⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 78-79.

⁴⁵⁵ Fusaro la llama por eso «versión nihilista» de la prisa. Cfr. Diego FUSARO, *Essere senza tempo*, ed. cit. p. 26.

futuro que sobrevivan a la conmoción constante de la realidad fluida. La aceleración contemporánea habría convertido en una experiencia cotidiana la diferencia entre propósito y resultado de cuya ceguera Koselleck acusaba a la Ilustración. El cambio raudo y constante en las condiciones de vida habría culminado la naturaleza ignota del futuro, sembrando así el descrédito hacia la planificación. Como resultado: «Hoy viajamos sin una idea de destino que nos guíe. Ni buscamos una sociedad mejor ni sabemos con certeza qué elemento de la sociedad en la que vivimos nos hace indiferentes y nos impulsa a escapar».⁴⁵⁶

En esta carrera *ad infinitum* detenerse se paga al precio de quién sabe cuántas y cuán prometedoras oportunidades y arriesgarse a la exclusión de un pelotón que no espera a los rezagados. Máxime cuando, sin poder apelar a Dios o a las instancias de administración socio-políticas, el individuo debe lidiar por sí mismo con el horizonte de posibilidades ilimitadas en que se ha convertido el mundo moderno. Y ello conlleva, Bauman al igual que Rosa lo hace constar, una enorme inversión de tiempo: «Cazar [según la metáfora referente a la privatización del progreso] es un quehacer a tiempo completo, consume un montón de atención y de energías, apenas deja tiempo para nada más y de este modo distrae la atención de la imposibilidad de acabar la tarea y pospone *ad calendas graecas* el momento de reflexión».⁴⁵⁷ La necesidad constante de volver a empezar y renegociar los parámetros en que se desarrollará la auto-determinación, resultantes

⁴⁵⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 147.

⁴⁵⁷ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 151.

de la pérdida del largo plazo, conlleva así que: «Moverse, tiempo atrás un privilegio y una proeza, ahora ya no es una cuestión de elección: se ha convertido en un imperativo. La velocidad, que antes era una aventura excitante, es ahora una rutina agotadora».⁴⁵⁸

De este modo, junto a la promesa de aceleración trabada al proyecto cultural moderno (la promoción de la multiplicación de experiencias vividas, en respuesta a la conciencia de finitud), se impone ahora con fuerza descollante la aceleración como coacción adaptativa: «El curso de los “acontecimientos objetivos” es demasiado rápido para poder reaccionar y asimilarlo, a nivel de la acción o de la experiencia vivida. En eso consiste la coacción de la aceleración estructural de la modernidad que *obliga* a los sujetos a vivir más rápido».⁴⁵⁹ Al ritmo al que se ha ido agudizando el cambio, afirma Rosa, se ha intensificado igualmente la retórica del deber, en contradicción aparente con la ideología liberal dominante. Al ritmo al que se ha ido agudizando el cambio, afirma Rosa, se ha intensificado igualmente la retórica del deber, en contradicción aparente con la ideología liberal dominante. De ahí la confluencia simultánea que Rosa detecta entre la adquisición de una mayor soberanía sobre el tiempo (según una menor constricción a ritmos impuestos desde el exterior) y la impresión extendida, como mostrarían numerosos estudios de psicología social y sociología, de un menoscabo del control sobre la propia vida.⁴⁶⁰ Sin condiciones para el examen sereno de las diferentes opciones al alcance, para la previsión,

⁴⁵⁸ Zygmunt BAUMAN, *Identidad*, ed. cit., p. 73

⁴⁵⁹ Hartmut ROSA *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 218-220.

⁴⁶⁰ *Cfr. ídem.*, p. 380.

el diseño y, sobre todo, para el establecimiento de jerarquías y valoraciones propias, el tiempo del jugador se alza como una grave amenaza para la autonomía. La capacidad de llevar adelante una acción reflexionada y autónoma es lo que, en definitiva, pone en cuestión la aceleración tardo-líquido-moderna.

Se daría entonces la paradoja de que la apertura de la identidad al cambio ligada a la transferencia al individuo de una creciente responsabilidad en la configuración de su propio yo, habría acabado por convertir esa misma identidad en una manifestación de la inviabilidad -en condiciones tardo-modernas- de la idea moderna de autonomía, lo cual anima a Rosa a solicitar la recuperación de un concepto tan controvertido como el de alienación, cuya aplicabilidad al marco baumaniano proponemos explorar.

IV.1.3 La alienación revisitada

Como se puede inferir de lo dicho hasta el momento, la principal función de la identidad es, tanto para Rosa como para Bauman, ofrecer al individuo un punto de partida para orientarse y actuar en el mundo. Desde esta perspectiva, la pérdida de unidad narrativa inherente a la aceleración tardo-moderna supone el menoscabo de la posibilidad de situarse en la realidad de acuerdo con jerarquías y evaluaciones propias, esto es, «la representación de una autonomía que permita al sujeto, sea cual sea el contexto, y con cierta permanencia, perseguir valores y

objetivos que él mismo ha definido». ⁴⁶¹ La constricción a mantenerse en la carrera lleva al sujeto tardo-moderno, dirá Rosa, a perseguir y realizar metas y prácticas que no desea e incluso que no aprueba realmente, sin que, no obstante, esos fines y acciones le sean impuestos sin concederle alternativas realizables. ⁴⁶² De este modo, la «silenciosa normatividad» de unos ritmos temporales aparentemente naturales, convierte a los acelerados individuos de la modernidad tardía en sujetos alienados. Alienados respecto a un espacio con el que no alcanzan a crear una intimidad, a objetos que se vuelven obsoletos antes incluso de que se haya desenmarañado su funcionamiento, respecto a acciones que se realizan por imperativo de urgencia, en relación con un tiempo escurridizo que se escapa por ambos extremos sin llegar a concretarse en experiencia vivida, en lo concerniente a los lábiles vínculos que se establece con otros y, sobre todo, alienados en su visión de sí mismos, dependiente a fin de cuentas de su percepción de la relación propia con el espacio, las cosas, las acciones, el tiempo y los otros individuos. ⁴⁶³

Así pues, si una cierta unidad interna de la identidad en la forma de un plan de vida es la que nos permite orientarnos en el mundo de manera autónoma, apropiándonos de la experiencia y los elementos que la conforman, la fragmentación, desconexión y volatilidad de los predicados identitarios son los signos evidentes de la enajenación de los

⁴⁶¹ *Idem.*, p. 372.

⁴⁶² *Cfr.* Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 144-145 e *Id.*, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 483.

⁴⁶³ *Cfr.* Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., capítulo 14 («La crítica ética 2. La alienación revisitada»), pp. 146-173.

sujetos respecto a sí mismos. Pese a la puntualización de Rosa de que su concepción de la identidad no remite a un elemento capaz de sostener la coherencia y continuidad del sujeto a través de contextos cambiantes, sino a un sentido de lo que se es que brinda la capacidad de orientación y acción (de ahí que se pueda seguir hablando de identidad en un contexto aceleradamente cambiante como el de la modernidad avanzada), su alerta sobre la amenaza que la identidad situacional cierra sobre la autonomía, hace pensar que sí hay en su propuesta, en realidad, un reclamo de coherencia y continuidad que trata de cohabitar con el reconocimiento del fin de las definiciones identitarias permanentes.⁴⁶⁴ Como su propia crítica a la reducción del yo a una dimensión puntual lo pone de relieve, actuar requiere tomar decisiones por encima de disonancias y desincronizaciones internas, a lo cual responde una imagen de sí como agente más o menos idéntico a lo largo del tiempo:

La posibilidad de una verdadera autodeterminación ética y política depende por consiguiente también de la elaboración de preferencias y de objetivos resistentes al tiempo, o transituacionales, a partir de los cuales la organización, el movimiento y el progreso puedan ser definidos y medidos.⁴⁶⁵

Por consiguiente, el diagnóstico de Rosa parece hacer depender la autonomía de un yo más compacto y resistente que ese que en la superficie actúa y se identifica con su nombre. Lisa y llanamente, la

⁴⁶⁴ Cfr. Hartmut ROSA *Beschleunigung*, ed. cit., pp. 373-374.

⁴⁶⁵ *Idem.*, p. 454.

crítica de Rosa parece tener que recurrir, a la hora de justificar su catalogación de la aceleración social como una patología, a los denostados conceptos de naturaleza humana o esencia. Su diagnóstico se topa así con un problema insoslayable, a saber, cómo compatibilizar ese carácter internamente plural y conflictual de la identidad sobre cuya condición de irrenunciable él mismo se pliega, con la demanda de una unidad lo suficientemente consistente para servir de soporte a la autonomía del individuo.

Lejos de amedrentarse ante este brete, Rosa se anticipa a las objeciones y se pone del lado de la larga y ancha tradición que ha calificado de imposible e indeseable una imagen de sí carente de tensiones, conflictos y separaciones internas.⁴⁶⁶ Su pretensión no pasa de contribuir a la preservación de «momentos de experiencia humana no alienada», mediante la identificación de aquellas tendencias y estructuras que socavan dicha posibilidad. No es necesario, defenderá Rosa, caer en substancialismos de ningún tipo para sostener de forma legítima la revigorización de un concepto como el de alienación: «Respecto de lo que nos hemos alienado a causa de los dictados de la velocidad, he argumentado, no es de nuestro ser interior inalienable, sino de nuestra capacidad para apropiarnos del mundo».⁴⁶⁷

Su estrategia en este punto pasa por extraer la definición de alienación del desajuste entre las representaciones sociales dominantes de vida buena y las condiciones estructurales que se establecen de

⁴⁶⁶ *Cfr.* Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 12 y 176.

⁴⁶⁷ *Idem.*, pp. 175-176.

forma efectiva para su realización.⁴⁶⁸ Rosa parece considerar que con ello se elude la necesidad de recurrir a entidades ahistóricas o de negar la irreductibilidad de la complejidad interna del yo. La piedra de toque para la crítica de las condiciones en que se desarrolla la autonomía en el contexto de sociedades aceleradas no es una suerte de núcleo identitario más esencial, sino la propia apelación de los individuos a una determinada visión de una vida realizada, definida desde el interior de una misma sociedad.⁴⁶⁹ Es así como la posibilidad de afirmar la existencia de una tendencia contemporánea a la alienación surge de la contradicción entre «las condiciones sociales en las cuales los actores se encuentran, por un lado, éticamente comprometidos con la idea de autodeterminación» y el hecho de que «estas mismas condiciones socavan cada vez más la posibilidad de llevar a cabo esa idea en

⁴⁶⁸ *Cfr. idem.*, capítulo 6 («Requerimientos para una teoría crítica», pp. 83-90) y Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 66-67.

⁴⁶⁹ Nos permitimos plantear la cuestión de si este recurso a la «vida buena» no se limita a desplazar el problema manteniéndolo irresuelto. Bajo el pretexto de que la sociedad puede ser considerada una totalidad en función de leyes que rigen su desarrollo, Rosa aplica a la idea de vida buena la reificación que se ha esmerado en evitarle a la identidad. Esa suerte de acuerdo fundamental de fondo desacredita la multiplicidad y conflictualidad inherentes a cualquier pretendida síntesis de concepciones, sentimientos, y valores compartidos por un grupo social, máxime a la vista de la dispersión y fragmentación de un mundo a la vez más global y más local, trasladando a la «vida buena» las connotaciones atomísticas que han sido explícitamente descartadas para la identidad. ¿Cuáles de los incontables discursos, prácticas, instituciones o modelos vigentes en una sociedad caracterizada –como él mismo ha subrayado– por la incesante aparición y reaparición de opciones, debe contar como verdaderamente resultante de las convicciones y aspiraciones de los actores sociales? ¿Qué criterio podemos invocar en aras a justificar el inicio y el fin del consenso? Para responder y aquilatar con rigor estas cuestiones, deberían tenerse en cuenta las últimas contribuciones de Rosa –todavía en estado naciente y que aquí, por esa razón, no hemos sometido a examen– las cuales giran en torno al concepto de «resonancia». *Cfr.* Hartmut ROSA, *Resonanz: eine Soziologie der Weltbeziehung*, (Berlín: Suhrkamp), 2016.

términos prácticos». ⁴⁷⁰ En definitiva, aquel encuentro entre fuerzas enfrentadas que, como señalamos en el primer capítulo, ocupa un lugar central en la lectura baumaniana del mundo contemporáneo: la contradicción entre autonomía de iure (reconocimiento del derecho de autodeterminación) y autonomía de facto (las posibilidades reales de cumplir en la práctica con ese derecho). ⁴⁷¹

Según la idea de la privatización del progreso que hemos encontrado en el planteamiento de Bauman, la auto-determinación continuaría siendo un imperativo en el centro mismo de la modernidad líquida. A ojos de Bauman, la promesa de autodeterminación moderna no solo no ha sido abandonada sino que ha sido «transferida a una nueva vía adaptada para la alta velocidad. Me atrevería incluso a decir que es ahora, en nuestro tiempo, cuando la promesa original de la modernidad ha alcanzado la que, hasta la fecha, ha sido su más plena materialización». ⁴⁷² Obligado a transformarse para sobrevivir, el proyecto de autodeterminación se vuelca sobre el individuo y se abastece con los medios que le proporciona el mercado. De este modo, lo que se ha dejado atrás son las estrategias con las que se propuso inicialmente realizar las promesas modernas, así como los modelos de «sociedad buena» y la idea de cualquier fracaso u objetivo incumplido es una cuestión de tiempo y desarrollo de los medios necesarios. ⁴⁷³ Si ello supone una obturación de la vía para la constitución de uno mismo

⁴⁷⁰ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 144.

⁴⁷¹ *Cfr.* capítulo I.

⁴⁷² Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 80.

⁴⁷³ *Cfr. ídem.*, p. 78.

como la contradicción señalada da a entender, es porque Bauman no reconoce otra autodeterminación que la que se obtiene socialmente. La autonomía es necesariamente un proyecto político. No solo se trata de que la libertad para escoger y desarrollar una forma de vida depende de condiciones materiales que exceden el control del individuo -máxime en un contexto globalizado- sino también de que esa libertad no será completa mientras no pueda trascender la mera elección entre posibilidades al alcance, para ejercerse también en la manipulación de ese mismo rango de posibilidades.⁴⁷⁴

La mutua dependencia entre individuos y sociedad en el camino hacia la emancipación fue, subraya Bauman, un supuesto fundamental del proyecto Ilustrado. Si pensadores y gobernantes se alinearon en la magna empresa de supresión de la ambivalencia y progreso hacia un mundo administrado, fue porque «El deseo de una vida mejor se centró en la búsqueda de una buena sociedad».⁴⁷⁵ La «salvación por la sociedad» que representa el secularizado proselitismo del poder moderno, aun con el germen totalitario que le es inherente, traba los destinos de la autonomía pública y la privada. Perdida la vigencia de este principio, «se ensancha la brecha entre la individualidad como algo predestinado y la individualidad como la capacidad práctica y realista de autoafirmarse».⁴⁷⁶ Por ello el mayor crimen de la acción disolutiva de la aceleración líquido-moderna es haber derretido el nexo entre las

⁴⁷⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 154-155.

⁴⁷⁵ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 201.

⁴⁷⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 40.

elecciones individuales y los planes y acciones colectivos.⁴⁷⁷ La entronización de la velocidad, como ya ha sido referido, expele al Estado del ejercicio del poder y redirige hacia el individuo la responsabilidad sobre la gestión de las condiciones de su proyecto de vida, a la vez que en su deterioro del largo plazo, que torna inconveniente cualquier forma de planificación y de compromiso horizontal o vertical, hace inverosímil desde un principio la elaboración de un tal proyecto. En este marco, los sujetos se ven llevados a tomar decisiones y emprender acciones que, si bien no les son impuestas en un sentido estricto, escapan a lo que esos mismos individuos reconocen como intereses propios: «se trata más bien de respuestas forzadas de los actores sociales ante condiciones cambiantes en las que se ven obligados a cumplimentar sus tareas vitales».⁴⁷⁸

De este modo, si tomamos como definición del objeto de alienación la capacidad para apropiarnos del mundo propuesta por Rosa, vemos que también Bauman se hace cargo de los cinco tipos de enajenación inventariados por aquél.

Como Rosa, también Bauman celebra la categoría de «non-lieux» creada por Marc Augé para dar cuenta de la preponderancia actual de «espacios donde ni la identidad, ni la relación, ni la historia, tienen verdadero sentido, donde la soledad se experimenta como exceso o

⁴⁷⁷ *Cfr. ídem.*, pp. 11-12.

⁴⁷⁸ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 131.

Las posibilidades críticas de una triple alianza

vaciamiento de la individualidad». ⁴⁷⁹ Los espacios públicos de la ciudad contemporánea, considera Bauman, no invitan a quedarse ni movilizan la interacción, disuadiendo su toma de posesión; y la celeridad con que se circula por ellos, si llega a hacerse, confirma su irrelevancia frente a la posibilidad misma del desplazamiento libre y veloz. ⁴⁸⁰

Por otro lado, desprenderse de las propiedades es, en la descripción baumaniana de la modernidad líquida, un signo de poder: «La vida del consumidor invita a la liviandad y a la velocidad, así como a la novedad y variedad que se espera que éstas alimenten y proporcionen. La medida del éxito en la vida del *homo consumens* no es el volumen de compras, sino el balance final». ⁴⁸¹ Las relaciones duraderas, también con las cosas, son poco viables y nada oportunas. Así las cosas:

Uno ya no se apropia de un objeto (humano o no, es lo mismo) para conservarlo largo tiempo, quizás para siempre. Uno se apropia del objeto para usarlo, probablemente en ese mismo momento; para tenerlo durante el tiempo en el que se lo usa, y no más (...) Puede que el objeto esté en perfectas condiciones de funcionamiento, pero si sus usos han perdido el valor agregado de la novedad o si otros objetos ofrecen

⁴⁷⁹ Augé opone a estos los «lugares antropológicos», espacios que posibilitan los recorridos, el establecimiento de vínculos con los otros y las narraciones que sostienen en su opinión la construcción de las identidades tanto individual como social. *Cfr.* Marc AUGÉ, *Los «no-lugares», espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, trad. cast. de Margarita Mizraji, (Barcelona: Gedisa), 2000, aquí p. 92.

⁴⁸⁰ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 110 y 126.

⁴⁸¹ Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido*, ed. cit., p. 72.

servicios más tentadores (quizá sólo porque aún no se los probó), “no sirve más”.⁴⁸²

Predisuestos a deshacernos de nuestras posesiones a la mínima oportunidad de cambio, sin el lapso necesario para llegar a conocerlas bien y establecer un vínculo con ellas, las cosas dejan de ser susceptibles de desempeñar un papel mediador entre nuestra imagen de nosotros mismos y el mundo corpóreo.

En lo que a las acciones se refiere, ya hemos indicado cómo, también en el planteamiento baumaniano, la ampliación del espectro de posibilidades y la velocidad a la que éstas se suceden, junto a la pérdida de resortes institucionales, convierten la aceleración en una coacción que obliga a los individuos a mantenerse en la carrera por medios y con fines que ellos mismos no han decidido. «Cada día nos recuerdan: “¡modernizarse o morir!”, y nos repiten que “no hay más alternativa...”. Así que todos estamos modernizándonos, de manera voluntaria o bajo presión».⁴⁸³

Tampoco el tiempo, por su parte, parece pertenecernos. Los sujetos líquido-modernos han olvidado un pasado que les dificultaría el avance y son ciegos a un futuro en el que ya no confían.⁴⁸⁴ Como también ha sido señalado, el tiempo del sujeto contemporáneo es un presente continuo, amputado en sus dos extremos y, como tal, es un tiempo que no genera sentido. En la medida, además, en que acelerar

⁴⁸² Zygmunt BAUMAN, *La sociedad líquida*, ed. cit., p. 188.

⁴⁸³ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 11.

⁴⁸⁴ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 138.

Las posibilidades críticas de una triple alianza

es un requisito de supervivencia, pero no una opción negociable, el control sobre el modo en que se pasa el tiempo se limita a la gestión de los medios para la aceleración de los segmentos temporales.

Finalmente, nuestra capacidad para apropiarnos del mundo social mediante las relaciones con los otros se ve gravemente minada por la dinámica aceleratoria contemporánea. La predominancia de los valores de flexibilidad, ligereza y movilidad alientan relaciones superficiales cuando no directamente la elusión del contacto con el otro.⁴⁸⁵ Tanto nuestra relación con los otros como nuestra relación con nosotros mismos se modela ahora a imagen y semejanza del mercado de consumo. La subjetividad líquido-moderna pasa necesariamente por la conversión del yo en un producto que trata de captar la atención y generar demanda:

En la sociedad de consumidores nadie puede convertirse en sujeto sin antes convertirse en producto, y nadie puede preservar su carácter de sujeto si no se ocupa de resucitar, revivir y realimentar a perpetuidad en sí mismo las cualidades y habilidades que se exigen en todo producto de consumo. La “subjetividad” del “sujeto”, o sea su carácter de tal y todo aquello que esa subjetividad le permite lograr, está abocada plenamente a la interminable tarea de ser y seguir siendo un artículo vendible.⁴⁸⁶

⁴⁸⁵ *Amor líquido* (ed. cit.) está enteramente dedicado a desentrañar este problema.

⁴⁸⁶ Zygmunt BAUMAN, *Vida de consumo*, ed. cit., pp. 18-26, aquí 25-6. Más adelante asegurará: «si fue el *fetichismo de la mercancía* el encargado de ocultar la esencia tan humana de la sociedad de *productores*, es ahora el turno del *fetichismo de la subjetividad*, que se ocupa de ocultar esta realidad transformada en mercancía tan característica de la sociedad de *consumidores*.» (*idem.*, p. 28).

Cubiertos, por tanto, estos cinco frentes, se puede identificar también en Bauman la «distorsión (temporal) completa de la relación tardo-moderna entre el yo y el mundo», diagnosticada por Rosa.⁴⁸⁷ Podríamos ver en la figura del extraño tal y como Bauman la aborda una personificación ejemplar de la alienación en los términos en los que Rosa la trata. Bauman define al extraño como alguien cuya unión con el mundo ha sido arrebatada.⁴⁸⁸ Es un ser indeterminado y, justamente por ello, puede serlo todo pero no de una manera esencial ni por mucho tiempo. Su libertad es incertidumbre. La existencia del extraño es un «vagabundeo eterno» en el que no llega a apropiarse de ningún lugar porque para él todos «son, simplemente, sitios, confinados en el espacio, destinados a ser el pasado en un futuro».⁴⁸⁹ En la medida en que el extraño, en su encarnación histórica en el judío, evidencia y anticipa hasta sus más graves consecuencias la indeterminación, el exilio, la movilidad y la ambigüedad que, posteriormente, se establecerían como los rasgos de la existencia líquida,⁴⁹⁰ un cierto parentesco parece dibujarse entre los rasgos prominentes de la condición líquida y los síntomas de la alienación diagnosticada por Rosa.

Con todo, Bauman no deja de remarcar el potencial emancipador que la liquidez de suyo contiene. Pese a iniciar *Modernidad y*

⁴⁸⁷ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 178.

⁴⁸⁸ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 111.

⁴⁸⁹ *Idem.*, p. 116.

⁴⁹⁰ Cfr. *Modernidad y ambivalencia*, p. 213 y Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 112-116. Cfr. nota 36.

Las posibilidades críticas de una triple alianza

Ambivalencia equiparando la ambivalencia continua con una «disonancia cognitiva» paralizante, afirmará más adelante que el afán por establecer terrenos firmes y hogares seguros destruye las posibilidades humanas e impide al sujeto ejercer una genuina responsabilidad, con lo que se revela él mismo una fuerza alienante.⁴⁹¹

Mucho después, en *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, recuperará esta idea insistiendo en su inclinación:

a hablar de la escena moral posmoderna como repleta a la vez de amenazas y promesas, de peligro y oportunidades (...) Con todo, aún continúo pensando que la merma del influjo de los códigos éticos y el desvanecimiento de las autoridades éticas monopolizadoras y de sus centros de administración pueden tener un impacto beneficioso a largo plazo sobre la moralidad.⁴⁹²

Sin embargo, estos cambios se dan en connivencia con otros para los cuales Bauman elige la caracterización de «descapacitadores»: la fragmentación, el carácter episódico de la vida y la tendencia a rehuir la asunción de responsabilidades.⁴⁹³ Así, en la obra mentada, cuando tras poner en relación la merma de la dignidad en la modernidad líquida a causa de una pérdida de la facultad de decidir, de exponer preferencias y, en general, de autodeterminarse, pese a ser valores preconizados por esa misma sociedad, Tester le pregunta a Bauman por la integración de su discurso en la tradición sociológica que va de la denuncia del trabajo

⁴⁹¹ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, pp. 15 y 119.

⁴⁹² Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 130.

⁴⁹³ Cfr. *ídem.*, p. 131.

alienado en Marx, a los «robots joviales» de Mills, pasando por los prisioneros weberianos de la jaula de hierro y los hombres unidimensionales de Marcuse, Bauman responde que «la individualidad y la libertad individual son una farsa, que una nueva esclavitud está echando raíces detrás de la fachada de la “individualización”». ⁴⁹⁴ No se trata de que la sociedad esté forzando sin más a los individuos a actuar de determinada manera, o de una mera irresponsabilidad individual por preferir la inercia a la resistencia creativa. Es la contradicción entre autonomía de iure y autonomía de facto la que genera ese estado que parece bien avenido con la categoría de alienación: «La sociedad moderna pone en marcha una serie de poderosas presiones individualizadoras, pero también erige barreras que convierten el camino hacia la individualidad en un trayecto áspero, lleno de baches y, demasiado a menudo, intransitable». ⁴⁹⁵ Pero Bauman añade algo más. La libertad es un juego de suma cero, con lo que las pérdidas de unos son las ganancias de los otros. O vale decir que la constricción de los sujetos contemporáneos por las fuerzas enfrentadas de su voluntad y su capacidad autoafirmativa no es ajena a la constitución de una élites poderosas que ejercen su control mediante la producción masiva de incertidumbre.

⁴⁹⁴ *Idem.*, pp. 149-150.

⁴⁹⁵ *Idem.*, p. 151.

IV.1.4 ¿Aceleración totalitaria? Desregulación como nueva técnica de poder

La cuestión de las repercusiones contemporáneas de la aceleración licuefactora excede para Bauman el mero registro de su amenaza contra la autonomía política e individual. Su pretensión crítica pasa por mostrar que este proceso se da en connivencia con la configuración de ciertas élites poderosas que lo son, precisamente, en su capacidad para desmaterializarse, derivada de su aptitud para la aceleración. La división entre lo etéreo y lo encarnado marca una brecha en el ejercicio del poder.

En consonancia con la libertad de movimiento que Bauman identifica como criterio jerarquizador de la modernidad líquida, el poder ya no tiene sedes, ya no se arremolina en torno a centros o primeras líneas de combate, sino que *amplía el campo de batalla* a la totalidad del espacio global, homogéneo y libre de indicaciones y significados estables. Ya no hay un espacio sólido que conquistar, ni líder o ideario a los que exigir rendir cuentas: «Lo que ha ocurrido durante el pasaje del capitalismo pesado al liviano es que han desaparecido los invisibles “politburós” capaces de “absolutizar” los valores de las cortes supremas autorizadas a emitir veredictos inapelables sobre objetos dignos de ser perseguidos».⁴⁹⁶ Con lo que, en

⁴⁹⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 66; *cf.* también *Id.*, *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 284-286. Para la obsolescencia de las nociones de «centro» y «periferia», *cf.* *Id.*, *Miedo líquido*, ed. cit., p. 162. También Koselleck se inquieta ante el «¿quién?» del poder, al que la técnica habría puesto en suspenso. Así lo manifiesta por ejemplo en carta a Schmitt: «Se puede decir que el arma atómica es

virtud de ese mismo apego a la movilidad, el poder ya no se entiende como la coacción a ajustarse a un orden netamente delimitado («absolutización de valores», emisión de un «veredicto inapelable sobre objetos dignos de ser perseguidos», etc.), en la medida en que esto requeriría un compromiso con el lugar acotado por tal orden que obstaculizaría la labilidad que hace de esas instancias agentes de poder. Si hay un cambio en las técnicas de dominación, éste no se debe por tanto a la crítica moral de las viejas estrategias de administración potencialmente totalitarias, sino al precio y las trabas que supondría su conservación.⁴⁹⁷

La novedad radical producida en el ámbito del poder por la electrizante aceleración alcanzada resulta así no ser tanto la dilatación de las posibilidades de la presencia, cuanto la hegemonía de la desaparición. Desaparición constantemente repetida de las instancias susceptibles de imprimir una dirección al desarrollo de los acontecimientos y de intervenir en la vida de individuos y comunidades para asegurar el cumplimiento de alguna suerte de plan futuro:

el “complemento” de este proceso técnico-político. El dominio [*Herrschaft*] ya no es una relación entre los hombres, ya no es una “fuerza”, como podía sostener aún Jacob Burkhardt, sino un estado potencial de muerte, cuyos accidentales vivientes son anónimas masas humanas (...) a través de la legalidad propia de la técnica, el poder se extraña del hombre concreto y, sin embargo, permanece en las manos de los hombres. Por eso la pregunta sobre quién dispone realmente del dominio (¿quién gobierna realmente?) se ha vuelto de capital importancia.» (citada en: Gennaro IMBRIANO, *Le due modernità*, ed. cit., p. 100).

⁴⁹⁷ Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 126.

La sustancia que alimenta a la actual Segunda Fase de la Gran Transformación es el derrumbe del proyecto de la “ingeniería social” y de las agencias deseosas y capaces de hacer de aquél una realidad palpable (...) Por estos días, el arte de la administración consiste cada vez más en negarse a administrar y en dejar aquello que antes era objeto de administración librado a “su propio equilibrio”, como las divisas en los actuales mercados desregulados.⁴⁹⁸

No obstante, la defensa de una huida activa del compromiso con las poblaciones subordinadas y la consideración de que si las élites en el poder formulan un código de conducta y un régimen de expectativas es únicamente por omisión,⁴⁹⁹ conviven en el análisis de Bauman con numerosas afirmaciones de acuerdo con las cuales las presiones de mercado habrían arrebatado a los ordenamientos jurídicos estatales la facultad de establecer un marco de acción.⁵⁰⁰ Así, por ejemplo,

⁴⁹⁸ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., pp. 23 y 47. Rosa bebe de este enfoque baumaniano recurriendo explícitamente a él para defender la existencia de un ejercicio de poder en los procesos de circulación hiperacelerados de las redes globales, consistente en la disolución deliberada de los vínculos sociales a nivel local. Rosa concluirá que: «El nuevo orden mundial identificado por los análisis de la mundialización y de la posmodernidad no se ha liberado de relaciones de poder y dominación, pero estos ya no son legitimados democráticamente ni imputables políticamente, aparecen, a ojos de los actores individuales y colectivos, como incontrolados, no dirigidos y no dirigibles. La aceleración aparece entonces como una estrategia política vuelta a inmunizar este poder de los flujos que fundan el proyecto político de la mundialización; como una política de supresión de las ambiciones de control y de dirección de la modernidad.» (Hartmut ROSA *Beschleunigung*, ed. cit., p. 351).

⁴⁹⁹ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit. pp. 17-20; e *Id.*, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 285.

⁵⁰⁰ En este sentido hemos manifestado nuestro desacuerdo con las críticas que Marramao dirige al tratamiento baumaniano del poder, del que afirma presenta una idea como ente difuso, sin concreciones, que es errónea e incluso nociva. Cfr. Nerea MIRALET, «Disolución y condensación del poder. Un examen de la “modernidad

podemos leer en *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones* que: «el desmantelamiento de las constricciones y controles políticos (estatales), en lugar de hacer libre y verdaderamente autónoma a la “sociedad civil”, la abre al gobierno sin reparos de las fuerzas del mercado».⁵⁰¹ Habría que hacer entonces una neta distinción entre la inhabilitación de los Estados para regular y el cese de la regulación misma, así como repensar en qué formas ésta se presenta actualmente.⁵⁰² No es que la modernidad haya sido dejada a su suerte, sino que ha sido puesta bajo la tutela de fuerzas que imponen el orden del desorden mediante la incentivación de la transitoriedad:

¿No serán las mutuas dislocaciones de elementos, los constantes desequilibrios, la infinita serie de perturbaciones y disrupciones que dan como resultado la producción masiva de incertidumbre en todos los niveles de la organización social las mismas cualidades que hacen del nuevo “desorden mundial” (por emplear la oportuna frase de Kenneth Jowitt) un sistema?⁵⁰³

La modernidad líquida eleva a técnica de dominación el cultivo de esa ambigüedad cuya supresión había obsesionado según Bauman a su antecesora sólida:

Sembrar, injertar, propagar y cultivar la “ambigüedad, la oscuridad y la inseguridad” (...) es la estrategia de dominio utilizada en la modernidad

líquida” a través de Giacomo Marramao», *Ápeiron*, número especial LI Congreso de Filosofía Joven - UCM, 2015, pp. 251-265.

⁵⁰¹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 187.

⁵⁰² *Cfr.* Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, pp. 82-83.

⁵⁰³ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 107.

líquida para desplazar las estrategias de disciplina obsoletas, rígidas, conflictivas y desmesuradamente costosas a través de una supervisión meticulosa y una detallada regulación normativa.⁵⁰⁴

Cabe señalar que hay un significativo cambio de acento en el modo como Bauman integra el valor y función de la ambivalencia dentro de la sociedad moderna, paralelo al que ya observamos en relación con la identidad personal. En *Modernidad y Holocausto* Bauman había afirmado que «la disponibilidad a actuar en contra del propio parecer y desoyendo la voz de la conciencia no sólo está en función de una orden autoritaria, sino que es el resultado del contacto con una fuente de autoridad inequívoca, monopolista y firme».⁵⁰⁵ Acorde con ello, en *Modernidad y Ambivalencia*, apoyándose en los experimentos de Milgram, aseveraba que, en el momento en que la autoridad se divide y emite mandatos diferentes e incluso enfrentados, su poder de coacción sobre los individuos desciende notablemente. Por consiguiente, la ambigüedad o ambivalencia era designada allí como el remedio más plausible «que puede detener y desactivar el potencial genocida y destructivo de la modernidad (...) la única fuerza que puede salvar a la moderna civilización tecnológica de sus propias consecuencias».⁵⁰⁶ Sin embargo, cuando en *Modernidad líquida* Bauman se hace cargo de la multiplicación de los centros de poder, concluye que su poder para orientar la conducta ha descendido radicalmente respecto a «una fuente de autoridad inequívoca, monopolista y firme», pero lejos de haber

⁵⁰⁴ Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit., p. 177.

⁵⁰⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y Holocausto*, ed. cit., p. 195.

⁵⁰⁶ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., pp. 82-83.

conllevado una liberación del individuo, el contexto de decisión que dicha situación impone ejerce él mismo como una fuerza debilitadora de la capacidad de éste para emanciparse.⁵⁰⁷ Su postura es ella misma ambivalente, dado que no acaba de posicionarse ante la resolución más plausible del doble potencial contenido en la ambivalencia: «presagia la humillación, pero augura oportunidades excepcionales para los buscadores de belleza destinada, para la creación cultural e intelectual».⁵⁰⁸

⁵⁰⁷ Cfr. el capítulo de *Modernidad líquida* (ed. cit.) dedicado al concepto de «Individualidad», particularmente pp. 70 y ss.

⁵⁰⁸ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 118. Cfr. también Helena BÉJAR, *Identidades inciertas*, ed. cit., especialmente el capítulo 1 («La ambivalencia como fundamento del vínculo humano», pp. 19-57. Podemos ver en ello un reflejo de la propia ambivalencia que atraviesa *Dialéctica de la Ilustración*: «No albergamos la menor duda -y ésta es nuestra *petitio principii*- de que la libertad en la sociedad es inseparable del pensamiento ilustrado. Pero creemos haber descubierto con igual claridad que el concepto de este mismo pensamiento, no menos que las formas históricas concretas y las instituciones sociales en que se halla inmerso, contiene ya el germen de aquella regresión que hoy se verifica por doquier. Si la Ilustración no asume en sí misma la reflexión sobre este momento regresivo, firma su propia condena.» (Max HORKHEIMER y Theodor A. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, trad. cast. de Juan José Sánchez, (Madrid: Trotta), 2009, p. 53, Prólogo 1944/7). Apuntando en esta misma línea, Beilharz señala: «More generally, Bauman observes here that the central problem in *Modernity and Ambivalence* relates back to the theses of Adorno and Horkheimer in *Dialectic of Enlightenment* (1944). This acknowledgement in turn points in at least two distinct possible directions, for the darkest interpretation of the Enlightenment as modernity's nemesis in Adorno and Horkheimer coexists with more balanced, niggling curiosities about the ambivalence built into Enlightenment. In other words, *Dialectic of Enlightenment* is a text which also carries its own traces of ambivalence, even if the mainstream reception of the argument is that modern history has come to an end through the power of self-destruction.» (Peter BEILHARZ, *Zygmunt Bauman*, ed. cit., p. 105) Pero Bauman quiere ir más allá de los postulados de Adorno y Horkheimer. Lejos de haber sofocado todo resquicio de autoconciencia, la Ilustración ha dado grandes pruebas de esta justamente en obras como *Dialéctica de la Ilustración* y ha probado que el pensamiento destructor de mitos ejerce también de correctivo para la propia «ciega arrogancia del proyecto moderno» (Zygmunt

En un caso u otro, la pérdida de las condiciones para la autodeterminación no es un proceso espontáneo, sino que responde a una política activa de precarización.⁵⁰⁹ El poder contemporáneo incapacita la decisión y la acción mediante su propia ocultación tras un velo de confusión, inestabilidad y multivocidad:

Las nuevas técnicas de dominación dan como resultado que las opciones se hayan vuelto endémicamente no concluyentes, e impliquen su propia falta de secuencialidad, de modo tal que lo que se elige no alcanza a sentar un precedente para las elecciones futuras, y las opciones se resisten así a crear un “proyecto de vida” (...) Por cierto, no es extraño que se resistan, ya que desde el “sistema”, ahora desprovisto de un cuartel general con domicilio permanente, llegan a diario, y en cantidades crecientes, señales difusas, confusas, controvertidas y mutuamente contradictorias.⁵¹⁰

Esta precarización consiste en gran medida en cercenar todo vínculo del individuo con fuentes de apoyo y seguridad que pueda limitar su estar librado a la incertidumbre. Como ya ha sido referido, la separación entre poder y política detonada en último término por la emancipación del capital respecto del trabajo, diluye la eficacia de las

BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 39). Como apunta Beilharz: «Bauman's concern is not only to hammer the Enlightenment but also to show its own capacity to generate a postmodern legacy. Critical thinking, in Bauman's interpretation, is not only self-destructive; more emphatically, it is also destructive of the worst conceits of modernity, or modernism - its blind arrogance, high-handedness, and its endlessly ambitious legislative dreams (1991a: 17).» (Peter BEILHARZ, *Zygmunt Bauman*, ed. cit., p. 105)

⁵⁰⁹ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 126. *Cfr.* también *Id.*, *Comunidad*, ed. cit., p. 35; y *Modernidad líquida*, ed. cit., pp. 170-173.

⁵¹⁰ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 50.

instituciones políticas y sociales para ofrecer –mucho menos instigaciones movilizadoras de un futuro compartido y patrones de conducta, así como para garantizar el acceso a los recursos materiales requeridos por la elaboración autónoma de una forma de vida individual y colectiva. Por otro lado, la alta inestabilidad convierte la flexibilidad en la aptitud más codiciada:

Si el criterio de actuación de la gestión burocrática ortodoxa, que descansaba sobre la estabilidad y la continuidad del entorno y, por consiguiente, sobre la producción y la observancia estricta de la rutina, instaba al aprendizaje y la memorización, el criterio de la nueva gestión, cuyos practicantes son perfectamente conscientes de que operan bajo circunstancias volátiles y básicamente impredecibles, exige el cuestionamiento perpetuo del saber heredado y el rechazo de la rutina, así como la aceptación de la irregularidad y el olvido rápido. La iniciativa, la imaginación, la novedad y la osadía son las virtudes actuales.⁵¹¹

El cultivo de las habilidades propias se vuelve tan perentorio y omniabarcante como impropio se torna la memoria de lo común y la solidaridad.⁵¹² De este modo, la temporalización de la validez de los

⁵¹¹ Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 69.

⁵¹² «El actual estado del juego favorece la competencia implacable, el egoísmo, las divisiones sociales y la desigualdad con el mismo vigor y la misma lógica irrefragable con los que la situación anterior de “dependencia mutua” generaba límites a la desigualdad social y fortalecía los compromisos, las alianzas firmes y duraderas y, en definitiva, la solidaridad humana.» (*Idem.*, p. 54); *cf.*: también Zygmunt BAUMAN, *Amor líquido*, ed. cit., pp. 103-104. Lo más significativo para nosotros en este punto es que Bauman reconoce en ello una tendencia activamente favorecida: «llevan mucho tiempo haciendo todo lo imaginable para cortar las amarras de esa confianza a base de negar y desacreditar el valor de las actuaciones conjuntas, y para mantener desanclada esa confianza a base de reprender, importunar y acosar a hombres y mujeres de toda clase y condición haciéndoles creer que, aunque sufran en común,

conocimientos y prácticas no solo complica la decisión sobre los medios que podrían sufragar la emancipación del sujeto, sino que además alimenta la idea de que las victorias de otros entrañan el fracaso propio. Lo que la nueva dinámica del poder suprime, en definitiva, son los mecanismos de compensación para el desamparo creado por la pérdida de certezas y confianza derivada del asentamiento del régimen temporal moderno, frente a los que se imponen ahora la desregulación y el descompromiso.⁵¹³

Así, obligados a dar respuesta desde sí mismos a problemas que obviamente los trascienden, y por esta misma razón, destinados a un fracaso recurrente, no es extraño, aduce Bauman, que la postergación de la gratificación con miras a la edificación de un futuro mejor, se haya

los problemas compartidos tienen causas completamente individuales, y por lo tanto, pueden y deben ser afrontados individualmente, y resueltos recurriendo al uso de medios individuales.» (Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 124).

⁵¹³ También Rosa se hace cargo de esta falta de mecanismos de compensación y de sus consecuencias. En el contexto de su justificación para la recuperación del concepto de alienación, esta carencia constituye justamente una de las razones a tomar en cuenta: «en contraste con otros tipos de regímenes socioculturales, como la Iglesia Católica, el escenario tardomoderno no brinda ideas ni instituciones que posibiliten una potencial “reconciliación”: todos los fracasos y carencias revierten directamente sobre los individuos. Es exclusivamente culpa nuestra si no somos felices o si no podemos mantenernos en la carrera.» (Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 177). De la misma manera, Bauman asegura que: «Lo que separa la presente agonía de la decisión de las incomodidades que atormentaban al *homo eligens*, “el hombre que elige”, en todos los tiempos es el descubrimiento o la sospecha de que no hay reglas predestinadas y objetivos universalmente aprobados que puedan seguirse para absolver a quienes eligen ante las adversas consecuencias de sus decisiones.» (Zygmunt BAUMAN y Leonidas DONSKIS, *Ceguera moral*, ed. cit., p. 59), a resultas de lo cual: «en la sociedad postmoderna de consumidores el fracaso redundaba en culpa y vergüenza, no en protesta política» (Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 261); *cf.* también Id., *Tiempos líquidos*, ed. cit., p. 11 y Zygmunt BAUMAN y Carlo BORDONI, *Estado de crisis*, ed. cit., p. 81.

quedado sin valedores frente a la nueva «opción más racional» de la satisfacción inmediata. En este sentido, Bauman critica la superficialidad de aquellos análisis que explican la inclinación contumaz al consumo como simple hedonismo o como un comportamiento sin más artificialmente inducido. Por el contrario, opina este autor, se trata de una reacción ante la angustia producida por el aumento exponencial de incertidumbre e inseguridad con el que se gobierna la vida de los individuos,⁵¹⁴ solo que ninguno de los objetos sobre los que se vierte esta persecución del deseo consigue saciar a los sujetos y mucho menos eliminar su zozobra. La satisfacción inmediata se salda con el agotamiento instantáneo del placer, con lo que la postergación de la gratificación se convierte en una condena antes que no en una orientación práctica.

En resumidas cuentas, el crecimiento de inestabilidad sobre cuyo trasfondo se desarrolla la vida de los individuos se integra con la actividad de una nueva técnica de control consistente en someter a éstos al mandato de autodeterminarse, al tiempo que se contribuye a mantener unas condiciones absolutamente desfavorables para ello, perpetuándolos en una lucha que no alcanza a producir un sentido de proyecto ni repercusiones más allá del plano individual. La contradicción entre autonomía de iure y autonomía de facto no es por tanto una circunstancia accidental, sino un estado de cosas preconizado desde los no-lugares donde se ejerce el poder. Por el contrario, ese ejercicio se presenta naturalizado en la forma de un proceso gobernado

⁵¹⁴ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 87.

por leyes immanentes a las propias evoluciones sociales. Esta circunstancia es notablemente apuntada en *En busca de la política*, donde se afirma por ejemplo que la agenda de elección impuesta por los nuevos poderes «no es ni racional ni irracional; no responde a los preceptos de la razón ni los combate. Simplemente es, a la manera en que son los océanos y las cordilleras», o más adelante: «la integración y la reproducción del “orden global” toman una vez más la apariencia de un proceso espontáneo y autoimpulsado».⁵¹⁵ La inexistencia de un cuerpo del poder al que interpelar, su invisibilidad, fluctuación y dispersión, favorecen la imagen de un desarrollo no-agencial de los acontecimientos que deriva en su exención crítica.

Es en gran medida esta última condición, aplicada a las estructuras temporales, la que lleva a Rosa a calificar el poder alienante de la aceleración como fuerza totalitaria. Las normas temporales que dominan las sociedades tardo-modernas no son en absoluto reconocidas ni percibidas como estando socialmente construidas, sino que se toman como hechos naturales y, por consiguiente, se excluyen del dominio de la política. Y sin embargo, la urgencia y la inmediatez de una vida sometida a la amenaza permanente de perderle el paso a la carrera del tiempo funciona como un principio abstracto que ejerce presión sobre la voluntad y la acción de todos los sujetos sin excepción, ocupándolo todo (no es posible sustraerse, afecta a todos y a todos los

⁵¹⁵ Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, ed. cit., pp. 84 y 109 respectivamente.

dominios de la vida) y presentándose como imposible de criticar y combatir.⁵¹⁶

Aun afirmando que la «tendencia totalitaria, tan prominente en la “modernidad sólida”, se marchita y se disipa en la variante “líquida” de la condición moderna», Bauman reconoce también, no obstante, la persistencia de una tal fuerza, solo que no focaliza su atribución en las estructuras temporales, como Rosa, sino que señala al mercado como aquel que habría tomado el relevo de los «Estados totales» de antaño.⁵¹⁷ Sin embargo, si el mercado alcanza a adquirir este estatus es en virtud de su poder de aceleración y de su potestad para imponerla, la cual le permite, como señala Rosa, someter a su voluntad a todo y a todos, sin recurrir a un código normativo estricto y propugnando la promoción de la libertad de elección. El acomodo que el capital encuentra en el cambio siempre más raudo condena a la política, como ya ha sido apuntado, a una posición subalterna. Este mismo principio está detrás del crecimiento de incertidumbre y contingencia en la vida de los individuos, así como de la presión a mantenerse en la carrera, que los conducen a tomar decisiones y emprender acciones que no estarían dispuestos a reconocer como expresión de su auténtica voluntad. Por añadidura, es su aptitud para la aceleración la que evita a los agentes económicos la rendición de cuentas y favorece que sus disposiciones

⁵¹⁶ Cf. Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., capítulo 9 («La aceleración como una nueva forma de totalitarismo»), pp. 105-109).

⁵¹⁷ Cf. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 122 y 126.

Las posibilidades críticas de una triple alianza

sean asumidas acríticamente bajo la forma del desarrollo natural de las cosas.

En sus estudios sobre el Holocausto, Bauman identifica como la estrategia principal del totalitarismo alemán la inducción de «acciones funcionalmente indispensables para sus fines y que son totalmente contrarias a los intereses vitales de los actores».⁵¹⁸ Lo que explicaría la cooperación de las víctimas, central para el Holocausto,⁵¹⁹ habría sido la exhortación deliberada a creer que para garantizar su supervivencia debían facilitarles a sus opresores su propia destrucción, esto es, convirtiendo la colaboración en la opción más racional, contra el verdadero interés de los propios individuos:

El juego en el que los nazis obligaron a los judíos a participar era el de la muerte y la supervivencia y, por tanto, la acción racional, en su caso, sólo podía estar dirigida a incrementar las posibilidades de escapar de la destrucción o de limitar la escala de la destrucción. El mundo de los valores se redujo a uno, permanecer con vida (o, al menos, éste eclipsó a los demás).⁵²⁰

De este modo, se les enfrentaba siempre con una opción que les permitía elegir entre lo malo y lo menos malo, instigándoles a pensar

⁵¹⁸ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y Holocausto*, ed. cit., p. 150.

⁵¹⁹ «Parece, sin embargo, razonable pensar que, de no haberse producido la cooperación o haberse dado en menor escala, la compleja operación del asesinato en masa habría obligado a sus administradores a lidiar con problemas financieros, técnicos y de dirección de una magnitud completamente distinta (...) Sin todas estas ayudas, posiblemente el Holocausto se habría producido igual, pero habría pasado a la historia bajo otra forma, acaso menos aterradora» (*Idem.*, p. 145).

⁵²⁰ *Idem.*, p. 157. *Cfr.* en general para esta cuestión el capítulo 5 de *Modernidad y Holocausto* («Solicitar la cooperación de las víctimas», pp. 144-179).

que tenían algo que salvar, con el fin de hacer su comportamiento previsible y manipulable. Se les animó a creer que su situación era cambiante en función de lo que hiciesen, obstruyendo con ello las posibles vías para la solidaridad y la responsabilidad para con el otro. En suma:

Si podían elegir, ninguno de los consejeros o policías judíos subiría en el tren de la autodestrucción. Ninguno ayudaría a matar a otros. Ninguno se sumergiría en una corrupción propia de las orgías en tiempos de plaga. Pero no tuvieron esa elección. O, mejor dicho, no habían sido ellos los que habían fijado la gama de opciones posibles.⁵²¹

Va en el ejercicio de poder hacer que unas decisiones sean mucho más costosas que otras, aquellas otras que refuerzan el control de quien lo detenta.

Así pues, aun si las «técnicas integrales de dominación» han cedido su lugar a la precarización y la seducción, Bauman puede ver en el mercado el heredero de sus viejas funciones por cuanto también este utiliza la racionalidad de los dominadores contra sí mismos, manipulando su voluntad bajo el ropaje de la libre elección. Las opciones al alcance de los sujetos líquido modernos son activamente intervenidas de modo que posibilidades como el mantenimiento de compromisos a largo plazo se vuelve hartamente costosas, frente a la opción más racional de la inmediatez y la celeridad. Y a su vez, la degradación de las condiciones de vida llevada a cabo por la precarización coarta el

⁵²¹ *Idem.*, p. 178.

establecimiento autónomo de valores y objetivos al propulsar la supervivencia individual a valor supremo. Por todo ello, nos vemos llevados a concluir que, si bien Bauman no identifica en las estructuras temporales, como propone Rosa, la emergencia de un nuevo totalitarismo; y pese a su insistencia en el abandono del tipo de dominación panóptico, burocrático y omniabarcante de la modernidad pesada, su análisis de la transformación contemporánea del poder y su afirmación de la distancia creciente entre autonomía de iure y autonomía de facto en condiciones de liquidez, aportan argumentos a favor de la asimilación de la aceleración, también en su caso, como una fuerza totalitaria detentada, en este caso, por los agentes en las cabinas de mando del mercado.

IV.2 HACIA UNA TEORÍA CRÍTICO-CONCEPTUAL DE LA MODERNIDAD LÍQUIDA

IV.2.1 El malestar social como punto de partida

El esfuerzo baumaniano por diseccionar las entrañas de la Modernidad responde, tanto en sus elecciones temáticas como en su enfoque metodológico a la convicción de la existencia de un malestar social y de la obligación de la sociología de tomar este malestar como punto de partida de toda investigación.⁵²² Si un estudio de la dimensión

⁵²² Cfr. Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 37 y Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 224.

social de la experiencia humana tiene sentido e incluso puede reclamarse como improrrogable, es debido a que dicha dimensión produce escollos que enturbian la buena resolución del cruce entre persona y mundo.⁵²³ Acorde con ello, el objetivo que Bauman se auto-impone es la identificación de las causas de la producción social de sufrimiento, movido por la esperanza de coadyuvar a su cese. Por consiguiente, el potencial crítico de la investigación estará en su capacidad para proveer criterios con los que valorar la pertinencia de unas u otras evoluciones sociales, a la luz del grado de bienestar o desazón que estas hayan demostrado generar.

Consciente de los riesgos de un enfoque que asume como tarea propia la garantía de la dicha humana, Bauman matiza que el suyo es un «pensamiento parlante» dentro del cual los sujetos que le son objeto no solo tienen oídos, sino también boca. Su trabajo aspira a partir del malestar social como una categoría que no es decretada por el teórico, sino que emana de los propios individuos, razón por la cual la sociología se veta necesariamente, opina Bauman, el beneficio de la anticipación.⁵²⁴ Sin embargo, a la hora de especificar en qué consistiría

⁵²³ La experiencia humana es entendida en Bauman como la reunión de *Erfahrungen* y *Erlebnisse*, asumidas algo esquemáticamente como objetividad y subjetividad del encuentro entre persona y mundo, como la articulación de aquello que le ocurre al sujeto y la percepción, absorción e intelección de esto mismo. El objeto de la sociología es para Bauman, en último término, la interacción dialéctica de estos dos elementos (Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., pp. 22-26). *Erlebnis* no representa aquí, por tanto, el benjaminiano derivado defectuoso de la experiencia enfática que habría brindado la modernidad europea, sino simplemente el procesamiento de aquello que le sucede al sujeto.

⁵²⁴ *Cfr.* Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 37.

este diálogo y de qué manera la crítica podría apoyarse en él, Bauman se queda en la vaga petición de que constituya un intercambio informal, abierto y cooperativo.⁵²⁵ Deja pues sin tematizar el modo o el lugar desde los que el crítico adquiere la facultad sismográfica que lo ubica precisamente en esta conversación con los otros. Su empeño por huir de un cultivo de la sociología encorsetado en una u otra metodología, le desvía de la clarificación de este aspecto y es su trabajo el que, no obstante, ofrece por sí mismo una respuesta al respecto.

Desde una concepción homóloga del cometido último de la sociología, pero persuadido de la necesidad de ofrecer para ello una teoría altamente sistemática, Rosa hace explícita la dificultad que plantea la discriminación de los desarrollos patológicos del proceso de modernización.⁵²⁶ El riesgo de arbitrariedad o antropologización de las fuentes del malestar puede impugnarse, propone Rosa, haciendo de los propios sujetos el venero de los criterios normativos del diagnóstico.⁵²⁷ Como ya fue apuntado cuando nos ocupamos del modo en que este autor trataba de soslayar el reconocimiento de una esencia o naturaleza humana en su recuperación del concepto de alienación, son las propias visiones de una vida realizada mantenidas por los individuos tardo-modernos las que, contrastadas con el marco que se le proporciona a

⁵²⁵ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., p. 94.

⁵²⁶ Rosa insiste, como Bauman, en la necesidad de reconectar la investigación sociológica y filosófica con las experiencias de los sujetos tardo-modernos, convencido de que las ciencias sociales tienen que interpelar con sus preguntas al gran público. Tanto es así, que llega a identificar la sociología y la filosofía social con reacciones a la vivencia de tipo dramático de experiencias de modernización. Cfr. Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 7-15 y 80-85.

⁵²⁷ Cfr. Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 483.

tal idea para realizarse y que la convierte (además) en un mandato social, aportan la medida para el diagnóstico y legitiman el ejercicio crítico: «Así, las condiciones sociales que estructuralmente provocan que las personas persigan concepciones del bien que irremisiblemente no pueden alcanzar bajo esas mismas condiciones, con toda seguridad deben ser el blanco primordial de la crítica social».⁵²⁸

Por ello la aceleración es el caballo de batalla de Rosa. Aliada antaño de la promesa moderna de emancipación mediante la disolución acelerada del Antiguo Régimen, el progreso exponencial de la ciencia y la tecnología y la consolidación de una economía orientada al crecimiento, la aceleración se habría vuelto hoy, como ha sido expuesto, una fuerza totalitaria capaz de esclavizar a sujetos que, no obstante, siguen comprometidos con la idea de autodeterminación individual y política. El libre mercado, la política democrática o la promoción del desarrollo técnico... comparten una retórica donde la libertad es medular. Su legitimidad nace de la conversión en una meta perceptiva de la persecución de una vida exenta de coacciones externas, que se refuerza así como representación dominante de una existencia exitosa. Y sin embargo, la revocación acelerada de los frenos al libre movimiento de las condiciones que enmarcan esa existencia,

⁵²⁸ Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, ed. cit., p. 86. En este punto Rosa sigue, como él mismo reconoce, a Charles Taylor, para el que los individuos albergan necesariamente, de manera más o menos reflexionada, una cierta idea de vida realizada que les sirve como orientación en la toma de decisiones y en la acción: «Solo podemos funcionar como actores humanos si tenemos un sentido de hacia dónde deberíamos estar yendo y qué significa una vida buena y significativa.» (*Ibidem.* y nota de las revisoras en p. 8). Véase el último libro de Rosa, *Resonanz*, anteriormente referenciado.

desemboca en un escenario nada propicio para la autonomía. En el plano particular, la lógica de la competición sacrifica la elaboración de un proyecto vital a la predisposición reactiva al cambio que permite mantenerse en la carrera. Políticamente, se ha vuelto igual de anacrónico y arriesgado el compromiso con un plan general que se arroge la misión de garantizar colectivamente el camino hacia un estado de libertad, igualdad... frente al que las políticas se adoptan circunstancialmente con el fin de mantenerse competitivos y potencialmente acelerantes. En suma, la aceleración desemboca en una «heteronomía total», por la que tanto individual como políticamente se emprenden iniciativas que, sin embargo, no se corresponden con lo que esos mismos individuos y colectividades reconocerían como objetivos a perseguir.⁵²⁹ El diagnóstico del malestar social en la modernidad tardía-líquida se apoya, por tanto, en la contradicción entre autonomía de iure y autonomía de facto. Es esta discordancia la que aporta la norma desde la que es posible afirmar (partiendo de los propios sujetos), según muestra también la obra de Bauman, que el cariz actual de la modernidad es patológico y reclama intervención. Es el desequilibrio entre el significado asignado a la emancipación y su disponibilidad efectiva lo que especifica, justifica y confiere potencial crítico al «pensamiento parlante» baumaniano. Así pues, en último término, es el choque entre la dotación significativa del concepto y la

⁵²⁹ Cfr. *idem.*, pp. 140-143 y Hartmut ROSA *Beschleunigung*, ed. cit., p. 483. Cfr. en general el capítulo 13 de su *Alienación y aceleración* («La crítica ética I. La promesa incumplida de la modernidad», pp. 135-145).

realidad a la que pretendidamente se aplica, el que abre la puerta de la crítica.

IV.2.2 Lo disponible del concepto y la crítica de las ideologías

La voluntad de partir del sufrimiento humano y de identificar sus causas conduce a Bauman a la historización de la crítica y al trabajo sobre el concepto. Las fuentes del malestar no son motivos perennes, sino que se transforman en el devenir histórico y con ellas el blanco de la crítica. *Modernidad líquida* está destinada justamente a calibrar esa mutación;⁵³⁰ y dado que la vía escogida a tal efecto es la selección y disección de cinco conceptos considerados fundamentales para la primera fase de la Época moderna, cabe colegir que Bauman es consciente de y trata de aprovechar el rédito crítico de una investigación de tipo histórico-conceptual, como ya fue defendido en el segundo capítulo.

Junto a Koselleck, ambos comparten la convicción del carácter comprometido de una investigación consagrada a la imbricación de las continuidades y discontinuidades históricas, cuyo desempeño efectivo

⁵³⁰ «A medida que el tiempo pasa, y si se quiere mantener afilado el cuchillo crítico que hiende el futuro, resulta inevitable el cambio del centro de interés y de las proposiciones fundamentales. Los peligros que amenazan las posibilidades humanas cambian como también lo hacen los “puntos ciegos” de la experiencia humana que sofocan la cristalización de dichas posibilidades. En *Liquid Modernity* traté de esbozar los cambios más cruciales que están teniendo lugar y que exigen una urgente revisión de los objetivos y la estrategia del pensamiento crítico.» (Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 53).

recaiga -parcialmente en el caso de Bauman- en el estudio del grado de vigencia de ciertos conceptos. Según lo expone Koselleck, el esclarecimiento de los contextos de formación y desarrollo de los conceptos permite tomar conciencia de posibles transferencias de significado respecto a épocas pasadas. El escrutinio se traduce entonces en la adquisición de un mayor control semántico sobre conceptos que siguen gozando de repercusión en el contexto político actual.⁵³¹ Y ello poniendo un énfasis particular no tanto en la experiencia pasada que esos conceptos son capaces de albergar, cuanto en el horizonte de expectativa que también fue anticipado en ellos. Si como ya hemos señalado, a partir de las luchas semánticas que acompañan en la modernidad a la pugna política, con mayor fuerza que nunca, el concepto gana en generalidad y abstracción, da a luz a unidades sociales y políticas de acción y preludia estados de cosas que se pretende ver realizados en el futuro, se abre una brecha entre lo concebido y lo existente por la que puede filtrarse fácilmente la ideologización. Como señalan Faustino Oncina y José Luis Villacañas en su introducción a *Historia y hermenéutica*:

Dado que estos conceptos [los que usamos] son también elementos de la lucha política, la diferencia entre lo disponible y lo no disponible marca también la normatividad de las luchas políticas, de su realidad o de su dimensión ideológica, de su capacidad de producir efectos

⁵³¹ *Cfr.* Reinhart KOSELLECK, Introducción al *GG*, ed. cit., p. 8.

responsables y libres, o de encerrarse en conceptos sin referencia estructural, como conceptos puros sin esquemas, utópicos.⁵³²

No es de extrañar, en este sentido, que en su introducción al concepto de ideología Michael Freedden le dedique un espacio a la Historia Conceptual, a la que le reconoce un parentesco con el estudio contemporáneo de la misma. Freedden localiza la médula de la aportación histórico-conceptual a este campo en el hecho de haber resaltado la centralidad de la dimensión temporal para los conceptos y, por extensión, para las ideologías. Este autor subraya que:

El tiempo social e histórico se apoya en algunos hechos indiscutibles, pero un rasgo central de las ideologías es el vínculo que establecen entre hechos diacrónicos y sincrónicos de manera selectiva en una red de imaginación llena de recursos. Lo que se halla desconectado es incorporado; lo aleatorio se transforma en abierto y progresivo o cerrado y regresivo. La historia conceptual y el estudio de las ideologías reconocen la agencia humana en la elección de nuestros futuros, pero son conscientes de las muchas constricciones dentro de las cuales se producen las elecciones.⁵³³

En este sentido, el estudio simultáneo de la formación diacrónica del significado de los conceptos y su engarce con entramados sincrónicos, puede reclamar con justicia el título de método crítico para el examen de los discursos políticos.

⁵³² Reinhart KOSELLECK y Hans G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, ed. cit., p. 42.

⁵³³ Michael FREEDDEN, *Ideología. Una breve introducción*, trad. cast. de Pablo Sánchez, (Santander: Universidad de Cantabria), 2013, pp. 101-102.

En términos generales, la Historia Conceptual comparte con la Crítica de las Ideologías la identificación en los conceptos políticos modernos de un poso de sentido que apunta a un mañana por cumplir, legatario de un marco de gestación marcado por las reivindicaciones políticas y sociales desplegadas con los acontecimientos revolucionarios de los siglos XVIII a XX. La implantación del orden burgués y la resultante insatisfacción de aquellas aspiraciones, deja a los conceptos gravados con un excedente de significación no realizado, que es puesto en juego aún hoy pese al cambio en las condiciones históricas.⁵³⁴

Ya en *Modernidad y ambivalencia* Bauman incidía justamente en esta dimensión, reconociéndole al concepto una función proyectiva por la que cobraban sentido las dolencias y los sacrificios del presente de su uso y alertando de la disminución contemporánea de ese, por decirlo en terminología koselleckiana, contenido de expectativa: «Hoy somos desdichados, pues nos han dejado el viejo vocabulario o léxico, pero sin la esperanza, que le nutría con jugos vitales».⁵³⁵ El hundimiento de esas expectativas sociales es en gran parte lo que se reconstruye en *Modernidad líquida* y la razón principal por la que Bauman puede calificar los conceptos que en ella examina de «conceptos zombis», muertos vivientes conceptuales.⁵³⁶ Pero lo que en ella se pone igualmente de relieve, es el compromiso que según Bauman nos une aún hoy al proyecto de futuro contenido en ellos y que en líneas

⁵³⁴ Cfr. Faustino ONCINA y José Manuel ROMERO (eds.), *La historia sedimentada en los conceptos*, ed. cit.

⁵³⁵ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., p. 309.

⁵³⁶ Cfr. Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 14.

generales se resume en el concepto de emancipación. De ahí la necesidad de poner el foco en las causas estructurales de la pérdida de esperanzas, puesto que en ello se hace patente el vínculo perverso entre la asignación de significados obsoletos a la luz de las condiciones existentes y las exigencias de reproducción del sistema vigente. De este modo, cuando Bauman denuncia la no correspondencia entre el significado de emancipación heredado de la modernidad sólida y las condiciones que hoy en día se le ofrecen, no está sino desenmascarando una grieta por la que puede filtrarse el talante ideológico de un uso de los conceptos ajeno a lo no disponible de los mismos.

En uno de los *excursus* de *En busca de la política*, Bauman hace explícita su concepción de la ideología y el sentido que a sus ojos puede tener en esta fase de la modernidad una crítica de la misma, presentándolos como resultado de una somera reconstrucción histórica de los avatares de dicho concepto.⁵³⁷ Desde las últimas décadas del siglo XX se impone, de acuerdo con éste, un «concepto positivo de ideología» en el que ésta pasa a designar las precondiciones de todo conocimiento. En las antípodas de su acepción ilustrada, mantenida con variaciones a lo largo de casi tres siglos, la ideología nombra ahora un marco no reflexionado que sirve como filtro para las sensaciones y preserva «la percepción estructurada de la realidad vivida en medio del velocísimo bombardeo de información que amenaza con hacer estallar

⁵³⁷ Cf. Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, ed. cit., «Excurso 1: La ideología en un mundo posmoderno», pp. 119-139. También para lo que sigue.

todas las estructuras y aniquilar todos los significados». ⁵³⁸ La ideología se uniría así a la variedad lingüística para hacer del proceso de comunicación humana un permanente proceso de traducción, que expresaría en último término no solo la neutralidad de la clase intelectual, sino además su renuncia a la unificación de lo dividido. La pérdida de la base definatoria común que unificaba todas las ideologías, esto es, su proyección de futuro -aun a veces en la forma de una reforma o una restauración- es en opinión de Bauman una declaración de intenciones de acuerdo con la cual se decreta que: «Toda teoría y toda práctica política serán, de ahora en más, fragmentadas, desreguladas, autorreferentes y episódicas, como lo es la vida posmoderna». ⁵³⁹ Por ello para este autor la ideología en su acepción contemporánea es una de las maneras del descompromiso de las nuevas élites intelectuales, que negando la existencia de una afuera de la ideología, eliminan no solo la posibilidad de establecer criterios para su discriminación, sino también la conciencia de la gravedad del problema que hace necesaria esta labor: «Si no se admite ninguna crítica ideológica, la tarea de reflexión social termina con el señalamiento de que en todo hay ideología y de que todo es ideológico. La idea de un

⁵³⁸ *Idem.*, p. 128. Por el contrario, el concepto ilustrado de ideología, afirma Bauman, expresaba la voluntad de los pensadores de trazar el límite entre el conocimiento correcto y el incorrecto, bajo el supuesto compartido de la necesidad de una reconstrucción de la sociedad humana acorde con la Razón. En su opinión, aun si la relación entre la búsqueda del saber verdadero y la transformación del mundo cambió a lo largo de la modernidad sólida, especialmente en los albores del siglo XX, se conservó en todo momento «la prerrogativa legislativa de los productores y portadores del conocimiento», ya fuese en la forma de asesores gubernamentales, dedicados exclusivamente a establecer los criterios de verdad o en el papel de críticos acérrimos de las actuaciones del poder. *Cfr. ídem*, pp. 123-126.

⁵³⁹ *Idem.*, p. 136.

compromiso activo con la sociedad pierde su justificación y su urgencia». ⁵⁴⁰

Con todo, sigue habiendo una crítica de la ideología que resiste el embate de la resignificación del concepto y que merece la plena aceptación de Bauman, a saber, aquella que señala y examina como ideología hegemónica «la apoteosis neoliberal de grandes resultados económicos, productividad y competitividad, con su culto al triunfador y su promoción del cinismo ético». ⁵⁴¹ En favor de su asimilación a un credo ideológico, Bauman aduce su función de esquema apriorístico de todo discurso. Acorde con el significado actual del concepto que él mismo aporta, el neoliberalismo puede ser calificado con propiedad de ideología en tanto sirve de soporte cognitivo que selecciona lo relevante, establece los parámetros formales de todo razonamiento y ofrece los instrumentos de evaluación de los resultados. Sin embargo, a diferencia de las ideologías anteriores, esta adolece de una muy seria falta de cuestionamiento, hasta el punto de que llega a considerársela como la lógica inexorable de la realidad social misma:

La apoteosis neoliberal del mercado confunde *les choses de la logique avec la logique des choses*, mientras que las grandes ideologías de la modernidad, con todas sus controversias, coincidían en un punto: que la lógica de las cosas como son desafía y contradice los dictados de la

⁵⁴⁰ *Idem.*, p. 135.

⁵⁴¹ *Idem.*, p. 136.

razón. La ideología contraponía la razón a la naturaleza; el discurso neoliberal impotentiza a la razón, naturalizándola.⁵⁴²

Es precisamente la naturalización de la lógica de desarrollo de las sociedades contemporáneas la que permite, como señala Rosa, resolver la aparente paradoja entre la gran necesidad de coordinación y regulación de una sociedad altamente interdependiente como la nuestra y su escasa normatividad ética. Surcando una vía balizada por Elías y Foucault, Rosa dirige su crítica de la ideología al silencio desde el que las normas temporales limitan y orientan la actuación de individuos y colectividades, por cuanto ese sigilo se convierte en un medio de oscurecimiento de su dimensión social y su posibilidad de ser ética y políticamente discutidas.⁵⁴³ En la modernidad tardía son los lapsos menguantes, el corto plazo, la inmediatez o la pauta de la gratificación inmediata, propios de las estructuras temporales de sociedades aceleradas, los que operan (ahora) donde antaño lo hiciesen la rutinización o la fijación de estrictas secuencias temporales de acción. Su apariencia natural hace a estas normas temporales máximamente eficientes a la hora de dar salida a la paradójica exigencia de la

⁵⁴² *Ibidem*. Para una elucidación de esta naturalización como mecanismo ideológico y subterfugio alienante criticado por una pensadora afín a la Teoría Crítica, en la que también se incardina Rosa, véase la contribución de Rahel JAEGGI, «Was ist Ideologiekritik?» en: Rahel JAEGGI y Tilo WESCHE (eds.), *Was ist Kritik?*, (Fráncfort del Meno: Suhrkamp), 2009, pp. 266-295, citada recurrentemente en: Faustino ONCINA y José Manuel ROMERO (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos*, ed. cit.

⁵⁴³ *Cf.*: Hartmut ROSA, *Alienación y aceleración*, capítulo 12 («La crítica normativa y la ideología revisitada. Desenmascarando las normas sociales ocultas de la temporalidad», pp. 127-134). También para lo que sigue. *Cf.*: asimismo las pp. 71-72 de esta misma obra.

modernidad, que reclama a un tiempo mayor ordenación y una más amplia libertad. Pero es ella también la que hace de la aceleración una fuerza totalitaria que atropella la que para Rosa, como para Bauman, es la promesa de la Época moderna, una ganancia mayúscula de reflexividad y autonomía.

De este modo, si bien el objeto de la crítica de la ideología asumida por Bauman no son las estructuras temporales sino, una vez más, la economía de mercado, éste no deja de reconocer en la presión a acelerar y la acción acelerante la vía mediante la cual esa criptocracia puede mantener silente su imposición de una determinada lógica social. La misma presión a aumentar la velocidad que determina la conducta de los individuos y grupos, consigue con su acción conferir al estado de cosas una pátina de inevitabilidad que desemboca en el credo de la falta de alternativas. El apremio, asegura Bauman, es reactio a la reflexión y sin esta el movimiento aparece como una fatalidad allende la intervención deliberada:

El pensamiento requiere pausas y descansos, exige que “nos tomemos nuestro tiempo”, que recapitulemos los pasos que hemos dado, observando cuidadosamente el lugar al que arribamos y evaluando la sensatez (o la imprudencia, según el caso) que nos llevó hasta allí. Pensar nos distrae de la tarea del momento, que es correr y mantener la velocidad. Y en ausencia del pensamiento, la carrera sobre hielo delgado

que es la suerte de los individuos frágiles en un mundo poroso puede confundirse con el *destino*.⁵⁴⁴

En este sentido, creemos que es posible identificar también en Bauman el reconocimiento indirecto de la aceleración como ideología, puesto que reúne los dos elementos que él mismo establece como distintivos de la derivación líquido-moderna de la misma. Por un lado, en tanto que valor sumo para la supervivencia, la aceleración determina la entera forma del pensamiento y la acción humana, como ya fue señalado cuando nos ocupamos del cambio en las estrategias de poder. Constituye, por tanto, una base cognitiva para la selección y el procesamiento de la experiencia, el establecimiento de escalas de prioridades y la tasación de resultados. Por el otro, su antagonismo con la reflexión y la oportunidad de ocultación que le brinda a los focos desde los que según Bauman esta dinámica es incentivada, motiva su naturalización en la forma de una suerte de fatalismo que autocorroborra la esterilidad del debate y la actuación política. Como la «apoteosis neoliberal», la aceleración traba *les choses de la logique avec la logique des choses*, hasta el punto que nos lleva a preguntarnos si no es justamente gracias a ella por lo que Bauman puede considerar a aquella una ideología.

La relevancia de la aceleración como objeto de la crítica baumaniana se revela finalmente en el hecho de que el cometido que

⁵⁴⁴ Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 220. En la misma línea, en *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?* (ed. cit.) afirma: «La complejidad de los sistemas en juego con la incertidumbre de sus marcos nos pone en manos del destino: ese criptónimo de una mezcla de lo impredecible y de lo incontrolable.» (p. 143).

se le atribuye a la sociología es justamente el de «tomarse tiempo».⁵⁴⁵ Dado que el torbellino de las evoluciones sociales empaña la contingencia del orden de cosas, la crítica tiene que ser necesariamente entendida como una detención y, por la misma razón, el resultado esperado debería ser, en su realización plena, la expansión de la libertad individual y el potencial colectivo.

IV.2.3 Rasgar el telón para liberar potencialidades ocultas

Tomando una imagen de Kundera, Bauman describe el objetivo último de su trabajo como un «atravesar el telón de los prejuicios para iniciar una labor continua de reinterpretación, sometiendo a escrutinio el mundo humano que se ha hecho y se está haciendo “en toda la cómica desnudez de su prosa”». ⁵⁴⁶ Rasgar el cortinaje adquiere aquí el significado de un cuestionamiento de lo que en la vida social se presenta como natural e inevitable. Bauman asume la vocación de enrarecer las bases desde las que esta vida es pensada, sacándolas a la luz y problematizándolas como una *doxa* que ni es evidente ni resulta

⁵⁴⁵ «Tomar distancia, tomarse tiempo -para separar el destino de la suerte, para emanciparlo de la suerte, para darle la libertad de enfrentar y desafiar la suerte-: ésta es la tarea de la sociología.» (Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, ed. cit., p. 220). Como consecuencia, la disciplina sociológica se condena a una posición marginal dentro de los saberes que se cultivan en la modernidad líquida y a una recepción social entre la sordera y el desdén: «¿Que la ignora? Quizás, y no es sorprendente; la nuestra es, en el fondo, una cultura del surfear y olvidar. ¿Que la desprecia? Probablemente también, y tampoco es sorprendente; cedemos finalmente bajo el peso insostenible de la información excesiva, sin apenas tiempo para frenar, reflexionar y separar el grano de la paja.» (*Id.*, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., p. 92).

⁵⁴⁶ Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., pp. 32-33.

inexorable.⁵⁴⁷ La meta: revelar potencialidades humanas que habrían quedado eclipsadas por la apariencia de ineluctabilidad del desarrollo social efectivo y mostrar la existencia constante de posibilidades para el ejercicio de la libertad humana. Por esta razón Bauman desea alejarse de la sociología tradicional, según su propia interpretación de la misma.

De acuerdo con ésta, la sociología habría nacido como una ciencia del orden, destinada a ofrecer herramientas y justificación a la constitución de las nuevas jerarquías social y política, tras el hundimiento del Antiguo Régimen:

Fundada sobre la reflexión, el reciclado y el reprocesamiento de la experiencia moderna, y siendo ella misma una ciencia moderna, la sociología se propuso explorar las maneras misteriosas en las que la libre voluntad se emplea en la producción de regularidades, normas y patrones -aquellos “hechos sociales” de Émile Durkheim: externos, coercitivos, ciegos ante las luchas individuales, y sordos ante los anhelos individuales-. En su aplicación práctica -eso esperaba la ciencia social-, esos hallazgos serían útiles para la construcción de regularidades, normas y patrones nuevos y mejorados, así como para fijarlos en su lugar una vez establecidos.⁵⁴⁸

De ahí que el foco de interés de lo que resume como «proyecto durkhoparsoniano» estuviese en las coacciones introyectadas que

⁵⁴⁷ *Cfr. Idem.*, p. 138. *Cfr.* también las conclusiones a *Id.*, *Miedo líquido*, ed. cit., pp. 207-228.

⁵⁴⁸ Zygmunt BAUMAN, *La sociedad sitiada*, ed. cit., p. 41.

limitan la voluntad individual con el fin de preservar el orden social.⁵⁴⁹ La idea de que la humanidad en «estado natural» es pura brutalidad y destrucción limitaba las alternativas a una firme autoridad o el salvajismo anárquico, justificando así la creencia en la necesidad del establecimiento de un orden artificial. Este fue en opinión de Bauman el punto de partida de la filosofía social, las ciencias políticas y la sociología moderna.⁵⁵⁰

Frente a ésta, Bauman aboga por una investigación cuya finalidad sea «hacer la conducta humana menos predecible, activando fuentes de decisión interna y motivadoras, que proporcionen a los seres humanos un conocimiento más que suficiente de su situación para ampliar de este modo la esfera de su libertad de elección».⁵⁵¹ Por eso asegura que su trabajo no parte de un modelo prefijado de «vida buena», una suerte

⁵⁴⁹ En su monografía Helena Béjar ofrece argumentos contra la simbiosis que Bauman establece entre Durkheim y Parsons y que, en su opinión, se debe precisamente a una lectura del primero mediada por el segundo. Frente a la recepción de Durkheim como ideólogo del orden social, Béjar defiende, mediante la referencia a textos concretos, la existencia en el francés de una clara conciencia de la dualidad humana que lo emparenta con la ambivalencia que Bauman opone a la idea de orden. La presencia en el humano de un cuerpo y un alma -respectivamente asociados a la experiencia y lo profano, por un lado, y a la moral y lo sagrado, por otro- lo inscriben en una tensión entre egoísmo y altruismo, entre la búsqueda de intereses particulares y la persecución de fines universalizables. La racionalidad que representa la sociedad resuelve la tensión a favor del orden, lo cual según Béjar lleva a Bauman a interpretar a Durkheim como una secularización de Pascal. Por el contrario, ésta defiende que: «Durkheim no es un burdo conservador en busca de un orden salvador, sino un dualista sutil que expresa la dificultad de vivir en la modernidad, donde la moral, que vertebraba la vinculación social, se hace más y más compleja.» (Helena Béjar, *Identidades inciertas*, ed. cit., p. 36; *cf.*: en general el epígrafe «Émile Durkheim y el dualismo de la naturaleza humana», pp. 31-40).

⁵⁵⁰ *Cf.*: Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes*, ed. cit., p. 80 e *Id.*, *Modernidad y ambivalencia*, ed. cit., pp. 331-332.

⁵⁵¹ Zygmunt BAUMAN, *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo?*, ed. cit., p. 11, citado del *Polish Sociological Bulletin* de 1967.

de sustituto secularizado del reino de Dios que acercaría la sociología a la teología. Bauman se defiende de la posible equiparación de su enfoque con una teodicea secular, motivada en gran parte por su voluntad de dar salida a la desazón humana, afirmando que su método para lograr tal pretensión es desvelar las irracionalidades y contingencias que permitieron la realización de la Modernidad tal y como se nos presenta en su fase actual. Su perspectiva «está abocada a socavar los cimientos sobre los que se asientan el resto de las creencias sobre la “necesidad” y la “naturalidad” de las cosas, las acciones, las tendencias y los procesos».⁵⁵²

Bauman considera que lo que obstruye la libertad no es en último término una situación dada, sino la falta de claridad respecto a la misma. Aun en las peores circunstancias, siempre hay un resquicio para la libre elección, como defiende provocadoramente incluso para un caso como el del Holocausto. El marco de actuación determina la distribución de las posibilidades, pero no elimina completamente la decisión.⁵⁵³ El trabajo teórico tiene que «revelar y descubrir los elementos que, por ser engañosos o crear confusión, proporcionan una base para el tipo de planteamientos que sostienen y estimulan continuamente las actitudes quietistas».⁵⁵⁴ Por ello la «hermenéutica sociológica» que Bauman trata de llevar a cabo es necesariamente crítica. Su proyecto no está dedicado tanto a postular cuanto a añadir

⁵⁵² *Idem.*, pp. 42-55, aquí 44.

⁵⁵³ *Cfr. ídem.*, pp. 67-68.

⁵⁵⁴ *Idem.*, pp. 25-26.

insatisfacción, pues no solo desfamiliariza sino que además reclama la asunción de responsabilidades.

Este es el talante de la adscripción baumaniana a la Teoría Crítica. Como sucede también en el caso de Rosa, la vinculación no responde a la toma de partido por una u otra metodología, por lo demás un contrasentido teniendo en cuenta la reivindicación de los teóricos críticos de la historicidad del conocimiento y de la conexión de las formas de análisis con las formas cambiantes de la práctica social. Por el contrario, Bauman entiende por Teoría Crítica:

el género de teorización que acepta, primero, que “las cosas no son necesariamente lo que parecen ser” y, segundo, “que el mundo puede ser diferente de lo que es”. En otras palabras, un tipo de teorización que explique *explícitamente* lo que la naturaleza del modo de ser cultural asume *implícitamente*.⁵⁵⁵

Lo que une los diferentes planteamientos reunidos bajo el rótulo de la Teoría Crítica es por tanto esa voluntad de preservar abiertas las posibilidades humanas sobre la que Bauman insiste a la hora de explicar su propia vocación sociológica.

El encaje de ambas perspectivas se confirma si atendemos a los requisitos que Rosa le estipula a todo encuadre que se pretenda teórico-crítico: «la interdisciplinariedad del enfoque, un diagnóstico que permita la identificación de tendencias indeseables de la evolución social, que

⁵⁵⁵ Zygmunt BAUMAN y Keith TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., p. 52.

debe reposar sobre experiencias morales reales del sujeto social, así como un ‘interés por la emancipación’ constatable empíricamente».⁵⁵⁶

El trabajo de Bauman rehúye las divisiones académicas, que le parecen resultado de motivaciones burocráticas y mercantiles. Su búsqueda se dirige al conjunto de la experiencia humana y, como tal, no puede

⁵⁵⁶ Hartmut ROSA, *Beschleunigung*, ed. cit., p. 480, nota 5. Para Rosa es una crítica de las condiciones temporales como la que él realiza la que aún mejor que ningún otro planteamiento estas tres condiciones. Según defiende, el mérito de una teoría crítica de la aceleración es el de haber encontrado un concepto unificador para ese diagnóstico interdisciplinar emancipador nacido de las experiencias reales de sufrimiento de los actores sociales, que no refiere a la sustancia de la sociedad, sino a las leyes y fuerzas de su movimiento, algo que echa en falta en las reactualizaciones alternativas de la Teoría Crítica (*Id., Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 89-90). Su propuesta no se ancla ni en las condiciones de producción (como en la primera Teoría Crítica), ni en la comprensión mutua (como en Habermas), ni en el reconocimiento (como en Honneth), sino en las estructuras temporales (*Id., Beschleunigung*, ed. cit., p. 481), porque: «Mientras no discuto que las condiciones de interacción (comunicativa y también de reconocimiento) forman la base de la sociedad, sí afirmo que no pueden ser analizadas y comprendidas apropiadamente sin tomar en cuenta la dimensión dinámica y las fuerzas impulsoras de la aceleración social» (*Id., Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 90). De este modo, Rosa le retrae a Honneth no haber reparado en que las formas del reconocimiento social están sujetas a índices temporales (*Id., Beschleunigung*, ed. cit., pp. 482-483). En el marco de la Modernidad tardía, es la velocidad la que asigna las tasas correspondientes de reconocimiento, la lucha por la obtención del cual alimenta a su vez la aceleración: «Tenemos que ser rápidos y flexibles para conquistar (y preservar) el reconocimiento social pero, al mismo tiempo, nuestra lucha por el reconocimiento impele constantemente las ruedas de la aceleración.» (*Id., Alienación y aceleración*, ed. cit., pp. 98-99; *cf.*: en general el capítulo 8, «La aceleración y la “crítica a las condiciones del reconocimiento social», pp. 97-109). Paralelamente, en lo que respecta a Habermas, Rosa replica que las distorsiones que este identifica en las condiciones de comunicación en el contexto tardo-moderno dependen también en última instancia de los recursos temporales existentes. Así, por ejemplo, ni la ciencia ni la política se organizan en función de «la fuerza del argumento más fuerte», puesto que resulta una exigencia desmedida en una época de hambruna temporal como la nuestra (*Idem.*, pp. 92-95). El núcleo de una crítica basada en el intercambio comunicativo debería incidir para Rosa en la sospecha de que «las palabras -y aún más los argumentos (...) se hayan vuelto demasiado lentas para la velocidad del mundo en la modernidad tardía.» (*Idem.*, p. 95; en general *cf.*: el capítulo 7, «La aceleración y la “crítica a las condiciones de comunicación», pp. 91-96). De ahí la conveniencia, en su opinión, de hacer de la aceleración la médula de una nueva versión de la Teoría Crítica.

confinarse en los herméticos límites de los departamentos universitarios.⁵⁵⁷ Sus argumentaciones viran sin complejos de las referencias a clásicos de la filosofía a estudios sobre economía, a ejemplos literarios o a la interpretación de los significados que ponen en juego ciertos programas televisivos. En segundo lugar, su tesis de la contradicción entre autonomía de iure y autonomía de facto ofrece un útil con el que diagnosticar patologías sociales que, de acuerdo con el punto de partida que él mismo se auto-impone, parte y recae sobre el malestar existente entre los actores sociales. Finalmente, según acabamos de exponer, su examen de las transformaciones sociales se propone sacar a la luz la contingencia de tales procesos con ánimo de mostrar la existencia de vías alternativas y de posibilidades de intervención, es decir, su voluntad última es la ampliación del horizonte de potencialidades humanas, del campo disponible para la emancipación.⁵⁵⁸

Pero como el propio planteamiento de Rosa ejemplifica y hemos tratado de evidenciar en relación con el trabajo de Bauman, el

⁵⁵⁷ Zygmunt BAUMAN y Keit TESTER, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, ed. cit., pp. 60-61.

⁵⁵⁸ Según las razones expuestas, casa también con los cuatro criterios que Rahel Jaeggi estipula para el reconocimiento de la crítica de las ideologías, a saber: es crítica de la dominación en el sentido de apariencia de inevitabilidad de ciertas condiciones (mediante estrategias o fenómenos como la naturalización, la universalización o la trascendentalización) que será desenmascarada; parte de las contradicciones o inconsistencias internas a una situación; se basa en una hermenéutica de la sospecha; y aún análisis y crítica de modo que el primero no es una mera propedéutica de la segunda, sino parte misma del proceso. *Cf.*: Rahel JAEGGI, «Was ist Ideologiekritik?», art. cit.; así como Faustino ONCINA, «Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada», art. cit.

desarrollo efectivo de esta perspectiva general conduce justamente a la Historia Conceptual. Como vimos en el segundo capítulo, los conceptos ofrecen una herramienta privilegiada para la investigación del transcurso histórico por cuanto éste se deposita en las mutaciones semánticas de los mismos. Ello es determinante para una crítica que se sabe sujeta a los desplazamientos de las fuentes del malestar humano. Pero, además, en tanto que elementos que inciden activamente en el curso de los acontecimientos, ignorarlos supone perder de vista un resorte fundamental de los procesos históricos. Por otro lado, según mostramos en este mismo capítulo, la investigación conceptual permite visualizar los desajustes entre el significado de los conceptos, con toda su carga pasada, y las estructuras objetivas en el medio de las cuales éstos se ponen hoy en juego, representando así un útil de primera magnitud para la crítica de las ideologías. Finalmente, si el principal escollo que estas últimas plantean es, de acuerdo con lo dicho, su apariencia de naturalidad y el subsiguiente fatalismo, la Historia Conceptual puede reclamar con justicia su lugar entre los enfoques perentorios, en la medida en que su escrutinio de los conceptos políticos fundamentales modernos no puede por más que desembocar en el cuestionamiento radical del barniz de necesidad y universalidad que recubre lo que con especial solvencia los herederos italianos de esta corriente han denominado el «dispositivo conceptual de la política moderna». Como señala Giuseppe Duso:

No se trata tanto de negarlo, de considerarlo erróneo sobre la base de otra verdad, o sobre la única verdad racional que denuncia el error de

aquello que se critica. La actitud es más bien la de introducirse totalmente en el interior de los conceptos pidiendo cuentas de ellos, tratando de comprender si su pretensión de racionalidad universal guía la interrogación o si estos se muestran históricamente determinados, esto es, tienen una génesis propia y en cuanto tal pueden tener una crisis propia.⁵³⁹

En esa interrogación filosófica se pone de manifiesto que la universalidad con la que se presentan los conceptos políticos modernos (Estado, individuo, igualdad, libertad, soberanía, representación, democracia, etc.) oculta un origen histórico preciso y contingente. Este coincide con las teorías del contrato social que surgen en el siglo XVII y se difunden a través de su constitucionalización un siglo después, en la época de las revoluciones que se horquilla en la centuria en la que Koselleck determina la disolución del mundo antiguo y el surgimiento del moderno. El contractualismo moderno, de Hobbes a Kant, hace vehicular nuevos conceptos en viejas palabras, con los que se inaugura un régimen de pensabilidad de la política que, si por un lado, rompe con el espacio de experiencia de una tradición milenaria de pensamiento político vinculada a lo concreto de la experiencia y de las historias, por el otro, legitima a priori, es decir, a través de una

⁵³⁹ Giuseppe DUSO, «Historia conceptual: ¿crítica o filosofía?», trad. cast. de Héctor Vizcaíno, en: Faustino ONCINA y José Manuel ROMERO (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos*, ed. cit., pp. 29-48, aquí p. 37. Esta tesis (la aproximación entre Historia Conceptual y Crítica ideológica) no obsta para que Koselleck, aduciendo ese argumentario que aquí despliega Duso, impugne uno de los emblemas de la Teoría Crítica: el concepto de emancipación. Véase el capítulo que le dedica Koselleck a tal concepto («Desplazamiento de los límites de la emancipación. Un esbozo histórico-conceptual») en: Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos*, ed. cit., pp.113-129.

construcción racional en la que los conceptos indicados mantienen una relación lógica constelativa, un tipo de relación política, esto es, de mando y obediencia, que pivota en torno a la relación reticular que mantienen entre sí el individuo que forma parte del pueblo soberano y la representación política. Este dispositivo que des-historiza y oculta su origen histórico concreto, tiene como efecto inmediato la despolitización de los individuos y las comunidades pre-estatales al tiempo que naturaliza los valores del liberalismo como valores fundamentales y universales. La crítica de la ideología de los herederos italianos de la *Begriffsgeschichte*, al poner de manifiesto la contingencia y aporeticidad del régimen moderno de pensabilidad de la política, devuelve a la filosofía política su dimensión histórica y reabre la posibilidad, como demanda la búsqueda baumaniana, de pensar la política de otra manera.

CONCLUSIONES

Iniciamos este recorrido con el propósito de resaltar la aceleración como una vía de acceso preferente al diagnóstico del presente de Zygmunt Bauman y a la concepción general de la modernidad en que este se ampara. Aquello que aflora articulado en el universo metafórico de la liquidez es el fenómeno de una agudización de la velocidad del cambio que se manifiesta en la consistencia proteica de los diferentes elementos que organizan la vida de los individuos líquido-modernos (relaciones sociales, formas del trabajo, estrategias identitarias, saberes, normas, hábitos de conducta, etc.). El contraste entre las dos fases que conforman para este pensador la contextura moderna, surge, como tratamos de mostrar en el primer capítulo, de la mayor o menor cabida que en cada una de ellas tiene la duración, de modo que, si bien la modernidad está intrínsecamente comprometida con el dinamismo, solo en su periodo contemporáneo se entrega a este sin reservas ni subordinación a un fin ulterior.

Tal propuesta de lectura se enfrenta a la contra-evidencia de que el concepto mismo de aceleración no recibe por parte de Bauman la atención que sería de esperar, teniendo en cuenta la recurrente utilización que encontramos en este autor de estrategias histórico-semánticas a la hora de explicar las transformaciones que deslindan el espacio entre el Antiguo Régimen, la modernidad sólida y su homónima líquida. Ahondamos en este uso de los conceptos en la primera parte del segundo capítulo, en el que establecimos una afinidad

entre el enfoque de Bauman y la Historia Conceptual koselleckianamente entendida. Así, hemos sostenido que el concepto es en Bauman un portador privilegiado de información histórica, de manera que en él se articulan tanto la experiencia histórica como la transformación de las estructuras que le subyacen. Sin embargo, a la hora de considerar la dimensión de factor del concepto, central en la propuesta de Koselleck, detectamos una ambivalencia en la postura baumaniana. Mientras que, por un lado, se afirma la radical lingüisticidad del mundo humano y la relevancia capital para la modernidad de la prefiguración conceptual y de la pugna política por la potestad sobre los significados, por el otro, los conceptos no se contemplan explícitamente entre los motores de las metamorfosis históricas, las cuales se vierten al ámbito conceptual solo en segundo término, como reacción a una modificación de la historia factual.

Con todo, el principal beneficio de un acercamiento entre Koselleck y Bauman lo hemos situado en la profundización respecto al sentido que adquiere en éste último el viraje que entraña el surgimiento de la Modernidad. Partiendo de la propia apelación de Bauman al motivo koselleckiano de la *Sattelzeit*, hemos recorrido los mojones principales de la Historia Conceptual en su faceta de teoría de la modernización, tratando de mostrar su presencia y papel en el seno de la obra baumaniana. Hemos mantenido que la principal confluencia en el planteamiento de ambos estriba en la identificación del siglo XVIII con una escisión en el transcurso histórico cifrada fundamentalmente en un cambio en la comprensión y la experiencia del tiempo. Hay una

conciencia compartida del vuelco que supone el nacimiento de un tiempo específicamente histórico, liberado de la supeditación anterior a los ritmos naturales, los designios divinos y el poder prefigurador del pasado y la tradición, y por ello variable y humano. Nuestro objetivo en este punto ha sido evidenciar, sirviéndonos de Koselleck, el carácter medular de la aceleración tanto para el surgimiento de esa nueva visión del tiempo, como para el desarrollo efectivo de los acontecimientos hasta rellenar empíricamente dicha recomprensión. Así, si la temporalización, que también en Bauman detona el cambio de época, demuestra tener un vínculo insoslayable con la aceleración, esta gana el derecho a ser reivindicada como un elemento central de la concepción baumaniana de la modernidad. A confirmar esta hipótesis hemos dedicado la segunda parte del segundo capítulo.

No obstante, hay una divergencia notable en las perspectivas de ambos autores que nos ha obligado a matizar nuestra propuesta de lectura, a saber, la aceleración del tiempo histórico considerada en calidad de propósito general de la Época moderna, una idea que Koselleck defiende según los resultados de su estudio de los discursos políticos, históricos, literarios... modernos, y que Bauman considera, por el contrario, equivocada. La postura que rige la manera moderna de enfrentarse a la historia, al menos en su concreción sólida, no es para Bauman el apremio por la consumación de su desenlace, sino una voluntad constante de postergación del mismo, respecto de la cual la aceleración es un paradójico efecto colateral. Los acontecimientos históricos se suceden aceleradamente como producto del dinamismo

generado por una marcha hacia la perfección que, sin embargo, se sostiene en el retraso permanente de su advenimiento. En este sentido hemos declarado que si la aceleración llegará a ser un fenómeno central para la modernidad baumaniana, lo será en tanto que consecuencia capital de sus principios inherentes, pero no como auto-comprensión de su propio despliegue histórico. De ahí nuestra afirmación de que también en Bauman el poder de intervención humano sobre la historia es fundamentalmente gobierno del ritmo, solo que en su caso la disponibilidad de la historia es entendida más bien como dilatación del tiempo. Esta diferencia reaparecerá en la comparativa con Rosa, particularmente patente en la valoración del papel de la técnica y la economía como posibles causas de la aceleración. En consonancia con la desatención de la pretensión de aceleración del tiempo histórico y la preferencia por la procrastinación, Bauman hace depender la admisión del apremio como objetivo de cambios efectivos en las condiciones de transporte y de producción, en virtud de los cuales el incremento de la velocidad se convierte no solo en una opción factible sino además en una ventaja competitiva ineludible. Hemos mantenido que hay en ello una argumentación circular por la que se deja sin explicar a qué responden estas revoluciones técnicas o, en general, la fascinación e inclinación por la novedad y el crecimiento. Sin embargo, también aquí hemos encontrado una nueva oscilación en los planteamientos de Bauman, puesto que tan pronto como se antepone el desarrollo técnico y las exigencias del emergente sistema capitalista en el orden de causas, se recurre a presupuestos culturales para explicar la propensión

moderna al cambio, como se aprecia en la especificación de la temporalización moderna con una organización política del cambio fundada en el proyecto moderno de autonomía, en el nuevo cariz que adquiere la inmortalidad en el contexto líquido (multiplicación de las experiencias vividas) o en la explicación del consumismo como respuesta a la incertidumbre e inseguridad que predominan en la vida de los individuos líquido-modernos. En todo caso, creemos que en esta desatención a la aceleración del tiempo en tanto que actitud frente a la historia y la subsiguiente subordinación de esta idea al impacto de las revoluciones científica e industrial, podría encontrarse la razón de la ausencia en este autor de una elaboración explícita de un concepto pese a todo tan nuclear para su interpretación de la modernidad, como creemos que es el de aceleración.

Es justamente este tipo de carencia el que minimiza su impacto cuando se desgrana la afinidad entre el trabajo de Bauman y la teoría de la aceleración de Rosa, de cuya sistematicidad y minuciosidad a la hora de considerar este concepto y los procesos que abarca, hemos tratado en el tercer capítulo de esta tesis de hacer beneficiario a Bauman. Partiendo de la equiparación baumaniana de la modernidad con una lucha contra la ambivalencia, hemos sugerido que la apuesta de Rosa por un enfoque basado en las estructuras temporales, coincide con la voluntad de Bauman de dar cuenta de la tensión entre autodeterminación y normatividad que constituye la condición existencial de la modernidad. En este marco, la aceleración se destaca como fenómeno y categoría de análisis primordial en tanto que ilumina

esta tensión desde el papel de síntoma, pero también y sobre todo porque su despliegue es la manifestación paradigmática del movimiento dialéctico que caracteriza la modernidad en ambos autores. Tanto para uno como para otro, la *dynamis* moderna se vuelve contra ella misma al deteriorar con su intensificación las condiciones que hacen posible el mantenimiento del movimiento. En este sentido, el hilo conductor del tercer capítulo ha sido el posible parangón entre la ambivalencia de la modernidad de Bauman y la dialéctica de la aceleración postulada por Rosa. Desde esta perspectiva hemos vinculado el sintagma «modernidad sólida» con la tesis de Rosa de que la aceleración se apoyó en un primer momento en la fijación institucional, un parentesco subrayado por las propias invocaciones de este a las investigaciones de Bauman; y hemos mostrado cómo en ambos el aumento de la velocidad del cambio es aquello que estando ya presente en la primera fase moderna, determina la metamorfosis de la idiosincrasia de la época al elevarse con graves consecuencias por encima de un cierto nivel, razón que los dos ponen en la base de su elección de la liquidez y la aceleración, respectivamente, como claves de su examen y de su decisión de descartar el membrete «posmodernidad».

Tomados en conjunto, los tres autores sostienen una continuidad de fondo entre la modernidad primera o sólida y el mundo contemporáneo, desde la que sus teorías de la modernización se convierten en teorías de la modernidad que aspiran a identificar los factores patogenéticos del tiempo presente. A este intento de entrecruzamiento triple hemos dedicado la primera parte del cuarto y

último capítulo. Hemos reivindicado que los une la consideración de la grave amenaza que supone para la autonomía individual y colectiva la pérdida del largo plazo que se da en el despliegue de la dinámica aceleratoria moderna, bajo el supuesto de que existe un vínculo interno entre prognosis y autonomía, que se apoya tanto en argumentos de tipo histórico, social o político, como en una determinada comprensión antropológica, más o menos tácita según el caso. Tanto es así que Rosa llega a solicitar la recuperación del controvertido concepto de alienación para describir el estado general de las condiciones de vida tardo-modernas. Al abrigo de sus observaciones sobre la conversión en un imperativo del aumento de cadencia del ritmo de vida, la desorientación resultante de la pérdida de unidad narrativa de la identidad y la desregulación y privatización del progreso, hemos sugerido el encaje en Bauman de esa rogativa de Rosa. Hemos concluido que la contradicción entre autonomía de iure y autonomía de facto sobre la que Bauman no cesa de alertar, constituye un punto de apoyo no esencialista para la alienación equivalente al que Rosa invoca cuando se refiere al desajuste entre las representaciones de una vida buena que mantiene un grupo humano y las condiciones que se dan en ese mismo contexto para llegar a realizarla. En el diagnóstico baumaniano esta contradicción se revela además como una estrategia de poder, de acuerdo con la cual la vigilancia y el control disciplinarios habrían sido sustituidos por la producción de incertidumbre, capaz de generar de la manera más eficiente individuos sujetos a unos patrones y límites de acción fijados heterónomamente pero de apariencia

impersonal, natural e irreversible. Así, si Bauman llega a comparar el mercado con los Estados totalitarios de antaño, el medio por el que ese dominio se ejerce pasa en gran medida por la inestabilidad, desregulación y extraterritorialidad resultantes del ascenso a valor de primer nivel del aumento de velocidad, con lo que no creemos hallarnos demasiado alejados de la interpretación de Rosa de la aceleración como una fuerza totalitaria.

Estas observaciones nos han dado pie a considerar, en la última parte del cuarto capítulo, que el trabajo de Bauman se desarrolla en una línea convergente con la crítica de las ideologías, que a su vez determina un nuevo punto de engarce con la Historia Conceptual. La discordancia entre el reconocimiento social del derecho y el valor de la autodeterminación y las posibilidades reales que en esa misma sociedad se establecen para llevar adelante dicha tarea, entraña un oscurecimiento de lo no disponible de conceptos como el de emancipación, tanto en lo que se refiere a las estructuras existentes sobre las que descansa, como a las expectativas de futuro que vehicula, lo cual contribuye a la reproducción del sistema vigente y a la falta de control sobre su dimensión semántica. De ahí nuestra afirmación de que el proyecto baumaniano de esclarecer la vigencia de conceptos heredados de la modernidad sólida, supone un desenmascaramiento de posibles usos ideológicos del lenguaje. La principal amenaza que Bauman encuentra en tales usos es el revestimiento de naturalidad y fatalidad que le confieren al estado de cosas actual, algo a lo que la aceleración contribuye activamente según la incompatibilidad entre la

reflexión y el apremio. Por ello, su vocación sociológica se traduce en último término en tomarse el tiempo necesario para cuestionar las evidencias y su fachada inapelable, convencido de que solo así pueden ser liberadas potencialidades humanas olvidadas o directamente encubiertas. Este es el tono desde el que Bauman se adhiere a la Teoría Crítica, coincidiendo con la reivindicación que de la misma realiza Rosa, en términos de enfoque interdisciplinar, que parte de la experiencia de un malestar real cuyas causas pretende identificar, movido por una pretensión emancipadora. Como adujimos para acabar este trabajo, ello conduce en su desarrollo efectivo a la Historia Conceptual, como de hecho los recursos directos o indirectos a ésta tanto de Bauman como de Koselleck lo sugieren: la sedimentación histórica de los conceptos es un útil imprescindible en la identificación de tendencias sociales que se busca desde la Teoría Crítica; su capacidad para señalar lo disponible y no disponible del concepto, permite la crítica de su uso ideológico; y la historización del discurso entraña en general un cuestionamiento de su talante absoluto, como el que requiere la mentada pretensión emancipadora.⁵⁶⁰

Ello nos lleva a sospechar de la enorme pujanza crítica de una posible alianza, a la manera de una suerte de polinización mutua, entre los planteamientos de los autores aquí abordados. Somos conscientes,

⁵⁶⁰ Para una reciente tentativa de leer la Historia Conceptual como Crítica de las ideologías, véase Faustino ONCINA: «Begriffsgeschichte als Ideologiekritik bei Reinhart Koselleck», *E-Journal. Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte*, 5.Jg./2 (2016), pp. 42-53. Disponible en: http://www.zfl-berlin.org/tl_files/zfl/downloads/publikationen/forum_begriffsgeschichte/ZfL_FIB_5_2016_2_Coves.pdf (última consulta el 21/05/2017).

sin embargo, de la necesidad a este respecto de un mayor y más pormenorizado escrutinio, algo que esperamos poder realizar en el futuro. Por el instante, nos conformamos y confiamos en haber alcanzado a poner el acento sobre un concepto y un conjunto de fenómenos que, allende la exégesis baumaniana, nos parece esencial y urgente inquirir. Si como dijo Ignacio Escobar en su particular estilo poético, el movimiento es gobierno de sí mismo, de su crítica depende nuestro gobierno de nosotros mismos.⁵⁶¹

⁵⁶¹ «El movimiento es gobierno de sí mismo:/carece/ del más rudimentario sentido de autocrítica.» (*Cuadernos de hacer cuentas, III*)

CONCLUSIONS

Hem iniciat aquest recorregut amb el propòsit de ressaltar l'acceleració com una via d'accés preferent a la diagnosi del present de Zygmunt Bauman i a la concepció general de la modernitat en què aquesta s'empara. Allò que aflora articulats en l'univers metafòric de la liquiditat és el fenomen d'una agudització de la velocitat del canvi que es manifesta en la consistència proteica dels diferents elements que organitzen la vida dels individus líquids-moderns (relacions socials, formes de treball, estratègies identitàries, sabers, normes, hàbits de conducta, etc.). El contrast entre les dues fases que conformen per a aquest pensador la contextura moderna, sorgeix, com hem tractat de mostrar al primer capítol, de la major o menor cabuda que en cada una d'elles té la duració, de tal manera que, si bé la modernitat està intrínsecament compromesa amb el dinamisme, tan sols en el seu període contemporani s'entrega a aquest sense reserves ni subordinació a un fi ulterior.

Tal proposta de lectura s'enfronta a la contra-evidència que el concepte mateix d'acceleració no rep per part de Bauman l'atenció que seria d'esperar, tenint en compte la recurrent utilització que trobem a aquest autor d'estratègies historicosemàntiques a l'hora d'explicar les transformacions que partonen l'espai entre l'Antic Règim, la modernitat sòlida i la seva homònima líquida. Aprofundim en aquest ús dels conceptes en la primera part del segon capítol, en què establím una afinitat entre l'enfocament de Bauman i la Història Conceptual

koselleckianament entesa. Així doncs, hem sostingut que el concepte és en Bauman un portador privilegiat d'informació històrica, de mode que en ell s'articulen tant l'experiència històrica com la transformació de les estructures que en subjauen. Tanmateix, a l'hora de considerar la dimensió de factor del concepte, central en la proposta de Koselleck, detectem una ambivalència en la postura baumaniana. Mentre que, d'una banda s'afirma la radical lingüïsticitat del món humà i la rellevància cabdal per a la modernitat de la prefiguració conceptual i de la pugna política per la potestat sobre els significats, de l'altra, els conceptes no es contemplen explícitament entre els motors de les metamorfosis històriques, les quals es vessen a l'àmbit conceptual sols en segon terme, com reacció a una modificació de la història factual.

Amb tot, el principal benefici d'un apropament entre Koselleck y Bauman l'hem situat en l'aprofundiment respecte al sentit que adquireix en aquest darrer el viratge que entranya el sorgiment de la modernitat. Tot partint de la pròpia apellació de Bauman al motiu koselleckià de la *Sattelzeit*, hem recorregut les fites principals de la Història Conceptual en el seu vessant de teoria de la modernització, mirant de mostrar la seva presència i paper al si de l'obra baumaniana. Hem mantes que la principal confluència en el plantejament d'ambdós autors rau en la identificació del segle XVIII amb una escissió en el transcórrer històric xifrada fonamentalment en un canvi en la comprensió i l'experiència del temps. Hi ha una consciència compartida del trasbals que suposa el naixement d'un temps específicament històric, alliberat de la supeditació anterior als ritmes

naturals, els dissenys divins i el poder prefigurador del passat i la tradició, i per això variable i humà. El nostre objectiu en aquest punt ha estat evidenciar, amb l'ajut de Koselleck, el caire medullar de l'acceleració tant per al sorgiment d'aquesta nova visió del temps, com per al desenvolupament efectiu dels esdeveniments fins a emplenar empíricament la dita recomprensió. Així, si la temporalització, que també en Bauman detona el canvi d'època, demostra tindre un vincle indeclinable amb l'acceleració, aquesta guanya el dret a ser reivindicada com un element central de la concepció baumaniana de la modernitat. A confirmar aquesta hipòtesi hem dedicat la segona part del segon capítol.

No obstant això, hi ha una divergència notable en les perspectives d'ambdós autors que ens ha obligat a matisar la nostra proposta de lectura, a saber, l'acceleració del temps històric considerada en qualitat de propòsit general de l'Època moderna, una idea que Koselleck defensa segons els resultats del seu estudi dels discursos polítics, històrics, literaris... moderns, y que Bauman considera, per contra, equivocada. La postura que regeix la manera moderna d'enfrontar-se a la història, almenys en la seva concreció sòlida, no és per a Bauman l'atabuix per la consumació del seu desenllaç, sinó una voluntat creixent de postergació d'aquest, respecte de la qual l'acceleració és un paradoxal efecte col·lateral. Els esdeveniments històrics se succeeixen acceleradament com a producte del dinamisme generat per una marxa cap a la perfecció que, tanmateix, se sosté al retràs permanent del seu adveniment. En aquest sentit hem declarat que si l'acceleració arribarà

a ser un fenomen central per a la modernitat baumaniana, ho serà en tant que conseqüència capital dels seus principis inherents, però no com a autocomprensió del seu propi desplegament històric. D'ací la nostra afirmació que també en Bauman el poder d'intervenció humà sobre la història és fonamentalment govern del ritme, sols que en el seu cas la disponibilitat de la història és entesa més aviat com a dilatació del temps.

Aquesta diferència reapareixerà en la comparativa amb Rosa, particularment palesa en la valoració del paper de la tècnica i l'economia com a possibles causes de l'acceleració. En consonància amb la desatenció de la pretensió d'acceleració del temps històric i la preferència per la procrastinació, Bauman fa dependre l'admissió de l'atabuix com a objectiu de canvis efectius en les condicions de transport i de producció, en virtut dels quals l'increment de la velocitat esdevé no sols una opció factible, sinó a més a més en un avantatge competitiu ineludible. Hem mantingut que hi ha en això una argumentació circular per la qual es deixa sense explicar a què responen aquestes revolucions tècniques o, en general, la fascinació i inclinació per la novetat i el creixement. Tanmateix, també ací hem trobat una nova oscil·lació en els plantejaments de Bauman, atès que tan aviat com s'avantposa el desenvolupament tècnic i les exigències de l'emergent sistema capitalista en l'ordre de causes, es recorre a pressupòsits culturals per explicar la propensió moderna al canvi, com s'aprecia en l'especificació de la temporalització moderna com una organització política del canvi fundada en el projecte modern

d'autonomia, en el nou caire que adquireix la immortalitat en el context líquid (multiplicació de les experiències viscudes) o en l'explicació del consumisme com a resposta a la incertesa i inseguretat que predominen en la vida dels individus líquids-moderns. En tot cas, creiem que en aquesta desatenció a l'acceleració del temps en tant que actitud davant la història i la subsegüent subordinació d'aquesta idea a l'impacte de les revolucions científica i industrial, podria trobar-se la raó de l'absència en aquest autor d'una elaboració explícita d'un concepte amb tot tan nuclear per a la seva interpretació de la modernitat, com creiem que és el d'acceleració.

És justament aquest tipus de mancança el que minimitza el seu impacte quan es desgrana l'afinitat entre el treball de Bauman i la teoria de l'acceleració de Rosa, de la sistematicitat i minuciositat a l'hora de considerar aquest concepte i els processos que abraça del qual, hem tractat de fer beneficiari a Bauman al tercer capítol d'aquesta tesi. Tot partint de l'equiparació baumaniana de la modernitat amb una lluita contra l'ambivalència, hem suggerit que l'aposta de Rosa per un enfocament basat en les estructures temporals, coincideix amb la voluntat de Bauman de donar compte de la tensió entre autodeterminació i normativitat que constitueix la condició existencial de la modernitat. En aquest marc, l'acceleració es destaca com a fenomen i categoria d'anàlisi primordial en tant que illumina aquesta tensió des del paper de símptoma, però també i sobretot perquè el seu desplegament és la manifestació paradigmàtica del moviment dialèctic que caracteritza la modernitat en ambdós autors. Tant per a l'un com

per a l'altre, la *dynamis* moderna es gira contra ella mateixa al deteriorar amb la seva intensificació les condicions que fan possible el manteniment del moviment. En aquest sentit, la hipòtesi directriu del tercer capítol ha estat la possibilitat d'equiparar l'ambivalència de la modernitat de Bauman amb la dialèctica de l'acceleració postulada per Rosa. Des d'aquesta perspectiva hem vinculat el sintagma «modernitat sòlida» amb la tesi de Rosa que l'acceleració es va recolzar en un primer moment en la fixació institucional, un parentiu subratllat per les pròpies invocacions d'aquest a les recerques de Bauman; i hem mostrat com en ambdós l'augment de la velocitat del canvi és allò que, tot estant ja present en la primera fase moderna, determina la metamorfosi de la idiosincràsia de l'època en elevar-se amb greus conseqüències per sobre d'un cert nivell, raó que tots dos fiquen en la base de llur elecció de la liquiditat i l'acceleració, respectivament, com a claus de llur examen i de llur decisió de descartar la capçalera «postmodernitat».

Presos en conjunt, els tres autors sostenen una continuïtat de fons entre la modernitat primera o sòlida i el món contemporani, des de la qual les seves teories de la modernització esdevenen teories de la modernitat que aspiren a identificar els factors patogenètics del temps present. A aquest intent de cruïlla triple hem dedicat la primera part del quart i darrer capítol. Hem reivindicat que els uneix la consideració de la greu amenaça que suposa per a l'autonomia individual i col·lectiva la pèrdua del llarg termini que es dona en el desplegament de la dinàmica acceleratòria moderna, sota el supòsit que existeix un vincle intern entre prognosi i autonomia, que es recolza tant en arguments de tipus

històric, social o polític, com en una determinada comprensió antropològica, més o menys tàcita segons el cas. Tant és així que Rosa arriba a sol·licitar la recuperació del controvertit concepte d'alienació per descriure l'estat general de les condicions de vida tardo-modernes. A l'abric de les seves observacions sobre la conversió en un imperatiu de l'augment de cadència del ritme de vida, la desorientació resultant de la pèrdua d'unitat narrativa de la identitat i la desregulació i privatització del progrés, hem suggerit l'encaix en Bauman d'aqueixa rogació de Rosa. Hem conclòs que la contradicció entre autonomia de iure i autonomia de facto sobre la qual Bauman no cessa d'alertar, constitueix un punt de suport no essencialista per a l'alienació equivalent al que Rosa invoca quan es refereix al desajustament entre les representacions d'una vida bona que manté un grup humà i les condicions que es donen en aquest mateix context per arribar a realitzar-la. En la diagnosi baumaniana aquesta contradicció es revela a més a més com una estratègia de poder, d'acord amb la qual la vigilància i el control disciplinaris haurien estat reemplaçats per la producció d'incertesa, capaç de generar de la manera més eficient, individus subjectes a uns patrons i límits d'acció fixats heterònomament però d'aparença impersonal, natural i irreversible. Així, si Bauman arriba a comparar el mercat amb els estats totalitaris d'adés, el mitjà pel qual aquest domini s'exerceix, passa en gran mesura per la inestabilitat, desregulació i extraterritorialitat fruit de l'ascens a valor de primer nivell de l'augment de la velocitat, amb la qual cosa creiem no estar massa lluny de la interpretació de Rosa de l'acceleració com a força totalitària.

Aquestes observacions ens han donat peu a considerar, en la darrera part del quart capítol, que el treball de Bauman es desenvolupa en una línia convergent amb la crítica de les ideologies, el qual, al seu torn, determina un nou punt d'enfilada amb la Història Conceptual. La discordança entre el reconeixement social del dret i el valor de l'autodeterminació i les possibilitats reals que en aquesta mateixa societat s'estableixen per dur endavant aquesta tasca, comporta un obscuriment d'allò no disponible de conceptes com el d'emancipació, tant pel que fa a les estructures existents sobre les quals descansa, com quant a les expectatives de futur que vehicula, la qual cosa contribueix a la reproducció del sistema vigent i a la manca de control sobre la seva dimensió semàntica. D'ací la nostra afirmació que el projecte baumanià d'esclarir la vigència de conceptes heretats de la modernitat sòlida, suposa un desenmascarament de possibles usos ideològics del llenguatge. La principal amenaça que Bauman troba en aitals usos és el revestiment de naturalitat i fatalitat que confereixen a l'estat de coses actual, quelcom a què l'acceleració contribueix activament segons la incompatibilitat entre la reflexió i l'atabuix. Per això, la seva vocació sociològica es tradueix en darrer terme en prendre's el temps necessari per qüestionar les evidències i la seva façana inapel·lable, convençut que tan sols així poden ser alliberades potencialitats humanes oblidades o directament encobertes. Aquest és el to des del qual Bauman s'adhereix a la Teoria Crítica, tot coincidint amb la reivindicació de la mateixa que realitza Rosa, en termes d'enfocament interdisciplinari que parteix de l'experiència d'un malestar real, les causes del qual pretén

identificar, mogut per una pretensió emancipadora. Com hem adduït per finalitzar aquest treball, açò condueix en el seu desenvolupament efectiu a la Història Conceptual, com fet i fet suggereixen els recursos directes o indirecte a aquesta de Bauman i de Rosa: la sedimentació històrica dels conceptes és un útil imprescindible en la identificació de tendències socials que se cerca des de la Teoria Crítica; la seva capacitat per assenyalar el disponible i no disponible del concepte, permet la crítica del seu ús ideològic; i la historització del discurs entranya en general un qüestionament del seu tarannà absolut, com el que requereix l'esmentada pretensió emancipadora.⁵⁶²

Açò ens porta a sospitar de l'enorme puixança crítica d'una possible aliança, a la manera d'una sort de pol·linització mútua, entre els plantejaments dels autors ací abordats. Som conscients, amb tot, de la necessitat a aquest respecte d'un major i més detallat escrutini, quelcom que esperem poder realitzar en el futur. Per l'instant, ens conformem i esperem haver assolit a ficar l'accent sobre un concepte i un conjunt de fenòmens que, més enllà de l'exegesi baumaniana, ens sembla essencial i urgent inquirir. Si com va dir Ignacio Escobar en el

⁵⁶² Per a una recent tentativa de llegir la Història Conceptual com a Crítica de les ideologies, *cf.* Faustino ONCINA: «Begriffsgeschichte als Ideologiekritik bei Reinhart Koselleck», *E:Journal. Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte*, 5.Jg./2 (2016), pp. 42-53. Disponible a: http://www.zfl-berlin.org/tl_files/zfl/downloads/publikationen/forum_begriffsgeschichte/ZfL_FIB_5_2016_2_Coves.pdf (darrera consulta el 21/05/2017).

seu particular estil poètic, el moviment és govern de si mateix, de la seva crítica dependrà el nostre govern de nosaltres mateixos.⁵⁶³

⁵⁶³ «El movimiento es gobierno de sí mismo;/carece/ del más rudimentario sentido de autocrítica.» (*Cuadernos de hacer cuentas*, III).

CONCLUSIONS

Nous avons commencé notre réflexion avec l'idée de mettre en avant l'accélération comme voie d'accès préférentielle au diagnostic du présent de Zygmunt Bauman et à la conception générale de la modernité sur lequel elle repose. De l'univers métaphorique de la liquidité ressort le phénomène d'aggravation de la vitesse du changement qui se manifeste dans la consistance protéique des différents éléments qui organisent la vie des individus liquides-modernes (les relations sociales, les différentes formes de travail, les stratégies identitaires, les savoirs, les normes, les habitudes comportementales, etc.) Comme nous l'avons montré dans le premier chapitre, le contraste entre les deux phases qui composent le contexte moderne, selon ce penseur, repose sur la place plus ou moins importante que revêt la durée dans chacune d'entre elle, de telle sorte que, si la modernité est intrinsèquement liée au dynamisme, il n'y a que dans sa période contemporaine qu'elle accélère de façon inconditionnelle, sans réserve ni subordination à des fins ultérieures. Cette proposition de lecture s'oppose à une contre-évidence : le concept même de l'accélération ne reçoit pas, de la part de Bauman, l'attention qu'on aurait pu attendre, si l'on tient compte de l'utilisation récurrente de stratégies historico-sémantiques que l'on retrouve chez l'auteur quand il s'agit d'expliquer les transformations qui délimitent l'espace entre l'Ancien Régime, la modernité solide et son homonyme liquide.

Dans la première partie du deuxième chapitre, nous avons approfondi cet usage des concepts et nous avons pu établir une relation entre l'approche de Bauman et l'Histoire Conceptuelle au sens de Koselleck. Ainsi, nous avons appuyé l'idée que, chez Bauman, le concept est un porteur privilégié d'information historique, de telle manière que s'articulent en lui tant l'expérience historique que la transformation des structures qui en ressortent. Cependant, en considérant la dimension de facteur du concept, élément central de la proposition de Koselleck, nous avons pu détecter une ambivalence dans la posture baumanienne. Alors que, d'une part, il affirme la linguistique radicale du monde humain et l'aspect capital pour la modernité de la préfiguration conceptuelle et de la bataille politique pour le pouvoir sur la signification, d'autre part, les concepts ne se comprennent pas explicitement dans les rouages des métamorphoses historiques, lesquelles se rapprochent du domaine conceptuel seulement dans un deuxième temps, en réaction à une modification de l'histoire factuelle.

Néanmoins, le principal bénéfice d'un rapprochement des pensées de Koselleck et Bauman se situe dans l'approfondissement du sens qu'acquiert le tournant qui entraîne l'apparition de la modernité chez ce dernier. Partant de la propre référence de Bauman au motif koselleckien de la *Sattelzeit*, nous avons parcouru les principaux axes de l'Histoire Conceptuelle en tant que théorie de la modernisation en tentant de démontrer sa présence et son rôle au sein de l'œuvre baumanienne.

Nous avons soutenu que la principale confluence dans l'approche de chacun repose sur l'identification du XVIII^{ème} siècle avec une scission dans le cours historique, fondamentalement liée au changement de la compréhension et de l'expérience du temps. Il y a une conscience partagée du bouleversement que suppose la naissance d'un temps spécifiquement historique, libéré de la subordination antérieure aux rythmes naturels, des volontés divines et du pouvoir préfigurateur du passé et de la tradition, donc variable et humain. Notre objectif sur ce point a été de mettre en évidence, en nous servant des écrits de Koselleck, le caractère fondamental de l'accélération, tant pour l'émergence de cette nouvelle vision du temps que pour le développement effectif des faits jusqu'à se conformer empiriquement cette re-compréhension. Ainsi, si la temporalisation qui, chez Bauman également, déclenche le changement d'époque, se révèle avoir un lien indissociable avec l'accélération, nous pourrions affirmer que cette dernière est un élément central de la conception baumanienne de la modernité. Nous avons consacré la seconde partie du deuxième chapitre à la confirmation de cette hypothèse.

Cependant, il y a une différence notable entre les perspectives de chaque auteur qui nous a obligé à nuancer notre proposition de lecture, à savoir, l'accélération du temps historique considérée dans sa qualité d'objectif général de l'Époque moderne, une idée que Koselleck défend, selon les résultats de son étude des discours politiques, historiques et littéraires modernes et que Bauman considère, au contraire, erronée. La posture qui régit la manière moderne de se

confronter à l'histoire, du moins dans sa concrétisation solide, n'est pas, pour Bauman, l'empressement pour l'accomplissement de son aboutissement, mais une volonté constante de retardement de ce dernier, dont l'accélération est un effet collatéral paradoxal. Les faits historiques se succèdent de manière accélérée comme un produit du dynamisme généré par une mise en marche vers la perfection qui se maintient néanmoins dans le retardement permanent de son apparition. En ce sens, nous avons déclaré que, si l'accélération devenait un phénomène central de la modernité baumanienne, elle l'était en tant que conséquence capitale de ses principes inhérents, et non comme auto-compréhension de son propre dénouement historique. Partant de là, nous avons pu affirmer que, chez Bauman, le pouvoir de l'intervention humaine sur l'histoire se traduit aussi par une maîtrise du rythme ; mais, dans ce cas, et contrairement à ce qu'affirme Koselleck, la disponibilité de l'histoire est davantage comprise comme une dilatation du temps que comme une accélération de la succession des événements. Cette différence réapparaît dans la comparaison avec Rosa, notamment dans la valorisation du rôle de la technique et de l'économie comme possibles causes de l'accélération. En résonance au manque d'attention de la prétention de l'accélération du temps historique et à la préférence pour la procrastination, Bauman fait dépendre l'admission de l'empressement comme objectif, des changements effectifs dans les conditions de transport et de production, en vertu desquels l'augmentation de la vitesse se convertit non seulement en une option réalisable, mais également en un avantage

compétitif incontournable. Nous avons soutenu qu'il existe en cela une argumentation circulaire selon laquelle la question de l'objectif de ces révolutions techniques ou, plus généralement, la fascination et l'inclination pour la nouveauté et la croissance, est laissée sans explication. Cependant, nous avons également montré ici une nouvelle oscillation de l'approche de Bauman, puisque, dès que le développement technique et les exigences du système capitaliste émergent remontent dans l'ordre des causes, nous avons recouru à des présupposés culturels pour expliquer la propension moderne au changement, comme on peut le voir dans la spécification de la temporalisation moderne avec une organisation politique du changement, fondée sur le projet moderne d'autonomie ; dans le nouvel aspect qu'acquiert l'immortalité dans le contexte liquide (multiplication des expériences vécues) ou dans l'explication du consumérisme comme réponse à l'incertitude et à l'insécurité qui prédominent dans la vie des individus liquido-modernes. Dans tous les cas, nous pensons que cette négligence de l'accélération du temps en tant qu'attitude face à l'Histoire et la subordination consécutive de cette idée à l'impact des révolutions scientifiques et industrielles pourrait contenir la raison de l'absence chez cet auteur d'une élaboration explicite du concept d'accélération, élément néanmoins central pour l'interprétation de la modernité.

C'est précisément ce type de carence qui minimise son impact lorsqu'on égrène les connexions entre le travail de Bauman et la théorie de l'accélération de Rosa. Dans le troisième chapitre, nous avons tenté

de faire profiter Bauman de la systématique et de la minutie de Rosa concernant la considération de ce concept et les processus qu'il contient. Partant de la comparaison baumanienne de la modernité avec la lutte contre l'ambivalence, nous avons suggéré que le pari de Rosa pour une approche basée sur les structures temporelles coïncide avec la volonté de Bauman de rendre compte de la tension entre autodétermination et normativité, qui constitue la condition existentielle de la modernité. Dans ce cadre, l'accélération se distingue comme phénomène et catégorie d'analyse primordiale car elle joue le rôle d'un symptôme qui permet la mise en évidence de cette tension, mais aussi et surtout car son déploiement est la manifestation paradigmatique du mouvement dialectique qui caractérise la modernité chez les deux auteurs. Pour l'un comme pour l'autre, la dynamis moderne se retourne contre elle-même lorsqu'elle détériore par son intensification les conditions qui rendent possibles le maintien du mouvement. En ce sens, l'hypothèse directrice du troisième chapitre fut la possibilité de comparer l'ambivalence de la modernité de Bauman avec la dialectique de l'accélération proposée par Rosa. A partir de cette perspective, nous avons relié le syntagme « modernité solide » avec la thèse de Rosa affirmant que l'accélération s'appuie dans un premier temps sur la fixation institutionnelle, lien souligné par les propres références de celui-ci aux recherches de Bauman, et nous avons montré comment, chez chacun d'entre eux, l'augmentation de la vitesse du changement est un élément qui, étant présent dans la première phase moderne, détermine la métamorphose du tempérament de l'époque en s'élevant,

avec de graves conséquences, au-delà d'un certain niveau, raison pour laquelle les deux auteurs établissent comme base de leurs choix de la liquidité et de l'accélération, respectivement, les clefs de leur étude et leur décision d'écarter l'en-tête « post-modernité ».

Considérés ensemble, les trois auteurs soutiennent une continuité de fond entre la modernité première et solide et le monde contemporain, d'après laquelle leurs théories de la modernisation deviennent des théories de la modernité qui aspirent à identifier les facteurs pathogéniques du temps présent. Nous avons consacré la première partie du quatrième et dernier chapitre à cette tentative de triple croisement. Nous avons revendiqué que leur lien réside dans la considération de la grave menace qui suppose, pour l'autonomie individuelle et collective, la perte de la projection à long terme procurée par le déploiement de la dynamique accélératrice moderne, si l'on suppose qu'il existe un lien interne entre le pronostic et l'autonomie, qui s'appuie tant sur des arguments de type historique, social ou politique, que sur une compréhension anthropologique déterminée, plus ou moins tacite selon les cas. C'est ainsi que Rosa demande la récupération du très controversé concept d'aliénation pour décrire l'état général des conditions de vie de l'époque moderne tardive. A l'aune de ses observations sur la conversion en un impératif de l'augmentation de la cadence du rythme de vie, la désorientation résultant de la perte de l'unité narrative de l'identité et de la dérégulation et privatisation du progrès, nous avons suggéré l'adéquation de Bauman avec les théories de Rosa. Nous avons conclu que la contradiction entre l'autonomie de

iure et l'autonomie de *facto*, à propos de laquelle Bauman ne cesse de nous alerter, constitue un point d'appui non-essentialiste pour l'aliénation équivalente que Rosa invoque lorsqu'il fait référence au décalage entre les représentations d'une vie bonne que conserve un groupe humain et les conditions mises en œuvre dans ce contexte pour parvenir à leur réalisation. Dans le diagnostic baumanien, cette contradiction se révèle également comme une stratégie de pouvoir, en accord avec laquelle la surveillance et le contrôle disciplinaires seraient substitués par la production d'incertitude, la capacité à générer de la manière la plus efficace des individus soumis à des patrons et des limites d'action fixées de manière hétéronome mais en apparence non-personnelles, naturelles et irréversibles. Ainsi, si Bauman parvient à comparer le marché avec les Etats totalitaires d'autrefois, le moyen par lequel s'exerce cette domination passe en grande partie par l'instabilité, la dérégulation et l'extraterritorialité résultant de l'ascension au premier niveau de l'augmentation de la vitesse, ce qui nous paraît assez éloigné de l'interprétation de Rosa de l'accélération comme force totalitaire.

Ces observations nous ont donné matière à considérer, dans la dernière partie du quatrième chapitre, que le travail de Bauman se développe en une ligne convergente avec la critique des idéologies, qui détermine dans la même temps un nouveau point de contact avec l'Histoire Conceptuelle. La discordance entre la reconnaissance sociale du droit et la valeur de l'auto-détermination et les possibilités réelles qu'ils s'établissent dans cette même société pour mener à bien la dite tâche, implique un obscurcissement de ce qui n'est pas disponible dans

certains concepts comme celui de l'émancipation, tant en sa référence aux structures existantes sur lesquelles il repose, qu'aux espoirs de futur qu'il véhicule, ce qui contribue à la reproduction du système en vigueur et à la faute de contrôle sur sa dimension sémantique. A partir de là, nous avons affirmé que le projet baumanien de clarifier la validité de concepts hérités de la modernité solide, suppose de démasquer de possibles usages idéologiques du langage. La principale menace que Bauman rencontre avec de tels usages, est le naturel et la fatalité qu'ils confèrent à l'état actuel des choses, ce à quoi l'accélération contribue activement, à cause de l'incompatibilité entre la réflexion et l'empressement. C'est pourquoi sa vocation sociologique se traduit en derniers termes par la prise de temps nécessaire au questionnement des évidences et de leur apparition inévitable, Bauman étant convaincu qu'elles ne peuvent se libérer des potentialités humaines oubliées, voire occultées. C'est donc par ce biais que Bauman adhère à la Théorie Critique, ce qui coïncide avec la revendication de Rosa, en termes d'approche interdisciplinaire, qui part de l'expérience d'un mal-être réel dont il prétend identifier les causes, mu par une prétention émancipatrice. Comme nous l'avons allégué pour mener à bien ce travail, la réalisation effective de cette approche conduit à l'Histoire Conceptuelle, comme, de fait, les recours directs ou indirects à celle-ci, tant chez Bauman que chez Koselleck, le suggèrent : la sédimentation historique des concepts est un outil indispensable pour l'identification des tendances sociales que l'on recherche dans la Théorie Critique ; sa capacité à signaler ce qui est ou non disponible à l'intérieur du concept

permet la critique de son utilisation idéologique ; et l'historisation du discours implique généralement un questionnement de sa disposition absolue, comme celui que requiert la prétention émancipatrice déjà mentionnée.⁵⁶⁴

Cela nous a amené à soupçonner l'énorme force critique d'une possible alliance, à la manière d'une sorte de pollinisation mutuelle entre les approches des trois auteurs abordés ici. Nous sommes conscients, cependant, de la nécessité à ce sujet d'une analyse détaillée que nous espérons pouvoir réaliser dans le futur. Pour le moment, nous nous résignerons en espérant avoir réussi à mettre l'accent sur un concept et un ensemble de phénomènes à propos desquels il nous paraît essentiel et urgent de nous interroger, au-delà de l'interprétation baumanienne. Si comme l'a dit poétiquement Ignacio Escobar, le mouvement est son propre maître, notre maîtrise de nous-même dépend de sa critique.

⁵⁶⁴ Pour une récente tentative de lire l'Histoire Conceptuelle comme Critique des Idéologies, *cf.*: Faustino ONCINA : « Begriffsgeschichte als Ideologiekritik bei Reinhart Koselleck », *E-Journal. Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte*, 5.Jg./2 (2016), pp. 42-53. Disponible au site : http://www.zfl-berlin.org/tl_files/zfl/downloads/publikationen/forum_begriffsgeschichte/ZfL_FIB_5_2016_2_Coves.pdf (dernière visite: 21/05/2017).

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Benedict: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. cast. de Eduardo L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica, 1993 [Ed. original: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres/Nueva York: Verso, 1983].
- ARENAS, Luis: «Zygmunt Bauman: paisajes de la modernidad líquida», *Daimon. Revista de Filosofía*, nº54, 2011, pp. 111-124.
- ARENDT, Hannah: *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. cast. de Guillermo Solana. Madrid: Alianza, 2006 [Ed. original: *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York: Schocken Books, 1951].
- AUGÉ, Marc: *Los «no-lugares», espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Trad. cast. de Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2000 [Ed. original: *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Paris : Seuil, 1992].
- : *Pour une anthropologie de la mobilité*. Paris : Payot & Rivages, 2009.
- : *Où est passé l'avenir*. Paris: Seuil, 2011.
- BAUMAN, Zygmunt: *Legisladores e Intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Trad. cast. de Horacio Pons. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997 [Ed.

original: *Legislators and Interpreters: On Modernity, Post-Modernity, Intellectuals*, Nueva York: Cornell University Press, 1987].

----: *La posmodernidad y sus descontentos*. Trad. cast. de Marta Malo y Cristina Piña. Madrid: Akal, 2001 [Ed. original: *Postmodernity and its Descontents*, Nueva York: Nueva York University Press, 1997]

----: *En busca de la política*. Trad. cast. de Mirta Rosenberg. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001 [Ed. original: *In Search of Politics*, Cambridge y Oxford: Polity Press y Blackwell, 1999].

----: *La sociedad individualizada*. Trad. cast. de María Condor. Madrid: Cátedra, 2001 [Ed. original: *The Individualized Society*. Cambridge: Polity Press, 2001].

----: *La hermenéutica y las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva visión, 2002 [Ed. original: *Hermeneutics and Social Science: Approaches to Understanding*. London: Hutchinson, 1978].

----: *La cultura como praxis*. Trad. cast. de Albert Roca. Barcelona: Paidós, 2002 [Ed. original: *Culture as praxis*, Londres: SAGE, 1999].

----: «De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad». En: Stuart HALL y Paul DU GAY (coord.): *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003, pp. 40-68.

Bibliografía

- : *La sociedad sitiada*. Trad. cast. de Mirta Rosenberg. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004 [Ed. original: *Society under siege*, Cambridge: Polity Press y Blackwell, 2002].
- : *Modernidad y ambivalencia*. Trad. cast. de Enrique y Maya Aguiluz (Barcelona: Anthropos), 2005 [Ed. original: *Modernity and Ambivalence*, Oxford: Polity Press y Blackwell, 1991].
- : *Identidad: Conversaciones con Benedetto Vecchi*. Trad. cast. de Daniel Sarasola. Madrid: Losada, 2005 [Ed. original: *Identity*, Cambridge: Polity Press, 2004].
- : *Europa: una aventura inacabada*. Trad. cast. de Luis Álvarez-Mayo. Madrid: Losada, 2006 [Ed. original: *Europe: An Unfinished Adventure*. Cambridge: Polity, 2004].
- : *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*. Trad. cast. de Carmen Corral. Barcelona: Tusquets, 2007 [Ed. original: *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*, Cambridge: Polity Press, 2006].
- : *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Trad. cast. de Albino Santos. Barcelona: Paidós, 2007 [Ed. original: *Liquid fear*, Cambridge: Polity Press, 2006].
- : *Vida de consumo*. Trad. cast. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2007 [Ed. original: *Consuming Life*, Cambridge: Polity Press, 2007].

- : *Ética posmoderna*. Trad. cast. de Bertha Ruiz. Madrid: Siglo XXI, 2009 [Ed. original: *Postmodern Ethics*. Cambridge: Basil Blackwell, 1993].
- : *La posmodernidad y sus descontentos*. Trad. cast. de Marta Malo y Cristina Piña Madrid: Akal, 2009 [Ed. original: *Postmodernity and its Discontents*. New York: New York University Press, 1997].
- : *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009 [Ed. original: *Liquid Modernity*. Cambridge y Oxford: Polity Press y Blackwell, 2000].
- : *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Trad. cast. de Jesús Alborés. Madrid: Siglo XXI, 2009 [Ed. original: *Community. Seeking Safety in an Insecure World*, Polity Press, 2001].
- : *Vida líquida*. Trad. cast. de Albino Santos. Barcelona: Paidós, 2010 [Ed. original: *Liquid Life*. Cambridge: Polity, 2005].
- : *Memorias de clase: la prehistoria y la sobrevivencia de las clases*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2011 [Ed. original: Londres/Boston: Routledge & Kegan Paul, 1982].
- : *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Trad. cast. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011 [Ed. original: *Liquid loved: on*

Bibliografía

- the fragility of human bonds*, Oxford y Cambridge: Polity Press y Blackwell, 2003].
- : *Esto no es un diario*. Trad. cast. de Albino Santos y Antonio F. Rodríguez. Barcelona: Paidós, 2012 [Ed. original: *This is Not a Diary*. Cambridge: Polity, 2012].
- : *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Trad. cast. de: Lilia Mosconi. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2013 [Ed. original: *Culture in a Liquid Modern World*. Cambridge: Polity Press, 2011].
- : *¿Para qué sirve realmente... un sociólogo? Conversaciones con Michael Hviid Jacobsen y Keith Tester*. Trad. cast. de Alicia Capel. Barcelona: Paidós, 2014 [Ed. original: *What Use is Sociology?*, Cambridge: Polity Press, 2014]
- : «Es posible que ya estemos en medio de una revolución», Entrevista con Justo Barranco, *Magazine (El Mundo)*, 2 de noviembre del 2014, pp. 26-33.
- : *Modernidad y Holocausto*. Trad. cast. de Ana Mendoza y Francisco Ochoa. Madrid: Sequitur, 2016 [Ed. original: *Modernity and the Holocaust*, Oxford: Polity Press y Blackwell, 1989].
- : *Extraños llamando a la puerta*. Trad. cast. de Albino Santos. Barcelona: Espasa libros, 2016 [Ed. original: *Strangers at Our Door*, Cambridge: Polity Press, 2016].

----: *Retrotopía*. Trad. cast. de Albino Santos. Barcelona: Paidós, 2017 [Ed. original: *Retrotopia*, Cambridge: Polity Press, 2017].

BAUMAN, Zygmunt y Bordoni, Carlo: *Estado de crisis*. Trad. cast. de Albino Santos. Barcelona: Paidós, 2016 [Ed. original: *State of crisis*, Cambridge: Polity Press, 2014].

BAUMAN, Zygmunt y DONSKIS, Leonidas: *Ceguera moral: la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Trad. cast. de Antonio F. Rodríguez. Barcelona: Paidós, 2015.

BAUMAN, Zygmunt y LYON, David: *Vigilancia líquida*. Trad. cast. de Alicia Capel. Barcelona: Paidós, 2013 [Ed. original: *Liquid Surveillance: A Conversation*. Cambridge: Polity Press, 2012].

BAUMAN, Zygmunt y Rovirosa-Madrado, Citlali: *El tiempo apremia. Conversaciones con Citlali Rovirosa-Madrado*. Trad. cast. de Elisenda Julibert. Barcelona: Arcadia, 2010 [Ed. original: *Living in Borrowed Time*, Cambridge: Polity Press, 2009].

BAUMAN Zygmunt y TESTER, Keith: *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*. Trad. cast. de Albert Roca. Barcelona: Paidós Ibérica, 2011 [Ed. original: *Conversations with Zygmunt Bauman*. Cambridge y Oxford: Polity Press y Blackwell, 2001].

BEILHARZ, Peter: *Zygmunt Bauman: dialectic of modernity*. Londres: Sage, 2000.

- BÉJAR, Helena: *Identidades inciertas: Zygmunt Bauman*. Barcelona: Herder, 2007.
- BENJAMIN, Walter: «Experiencia y pobreza», Trad. cast. de Alfredo Brotons. En *Id., Obras*. Libro II. Vol. I, Madrid: Abada, pp. 216-222. [Ed. original: 1933]
- BERIAIN, Josetxo: *Aceleración y tiranía del presente: la metamorfosis en las estructuras temporales de la modernidad*. Barcelona/México: Anthropos/Universidad Autónoma de México, 2008.
- : *Modernidades en disputa*. Barcelona: Anthropos, 2005.
- : «Voluntad de poder y aceleración social», en: CABRERA, Daniel H. (coord.): *Fragmentos del caos: filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis*. Buenos Aires: Biblos, 2008, pp. 255-278.
- : «Zygmunt Bauman», en: *Id.* (coord.), *Para comprender la teoría sociológica*. Estella (Navarra): Verbo divino, 2008.
- BERMAN, Marshall: *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Trad. cast. de Andrea Morales. México y Barcelona: Siglo XXI y Anthropos, 2013 [Ed. original: *All that is solid melts into air. The experience of modernity*, Nueva York: Simon & Schuster, 1982].
- BLUMENBERG, Hans: *Paradigmas para una metaforología*. Trad. cast. de Jorge Pérez. Madrid: Trotta, 2003 [A partir de la edición: *Paradigmen zu einer Metaphorologie*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag, 1997].

- : *Tiempo de la vida y tiempo del mundo*. Trad. cast. de Manuel Canet. Valencia: Pre-textos, 2007 [Ed. original: *Lebenszeit und Weltzeit*, Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag, 1986].
- : *La legitimación de la Edad Moderna*. Trad. cast. de Pedro Madrigal. Valencia: Pre-Textos, 2008 [Ed. original: *Die Legitimität der Neuzeit*, Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1988].
- BOURDIEU, Pierre: *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Trad. cast. de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 2000 [Ed. original: *Contre-feux I: Propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*, Paris: Raisons d'agir, 1998].
- CASTRO, Ernesto, LAREU, Javier, y BAUMAN, Zygmunt: «La gota que colma el vaso. Encuentro con Zygmunt Bauman», *Revista de Occidente*, nº 364 (2011), pp.105-119.
- CHARLE, Christophe: *Discordance des temps. Une brève histoire de la modernité*. París: Armand Colin, 2011.
- CHIGNOLA, Sandro: «Temporalizar la historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, nº 37 (julio-diciembre de 2007), pp. 11-33.
- CONCHEIRO, Luciano: *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. Barcelona: Anagrama, 2016.
- CRUZ, Manuel: *Ser sin tiempo: el ocaso de la temporalidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Herder, 2016.

Bibliografía

- D'AGOSTINI, Franca: *Analíticos y continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años*. Trad. cast. de Mario Pérez. Madrid: Cátedra, 2009.
- DÁVILA, Estefanía: «La historia de los conceptos en los debates actuales sobre el tiempo social», XI Congreso Español de Sociología (Madrid, 2013). Disponible en: <http://www.fes-sociologia.com/la-historia-de-los-conceptos-en-los-debates-actuales-sobre-el-tiempo-social/congress-papers/1108/> (última consulta: 22/05/2017).
- DAVIS, Mark y TESTER, Keith (eds.): *Bauman's Challenge. Sociological Issues for the 21st Century*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2010.
- DESCARTES, René: *Discurso del método*. Trad. cast. de Risieri Frondizi. Madrid: Alianza, 1999.
- DI CESARE, Donatella: *Gadamer*. Bolonia: Il Mulino, 2007.
- DUSO, Giuseppe: «Historia conceptual como filosofía política». Trad. cast. de José Luis Villacañas, *Res Publica*, 1, 1998, pp. 35-71.
- : «Conceptos políticos y realidad en la época moderna», *Historia y Grafía*, n°44, (enero-junio, 2015), pp. 17-46.
- : «Historia conceptual: ¿crítica o filosofía?». Trad. cast. de Héctor Vizcaíno. En: ONCINA, Faustino y ROMERO, José Manuel (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre*

historia conceptual y crítica de la ideología. Granada: Comares, 2016, pp. 29-48.

DUSO, Giuseppe y CHIGNOLA, Sandro: *Historia de los conceptos y filosofía política*. Trad. cast. de María José Bertomeu. Madrid: Biblioteca nueva, 2009. [Ed. original: *Storia dei concetti e filosofia politica*, Milán: Franco Angeli, 2008].

ESCUDIER, Alexandre: «“Temporalización” y modernidad política: intento de sistematización a partir de R. Koselleck», en: ONCINA, Faustino (ed.): *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona: Herder, 2010, pp. 163-215.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (coord.): *Conceptos políticos, tiempo e historia: nuevos enfoques en historia conceptual*. Santander [etc]: EUC [etc], 2013.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco: «Historia conceptual, memoria e identidad (I) Entrevista a Reinhart Koselleck», *Revista de Libros*, n° 111 (2006), pp. 19-22.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco: «Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck», *Revista de Libros*, n° 112 (2006), pp. 6-10.

FERNÁNDEZ TORRES, Luis: «Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al *Diccionario histórico y conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*», *Revista anthropos: Huellas del conocimiento*, n° 223 (2009), pp. 92-105.

Bibliografía

- FOUCAULT, Michel: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Trad. cast. de Aurelio Garzón. Madrid: Siglo XXI, 2008 [Ed. original: *Surveiller et punir*; París: Gallimard, 1975].
- FREEDEN, Michael: *Ideología. Una breve introducción*. Trad. cast. de Pablo Sánchez. Santander: Universidad de Cantabria, 2013 [Ed. original: *Ideology. A very short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2003].
- FUSARO, Diego: *Essere senza tempo. Accelerazione della storia e della vita*. Milán: Bompiani, 2010.
- : *L'orizzonte in movimento: modernità e futuro in Reinhart Koselleck*. Bologna: Il Mulino, 2012.
- GADAMER, Hans G.: *Verdad y método*. Trad. cast. de Ana Agud y Rafael de Agapito. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1997 [A partir de la edición de: *Wahrheit und Methode*, Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 1975].
- GARCÍA VARAS, Ana: «Tiempo, cuerpo y percepción en la imagen técnica. Paul Virilio y la “estética de la desaparición”», *Studium: Revista de humanidades*, nº16, 2010, pp. 231-247.
- GRAMSCI, Antonio: *Cartas desde la cárcel*. Trad. cast. de Esther Benítez. Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1975 [Sobre la base de la edición de 1965 (Nuova Universale Einaudi), a cargo de Sergio Caprioglio y Elsa Fubini].

- GRIGULL, Sophia: *Hartmut Rosa und Zygmunt Bauman im Vergleich. Zur Konzeptualisierung von Autonomie spätmoderner Subjecte*. Berlín: Lit Verlag, 2014.
- GUMBRECHT, Hans U.: *Lento presente: sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Trad. cast. de Lucía Relanzón. Madrid: Escolar y Mayo, 2010.
- HALÉVY, Daniel : *Essai sur l'accélération de l'histoire suivi de le Quadriga emporté*. París: Éditions de Fallois, 2001 [Ed. original: París: Éditions Self, 1948].
- HAN, Byung-Chul: *La sociedad del cansancio*. Trad. cast. de Arantzazu Saratzaga. Barcelona: Herder, 2012 [Ed. original: *Die Müdigkeitsgesellschaft*, Berlín: MSB Matthes & Seitz, 2010].
- HARTOG, François: *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. París: Seuil, 2003.
- HARVEY, David: *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Trad. cast. de Martha Eguía. Buenos Aires: Amorrortu, 1998. [Ed. original: *The Condition of Posmodernity. An enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford : Basil Blackwell Ltd., 1990].
- HEIDEGGER, Martin: *Ser y tiempo*. Trad cast. de Jorge E. Rivera. Madrid: Trotta, 2009.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor A.: *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Trad. cast. de Juan José

Bibliografía

- Sánchez. Madrid: Trotta, 2009 [Ed. original: *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Nueva York: Social Studies Association, 1944].
- IMBRIANO, Gennaro: *Le due modernità: critica, crisi e utopia in Reinhart Koselleck*. Roma: DeriveApprodi, 2016.
- JAEGGI, Rahel: «Was ist Ideologiekritik?» en: JAEGGI, Rahel y WESCHE, Tilo (eds.), *Was ist Kritik?*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 2009, pp. 266-295.
- KANT, Immanuel: *Antropología en sentido pragmático*. Trad. cast. de José Gaos. Madrid: Alianza, 1991.
- : *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*. Trad. cast. de Concha Roldán y Roberto R. Aramayo. Madrid: Tecnos, 2006.
- : *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*, trad. cast. de Roberto R. Aramayo. Madrid: Alianza, 2012.
- KOSELLECK, Reinhart: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Trad. cast. de Norberto Smilg. Barcelona: Paidós, 1993 [Ed. original: *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1979].
- : *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Trad. cast. de Daniel Innerarity, Barcelona: Paidós/ICE, 2001 [Textos extraídos de *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag, 2000].

- : *Aceleración, prognosis y secularización*. Trad. cast. de Faustino Oncina. Valencia: Pre-textos, 2003.
- : «Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte. Sperrige Reflexionen. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Wolf-Dieter Narr und Kari Palonen», en: Jussi KURUNMÄKI y Kari PALONEN, (eds.), *Zeit, Geschichte, Politik*. Jyväskylä: University of Jyväskylä, 2003, pp. 9-33.
- : «Historia de los conceptos y conceptos de historia», trad. cast. de Javier Fernández y Gonzalo Capellán, *Ayer*, 53/2004 (I), pp. 27-45.
- : «Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia». Trad. cast. de Antonio Gómez. *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), nº 134 (2006), pp. 17-34.
- : *Crítica y Crisis: un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Trad. cast. de Rafael de la Vega y Jorge Pérez. Madrid: Trotta y Universidad Autónoma de Madrid, 2007 [Ed. original: *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Friburgo/Múnich: Verlag Karl Alber, 1959].
- : «¿Existe una aceleración de la historia?», en: Josetxo Beriain y Maya Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*. Barcelona: Anthropos, 2007, pp. 319-345 [Conferencia pronunciada en la Rheinisch-Westfälischen Akademie der Wissenschaften en 1976 bajo el título: «Gibt es eine Beschleunigung der Geschichte?»]

- : *historia/Historia*. Trad. cast. de Antonio Gómez. Madrid: Mínima Trotta, 2010 [Títulos originales: «Die Herausbildung des modernen Geschichtsbegriffs», «Geschichte als moderner Leitbegriff» y «Ausblick» en: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Vol. 2, pp. 647-717].
- : *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Trad. cast. de Luis Fernández. Madrid: Trotta, 2012 [Textos extraídos de: *Begriffsgeschichten. Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag, 2006].
- : *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Trad. cast. de Faustino Oncina. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011.
- KOSELLECK, Reinhart, BRUNNER, Otto y Conze, WERNER: *Geschichtliche Grundbegriffe : Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart: Klett-Cotta, 1990-1997.
- KOSELLECK, Reinhart y GADAMER, Hans G.: *Historia y hermenéutica*. Trad. cast de Faustino Oncina. Barcelona: Paidós/ICE, 1997 [Títulos originales: «Hermeneutik und Historik», Heidelberg: C. Winter Universitätsverlag, 1987; «Die Vielfalt der Sprachen und das Verstehen der Welt. Ein Studiumgenerale-Vortrag», en *Gesammelte Werke*, vol. VIII, *Ästhetik und Poetik*, I,

Kunst als Aussage, Tübinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 1993, pp. 339-349].

KOSELLECK, Reinhart y DUTT, Carsten: «Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt», trad. cast. de Faustino Oncina, *Isegoría*, 29 (2003), pp. 211-224.

LAFONT, Cristina: *La razón como lenguaje: una revisión del «Giro lingüístico» en la filosofía del lenguaje alemana*. Madrid: Visor, 1993.

LATOUCHE, Serge: *Hecho para tirar. La irracionalidad de la obsolescencia programada*. Trad. cast. de Rosa Bertran. Barcelona: Octaedro, 2014 [Ed. original: *Bon pour la casse : Les déraisons de l'obsolescence programmée*, París: Les liens qui libèrent, 2012]

LÖWITH, Karl: *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*. Trad. cast. de Justo Fernández. Madrid: Aguilar, 1973 [Ed. original: *Meaning in History*, Chicago: The University of Chicago Press, 1949].

LÜBBE, Herman: *Säkularisierung. Geschichte eines Ideenpolitischen Begriffs*. Friburgo-Múnich: Verlag Karl Alber, 1965.

----: *Im Zug der Zeit. Verkürzter Aufenthalt in der Gegenwart*. Heidelberg/Berlín: Springer, 1992.

----: *Zeit-Erfahrungen. Sieben Begriffe zur Beschreibung moderner Zivilisationsdynamik*. Mainz/Stuttgart: Steiner, 1996.

- LYOTARD, Jean-François: *La condición posmoderna: informe sobre el saber*. Trad. cast. de Mariano Antolín. Madrid: Cátedra. 1984 [Ed. original: *La condition postmoderne*. París: Minuit, 1979].
- MANDINGORRA, Juan Sánchez: *La historia conceptual paduana: antecedentes y desarrollo de una historia de los conceptos como filosofía política*. Universidad de Valencia, 2015, disponible en: <http://roderic.uv.es/handle/10550/49725> (Última consulta: 22/05/2017).
- MARRAMAIO, Giacomo: *Poder y secularización*. Trad. cast. de Juan Ramón Capella. Barcelona: Península, 1989 [Ed. original: *Potere e secolarizzazione*, Roma: Editori Riuniti, 1983].
- : entrada «Säkularisierung» en el *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Bd.8. Darmstad 1992, pp. 1133-1161.
- : *Cielo y Tierra. Genealogía de la secularización*. Trad. cast. de Pedro M. García Barcelona: Paidós, 1998 [Ed. original: *Cielo e terra. Genealogia della secolarizzazione*, Roma: Laterza, 1994].
- : *Pasaje a Occidente. Filosofía y globalización*. Trad. cast. de Heber Cardoso. Buenos Aires: Katz, 2006 [Ed. original: *Passaggio a Occidente. Filosofia e globalizzazione*, Turín: Bollati Boringhieri, 2003].
- : *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Trad. cast. de Helena Aguilà. Barcelona: Gedisa, 2008 [Ed. original: *Kairós. Apología del tempo debito*, Roma y Bari: Gius. Laterza & Figli, 1992].

----: *Minima temporalia. Tiempo, espacio, experiencia*. Trad. cast. de Helena Aguilà. Barcelona: Gedisa, 2008 [Versión revisada y ampliada respecto a la original (Milán: Il Saggiatore) de 1990].

----: *La passione del presente. Breve lessico della modernità-mondo*. Turín: Bollati Boringhieri, 2008.

----: «Las nuevas caras del poder. Populismo y postdemocracia». Trad. cast. de Carolina Bruna y José Luis Egío. *Artificium*, año 2 (2012), vol. 1, pp. 87-100.

----: *Dopo il Leviatano. Individuo e comunità*. Turín: Bollati Boringhieri, 2013 [Nueva edición ampliada respecto a la original de 2000].

MIRAVET, Nerea: «Zygmunt Bauman i la modernitat perible», *L'Espill*, nº 47 (2014), pp. 14-24.

----: «Disolución y condensación del poder. Un examen de la “modernidad líquida” a través de Giacomo Marramao», *Ápeiron*, número especial LI Congreso de Filosofía Joven - UCM, 2015, pp. 251-265.

MIRAVET, Nerea y VIZCAÍNO, Héctor: «¿Lo humano en ruinas? De un tiempo que no llega a un espacio que se fue», en: Faustino ONCINA y Ana GARCÍA VARAS (eds.), *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*, Valencia: General de Ediciones de Arquitectura, 2017, pp.98-109.

Bibliografía

- MONOD, Jean-Claude: *La querelle de la sécularisation. Théologie politique et philosophies de la histoire de Hegel à Blumenberg*. París: Vrin, 2002.
- MÜLLER, Ernst: «Historia conceptual interdisciplinar», trad. cast. de Lorena Rivera, en: ONCINA, Faustino (ed.): *Tradicón e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013, pp. 39-49.
- : «Historicidad y atemporalidad en la investigación sobre historia conceptual», *Historia y Grafía*, n^o 44 (enero-junio 2015), pp.133-160.
- NIETZSCHE, Friedrich: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*. Trad. cast. de Teresa Orduña. Madrid: Tecnos, 2012.
- ONCINA, Faustino: «Experiencia y política en la historia conceptual», *Res publica*, 1 (1998), pp. 103-119.
- : *Historia Conceptual, Ilustración y Modernidad*. Barcelona: Anthropos; México: Universidad Autónoma Metropolitana - Cuajimalpa, 2009.
- : «Historia conceptual, Histórica y modernidad velociferina», *Isegoría*, 29/2003, pp. 225-237.
- : «Historia Conceptual: ¿Algo más que un método?». En: *Id.* (ed.), *Tradicón e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013, pp. 11-38.

----: «De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes», *Historia y Grafía*, núm. 44 (2015), pp. 89-114.

----: «Historia conceptual y crítica: hitos o episodios de una relación nunca consumada», en: ONCINA, Faustino y ROMERO, José Manuel (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*. Granada: Comares, 2016, pp. 3-28.

ONCINA, Faustino (ed.): *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*. Madrid: Plaza y Valdés y CSIC, 2009.

----: *Palabras, conceptos, ideas. Estudios sobre historia conceptual*. Barcelona: Herder, 2010.

----: *Tradición e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.

ONCINA, Faustino y CANTARINO, Elena (eds.): *Giros narrativos e historias del saber*. Madrid: Plaza y Valdés, 2013.

ONCINA, Faustino y GARCÍA DURÁN Pedro (eds.), *Hans Blumenberg: historia in/conceptual, antropología y modernidad*. Valencia: Pre-textos, 2015.

ONCINA, Faustino y GARCÍA VARAS, Ana (eds.): *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*. Valencia: General de Ediciones de Arquitectura, 2017, pp. 12-31.

Bibliografía

- ONCINA, Faustino, MIRAVET, Nerea y VIZCAÍNO, Héctor (eds.): *Conceptos nómadas: Auto-determinación*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2014.
- ONCINA, Faustino y ROMERO, José Manuel (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*. Granada: Comares, 2016.
- OSTEN, Manfred: «"Alles velociferish" - Anmerkungen zur Modernität Goethes», *Die Zeit*, 26 de agosto de 1999, disponible en: <http://www.zeit.de/1999/35/199935.goethespecial.xml> (última consulta: 19/05/2017).
- PALTI, Elías J.: *Aporías. Tiempo, Modernidad, Historia, Sujeto, Nación, Ley*. Buenos Aires: Alianza, 2001.
- : «Koselleck y la idea de *Sattelzeit*. Un debate sobre modernidad y temporalidad», *Ayer* 53/2004 (1), pp. 63-74.
- PARDO, José Luis: *Nunca fue tan hermosa la basura: artículos y ensayos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2010.
- POIRIER, Jean-Pierre: *Le tremblement de terre de Lisbonne*. París: Odile Jacob, 1995.
- RAMETTA, Gaetano: «Teoría del discurso y arqueología: una lectura de Foucault en clave histórico-conceptual», trad. cast. de Nerea Miravet, en: ONCINA, Faustino (ed.): *Tradicón e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013, pp. 141-149.

----: «“Cómo se llega a ser lo que se es”. *Autodeterminación* en el pensamiento de Nietzsche», trad. cast. de Nerea Miravet, en: ONCINA, Faustino, MIRAVET, Nerea y VIZCAÍNO, Héctor (eds.): *Conceptos nómadas: Auto-determinación*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2014, pp. 97-108.

----: «“Estratificaciones temporales”. Un intento de comparación entre Althusser y Koselleck», *Historia y Grafía*, nº 44 (enero-junio 2015), pp.115-132.

----: «“Crítica” e “ideología”: inversiones y virajes entre Marx, Adorno y Althusser», trad. cast. de Lorena Rivera, en: ONCINA, Faustino y ROMERO, José Manuel (eds.): *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*. Granada: Comares, 2016, pp. 135-150.

REMAUD, Olivier: «Pequeña filosofía de la aceleración de la historia». En: Faustino ONCINA (ed.), *Teorías y prácticas de la Historia Conceptual*. Madrid: Plaza y Valdés y CSIC, 2009, pp. 349-366.

RENDUELES, César: *Sociofobia: el cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing, 2013.

REVAULT D'ALLONNES, Myriam: *La crise sans fin. Essai sur l'expérience moderne du temps*. París: Seuil, 2012.

ROSA, Hartmut: «Four levels of self-interpretation. A paradigm for interpretative social philosophy and political criticism», *Philosophy & Social Criticism*, vol. 30 (2004), pp. 691-720.

- : «Kritik der Zeitverhältnisse. Beschleunigung und Entfremdung als Schlüsselbegriffe der Sozialkritik», en: JAEGGI, Rahel y WESCHE, Tilo (eds.), *Was ist Kritik?*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 2009, pp. 23-54.
- : «Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada», trad. cast. de Fernando Campos y María Isabel Vila, *Persona y sociedad*, vol. XXV, n°1, 2011, pp. 9-49. Disponible en: <http://personaysociedad.cl/ojs/index.php/pys/article/view/161> (última consulta: 21/05/2017).
- : *Weltbeziehungen im Zeitalter der Beschleunigung. Umriss einer neuen Gesellschaftskritik*. Berlín: Suhrkamp Verlag, 2012.
- : *Beschleunigung. Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 2014.
- : *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Trad. cast. del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Buenos Aires y Madrid: Katz, 2016 [Ed. original: *Alienation and Acceleration. Towards a Critical Theory of Late-Modern Temporality*. Aarhus: NSU Press, 2010].
- : *Resonanz: eine Soziologie der Weltbeziehung*. Berlín: Suhrkamp, 2016.

ROSA, Hartmut y SCHEUERMAN, William E. : *High-Speed Society : Social Acceleration, Power and Modernity*, University Park (PA): The Pennsylvania State University Press, 2009.

SCHMIEDER, Falko: «Formas de pensar la temporalización y su transformación histórica. Una discusión con Reinhart Koselleck», trad. cast. de Lorena Rivera, en: ONCINA, Faustino (ed.): *Tradicción e innovación en la historia intelectual: Métodos historiográficos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013, pp. 81-94.

SCUCCIMARRA, Luca: «Il futuro della modernità. Sui dilemmi della temporalità utopistica», en: Pombeni, Paolo y Dipper, Christof (eds.): *Le ragioni del moderno*, Bologna: il Mulino, 2014, pp. 423-453.

----: «Historia de los conceptos y transición epocal». Trad. cast. de Héctor Vizcaíno. En: ONCINA, Faustino y GARCÍA VARAS, Ana (eds.): *Mudanzas espacio-temporales. Imagen y memoria*, Valencia: General de Ediciones de Arquitectura, 2017, pp. 12-31.

SHRADY, Nicholas: *The last day: wrath, ruin and reason in the great Lisbon earthquake of 1755*. USA: Penguin editions, 2008.

SEVILLA, Sergio: *Crítica, historia y política*. Madrid: Cátedra, 2000.

SIMMEL, Georg: «Las grandes ciudades y la vida del espíritu», *Cuadernos Políticos*, n.º 45 (1988), pp. 5-10 [Edición original: «Die Grossstädte und das Geistesleben», *Jahrbuch der Gehestiftung*, IX, 1903].

Bibliografía

- SKINNER, Quentin: *Lenguaje, política e historia*. Trad. cast. de Eduardo Rinesi. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2007 [Textos extraídos de: *Visions of Politics vol 1. Regarding Method*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002].
- STANDING, Guy: *El precariado, una nueva clase social*. Trad. cast. de Juan Mari Madariaga. Barcelona: Pasado y Presente, 2013 [Ed. original: *The precariat: the new dangerous class*, Londres: Bloomsbury Academic, 2011].
- STEINER, Francis G.: *En el castillo de Barba Azul: aproximación a un nuevo concepto de cultura*. Trad. cast. De Alberto L. Budo. Barcelona: Gedisa, 1991 [Ed. original: *In Bluebeard's Castle*, Londres: Faber and Faber 1971].
- SUTTER, Laurent de (dir.): *Accélération !*. París: Presses Universitaires de France, 2016.
- Temporalités. Revue de sciences sociales et humaines*, «Temps de crises et crise des temps. Autour de Hartmut Rosa», n°13, 2011.
- TESTER, Keith : *The Social Thought of Zygmunt Bauman*. Nueva York : Palgrave Macmillan, 2004.
- VALÉRY, Paul: *Regards sur le monde actuel et autres essais*. Paris: Folio, 1988.
- VILLACAÑAS, José Luis: «Histórica, historia social e historia de los conceptos políticos», *Res publica*, 11-12 (2003), pp. 69-94.

----: «Sobre el uso del tiempo apocalíptico en la Edad Media», en: ONCINA, Faustino (ed.): *Teorías y Prácticas de la Historia Conceptual*. Madrid: CSIC y Plaza y Valdés, 2009.

VIRILIO, Paul: *Estética de la desaparición*, trad. cast. de Noni Beegas, (Barcelona: Anagrama), 1988 [Ed. original: *Esthétique de la disparition*, París: André Balland, 1980].

----: *La Vitesse de libération*. París: Galilée, 1995.

----: *L'inertie polaire*. París: Christian Bourgois Éditeur, 2002 [reedición del original de 1990].

----: *Velocidad y política*. Trad. cast. de Víctor Goldstein. Buenos Aires: La Marca, 2006 [Ed. original: *Vitesse et politique*, París: Galilée, 1977].

----: *Le Grand Accélérateur*. París : Galilée, 2012.

WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Trad. cast. de Luis Legaz. Barcelona: Edicions 62, 1979 [Ed. original: *Die protestantische Ethik und der 'Geist' des Kapitalismus*, Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 1905].